
LETRAS
ETERNAS
ENTRE TUS SUEÑOS
Y MI REALIDAD
BELLS DEVIS

ENTRE TUS SUEÑOS
Y MI REALIDAD

ENTRE TUS SUEÑOS Y MI REALIDAD

BELLS DEVIS

Copyright © 2025 Bells Devis

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Registro SAFECREATIVE: 2503221237784
Sello: Letras Eternas Ediciones
Primera Edición: marzo de 2025
Idioma: español
Título Original: Entre tus sueños y mi realidad
Diseño de Portada: Estilo Bells Servicios Literarios
Adaptación de Portada: Bells Web Ideas
Corrección y Edición: Estilo Bells Servicios Literarios
Maquetación: Estilo Bells Servicios Literarios
Booktrailer: Bells Web Ideas
Imágenes e Ilustraciones: Envato, istock y Canva Pro



BOOKTRAILER

Para aquellos que, con el corazón en lucha, han aprendido que soltar no es perder, sino abrir espacio para algo nuevo.

A quienes han enfrentado el dolor de despedirse, no por falta de amor, sino por amor a sí mismos.

A los valientes que han comprendido que dejar ir es, a veces, el primer paso para encontrar la verdadera felicidad.

PRÓLOGO

Cuando comencé a escribir este libro, supe desde el primer momento que sería especial. Era un susurro persistente en mi mente, una historia que se negaba a quedar en el olvido. Aunque no era completamente mía, aunque se forjaba en la ficción, sentía que dentro de sus líneas había retazos de verdades profundas, de sentimientos que estuvieron esperando su momento para salir a la luz.

Al principio, creí tener un rumbo claro. Tenía una idea, personajes definidos y una estructura que, en teoría, funcionaba. Pero pronto me di cuenta de que algo no encajaba. La historia avanzaba, sí, pero sin alma. Era como seguir un sendero ya trazado, como repetir las fórmulas que tantas veces hemos visto y que, aunque efectivas, no eran lo que yo quería contar. Me resistía a ahondar en los temas que realmente me movían, los que tocaban mis creencias más profundas y las emociones que muchas veces preferimos dejar en las sombras.

Fue entonces cuando me detuve. Tuve que hacer una pausa, respirar hondo y enfrentar la verdad: este libro se estaba escribiendo a medias porque yo misma no me permitía sentirlo por completo. Fue, sin duda, el más difícil de todos los que he escrito. Me exigió más que cualquier otro, no en técnica ni en estructura, sino en entrega. En desnudar emociones que ni siquiera sabía que tenía resguardadas.

El cambio llegó cuando seguí el consejo de una amiga. Me senté y tracé un mapa, no de la novela perfecta, sino de la historia que realmente quería contar. Y entonces todo fluyó. Dejé que los personajes me guiaran, que la historia marcara su propio destino. Me rendí ante la verdad de lo que estaba naciendo en cada página y, en ese abandono, encontré la esencia que tanto buscaba.

El final fue mucho más de lo que alguna vez imaginé. No era solo un desenlace, sino una revelación. Y cuando escribí las últimas palabras, me encontré envuelta en lágrimas. Lágrimas de alegría por haber plasmado algo que superó mis propias expectativas, pero también de nostalgia, porque sabía que con ese punto final cerraba un capítulo de mi vida tan real como la historia misma.

Sin embargo, ahora la tengo aquí, completa, esperando ser leída, esperando volver a hacerme sentir todo lo que me hizo vivir mientras la escribía.

Espero que, al recorrer estas páginas, ustedes también encuentren en ellas algo que les toque el alma, porque al compartirlas, les entrego un pedacito de la mía.

CAPÍTULO 1

El Reencuentro

ANTHONY

Habían pasado ocho largos meses desde que regresé a Nueva York, una ciudad que se siente viva en cada esquina, pero que puede ser fría y solitaria si no estás acompañado. Cuatro de esos meses los había dedicado por completo al proyecto más ambicioso de mi vida: abrir un bufete de abogados junto a mi mejor amigo y colega, Connor. La idea había surgido de una conversación entre cervezas, pero ahora era un hecho que impregnaba cada parte de mí.

El desafío era inmenso. Yo había terminado mis estudios de derecho internacional en Berkeley, donde las noches largas de lectura y los debates acalorados habían forjado no solo mi conocimiento, sino mi carácter. Tras eso, trabajé casi cinco años en una de las firmas más prestigiosas de California, esas que tienen sus oficinas llenas de mármol y egos. Connor, por su parte, venía de Harvard con una experiencia igualmente envidiable, pero compartíamos una frustración: en esas grandes firmas, si tu apellido no está grabado en la placa de entrada, las posibilidades de crecer son tan escasas como un día sin tráfico en Manhattan.

Cuando Connor sugirió que nos arriesgáramos a emprender nuestro camino, sentí una mezcla de vértigo y emoción. Era como lanzarse al vacío desde un precipicio, sin red de seguridad, pero con la esperanza de encontrar alas en la caída. Ahora, podía decir que ese salto comenzaba a dar frutos.

Nuestra pequeña oficina, ubicada en uno de los edificios más elegantes de Manhattan, era un reflejo de nosotros mismos:

compacta, funcional, pero con ambiciones de grandeza. Los casos empezaban a llegar, la mayoría en el ámbito del derecho corporativo, y juntos éramos un equipo imparable.

Habíamos contratado a dos abogados jóvenes, llenos de energía y entusiasmo, y un grupo de paralegales para manejar el flujo de trabajo que ya desbordaba nuestros escritorios. Pero por más que mi vida profesional avanzaba a pasos agigantados, algo dentro de mí permanecía anclado en un vacío que no lograba llenar.

Nueva York, con su bullicio constante, me había devuelto la cercanía de mi familia, una de las razones de peso para regresar. A pesar de ello, la sensación de soledad era ineludible. Llevaba más de dos años sin pareja, y aunque Max, mi fiel golden retriever, llenaba mis días de compañía, no podía negar que mi corazón ansiaba algo más. Más que el sexo casual que, aunque satisfactorio en lo físico, me dejaba un vacío emocional cada vez más evidente.

—Llevas días pensativo —comentó Connor una tarde mientras revisábamos expedientes en la oficina. Sus ojos, siempre atentos, me observaban con curiosidad—. ¿Qué te pasa?

—No es nada, al menos nada importante —mentí, aunque intuía que no iba a dejarlo ahí.

Connor se apoyó en el respaldo de su silla y cruzó los brazos con esa mezcla de seriedad y humor que siempre lo caracterizaba.

—Vamos, Anthony, ¿por qué te haces el interesante? Sabes que quieres contarme.

Respiré hondo, como si al soltar lo que me ahogaba estuviera abriendo una puerta que no sabía si quería cruzar.

—Es algo tonto —comencé, intentando restarle importancia, aunque por dentro sentía un nudo en el pecho—. Me siento solo. Ahí está, ya lo dije.

Connor asintió lentamente, como si ya supiera lo que iba a decir, incluso antes de que las palabras salieran de mi boca.

—No es tonto, es normal —respondió con calma—. Desde que volviste, no has salido con nadie. Por eso te propuse hacer una doble cita con Cami y alguna de sus amigas.

Me reí sin ganas, porque, aunque sabía que lo decía con la mejor intención, la idea de una cita arreglada me resultaba incómoda.

—Lo aprecio, de verdad. Y aunque no es algo con lo que me sienta del todo cómodo, prometo pensarlo.

Siempre se ha dicho que las mujeres son las grandes soñadoras, que fantasean con conseguir al hombre perfecto en un encuentro casual que cambie sus vidas. Pero yo, en silencio, también deseaba algo así. Una conexión mágica, de esas que no requieren esfuerzo ni estrategia. Soñaba con toparme con una mujer cuya sonrisa me dejara sin palabras, cuyas miradas hablaran más que mil conversaciones, y sentir que todo encajaba en su lugar.

—Venga, Anthony, las mujeres no van a caer del cielo. No te tomes mucho tiempo para decidir —añadió Connor con una sonrisa cómplice, volviendo al caso que nos ocupaba.

—Vale, ya. Háblame de ese caso que querías que atendiera —cambié de tema con la sutileza de un elefante en una cristalería. Era mi forma habitual de lidiar con ese vacío interno que, aunque lo ignorara, nunca desaparecía del todo. El trabajo siempre había sido mi refugio, mi excusa para no enfrentarme a esas incómodas emociones que se acumulaban como nubes a punto de estallar.

Connor no insistió, pero su mirada me decía que no había terminado con el tema. En su lugar, sacó un expediente del montón desordenado que cubría su escritorio y me lo lanzó con aire desenfadado.

—Este es interesante. Quiero que lo tomes tú. Es un amigo de un amigo, ya sabes cómo va eso. Un favor que alguien debía, y ahora nos toca a nosotros.

Abrí la carpeta con cierta desgana, esperando encontrar otro caso corporativo lleno de números y tecnicismos legales. Sin embargo, lo

que leí despertó mi curiosidad.

—¿Un caso internacional? —pregunté, alzando una ceja.

—Exacto. Julien de Haven. Cumplió una condena por falsificación de arte en Francia hace unos años. Ahora tiene prohibido volver al país y quiere que esa restricción sea revocada.

Cerré la carpeta con un chasquido seco y lo miré fijamente.

—Connor, cuando empezamos esta asociación, te dejé claro que no trabajaría con criminales.

Él soltó una carcajada, de esas que siempre me sacaban de quicio porque sabían a superioridad.

—Y yo te dije que, si querías quedarte del lado blanco y no tocar la línea gris, debías intentar ser fiscal de distrito. Pero, te prometo algo: Julien no es un criminal. O al menos, ya no lo es. Ahora es un pintor reconocido aquí en Nueva York. Tiene su propia galería, imparte clases a niños y trabaja con personas que se están recuperando de traumas. ¿Eso te parece una mala persona?

Sus palabras resonaron en mi mente más tiempo del que esperaba. Finalmente, suspiré.

—Está bien. Dame su contacto. Hablaré con él y decidiré si tomo el caso.

Sabía que lo haría desde el momento en que abrí la carpeta. Era un reto diferente, algo que me sacaría de las interminables disputas corporativas que, aunque lucrativas, solían sentirse vacías.

Aquella misma tarde, me puse en contacto con Julien. Quedamos en encontrarnos en el Museo Metropolitano, donde planeaba llevar a un grupo de sus alumnos como parte de una clase especial. Me sorprendió y agradó que no cancelara su compromiso por asuntos personales.

Sin embargo, no calculé el tráfico infernal de Nueva York. Llegué tarde, como era de esperar, y tuve que correr desde el estacionamiento para no perder más tiempo.

Con la prisa, no vi a la chica que venía en dirección contraria, avanzando con pasos rápidos y firmes. Antes de que pudiera esquivarla, choqué de frente con ella, lo suficientemente fuerte como para que ambos nos tambaleáramos.

—¡Lo siento! —dije automáticamente, mientras me giraba para ayudarla a recuperar el equilibrio. Fue entonces cuando la vi, y el mundo pareció detenerse por un instante que se sintió eterno.

Sus ojos, grandes y expresivos, eran de un tono ámbar que no había olvidado, aunque hacía años que no los veía. Y esa sonrisa... Era imposible no reconocerla. Mi corazón comenzó a latir con una fuerza casi dolorosa, como si quisiera recordarme que, aunque había aprendido a ignorarlo, seguía ahí, esperando este momento.

—¿Melanie? —pregunté con incredulidad, mi voz apenas era un susurro.

Ella parpadeó, claramente sorprendida, pero en cuanto sus labios formaron mi nombre, el peso de los años que habían pasado entre nosotros se desvaneció, como si el tiempo no fuera más que una ilusión.

—Anthony... ¿Eres tú?

CAPÍTULO 2

¿Destino o Casualidad?

MELANIE

Si tuviera que elegir un instante en el que verdaderamente sentí que la felicidad me envolvía, sería ese día. Era uno de esos momentos inesperados que parecen pequeños, pero se quedan grabados en el alma.

Caminaba sin rumbo fijo por las calles de Nueva York, dejando que la ciudad, con su caos perfectamente orquestado, me acogiera como siempre lo había hecho. Aunque solo había pasado dos años estudiando arte en Europa gracias a la beca del Colegio de Arte de París, parecía como si hubieran sido décadas lejos de casa. Nueva York, con todo su bullicio, contaminación y prisas, era mi refugio, el único lugar que realmente podía llamar hogar.

Aquel día, decidí entrar al Museo Metropolitano de Arte, un espacio donde el tiempo parece detenerse y la ciudad, con su ruido ensordecedor, se desvanece en un susurro distante.

Mientras recorría las salas, rodeada por siglos de creatividad humana, me sentí pequeña pero también inmensamente conectada. Cada cuadro parecía tener su propio latido, su propia historia, pero uno en particular logró capturarme por completo: "Mañana en el Sena cerca de Giverny".

Me detuve frente a esa obra, como si el resto del museo hubiera desaparecido. El lienzo me hablaba, me transportaba a un lugar que no podía definir, pero que reconocía en lo más profundo de mí. Nunca había entendido del todo lo que ese cuadro me hacía sentir, y

quizás no lo habría hecho de no ser por la voz que surgió detrás de mí.

—Es como un sueño —dijo aquel extraño con un tono sereno, casi reverente—. Borroso, pero lleno de color. Te colma de tristeza y alegría al mismo tiempo. Trae recuerdos de emociones pasadas y pensamientos de un futuro lleno de ilusiones. Es como vivir entre la pureza de este mundo y un universo paralelo de deseos y anhelos.

Las palabras resonaron en mi mente como si hubieran sido sacadas directamente de mi corazón. Era una descripción tan precisa que me dejó expuesta, desnuda ante alguien que ni siquiera conocía. Me giré un poco para verlo, un hombre alto, con ojos azules intensos y una presencia tranquila, como si cada palabra que pronunciara estuviera cuidadosamente pensada.

No supe qué responder. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, atrapada en el momento, mientras mis instintos tomaban el control. Un escalofrío recorrió mi espalda, y un nudo se formó en mi garganta, una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad que no lograba descifrar.

Sin pensarlo, mis pies se movieron, alejándome con pasos torpes. No era miedo a él, sino a la intensidad de esa conexión inesperada, que me desarmó de una forma desconocida. Sus palabras habían tocado algo oculto en mí, algo que ni siquiera sabía que existía. Y eso, más que cualquier peligro externo, era lo que realmente me asustaba.

En mi prisa por irme, sucedió. El aire frío del Museo Metropolitano de Nueva York y el bullicio de los turistas intensificaban mis nervios, mientras el reflejo del sol en las puertas de cristal y el murmullo de voces en distintos idiomas se mezclaban con el caos de la ciudad. Afuera, taxis y peatones llenaban las calles, pero todo desapareció en el instante en que tropecé, o más bien, en el momento en que choqué con alguien que, por un segundo, pareció detener el tiempo.

Al alzar la vista, mi corazón dio un vuelco. Unos ojos verdes, profundos y brillantes, me miraron directamente, como si fueran

capaces de atravesar todas mis defensas. Eran los ojos más hermosos que había visto jamás, un contraste perfecto con el tenue gris del día. Pero no solo eran los ojos; estaba también esa sonrisa, amplia y genuina, que, a pesar de los años, seguía siendo inconfundible. Esa misma sonrisa que había ocupado mis sueños en la adolescencia, la que creí haber olvidado, pero que mi memoria reconoció al instante, como si nunca hubiera pasado el tiempo.

—¿Melanie? —Su voz resonó con una calidez que me envolvió por completo, como un susurro que permanecía en el aire.

El corazón me dio un vuelco, y por un momento olvidé cómo respirar.

—Anthony... ¿Eres tú? —respondí, luchando por encontrar las palabras mientras intentaba recuperar el aliento—. No esperaba verte en la ciudad. Pensé que seguías en San Francisco.

Él sonrió aún más, y ese gesto hizo que mi corazón latiera más rápido, como cuando era adolescente y lo miraba desde la distancia.

—Volví hace ocho meses —dijo con naturalidad—. Pensé que Lou te lo habría mencionado.

—Supongo que se le habrá pasado —contesté, aunque sabía perfectamente por qué su hermana nunca me lo había contado. Louise y yo teníamos un acuerdo tácito sobre Anthony. Dejamos de hablar de él desde que pasé tres días llorando cuando me enteré de que tenía novia durante su segundo semestre en Berkeley.

Pero ahora, allí estaba, más guapo de lo que recordaba, y mirándome como si el tiempo no hubiera pasado. Mi corazón quedó atrapado entre la emoción de verlo y la precaución de no dejarme caer otra vez en las ilusiones que había enterrado hacía años.

Y, sin embargo, en ese instante, el mundo volvió a llenarse de posibilidades.

—¿Te gustaría tomar un café o algo? —preguntó—. Otro día, digo. Ahorita voy camino a una reunión con un cliente.

Mi corazón latió con fuerza, amenazando con delatarme. Intenté mantener la calma, aunque por dentro sentía una euforia difícil de contener.

—Claro, seguro —indiqué, fingiendo un tono casual que apenas ocultaba mi entusiasmo.

—Vale, ¿tienes tu mismo número telefónico?

—No, tuve que cambiar de línea.

—No hay problema, se lo pediré a Lou —dijo despreocupado, como si fuera lo más natural del mundo. Miró su reloj y añadió—: Ahora sí te dejo, porque voy muy retrasado.

Se despidió con un beso en la mejilla. Un gesto simple, pero que para mí fue una explosión de emociones. Sentí el calor de sus labios en mi piel como si hubieran encendido una chispa. Me quedé allí, congelada por un momento, viendo cómo se alejaba con pasos rápidos, mientras el mundo seguía en movimiento, ajeno a mi efervescencia interna.

El resto del día fue un borrón de alegría. Caminé por las calles de Nueva York con una sonrisa que simplemente no podía desaparecer. Los edificios, con sus fachadas grises y ventanas interminables, parecían más vivos, y el cielo, aunque nublado, tenía un brillo especial. Todo lucía diferente, más vibrante, como si la ciudad estuviera celebrando conmigo.

Tan pronto llegué a casa, llamé a Louise, mi mejor amiga y, por supuesto, hermana de Anthony. No podía guardarme aquello ni un segundo más. Durante la llamada, ella me contó que Anthony ya le había escrito pidiéndole mi número. Esa pequeña confesión hizo que mi entusiasmo se disparara aún más.

Sin embargo, esa noche, recostada en el sofá del departamento que compartía con mi hermana Candace, me di cuenta de algo curioso. Aunque Anthony acaparaba casi toda mi atención, el hombre del museo continuaba presente, su recuerdo asomándose en mi mente

como una sombra silenciosa. Sus palabras seguían ahí, grabadas en mi memoria, aunque en un segundo plano.

Cuando finalmente el mensaje llegó, sentí que el aire se volvía denso y ligero a la vez. Mi teléfono vibró en la mesita de noche, y mi mano temblaba al recogerlo. Lo leí al menos tres veces antes de atreverme a contestar:

"Hola, Mel. Soy Anthony. ¿Estás disponible para ese café mañana temprano?"

Cada palabra parecía una melodía perfecta. Respiré hondo antes de responder, tratando de no parecer demasiado ansiosa:

"Sí, claro que sí. ¿Nos vemos en Andrew's?"

Su respuesta llegó rápido, como si estuviera tan emocionado como yo.

"¿Qué clase de caballero sería si no te paso buscando? Mis padres me matarían si se enteran de algo así. Llego por ti a las nueve."

Sonreí tan ampliamente que sentí que mi rostro dolía.

"Está bien, te envío mi dirección."

"Ya la tengo. Espero que no te moleste que Lou me la haya dado."

¿Molestarme? ¡Por supuesto que no! Quería gritar de felicidad. Me sentía como si flotara.

Esa noche, intentar dormir fue un desafío monumental. En la oscuridad de mi cuarto, volví a ser aquella niña de trece años que miraba a Anthony desde lejos, soñando con que algún día él también se fijara en mí. Pero esta vez era diferente. Ahora, él mismo vendría por mí.

CAPÍTULO 3

El cuadro de Monet

JULIEN

No tengo idea de qué fue lo que me impulsó a acercarme a esa chica. Puede que haya sido el hechizo que ejerció sobre mí desde el primer instante en que la vi, con su presencia tan inesperada, tan deslumbrante, que me paralizó.

Su belleza no era solo lo que veían mis ojos, sino algo más profundo, algo que me arrastraba sin remedio. Y, sin embargo, debo confesar que nunca me había considerado una persona que se lanzara tan fácilmente a hablar con una desconocida. Siempre fui alguien reservado, introvertido, de esos que prefieren permanecer en su burbuja de pensamientos, observando el mundo desde la distancia.

Pero en ese instante, algo cambió. Verla absorta frente a la pintura que tanto me había cautivado, la misma que una vez repliqué en un estudio al que ya no podía volver, removió algo en mí. Parecía conectada con la obra de un modo que pocos entienden, y eso me conmovió.

Me acerqué sin pensar, compartiendo mi percepción, no solo de la pintura, sino de lo que su presencia me hacía sentir. Pero antes de que pudiera asimilarlo, ella se alejó corriendo, como si mis palabras hubieran irrumpido en su mundo.

Una mezcla de confusión y vergüenza me envolvió. ¿Qué había hecho? ¿Por qué me atrevía a hablar sin filtro, sin pensar en lo que ella podría sentir? Tal vez invadí su espacio, interrumpiendo ese momento de soledad que ella tanto buscaba. Mi instinto me empujó a correr tras ella, a pedir disculpas, a tratar de entender por qué

había reaccionado así, pero algo me detuvo. En medio de la confusión, me di cuenta de lo absurdo que era seguirla. No tenía ninguna razón para hacerlo.

Además, recordé el porqué de mi permanencia en el sitio luego de que terminara mi paseo con los chicos de la clase que dictaba, mi cita con el abogado.

Se había abierto una posibilidad para mí. No estaba seguro si deseaba volver a Francia permanentemente, o si solo quería ir de paso. La única certeza que tenía era que no podía seguir con esa prohibición. No visitarla nunca más me llenaba de dolor y de furia conmigo mismo.

Mientras me perdía en estos pensamientos, escuché que alguien se acercaba. Era el señor Cooper, quien estaba frente a mí ahora. No recordaba si ya me había saludado, pero lo cierto es que me sentí como el típico artista egocéntrico, desconectado de la realidad, inmerso en mis propios demonios.

—Disculpa —dije, un tanto apenado—. No suelo perder el sentido del presente, pero me abstraje pensando en el pasado.

—No te preocupes —respondió con una sonrisa tranquila—. Yo también estoy un poco desorientado por algo que me acaba de suceder. Perdón por no haberte consultado si te puedo tutear.

—Claro que sí, no hay problema —le respondí, devolviéndole la cortesía.

Desde el primer momento, su presencia fue diferente. No era el tipo de persona con la que estaba acostumbrado a tratar. No llevaba un maletín elegante, ni un traje caro; más bien, portaba un bolso cruzado y un look desenfadado, pero de una marca que no dejaba de llamar la atención. Sin pretensiones, sin actitudes arrogantes, me transmitió una sensación de transparencia, de cercanía. Me dio la impresión de que nos llevaríamos muy bien, algo que rara vez experimentaba.

Nuestra conversación fue breve, pero sincera. Le hablé sobre mis problemas y mis frustraciones, sobre mi proceso personal, sobre la promesa que me había hecho a mí mismo. Todo eso pareció suficiente para que Anthony decidiera tomar el caso. Y en ese momento, me sentí aliviado, como si por fin se abriera una puerta que había estado cerrada durante mucho tiempo. El presentimiento que tenía era claro: esta vez iba a funcionar. Mi sueño de regresar a París, de recuperar lo que había perdido, estaba al alcance de la mano.

Nos despedimos con la promesa de reunirnos nuevamente, quizás en su despacho, o incluso en su casa, para llevarle la documentación necesaria. Cuando se fue, dejándome solo de nuevo frente a las enormes escaleras del MET, mis pensamientos volvieron a ella, a la chica de la pintura. No pude evitarlo. Esa sensación extraña y maravillosa, esa conexión fugaz que habíamos compartido, seguía ardiendo dentro de mí, asustándome y emocionándome al mismo tiempo.

Regresé y pasé largo rato frente a la pintura, sumido en mis pensamientos, contemplando sus trazos, como si de alguna manera intentara extraer de ella una respuesta o claridad que me permitiese comprender la razón por la cual había sido tan impactado por esa chica. Al final, no pude evitarlo más, decidí regresar a casa.

Al llegar a mi piso, dejé mis cosas en el sofá y me quité la camisa con la urgencia de quien intenta deshacerse de un peso invisible. Pero había algo que no podía soltar: su imagen seguía anclada en mi mente con la intensidad de un faro. Sin pensarlo, corrí a mi estudio y, con manos temblorosas, comencé a dibujarla. La vi de nuevo, perdida en la pintura, con las emociones flotando a su alrededor como una presencia tangible. No sabía qué buscaba con ese dibujo, solo que necesitaba capturar lo que ella me hacía sentir.

Las horas transcurrieron lentamente mientras me perdía en la tarea, y aunque al principio creí que el lienzo no podría jamás capturar la fascinación que me invadió, ni la inquietud que su presencia había sembrado en mí, algo extraño comenzó a suceder. Poco a poco, la

sombra difusa de mis sentimientos tomó forma. Los colores, caóticos al inicio, comenzaron a entrelazarse hasta plasmar en el lienzo un instante único, más grande que un simple retrato. Había capturado algo profundo, imposible de explicar.

Un rugido en mi estómago me trajo de vuelta a la realidad. O quizás eso solo fue un mecanismo de defensa en contra de lo mucho que ese momento estaba logrando alterarme. Dejé el lienzo y me dispuse a preparar algo de comer.

Mientras cocinaba, una idea cruzó por mi mente: tal vez enmarcaría la pintura. La colgaría en mi salón como un recordatorio de las sensaciones que me había traído, con la esperanza de que algún día pudiera devolvérselo. Regalarle algo mío, pero que le hiciera ver lo que me hizo sentir. Intenté forzarme a no pensar más en ella.

Era extraño, nunca llegué a percibir un sentimiento tan profundo por una mujer que apenas había visto. Era la primera vez que alguien así, de una forma tan inesperada, lograba acaparar mi pensamiento. Me costaba un mundo dejarla en paz.

Justo cuando me senté a comer, mi teléfono sonó. Era Owen.

—Hey, bro, ¿qué tal el día? —preguntó con su tono relajado.

—Lo mismo de siempre. Todo bien —respondí.

—Quería saber si te habías podido reunir con el abogado que te recomendó Chris.

—Sí, estuvo muy bien, creo que por fin encontré la persona correcta para ayudarme a resolver esta situación —le conté, con una leve satisfacción.

—Estupendo —respondió—. También te llamaba para indicarte que tendremos que retrasar un poco las remodelaciones de esta semana. Mi hermana está en la ciudad y nos reuniremos en la casa de Los Hamptons —agregó, y luego, como si fuera un detalle insignificante —: Estás invitado, por cierto.

—Es la tercera vez que me cancelas, Owen —respondí con tono de fastidio, pero resignado—. La excusa de tu hermana no es válida. Olivia está más en Nueva York que en Boston. Además, tengo una cita con el abogado este fin de semana, así que no podría acudir a ese paseo con ustedes.

Owen suspiró al otro lado de la línea.

—Lo siento, amigo. De verdad. Ya sabes que no me puedo resistir a ver a mis personas favoritas y a disfrutar al máximo de ellos.

—Estás disculpado. Si estuviera en tus zapatos, haría exactamente lo mismo. Déjame saber cuándo tengan una nueva fecha, me las arreglaré como pueda por el momento —contesté comprensivo.

Owen era uno de los socios de la empresa que había contratado para remodelar mi galería. Desde que obtuve el local, ellos se encargaron de darle vida a mi visión, y con el tiempo, nos convertimos en buenos amigos. Las veces que me invitaban a sus reuniones, a sus cenas, a sus celebraciones, me hacían sentir como uno más de su familia, como si yo también fuera parte de su círculo cercano.

Luego de esa breve conversación, que no logró calmar del todo mi frustración por la cancelación, decidí darme una ducha y acostarme, esperando que la tranquilidad llegara por fin a mi mente. Pero no fue así.

Esa noche, el rostro de esa chica me acompañó, recorriendo mis sueños con la misma intensidad con la que había invadido mis pensamientos. A veces revivía la escena del museo, esa fugaz interacción que compartimos, y otras, todo se volvía más personal, más íntimo, impulsado por deseos que apenas me atrevía a admitir.

Con el tiempo, sus visitas en mis sueños se hicieron constantes. No solo veía su imagen, también escuchaba su voz, suave y melodiosa, como una canción imposible de olvidar, un murmullo persistente que llenaba mis noches de anhelo y desasosiego.

CAPÍTULO 4

La Cita (Parte 1)

ANTHONY

Aquella noche, conciliar el sueño fue una tarea casi imposible. Los nervios se entrelazaban con una excitación que no podía controlar, y mi mente no dejaba de dar vueltas. El encuentro con Melanie había desatado una tormenta de emociones que me eran desconocidas, y me sentía desbordado. Recorría una y otra vez cada detalle de ese momento, como si al repasarlo pudiera entender mejor lo que había pasado. Su mirada, su sonrisa, la manera en que pronunciaba mi nombre... todo estaba grabado en mi mente, y no podía dejar de leer los mensajes de WhatsApp que intercambiamos, intentando que me revelaran algo más, algo oculto entre las palabras.

En un instante de calma, mi pensamiento vagó hacia Julien. Había mencionado que su familia era de Holanda, que su casa materna quedaba en Utrecht, y eso me llevó a preguntarme qué lo empujaba a querer regresar a París. ¿Sería por una mujer? ¿Podría alguien esperar tanto tiempo por el amor de su vida? ¿Sabría ella que Julien aún la buscaba? ¿Estarían en contacto? ¿Por qué no viajaba ella a los Estados Unidos? Las preguntas se acumulaban en mi mente, y mientras intentaba resolver el enigma, me di cuenta de algo que no había querido aceptar antes: lo que Melanie me hacía sentir no era nuevo. Estuvo ahí, latente, esperando el momento adecuado para despertar.

Me pregunté qué estaría dispuesto a hacer por amor. Y la respuesta surgió clara, sin duda alguna: atravesaría océanos y recorrería mundos enteros con tal de volver a verla. Melanie no era un simple

capricho; encontrarme con ella esa mañana había sido como recibir una señal, una respuesta a mis anhelos más profundos. Era una oportunidad que no estaba dispuesto a dejar escapar. Algo en mi interior sabía que esta vez debía ser diferente.

Cuando la madrugada comenzó a asomar, me levanté antes de que sonara el despertador. La ansiedad me envolvía, y necesitaba calmarla. Me vestí con ropa de deporte y salí a correr, esperando que el fresco aire de Central Park al amanecer lograra despejar mi mente. Las primeras luces del sol comenzaban a teñir el cielo, bañando de tonos cálidos los árboles que rodeaban los senderos. Los aromas de la hierba húmeda y la tierra me envolvían, mientras las notas de "Gotta Be Somebody" de Nickelback resonaban en mis oídos, acompañando el ritmo de mis pasos. Central Park tenía un poder especial sobre mí; cada visita era como la primera. Su inmensidad, su vitalidad... todo en él me llenaba de energía y me reconfortaba. Ese lugar, con su mezcla de naturaleza y vida urbana, tenía una magia que siempre me emocionaba.

A pesar de mi amor por la playa y los paisajes costeros de San Francisco, donde vivía en un departamento cercano a Ocean Beach, nada podía igualar la majestuosidad del parque central de Nueva York. Allí, entre sus verdes prados y senderos serpenteantes, me sentía más vivo que nunca.

Al regresar a casa, tomé un baño largo y dejé que el agua caliente lavara mis pensamientos erráticos. Después, con una taza de café humeante entre las manos, me senté junto a la ventana, tratando de calmarme. Todavía era temprano, pero mi mente ya estaba centrada en un solo propósito: ser puntual.

Conduje hasta la residencia de Melanie, con el corazón latiendo a un ritmo que parecía desafiar las leyes de la tranquilidad. Llegué demasiado temprano, así que me vi obligado a esperar en el auto, ajustando el retrovisor y revisando mi teléfono para no parecer un acosador. Cada segundo se arrastraba con una lentitud insoportable.

Diez largos minutos después, finalmente me armé de valor para salir y acercarme a la puerta.

Toqué el timbre y, para mi sorpresa, no pasó ni medio minuto antes de que Candace, con su eterna sonrisa, abriera la puerta.

—¡Anthony! ¡Cuánto tiempo! —exclamó, dándome un beso amistoso en la mejilla. Sus ojos brillaban con la familiaridad de los viejos tiempos. Candace y yo habíamos compartido innumerables momentos durante el instituto, y verla era como un recordatorio vívido de aquella época.

—Demasiado tiempo. La última vez fue en la graduación, si no me equivoco —respondí con una sonrisa.

—Exacto. Antes de que te fueras a San Francisco y te convirtieras en un tipo de traje —bromeó, su risa ligera llenando el espacio.

—Pero ya ves, el buen hijo siempre regresa a casa —dije, jugando con el tono de mi voz.

—Me alegra saber que ese mundo no te ha cambiado —respondió ella con calidez.

Nuestra conversación quedó en suspenso cuando Melanie apareció al final de las escaleras. Mi respiración se detuvo. Estaba deslumbrante, y cada detalle de su atuendo parecía diseñado para acentuar su belleza natural. Llevaba un vestido corto y suelto, de un blanco impecable, con detalles en tonos café que se movían delicadamente al ritmo de sus pasos. Aunque el vestido no era ajustado, su figura se insinuaba con una gracia que me dejó sin palabras.

Completaba su conjunto con unas botas a media pierna que, sin lugar a dudas, pertenecían a algún diseñador exclusivo. Eran elegantes y probablemente más costosas que mi auto, pero en ella lucían perfectas. Un bolso a juego colgaba de su brazo, y su

maquillaje, sencillo y natural, solo destacaba el color cereza de sus labios, que parecía una invitación imposible de ignorar.

—Cierra la boca, Anthony. Vas a ensuciar mi sala —bromeó Candace, rompiendo el hechizo.

Reí nervioso, intentando ocultar mi desconcierto.

—Lo siento, no pude evitarlo. Estás preciosa, Melanie —admití con sinceridad, acercándome para besar su mejilla. Su piel era suave, y el contacto breve fue suficiente para acelerar aún más mi pulso.

—Gracias, Anthony. Tú también te ves muy bien —respondió ella, con un leve rubor que iluminó aún más su rostro.

En ese preciso momento lo supe: haría lo imposible por no dejarla escapar de mi vida. Todo lo que antes parecía un obstáculo —su juventud, las expectativas de su poderosa familia, mis inseguridades — se desvaneció en un instante. Era como si el tiempo, con toda su crueldad, me hubiera obligado a comprender que los momentos valiosos no esperan, y que este en particular merecía ser vivido con todas las fuerzas de mi ser. Lucharía por un "nosotros" con cada latido, con cada suspiro, y quizás, incluso más allá.

—¿Nos vamos? —pregunté, tratando de sonar casual mientras ofrecía mi brazo.

Melanie, con una sonrisa suave que me desarmaba, tomó su gabardina del perchero y se entrelazó conmigo. Todo parecía tan natural, como si este pequeño gesto hubiera sido ensayado cientos de veces.

El trayecto hacia Andrew's fue encantador. Melanie estaba llena de preguntas sobre mi vida en San Francisco, mi carrera, y cómo me iba en general. Su curiosidad era genuina, y su voz, dulce como una melodía, hacía que cada respuesta mía se convirtiera en algo que quería ofrecerle con entusiasmo.

Cuando mencioné que no tenía novia desde hacía un tiempo, sus labios esbozaron una sonrisa que intentó esconder, pero que no pasó desapercibida para mí. En ese instante, mi pecho se llenó de una alegría cálida, difícil de contener.

Le hablé de Julien, el caso que tenía entre manos, cuidando de no revelar más de lo permitido. Melanie mostró un interés especial, sus ojos brillaban con una empatía que era tan evidente como conmovedora.

—Estoy segura de que su deseo de regresar está relacionado con el amor —comentó, con un leve brillo de emoción en sus palabras.

—Eso creo también —respondí, observándola con atención—. ¿Tú crees que alguien puede esperar tanto tiempo por amor?

—Definitivamente. Cuando el amor es verdadero, no importa el tiempo, el lugar, ni las circunstancias. Deseo que la encuentre y sean muy felices juntos —dijo, y su voz pareció quebrarse ligeramente.

—Eres una romántica empedernida, ¿verdad? —pregunté, sonriendo.

—Lo soy —admitió, sin dudar.

—Me encanta —dije, sin filtro, dejándome llevar por la honestidad. Y su sonrisa fue mi recompensa.

Ya en el restaurante, sentados en una mesa cuidadosamente dispuesta, rodeados por un ambiente cálido y acogedor que se veía enriquecido por su presencia, lo comprendí todo. Este era el momento. Este era el instante que no podía dejar escapar.

Mientras la observaba, con la luz tenue reflejándose en sus ojos y el sonido suave de una melodía de jazz envolviendo el espacio, decidí que no me iría de allí sin que Melanie supiera lo que significaba para mí. Que entendiera cuánto me arrepentía de haber perdido tanto tiempo y que, ahora, mis intenciones eran claras y sinceras. Como decía el profesor Keating en esa película que mi hermana adoraba, “Carpe Diem”. Aprovecha el día.

CAPÍTULO 5

La Cita (Parte 2)

MELANIE

Entrar en Andrew's de la mano de Anthony fue como sumergirme en un escenario que, aunque conocido, parecía transformado por completo. Había algo mágico en la forma en que todo conspiraba para hacer de ese instante uno memorable. La luz dorada del sol se colaba tímidamente por los grandes ventanales, iluminando cada rincón con un resplandor cálido y acogedor. El aire fresco traía consigo un suave aroma a café recién molido, mezclado con las notas dulces de algún postre horneado.

El lugar estaba tranquilo, lo suficientemente ocupado como para sentirse vivo, pero no tanto como para abrumar. Las mesas estaban decoradas con pequeños jarrones de flores frescas, detalles sencillos que añadían encanto al ambiente.

Anthony, siempre atento, retiró mi silla con esa naturalidad que solo tienen los verdaderos caballeros, y no ocupó el lugar frente a mí, sino a mi lado. Ese pequeño gesto me sorprendió y, al mismo tiempo, me llenó de una calidez inesperada. Sentir su proximidad, percibir su perfume, una mezcla sutil de madera y cítricos, me provocó una oleada de sensaciones que intenté disimular con una sonrisa.

—Estás hermosa, Melanie —dijo de nuevo, con ese tono sincero que lo hacía tan especial.

—Ya lo habías mencionado, Anthony. —Mi respuesta fue ligera, acompañada de una sonrisa traviesa.

—Y creo que jamás me cansaré de decirlo —contestó, con un destello de picardía en su mirada, que hizo que mi corazón diera un salto.

En ese momento, todo parecía perfecto: la luz, el aroma, la cercanía, pero, más que nada, la manera en que sus palabras hacían eco en mi corazón. Era como si el tiempo se hubiera detenido, dándome la oportunidad de grabar cada detalle en mi memoria. Ese día no sería uno más, lo sabía con certeza.

La mesera se acercó con una sonrisa amplia y amistosa, irradiando una energía que parecía hecha a medida para el ambiente del lugar.

—Hola, Tony. ¿Lo de siempre? —preguntó con familiaridad, su tono ligero pero lo suficientemente cercano como para encender una chispa de celos en mi interior.

Anthony, sin embargo, no dejó espacio para que aquella sensación creciera.

—Primero ordenará la señorita, por favor —respondió con calma, desarmando mi incomodidad al instante.

Megan, la mesera, me miró con una expresión más neutral mientras sacaba una libreta. Sabía quién era porque, además de frecuentar Andrew's, mi hermana Candace había trabajado allí en un arranque de rebeldía juvenil.

—Sí, claro. Melanie, ¿qué te sirvo?

—Comeré un Omelet a la Jardinera y un jugo de naranja fresco, por favor —dije, sin necesidad de consultar el menú.

—Yo pediré lo mismo, pero cambia el jugo por un americano. Gracias —añadió Anthony con una amabilidad que parecía ser parte de su esencia.

Megan asintió y se retiró hacia el mostrador.

—Acabas de regresar de Francia. Pensé que le darías una oportunidad a las crepes —comentó Anthony, con un tono divertido

que hacía que la conversación fluyera de manera natural.

Sonreí ante su observación.

—Ya las he probado. Son deliciosas, aunque un tanto americanas, al menos las de aquí. Prefiero guardar en mi memoria el auténtico sabor de París por un poco más de tiempo.

Anthony me miró con interés, ladeando ligeramente la cabeza.

—¿Te gustó?

—¿A qué te refieres? —pregunté, intrigada.

—A toda la experiencia —aclaró—. Vivir en París de forma independiente. La ciudad en sí, las calles, la cultura, estudiar en una escuela de arte tan prestigiosa.

Mis ojos se iluminaron al recordar todo lo que París me había dado.

—¡Oh, sí! Me encantó. Sentí que encajé a la perfección. Podría vivir allí y ser feliz con mis paseos vespertinos por el Sena, mi obsesión por probar cada crepe de Francia, las visitas a los viñedos y, sobre todo, el paisaje que tantas veces intenté capturar en mis pinturas.

Mientras hablaba, las imágenes de esas memorias pasaban por mi mente como una película. París no solo había sido un lugar, sino una etapa de descubrimiento, de conexión con mi arte y conmigo misma. Anthony me escuchaba con atención, sus ojos reflejaban un interés genuino que me hacía sentir valorada, como si mis palabras fueran pequeñas piezas de un rompecabezas que él disfrutaba armar.

—¿Por qué regresaste? —preguntó Anthony, con la mirada fija en la mía, como si la respuesta pudiera descifrar un misterio más grande de lo que parecía.

—Porque no es New York —respondí sin titubear—. Esta ciudad es mi hogar. Y eso fue lo único que no encontré, ni en el calor de mi piso, ni en la vista desde mi buhardilla.

Él sonrió, como si mis palabras hubieran sido un regalo inesperado.

—Suerte para mí.

Fruncí ligeramente el ceño, intrigada.

—¿Por qué lo dices?

—¿No es obvio?

Mi respiración se pausó un momento. La calidez en su mirada me hacía pensar que, quizás, la respuesta que tanto había querido escuchar durante años estaba finalmente frente a mí. Pero me resistí a sacar conclusiones.

—No me gusta dar las cosas por sentado, ni interpretar expresiones de otras personas. Me he llevado montones de decepciones por eso —dije con seriedad, tratando de mantenerme firme.

Anthony se inclinó un poco más cerca, su tono bajó, pero sus palabras adquirieron una intensidad que caló profundo.

—Melanie, si mis ojos no me delatan, te lo diré. Lamento no habértelo confesado en el pasado por las razones estúpidas que fueran y que ahora no tienen ningún sentido. Pero estoy loco por ti, y en el fondo creo que siempre lo estuve.

Sus palabras resonaron como una melodía fascinante, de esas que, al principio, parecen chocar con tu entendimiento, incomprensibles en su magnitud, pero que luego encajan a la perfección. Sentí un escalofrío recorrer mi piel, como si cada letra hubiera encendido una parte de mí que llevaba años en silencio.

No respondí de inmediato. Era un instante que merecía ser atesorado, un momento donde el tiempo parecía detenerse. Mis labios querían hablar, pero mi corazón insistía en que lo dejara absorber lo que acababa de escuchar. Y allí, bajo la cálida luz que se colaba por los ventanales, sentí que todo en mi vida conducía a este preciso momento.

Sonreí nerviosamente, intentando que el rubor de mis mejillas no fuera tan evidente. Por fortuna, Megan interrumpió en el justo

momento, trayendo con ella la salvación que tanto necesitaba para no perderme en el torbellino de emociones que acababa de desatarse.

—Acá tienen todo, no dejen de hacerme alguna seña si desean algo más. Que disfruten de su desayuno —dijo Megan, dirigiendo una sonrisa hacia Anthony. Sin embargo, él ni siquiera parecía notarla. Sus ojos, fijos en mí, no daban tregua.

Sentí que el mundo se reducía a ese pequeño espacio entre nosotros. Por un momento, la figura de la mesera desapareció y todo lo que quedaba era el peso de sus palabras, aún flotando en el aire que compartíamos.

—¿No dices nada? —preguntó Anthony, su voz suave, pero cargada de una intensidad que no podía ignorar.

Suspiré, tomando un sorbo de mi jugo antes de responder.

—No sé qué decir, Anthony. Deseé por tanto tiempo escuchar esas palabras, y sinceramente, ahora no las esperaba. Me di por vencida hace mucho.

El silencio que siguió fue pesado, lleno de una quietud que ambos parecíamos estar evitando confrontar. Miré su rostro, tratando de entender sus pensamientos, pero él solo sonrió con cierta incredulidad, como si aún no pudiera creer lo que acababa de confesar.

—Entonces... —comenzó, con una sonrisa que se iba ampliando lentamente—, ¿por qué nunca me dijiste nada?

Me sentí aún más avergonzada, como si la conversación se volviera más incómoda con cada palabra que salía de su boca.

—Porque pensaba que no tendría sentido. Siempre parecía que te interesaban otras cosas, o que... —mi voz se fue apagando mientras buscaba las palabras adecuadas—... que simplemente no me veías de esa manera.

Anthony soltó una risa baja, casi como un suspiro, y sus ojos brillaron con algo entre sorpresa y diversión.

—¿Te parece que no te veía de esa manera? —repitió, ahora con un tono juguetón, pero también sincero—. Siempre estuviste ahí, Melanie. Lo supe, aunque no quería admitirlo.

Un nudo se formó en mi estómago al escuchar esas palabras. No sabía si sentirme aliviada o frustrada. Era como si, por fin, todo encajara, pero al mismo tiempo, esa certeza me dejaba una sensación de descontrol, de vulnerabilidad. No pude evitar sonrojarme aún más, sabiendo que la verdad ya estaba sobre la mesa.

—¿Entonces, por qué nunca dijiste nada? —pregunté, intentando mantener la calma.

Anthony se recostó en su silla y me miró de manera tranquila.

—Porque pensaba que te merecías algo mejor, Melanie. Siempre vi cómo todos se acercaban a ti, cómo querían permanecer a tu lado, y yo... yo solo tenía miedo de no estar a la altura.

Su voz, suave y sincera, llegó a mis oídos con un eco que me dejó muda.

—Melanie, dijiste que no lo esperabas ahora, y tus palabras sonaron a pasado. ¿Hay alguien más en tu corazón?

La pregunta me golpeó como un rayo, sacándome de mi mundo y transportándome a un lugar inesperado. De repente, el rostro de un extraño cruzó por mi mente en un destello fugaz, parecido a una sombra borrosa. Fueron apenas dos segundos, pero se sintieron como una eternidad, tan surrealista que me costó asimilarlo. Volví a esos ojos hipnotizantes y un torrente de emociones se desbordó en mí.

—¿Alguien más? ¿Das por sentado que tú lo estás? —Me reí con incredulidad, pero también con una chispa de desafío. Él se unió a

mi risa, aunque logré notar algo que cambió en su expresión—. No, Anthony, no hay nadie más.

El ambiente parecía haberse detenido. En ese instante, el aire a nuestro alrededor se cargó de una electricidad palpable. Su rostro pasó de la leve sorpresa a algo mucho más profundo. Su mirada se intensificó, y supe, con total certeza, que estaba por suceder eso que había estado imaginando por mucho tiempo.

Se acercó, y por un momento el mundo desapareció. Solo quedamos nosotros, el sonido de nuestras respiraciones entrelazadas, el silencio alrededor que parecía gritar. Sus labios se acercaron a los míos con una suavidad casi inaudible, como si quisiera comprobar si realmente estaba allí, si lo sentía también. La punta de sus dedos rozó mi mejilla, un gesto tan íntimo, tan cargado de promesas que me hizo perder el control por completo. Sentí que todo lo que viví hasta entonces había sido un preludio para este preciso instante.

—Melanie, voy a besarte. Si no hay espacio para mí en tu vida, es el momento justo para detenerme. Porque después, no habrá regreso. Será todo y para siempre.

Las palabras de Anthony me atravesaron con la electricidad de un rayo, pero mi mente se quedó atrapada en la encrucijada de sus significados. Mi cuerpo reaccionó más rápido que mi cabeza, y no pude evitar morderme el labio, nerviosa, confundida, y al mismo tiempo, embriagada por la fuerza de su declaración. Estaba viva, completamente viva, pero a la vez perdida.

Él debió percibir esa duda, ese momento de vacilación, porque en lugar de esperar más, acortó el espacio entre nosotros. De un instante a otro, su boca encontró la mía en un beso corto, pero cargado de una pasión tan inesperada que casi me hizo perder el aliento. Percibí al tiempo desvanecerse, y todo lo que quedó fuera de nosotros era irrelevante.

El primer roce fue suave, casi tímido, dulce como un susurro. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que su lengua se colara

lentamente entre nuestros labios, explorando de una manera que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Saboreó mi boca, dos veces, con la delicadeza de alguien que estaba seguro de lo que quería, y luego, con una calma abrumadora, atrapó mi labio superior entre los suyos, separándose lentamente, sin dejar de observar mis ojos, buscando algo que, tal vez, yo aún no sabía reconocer.

¡Guau! Pensé, pero no encontré palabras. Mi mente se había quedado sin aliento, aunque mi corazón, ese loco corazón, latía con fuerza, queriendo seguir el ritmo de sus gestos, de esa conexión tan pura que había surgido de la nada.

Él sonrió, dejando mi alma en suspenso, y luego dio un bocado a su comida, como si ese gesto tan profundo fuera solo una parte de algo aún más grande. Yo, en un intento de recuperar un poco de normalidad, lo imité, tomando un trozo de mi plato sin apartar la mirada de él. Las palabras sobraban ahora, porque el acto hablaba por sí mismo. Había algo irreversible en lo que estaba sucediendo. Él lo dijo: "Será todo y para siempre."

El ambiente parecía haberse transformado por completo. Esa mañana, aquellos momentos, se hicieron eternos.

La comida desapareció lentamente, y los platos quedaron vacíos, pero las palabras, cuando volvieron, fluyeron con la misma naturalidad con la que habíamos compartido el primer beso.

Hablamos de todo, del pasado que separó, de los años que quedaron en silencio, y también del futuro. Nuestras expectativas, tanto personales como profesionales, encajaban perfectamente, como piezas de un rompecabezas que finalmente encontraban su lugar. Había algo inquebrantable en esa conversación, en esas ideas compartidas, en la certeza de que estábamos en el mismo camino, al mismo ritmo. Las probabilidades, antes inciertas, ahora se alineaban a nuestro favor.

A partir de ese momento, mis días se llenaron de color. Cada instante se tornó vibrante, cargado de una intensidad que nunca

antes conocí. Anthony entró en mi vida, y yo en la suya, con la promesa de que no había vuelta atrás. Y eso, aunque aún me resultaba asombroso, se sentía como el lugar al cual pertenecía.

CAPÍTULO 6

¿Quién es Julien de Haven?

JULIEN

Después de varias semanas en las que el sueño se me escapaba como arena entre los dedos, aquella mañana decidí enfrentarme al tumulto de pensamientos que me acosaban. Una mezcla inquietante de recuerdos borrosos, momentos imaginados y las persistentes imágenes de aquella tarde en el MET giraban en mi mente, como si el espectro de la mujer en el cuadro de Monet se hubiese instalado en mi subconsciente. Era hora de aislar esos pensamientos y centrarme en las posibilidades que tenía frente a mí, aunque el peso de la incertidumbre me apretara el pecho.

La llamada de Anthony me devolvió al presente. Confirmó que había revisado todo lo posible sobre el caso, pero que aún quedaban cabos sueltos que requerían mi ayuda para atar. Sabía que este momento llegaría, y un nudo de ansiedad se formaba en mi estómago ante la posibilidad de que Anthony, como tantos antes que él, interpretara mal las piezas y nos condujera por un camino equivocado. A pesar de ello, me aferré a la esperanza de que mi colaboración fuera suficiente para evitar errores pasados.

Concordamos reunirnos después del almuerzo, en las oficinas de su bufete, un espacio que Anthony describió como tranquilo y confidencial, ideal para una conversación franca. La hora pactada me dejaba algo de margen en la mañana, así que decidí aprovecharlo. Salí de casa cerca de las diez, el aire frío y cargado de humedad me golpeó con suavidad mientras me dirigía a la galería. Era mi refugio, un lugar donde el arte y el caos encontraban un delicado equilibrio.

El lugar lucía silente, lo cual me daba un poco de tranquilidad.

Holly, mi socia y el alma incansable del lugar, había dejado un par de asuntos pendientes para mí. Aunque a veces me reprochaba en silencio que no pasara tanto tiempo allí como ella, siempre lograba equilibrar su leve frustración con el profundo respeto que sentía por el arte que juntos habíamos construido. Mientras revisaba los documentos y ajustaba pequeños detalles, sentí una punzada de orgullo. Era cierto, no pasaba tanto tiempo en la galería, pero cada vez que estaba allí, ponía el alma en ello. Y al igual que las obras que adornaban las paredes, dejaba una parte de mí en cada rincón.

Al salir, la lluvia acababa de detenerse. El aire olía a tierra mojada, ese inconfundible petricor que siempre me había resultado un bálsamo. Inspiré profundamente, tratando de calmar los nervios que revoloteaban en mi interior.

Me dirigí entonces a casa de Tess. Habíamos quedado para almorzar juntos, y sabía que su compañía y su comida casera serían justo lo que necesitaba antes de enfrentar la reunión. Tess, con su calidez natural y su humor contagioso, había sido mi ancla desde el día en que llegué a Nueva York. En un mundo que parecía decidido a etiquetarme como un extraño o algo peor, Tess me había acogido sin preguntas ni prejuicios. Recordaba claramente cómo, aquel día que llegué a su puerta por pura casualidad, ella me ofreció un plato caliente y una conversación reconfortante, sabiendo que justo eso era lo que necesitaba.

Ese día no fue diferente, Tess, como siempre, fue un remanso de paz en medio de mis inquietudes. Pasé un rato apaciguador junto a ella, su hija Maya, y su nuera Sharon. El comedor estaba lleno de luz, con una calidez que parecía provenir no solo de las ventanas, sino del ambiente que ellas creaban. Todo fue risas y anécdotas. Maya compartía sus ocurrencias con una chispa contagiosa, mientras Sharon hacía comentarios ingeniosos que desataban carcajadas. Era ese tipo de momento que se sentía como un abrazo invisible, un refugio donde podía bajar la guardia.

Al despedirme, Tess me envolvió en sus brazos como acostumbraba siempre, de forma fuerte y sincera, acompañando el gesto con sus palabras llenas de fe: "Todo va a salir bien." Aquella frase, sencilla pero cargada de convicción, era el empujón que necesitaba para enfrentar cualquier reto, por muy abrumador que pareciera.

Arribé al bufete de Anthony cerca de las dos de la tarde, un poco antes de lo acordado. La puntualidad, me había enseñado mi padre en una de las escasas lecciones que me dejó, era una muestra de respeto hacia los demás. Mientras subía en el ascensor, me descubrí ajustando mi chaqueta, intentando proyectar una confianza que no sentía del todo.

Una recepcionista rubia me recibió al salir, con una amabilidad que rozaba lo excesivo. Su sonrisa parecía algo más que profesional, casi coqueta, pero preferí no prestarle mucha atención. Me limité a agradecer y seguirla con un aire cordial. Me condujo hasta la oficina de Anthony, un espacio pulcro, cuidadosamente organizado, pero que carecía de alma artística.

La estancia era mediana y bien iluminada, decorada en tonos neutros que daban una sensación de orden y profesionalismo. Frente a la puerta de vidrio había un escritorio amplio, acompañado por dos sillas de cuero para los visitantes. Un ventanal detrás de este ofrecía una vista espectacular de la ciudad, un recordatorio de la distancia entre mi mundo caótico de pinceles y este universo de estructuras y líneas limpias. A la derecha, un pequeño juego de muebles, con un sofá y una biblioteca, añadía un toque informal. No había ni un solo cuadro, escultura o fotografía artística; la ausencia de arte me resultó desconcertante, como si ese espacio estuviera incompleto, vacío en un sentido que solo alguien como yo notaría.

Sin embargo, había pequeños destellos de humanidad: una fotografía de Anthony junto a un hermoso labrador dorado, con ojos que irradiaban lealtad, y un par de pelotas de béisbol firmadas, cuidadosamente exhibidas en un estante. Eran los únicos objetos personales en el lugar, parecía que el hombre que trabajaba allí se esforzaba por mantener su vida privada bajo llave.

Anthony me recibió con un apretón de manos firme, igual al del primer día que nos conocimos, una expresión de seguridad que contrastaba con la nube de incertidumbre que me acompañaba. Me invitó a sentarme en el sofá, evitando el escritorio, eliminando cualquier barrera y mostrando que esta reunión sería más una conversación que un interrogatorio. Era un gesto simple, pero que denotaba algo importante: esperaba que me abriera, que confiara en él.

El aire en la oficina parecía cargado de una calma artificial, como si cada molécula estuviera en su lugar exacto. Pero dentro de mí, todo era un torbellino. Sabía que lo que estaba a punto de decir podría definir no solo el rumbo del caso, sino quizás el curso de mi propia vida. Tragué saliva, intentando calmar el nudo en mi garganta, y miré a Anthony, cuyo rostro reflejaba paciencia y una pizca de curiosidad.

—Supongo que ya tienes tus preguntas preparadas —le dije, intentando sonar relajado.

—Antes que nada, ¿cómo estás? —preguntó, con un tono que me tomó por sorpresa. Aunque era una pregunta simple, su voz tenía una calidez inusual para alguien en su posición. No parecía parte de un protocolo; había algo genuino en su expresión que, por un instante, me desarmó.

No estaba acostumbrado a esa clase de interés, menos aún de un abogado. Pero lejos de sentirme incómodo, me sentí halagado. No sabía si era una estrategia calculada o si realmente le importaba, aunque, de cualquier forma, logró lo que pocas personas conseguían: me abrió una puerta.

—He estado nervioso, para ser sincero —admití, dejando escapar una leve sonrisa inquieta—. Sé muy bien de qué se trata esta reunión, y, como te imaginarás, el tema y los recuerdos me revuelven la vida.

Anthony asintió lentamente, con una expresión serena que parecía decirme que estaba en un lugar seguro.

—Lo entiendo, Julien. Más de lo que crees —respondió con tranquilidad.

Mientras hablaba, noté que no tenía ningún papel ni documento en la mano. Era evidente que estaba cuidando cada detalle para que la situación no se sintiera intimidante. Me di cuenta de lo bueno que era en su trabajo. Sabía exactamente qué decir y qué hacer para generar confianza.

—No deseo que este encuentro sea un cuestionario frívolo —prosiguió, su tono impregnado de sinceridad—. Quiero ser muy honesto contigo. Para ayudarte, necesito saber más de lo que dicen los papeles. Los documentos son técnicos, impersonales, y no cuentan la verdad completa. Pero no es propio de mí actuar robóticamente. Esta es tu historia, tu vida, y quiero que sepas que lo que me digas lo trataré con absoluta sensibilidad. Así que aquí estoy. Cuéntame lo que te apetezca de los hechos que te llevaron a ser expulsado de Francia.

Sentí un nudo formarse en mi garganta. Nunca nadie había abordado el tema con tanto tacto, ni había mostrado una disposición tan evidente de escuchar mi verdad. No me pidió que contara "mi versión," como solían hacer los demás, como si insinuaran que había algo de mentira que debía justificar. No. Anthony simplemente asumió que lo que tenía que decir era auténtico.

Su enfoque fue un acierto tras otro. Por primera vez, sentí que alguien de verdad estaba de mi lado, que no me veía como un caso más, sino como una persona. Inspiré profundamente, tratando de disipar la tensión en mis hombros.

—De acuerdo —dije finalmente, con la voz más tranquila de lo que había esperado—. Intentaré ser lo más claro posible.

Y así, comencé a contarle. Las palabras, al principio pesadas, fueron fluyendo poco a poco. Narré los acontecimientos que me habían llevado a aquella situación, desentrañando los momentos que todavía me dolían como heridas abiertas. Anthony no me

interrumpió ni una sola vez. Me miraba con atención, como si cada palabra fuera crucial.

—Todo comenzó con un fatídico intento de reencontrarme con mi padre, quien nos abandonó a mi madre y a mí cuando apenas tenía ocho años —dije, sintiendo cómo mi voz temblaba ligeramente al pronunciar las palabras—. Por demasiado tiempo, la vi llorar por él, sin entender por qué seguía amando a un hombre que nos había dejado solos. A medida que fui creciendo, paré de preguntarle por él, pero nunca dejé de notar cómo el peso de su ausencia se reflejaba en sus ojos. Cada lágrima era un recordatorio de ese vacío que él había dejado.

Respiré profundamente antes de continuar, las imágenes de mi infancia eran un torbellino de recuerdos desordenados.

—Crecí en una casa donde nunca faltó el dinero, pero sí el afecto. Mi abuela, una mujer dura y orgullosa, no perdía ocasión para reprocharle a mi madre sus elecciones. Constantemente le recordaba que su desdicha era culpa de no haberse casado con el hombre que ella había elegido. La acusaba de humillarse ante el abandono de mi padre, de traer deshonra a la familia.

Hice una pausa, sintiendo el peso de esas memorias en mis hombros.

—A pesar de todo, mi madre nunca dejó de amarlo. Incluso quince años después de que él se fue, ella seguía añorando su regreso. Yo no entendía qué clase de amor podía enterrarse tan profundamente en alguien como para sobrevivir al dolor y la traición.

Mientras hablaba, me di cuenta de algo. No era solo la forma en que escuchaba, sino la manera en que lograba que el peso de mi historia se sintiera menos aplastante. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que mi verdad no caía en un vacío, sino en alguien dispuesto a entenderla.

—En su lecho de muerte, mi abuela me reveló algo que cambió mi perspectiva por completo. Me confesó que mi padre había huido una

madrugada, justo antes de que la policía llamara a la puerta. Esa huida le costó a nuestra familia una fortuna. Según mi abuela, él nos había estafado y abandonado, pero mi madre siempre sostuvo lo contrario: juraba que él se había marchado para protegernos.

Levanté la mirada hacia Anthony, quien seguía escuchando con la misma calma inquebrantable. Su seriedad me daba la confianza de continuar.

—Cuando mi madre también dejó este mundo, con el corazón roto por la pérdida y las revelaciones hechas por mi abuela, viajé a Francia decidido a encontrarlo. Quería reclamarle por todo el daño que había causado, no solo a ella, sino a mí también. En mi búsqueda, conocí a un hombre que decía ser su hermano, mi tío, quien aseguraba tener información sobre su paradero —dije, cuidando mis palabras.

Preferí omitir el papel de la persona que me había conducido a él; no quería involucrarla en esta historia.

—Mi tío resultó ser un criminal, alguien que escondía su verdadera naturaleza tras una fachada de hombre de negocios. Se aprovechó de mi talento con el arte. Me manipuló para que falsificara y robara obras a cambio de las respuestas que buscaba sobre mi padre. No tenía idea de hasta dónde llegaría todo aquello... y, bueno, lo demás ya lo conoces.

La expresión de Anthony cambió súbitamente. Sus ojos se achicaron, como si estuviera intentando descifrar un acertijo oculto en mis palabras, algo que yo mismo no había dicho. Fue un instante incómodo, cargado de una tensión silenciosa que hizo que el ambiente en la oficina se sintiera más denso.

Sabía que no se quedaría con esa versión de los hechos. Anthony era un hombre perspicaz, y yo, a pesar de mis esfuerzos por mantener ciertos detalles fuera de la conversación, no podía evitar que su instinto profesional lo llevara a buscar lo que le ocultaba.

—¿Qué sucede? —pregunté, sintiéndome expuesto bajo su mirada analítica.

Anthony mantuvo su postura relajada, pero su tono adquirió un matiz ligeramente más directo.

—Tenía la impresión de que había otra mujer involucrada en esta ecuación —dijo finalmente, inclinándose apenas hacia adelante—. Cuando nos entrevistamos la primera vez, mencionaste que la razón por la que querías regresar a Francia estaba relacionada con alguien. Y si no me equivoco, creo haberte escuchado decir que ese alguien era una mujer, o quizás lo asumí.

Su afirmación fue como un golpe sutil, certero, que me dejó sin aire por un momento. Era cierto que había mencionado algo en nuestra primera reunión, tal vez de manera accidental, o quizás en un descuido provocado por los nervios. No podía negar que había una mujer en todo esto, pero no era un tema que quisiera desentrañar en ese momento. No porque no fuera relevante, sino porque remover esa parte de la historia era como abrir una herida que aún no terminaba de cicatrizar.

Me pasé una mano por el cabello, buscando algo de claridad antes de responder.

—Es cierto que hay alguien más en la historia —admití, bajando la mirada momentáneamente—. Pero no estoy seguro de que hablar de ella sea significativo para lo que estamos tratando aquí.

Anthony no respondió de inmediato. Me observó con paciencia. Su silencio era tan eficaz como sus palabras, y en algún punto entendí que no me dejaría evadir el tema con facilidad.

—Julien —dijo finalmente, con un tono casi paternal—, no estoy aquí para juzgarte, y créeme cuando te digo que todo lo que compartas conmigo puede ser importante, incluso si en este momento no lo parece. Esta mujer, quienquiera que sea, ¿qué papel juega en todo esto?

Respiré profundo, sabiendo que, aunque abrir esa caja de Pandora era lo último que quería, no tenía otra opción.

Me quedé en silencio durante varios minutos, y agradecí que Anthony no insistiera. Su paciencia me permitió reunir el valor necesario para hablar.

Intenté organizar mis pensamientos, buscando las palabras justas, aquellas que me permitieran relatar los hechos sin exponer completamente mis emociones. Pero sabía que era una tarea casi imposible. Los recuerdos siempre venían cargados de sentimientos, y no importaba cuánto intentara controlarlos, se filtraban entre cada frase. Finalmente, dejé de luchar contra ellos y comencé.

—Al llegar a Francia, coloqué un aviso en el periódico junto a una fotografía de mi padre, ofreciendo una recompensa por cualquier información sobre él —dije, con un tono de voz que apenas era un susurro.

Hice una pausa, permitiendo que la imagen de aquel anuncio, con su titular desesperado y mi propio nombre oculto tras un alias, volviera a mi mente.

—Pasaron varios días sin noticias. Mientras tanto, me sumergí en los registros locales de Marsella, revisando archivos, documentos antiguos y esperando que alguno de mis contactos me diera una pista. Fue un tiempo solitario, lleno de silencios pesados y miradas esquivas de quienes no querían involucrarse en mi búsqueda.

Tomé aire antes de continuar, sintiendo que cada palabra desenterraba emociones que había enterrado con esmero.

—Un día, recibí una llamada. Era una mujer. Su voz era tranquila, pero tenía un matiz de urgencia que no pude ignorar. Afirmaba contar con información sobre mi padre.

Cerré los ojos un instante rememorando cada segundo de aquel momento.

—Nos reunimos en mi hotel esa noche, en el pequeño café del vestíbulo. Ella llegó puntual, envuelta en un abrigo gris que contrastaba con su cabello castaño. Sus ojos tenían una mezcla de determinación y cansancio que me inquietó.

Pausé mi relato de forma un tanto abrupta al darme cuenta de que, inevitablemente revelaba rastros de mis sentimientos. Proseguí al entender que no podía ya seguir cuidando mis palabras ante aquel hombre que se mostraba agradecido de que no dejara nada por decir.

—Me explicó que trabajaba para Adrian, el hermano de la persona a la que yo buscaba, y que él la había enviado en mi búsqueda. Su tono era directo, sin adornos —expliqué—. Me dijo que su jefe me ayudaría, y que, aunque no tenía que confiar en él, podía confiar en ella.

—¿Le creíste? —Anthony interrumpió mi relato, con la voz serena, pero con una inflexión que me hizo dudar si él mismo confiaba en mi juicio.

Era la primera vez que me detenía a reflexionar sobre ello desde otra perspectiva, y entendí sus sospechas. Por momentos, especialmente en los días más oscuros, yo también había dudado de Katerine. Pero ahora, con el paso del tiempo, era claro para mí que, pese a todo, ella también había sido víctima, alguien atrapado en el centro de una red de mentiras tejida por otros.

—Sí… al menos en ese momento —respondí tras un silencio prolongado—. Había algo en su mirada, en la forma en la que evitaba mis ojos cuando hablaba de Adrian, que me hizo confiar en ella. Aunque ahora sé que no todo lo que dijo era cierto, en su forma velada y retorcida, siempre trató de advertirme, de protegerme a su manera.

Anthony asintió levemente.

—¿Qué pasó luego? —preguntó.

Cerré los ojos un momento, tratando de reunir el coraje necesario para seguir. La habitación estaba callada, solo se escuchaba el sonido del viento golpeando suavemente las ventanas. Me encontraba tan cerca de contar todo, pero al mismo tiempo tan lejos de enfrentar lo que había quedado atrás.

—Me llevó a París —continué, el nudo en mi garganta lo hizo sonar como si hablara desde un lugar distante—, a la ciudad donde todo se complicó. Allí, finalmente me encontré cara a cara con Adrian, el hermano de mi padre. En ese encuentro, me convenció de que comenzara a trabajar para él, falsificando pinturas y esculturas a cambio de información sobre mi padre.

Hice una pausa, mirando a Anthony, que seguía observándome con esa paciencia inquietante.

—Me empezó a dar información a cuentagotas, como si todo fuera un juego y yo solo una pieza más en su tablero. Direcciones, fragmentos de documentos personales, y un expediente viejo, de cuando mi padre nos abandonó. Me hablaba de las razones que supuestamente lo llevaron a hacerlo, aunque las palabras se deslizaban por su boca sin tocar la verdad. Cada pedazo de información era como una droga, me mantenía con la esperanza de que algún día me diría lo que tanto ansiaba saber, el paradero de mi padre.

El aire de la habitación se hizo más denso. No podía escapar de los recuerdos de esos días, la sensación de estar atrapado entre la mentira y la desesperación. De repente, mi mente vagó hacia la imagen de Katerine, su expresión ambigua, tan confusa como la mía. Quería huir, regresar a Holanda, pero no podía. Francia tenía un control sobre mí, un control al que, de alguna manera, había dejado que me sometiera.

El rostro de Katerine se cruzó con otro rostro en mi mente, el de esa extraña que había visto frente a un cuadro de Monet en el MET. Notaba algo en su presencia que no entendía del todo, pero que me trajo una extraña calma. No era ni compasión ni simpatía, sino una

paz inexplicable, como si el simple hecho de verla me hubiera conectado con algo más grande, más allá de la tormenta en la que estaba atrapado. Fue como un respiro breve, un alivio temporal que me permitió, por un fugaz momento, dejar de lado el caos de mi propio relato y hallar la fuerza necesaria para continuar.

—Cuando ya llevaba casi un año atrapado en ese ciclo, sabiendo que Adrian nunca me daría lo que quería, que no me revelaría el paradero de mi padre, decidí que no podía seguir. El peso de la desesperación me cegó, y fue entonces cuando lo amenacé. Le dije que iría a las autoridades, que revelaría todo el negocio turbio que mantenía con las pinturas falsificadas, aunque eso me arrastrara al mismo infierno. No me importaba, ya no podía seguir así, siendo una pieza más en su juego.

Cuando la confesión salió de mi boca, sentí como si me despojara de un peso cargado durante demasiado tiempo. Sin embargo, aunque había hablado, algo continuaba oprimiéndome. La sensación de estar atrapado entre la necesidad de decir la verdad y el miedo a las consecuencias seguía clavada en mí.

—Al principio, se burló de mí. Pensó que estaba faroleando, que no era más que una advertencia vacía. Pero, al ver que no flaqueaba, cuando percibió la firmeza en mi mirada, me dijo, con una sonrisa amenazante, que, si lo hacía, nunca volvería a ver a Katerine. Sus palabras me apuñalaron por dentro, y aun así, no retrocedí. Mi objetivo era claro.

Anthony bajó el rostro, quizás reconociendo la culpa en mis ojos.

—No pasó ni una hora cuando recibí una fotografía de Katerine, atada a una silla, y con un pañuelo tapando su boca.

—¿Fue allí cuando comenzaste a robar las pinturas? —interrogó Anthony, y aunque ya sabía que había leído los cargos que me habían imputado, escuchar esa pregunta, escuchar que me acusaban de esos crímenes, me hizo sentir incómodo, me invadió una ola de vergüenza. Me costaba verbalizar esos actos, casi tanto

como recordar los rostros de las víctimas de esa guerra que, al final, fue solo por dinero.

—Sí... y bueno, creo que ya conoces lo demás —dije, intentando zafarme de tener que contar el resto, que me estaba perforando el alma al solo recordarlo.

—Prefiero escucharlo de ti.

Sus palabras fueron una invitación a despojarme de la coraza, a seguir desnudando mi alma, a sumergirme en lo que era mi vida, por dolorosa que fuera.

—No hay mucho más que contar. Entré al equipo élite de ladrones de guante blanco, un grupo de sombras que se movían bajo el radar, expertos en robar sin dejar huella. Me entrenaron, me convertí en uno de ellos. Robé algunas obras, las cuales fueron reemplazadas por falsificaciones que yo mismo creé. Pero todo se vino abajo en el último intercambio, el que pensaba que me devolvería a Katerine, cuando la redada ocurrió. Fue el caos: gritos, disparos, sirenas... y yo no pude hacer nada más que ver cómo todo se desmoronaba. Me arrestaron, me llevaron preso, y Katerine... desapareció, como si nunca hubiera existido. En el tiroteo, algunas personas resultaron heridas, y otras no sobrevivieron.

—¿Dónde está Adrian ahora? —preguntó Anthony, y la indiferencia en su voz no ayudó a mitigar el peso de esa pregunta.

—En Francia, haciendo lo mismo que siempre. —La respuesta me salió con desgano. Todo lo que había hecho fue en vano.

—¿Cómo es que no lo detuvieron? —La pregunta de Anthony cortó el aire, y por un momento, me quedé pensativo. Algo en su tono parecía sugerir incredulidad, como si no comprendiera cómo podía ser que, con tantas pruebas, aún estuviera libre.

—Pese a toda la información que pude proporcionar, no encontraron evidencia directa que lo vinculase con los robos ni, mucho menos, con el secuestro de Katerine —respondí, y la impotencia volvió a

apoderarse de mí. Había dado todo lo que tenía, cada pedazo de información, pero no fue suficiente.

—¿Por qué no hay nada sobre Katerine en el expediente? —me preguntó, y sentí el peso de su mirada penetrándome, buscando una respuesta que aún no había encontrado en mis palabras.

—Porque la identidad de Katerine no aparecía en los registros de Francia. —Mi voz vaciló un poco, pero continué—. No era su verdadero nombre, y nunca se pudo comprobar que realmente estuviera secuestrada.

Un silencio pesado llenó la habitación. Anthony me miró con sus ojos fijos, parecía intentar desentrañar una verdad oculta, algo que yo mismo no estaba seguro de poder comprender.

—¿Aun así la ves como víctima? —Su tono era un cóctel de duda y asombro, cuestionando no solo a Katerine, sino también a mí. Como si mi visión del mundo estuviera, de alguna manera, distorsionada.

—Lo era. Estoy seguro de que lo era —Mis palabras salieron con firmeza, aunque mi corazón palpitaba más rápido, consciente de que, a veces, el amor nos ciega, nos hace ver lo que queremos ver, no lo que realmente es. Pero no podía dejar de sentirlo: Katerine había sido una víctima, atrapada en un juego mucho mayor que ella.

Las emociones bullían en mi interior, sabiendo que la respuesta que Anthony deseaba no era algo que pudiera dar tan fácilmente. Mi voz volvió a romper el silencio.

—Y yo la amaba, y estoy consciente de que eso nublaba un poco mi juicio. —La sinceridad dolió más de lo que esperaba. La llegué a amar con una intensidad cegadora, y eso me había arrastrado a una espiral de decisiones equivocadas.

Anthony me observó en silencio, y luego, con un tono que ya no era el de un abogado analítico, sino el de alguien que comenzaba a comprender la magnitud de mi tormento, afirmó:

—Y por ella, quieres volver a Francia.

No respondí. Las palabras se me atascaban en la garganta, atrapadas entre el dolor y la esperanza, entre la culpa y el deseo. Por un momento, la mujer del MET vino nuevamente a mi cabeza, evocando otra vez esa sensación extraña de calma. Un instante fugaz, pero suficiente para hacerme cuestionar si mi necesidad de regresar a Francia tenía algún propósito real o si simplemente estaba corriendo tras sombras, persiguiendo algo que ya no existía.

Esa imagen, la de ella perdida en su contemplación, fue el único momento desde mi exilio en el que sentí que tal vez todo carecía de sentido. ¿Qué buscaba realmente al regresar? ¿Venganza? ¿Redención? O tal vez, en el fondo, solo buscaba la paz, una forma de reconciliarme con lo que fui y lo que dejé atrás. Pero la paz nunca llega cuando estamos atrapados en la tormenta de nuestros propios demonios.

El resto de la conversación fue menos estresante. Las palabras de Anthony ya no parecían tan pesadas. Mi historia había sido dicha, y, aunque el aire seguía cargado de tensión, ya no me sentía tan atrapado. La condena de dos años que cumplí pesaba menos cuando pensaba en lo que había dejado atrás. Pese a que la sentencia original fue de diez años, el hecho de cooperar con las autoridades y entregar una lista crucial de compradores del mercado negro de arte logró reducir mi condena. Pero, a cambio, el precio fue el exilio.

Poco más hablamos luego de la revelación de mi historia. Le conté cómo había llegado a América, a la segunda capital del arte, buscando algo que ni siquiera sabía qué era. Estaba atormentado por los recuerdos, por mis propios errores, y me sentía perdido, desconectado del mundo. Mis días se desvanecían entre moteles baratos, sin rumbo fijo, y mis noches se convertían en un constante escape, bebiendo en bares oscuros, tratando de olvidar todo lo que hice, y, a la vez, recordando lo que había perdido.

Fue en ese torbellino de desesperación que conocí a Tess. Fue un encuentro inesperado, en una pequeña tienda de antigüedades, donde el tiempo parecía detenerse entre objetos olvidados y recuerdos ajenos. Tess, de tez oscura y mirada maternal, se acercó a

mí, y sin conocerme, comenzó a hablarme. Su voz, suave y cálida, rompió la capa de aislamiento que había tejido a mi alrededor. Me convenció de que la ayudara a cargar las bolsas, y, lo siguiente que recuerdo, es estar en su casa, en un lugar que sentí como refugio, lejos de todo el caos que llevaba dentro. Ella me escuchó, sin juzgarme, sin interrogarme por cada rincón de mi historia. Me dio lo que más necesitaba: un espacio para recomponerme, para respirar.

Anthony no habló mucho, aunque su rostro mostró una expresión de indulgencia, una suave empatía que me hizo sentir alivio. Tal vez yo no podía perdonarme, pero al menos alguien veía las capas de mi historia, más allá de las decisiones equivocadas.

Además, me mencionó que existían posibilidades de revisar el proceso, a causa de ciertas irregularidades en el caso. Me dijo que necesitaba tiempo para estudiar a fondo la información que solicitada ante el Ministerio de Justicia en Francia. De alguna manera, su palabra me dio un poco de esperanza, algo que no había sentido desde que llegué a América.

Al salir de esa oficina, percibí una ligereza no experimentada en años. Tal vez no tenía respuestas definitivas, pero el simple hecho de haber compartido mi historia me hizo sentir más ligero, como si, al decirla, hubiera dado un paso más hacia la liberación.

CAPÍTULO 7

Sombras en París

ANTHONY

La noche que siguió a la confesión de Julien, mi cabeza se convirtió en un laberinto del que no lograba escapar. Sus palabras se repetían en mi mente con una intensidad sofocante, anudando cada hecho con lo que aparecía en su expediente, tratando de hallar coherencia en una historia cubierta de sombras y verdades a medias.

Esa noche tenía una cita con Melanie. Pero mientras el reloj avanzaba y mi mente continuaba atrapada en los hilos del pasado de Julien, me di cuenta de que no me encontraba en condiciones de fingir normalidad. Mi espíritu estaba inquieto, sobrecargado, y no me sentía capaz de compartir una velada con ella como si todo estuviera normal. Así que tomé el teléfono y llamé para cancelar.

—¿Estás bien? —preguntó ella al instante, con ese tono dulce y perspicaz que tenía cuando percibía que algo no marchaba bien.

Intenté tranquilizarla, asegurándole que solo estaba cansado, pero ella no lo creyó del todo. Propuso venir a mi casa, sin presiones, sin expectativas. Podíamos ver una película, cocinar algo juntos o simplemente pasar el rato. La idea de su compañía me alivió, y cuando acepté, mi mente hizo un giro inesperado. Era la primera vez que estaríamos completamente solos en la intimidad de mi hogar.

Un nerviosismo visceral se apoderó de mí. No porque la deseaba con una intensidad abrumadora, que es obvio que lo hacía, sino porque quería que todo fuera perfecto. Melanie era diferente. Desde el primer día, me había quedado claro que no era una aventura fugaz,

no era alguien a quien quisiera solo por momentos. La quería entera, con sus luces y sus sombras. Como le dije en nuestra primera cita: todo y para siempre.

Me di una ducha larga, dejando que el agua caliente aliviara la tensión en mis músculos, pero no en mis pensamientos. Aun en ese momento, Julien seguía ocupando espacio en mi cabeza. Había algo trágico en su historia, en la forma en que fue arrastrado a un destino que jamás debió ser el suyo. Lo que más me perturbaba era que, después de todo lo vivido, todavía anhelaba volver por ella. ¿Cómo era posible? Si Katerine estaba involucrada en su ruina, si había sido parte de la traición, ¿por qué aún quería encontrarla?

Esa idea se convirtió en un espejo incómodo. ¿Podría Melanie hacerme lo mismo algún día? ¿Podría amar a alguien que, llegado el momento, me destrozara sin remedio? El solo pensamiento me revolvió el estómago, pero lo rechacé de inmediato. No. Ella no. Melanie era transparente, la conocía demasiado bien como para siquiera planteármelo.

Sacudí la cabeza y me obligué a concentrarme en la noche. Encendí un par de velas, dejando que la luz tenue y danzante llenara la sala con un resplandor acogedor. Puse a enfriar una botella de vino y revisé cada detalle como si de ello dependiera el rumbo de la velada.

El timbre sonó, sobresaltándome. Max corrió hacia la puerta, ladrando con entusiasmo. Respiré hondo, tratando de calmarme, pero cuando abrí y la vi, toda mi serenidad se desplomó.

Melanie estaba deslumbrante. Un pantalón blanco ajustado delineaba sus curvas con elegancia, y su blusa holgada dejaba al descubierto un hombro, un pedazo de piel que, inexplicablemente, desató un hambre primitiva en mí. Su cabello caía en ondas suaves sobre su espalda, y cuando me dedicó una sonrisa, supe que la noche apenas comenzaba, y que ninguna preocupación, ni siquiera la historia de Julien, podría arrebatarme el momento de tenerla cerca.

—Buenas noches —dijo Melanie con esa sonrisa pícara que siempre lograba desarmarme.

Antes de que pudiera reaccionar, se acercó y depositó un beso breve en mis labios, uno de esos que encendían todo en su sutileza. Correspondí sin pensarlo, pero cuando se apartó, mi mirada quedó anclada en su rostro y, poco después, descendió por su cuerpo con una mezcla de asombro y deseo.

—Estás hermosa, Melanie. Pasa —murmuré.

Ella sonrió aún más al notar mi reacción. O quizá fue al ver el ambiente que había preparado: las velas titilantes esparciendo una luz cálida, la tenue fragancia a vainilla y sándalo impregnando el aire, la botella de vino esperando en la mesa. Fuera lo que fuera, su expresión me tranquilizó, porque evidenciaba que deseaba estar aquí tanto como yo.

Le quité el abrigo de sus manos y lo colgué en el perchero mientras ella se agachaba para saludar a Max, que, entusiasmado, movía la cola y trataba de captar su atención. Lo fulminé con la mirada.

"Hoy no, amigo".

Max pareció entender el mensaje, porque, con un bufido resignado, se retiró a su rincón.

—¿Quieres ver una película y pedimos algo de comer? O, si prefieres, puedo cocinar algo para ti —pregunté, intentando aparentar tranquilidad. En realidad, mi pulso iba acelerado. Lo que realmente quería era tenerla cerca, en cualquier contexto—. No soy un experto, pero algunos platos se me dan bastante bien.

Melanie ladeó la cabeza, observándome con curiosidad.

—Me gustaría que conversáramos —dijo con suavidad—. Y que me contaras qué es eso que te tiene tan mal como para cancelar una cita conmigo.

No sonó a reclamo. Su tono era genuinamente comprensivo, como si tratara de leer más allá de mis gestos, de mis silencios. Asentí y le

hice una seña para que se sentara en el sofá. Me acomodé junto a ella, sintiendo el calor de su cercanía.

—Es un caso, Mel —susurré, dejando caer la cabeza hacia atrás unos segundos—. Te juro que nada podría hacer que desvíe mi atención de ti, pero hoy simplemente no me sentía con ánimos de salir.

Ella asintió, sin presionarme.

—Está bien. Aunque, por favor, no me dejes fuera —murmuró, apoyando su mano sobre la mía—. Incluso, si requieres estar solo, puedo irme a la habitación con Max, o tú puedes irte y yo me quedo aquí… cerca, por si me necesitas.

Algo en su tono, en su mirada, en la forma en que me ofrecía su compañía sin condiciones, sin exigencias, me atravesó.

—Siempre voy a necesitarte —respondí, y sin darle tiempo a reaccionar, rodeé su cintura con mis manos y la atraje hacia mí.

Nuestros labios se encontraron, esta vez con más urgencia, más intensidad. Fue un beso distinto al del saludo. No era un gesto fugaz ni una muestra de cortesía. Era profundo, firme, cargado de todo lo que hasta ese momento había estado conteniendo.

Al separarnos, nuestros ojos se encontraron en un instante suspendido en el tiempo. Todo alrededor se diluyó: la luz temblorosa de las velas, la música suave que apenas se percibía en el fondo, incluso la pesadez de mi mente, cargada hasta hace poco con la historia de Julien. Solo quedábamos Melanie y yo, atrapados en una burbuja donde el deseo comenzaba a desplazar cualquier otro pensamiento.

Su mirada me lo dijo todo. No necesitaba palabras, solo el brillo profundo en sus ojos, la manera en que su respiración se había vuelto más pausada, como si estuviera esperando que yo hiciera el siguiente movimiento.

Y dejé de pensar.

—Ordenemos comida, ¿sí? —murmuré, tomando su mano y atrayéndola más hacia mí—. No quiero tenerte muy lejos.

—Podemos ordenar después —respondió, con una sonrisa traviesa que encendió aún más cada célula de mi cuerpo.

Y entonces, sin darme tiempo a replicar, tomó el control. Sus labios buscaron los míos con hambre, con una firmeza que me dejó sin aliento.

—¿Estás segura? —alcancé a preguntar, aunque la respuesta era evidente en la forma en que me miraba.

Melanie no contestó con palabras, solo asintió con los ojos brillando de deseo. Mi control se resquebrajó.

Mis manos descendieron a su cintura, aferrándose a la curva perfecta de sus caderas mientras la atraía más contra mí. Con un movimiento fluido, la alcé y la senté a horcajadas sobre mí. Su calor me envolvió, y cada roce de su cuerpo contra el mío era gasolina en una hoguera que ya ardía sin freno.

La besé con la desesperación de quien ha esperado demasiado. Profundo, intenso, sin medir los movimientos, dejando que la necesidad hablara por mí.

Me levanté del sofá sin soltarla, sosteniéndola con firmeza mientras nuestras bocas seguían explorándose sin tregua. Nos dirigimos a mi habitación a tientas, tropezando con la realidad que parecía desvanecerse a nuestro paso.

Cuando la coloqué en la cama, su figura sobre la sábana de satén fue una imagen que se quedó grabada en mi memoria. La perfección de su piel clara contrastando con la tela oscura, sus labios entreabiertos, rojos y seductores, el deseo encendido en su mirada, esa manera en que su pecho subía y bajaba con cada respiración.

Me detuve un segundo, solo para admirarla.

Me quité la camiseta y volví a ella, decidido a recorrer cada centímetro de su piel con mis labios, mis manos, con todo lo que

era. Quería hacerla temblar, quería que sintiera que, en ese instante, no existía nada más en el mundo que nosotros dos y este fuego incontrolable.

Mis labios recorrieron su cuello con hambre contenida, y su cuerpo respondió con un leve arqueo, como si su piel reconociera el destino de mis caricias antes que su mente. Deslicé mis manos bajo su blusa, sintiendo el estremecimiento de su piel tras el paso de mis dedos. Con un movimiento fluido, le quité la prenda, revelando la delicada lencería blanca que contrastaba con el ardor de la escena. Esa mezcla de pureza y deseo desató en mí una urgencia voraz.

Bajé los tirantes de su brasier con lentitud, dejando a la vista sus pechos, los pezones endurecidos por la anticipación. Los tomé con mi boca, succionando con devoción mientras mis manos descendían hasta su pantalón. Solté el broche y bajé la cremallera, adentrándome sin esperar más. Al sentir la humedad a través de su ropa interior, un gruñido escapó de mi garganta.

Mis dedos comenzaron un ritmo lento, provocándola, deslizándose entre la delicada barrera de tela. Su jadeo ahogado fue el detonante que necesitaba. Aparté su panty y me hundí en su calidez, explorándola con movimientos precisos, rozando su clítoris con cada incursión.

—Anthony… —murmuró con un gemido entrecortado, y el sonido de mi nombre en sus labios me desquició.

Mi erección palpitaba contra la prisión de mi pantalón, y cuando sentí sus manos desesperadas desabotonándolo, terminé de desnudarla por completo, saboreando cada centímetro de su piel expuesta.

No había más espacio para la paciencia. Saqué mi miembro y la tomé por las caderas, alineándome a su entrada. Con un único empuje, la invadí por completo, hundiéndome en su interior con una necesidad primitiva.

Su grito de placer encendió aún más mi instinto. Me moví dentro de ella con un ritmo exigente, cada embestida más profunda que la anterior. Sus uñas se clavaron en mi espalda, alentándome a no detenerme, a poseerla sin reservas.

Había imaginado este momento de muchas formas, pero nada se comparaba a la realidad de su cuerpo enredado con el mío, al fuego que nos consumía. Entre gemidos entrecortados y pieles sudorosas, sentí que me acercaba al límite. Quería prolongarlo, alargar ese instante de éxtasis absoluto, pero el placer era demasiado.

Melanie gritó mi nombre una vez más, y entonces supe que estaba perdida en el mismo abismo que yo. En el clímax de su orgasmo, me dejé llevar, hundiéndome en su cuerpo con una última embestida, mientras mi mente se desvanecía en la intensidad del momento.

Y en ese instante, cuando todo se detuvo y solo quedaron nuestros cuerpos enlazados y nuestros alientos entremezclados, lo supe con una certeza absoluta.

La amaba.

Me dejé ir sin pensar, sin contenerme, perdido en la intensidad del momento. Fue solo después, en esos breves segundos de lucidez post-orgásmica, cuando me golpeó la realización de que no habíamos usado protección. Jamás fui tan imprudente, tan irracional… y, aun así, no me importó. Ni siquiera un poco.

El pensamiento cruzó mi mente como una sombra fugaz: cualquier consecuencia sería bienvenida. No cabían las dudas ni el arrepentimiento en mí. Sabía que estaba sano; me había hecho pruebas recientemente. Pero más allá de eso, la idea de que ella estuviera llena de mí, de que algo nos uniera para siempre de la manera más irrevocable, no me perturbaba en absoluto. Al contrario, la posibilidad se enredó en mis pensamientos con un placer oscuro, posesivo.

Sí, era egoísta. Lo supe en el mismo instante en que mi mente formó esas palabras. Pero éramos dos en esa cama, y si ella no

había detenido nada, si recibió mi entrega con la misma urgencia, el mismo deseo feroz, no sería yo quien pusiera distancia entre nosotros.

Separarme de ella fue una tortura. Un vacío inmediato se instaló en mi pecho cuando salí de su cuerpo, como si hubiese dejado algo esencial dentro de ella. Me apresuré a terminar de quitarme el pantalón y el bóxer, y volví a su lado sin pensarlo, envolviéndola en mis brazos, pegando su cuerpo desnudo al mío.

No dijimos nada. No hacía falta. Su respiración, cálida y pausada, fue ralentizándose hasta volverse un susurro apenas perceptible contra mi piel. Se había dormido. Me sentí celoso de su sueño. Quería conocer sus pensamientos, sumergirme en su mente y descubrir si en ese instante me pertenecía tanto como yo a ella.

Y entonces, Julien volvió a mi cabeza. ¿Se habría sentido así con la mujer por la que arriesgó su vida? Si era así, por primera vez lo comprendía sin reservas. Entendía por qué estaba dispuesto a regresar al infierno por ella. Porque yo haría lo mismo por Melanie.

Ese pensamiento me atravesó como una revelación y, sin que pudiera evitarlo, se transformó en una decisión. No podía dejar el caso de Julien en manos del destino. Si de verdad quería darle la oportunidad de recuperar lo que había perdido, debía involucrarme por completo.

Me deslicé con cuidado fuera de la cama, asegurándome de no despertarla. Crucé el apartamento en silencio hasta mi oficina, encendí la pantalla y, sin dudar, comencé a buscar boletos a París.

—¿Qué haces?

La voz de Melanie me sorprendió a mi espalda. Me giré y, sin pensarlo demasiado, la atraje con suavidad hasta sentarla sobre mis piernas. Su piel desnuda contrastaba con la frialdad de mi propio cuerpo, aún atrapado en pensamientos distantes.

—Voy a viajar a Francia —respondí, con un tono más bajo del que pretendía—. Hay algo en este caso que no me cuadra, y necesito

verlo con mis propios ojos. Las respuestas que me han dado hasta ahora son ambiguas, llenas de vacíos… No puedo permitirme quedarme con dudas.

Melanie ladeó la cabeza.

—Entiendo —murmuró, con una sonrisa juguetona—. Espero que no sean demasiados días.

La forma en que lo dijo, la cadencia lenta y provocadora de su voz, me hizo sonreír.

—Ven conmigo —propuse, tanteando la idea—. No será mucho tiempo, una semana a lo sumo.

Negó con suavidad, trazando círculos en mi pecho con la yema de su dedo.

—No puedo. Tengo entrevistas de trabajo, y una de ellas es realmente importante.

Fruncí el ceño.

—No me habías dicho nada.

—No me diste oportunidad —contestó con un brillo travieso en los ojos—. Estábamos… ocupados, ¿recuerdas?

—No mucho. Voy a necesitar refrescar mi memoria.

No le di tiempo a responder. Sujeté su cintura con firmeza y me puse de pie con ella en brazos. Su risa quedó atrapada en mi boca cuando la besé y la arrastré de nuevo a la cama, donde me perdí en su cuerpo una vez más… y luego otra.

Nunca hablamos de que lo hacíamos sin protección. No hubo miedos ni dudas, solo la certeza tácita de que ella se cuidaba y de que confiábamos el uno en el otro sin cuestionamientos. Me fascinaba esa confianza. Me hacía sentir poderoso, único, dueño de su piel y de todo lo que éramos cuando nos fundíamos en la oscuridad.

El día en que partí hacia Francia, sentí un vacío inesperado al despedirme de ella. Algo en mí se resistía con fiereza, como si la

idea de alejarme de Melanie por más de unas horas fuera completamente antinatural.

La urgencia de llenar el vacío que siempre me había consumido se estaba transformando en un deseo mucho más fuerte, mucho más claro: el deseo de tenerla a ella. Siempre.

No pasaron muchos días en París antes de darme cuenta de que había fuerzas ocultas moviendo los hilos, fuerzas que preferían que la historia de Julien quedara enterrada. Me cerraron puertas en casi todos los lugares donde intenté indagar, respuestas esquivas, miradas evasivas, silencios incómodos. Era evidente que el tío de mi cliente tenía mucho más poder del que había imaginado.

Aun así, logré conseguir algunos expedientes. Eran fragmentos inconexos, información escueta y deliberadamente mutilada, pero suficiente para vislumbrar los contornos de la verdad. Con cada página que revisaba, con cada pista oculta entre líneas, la versión de Julien cobraba más sentido. Lo habían manipulado, lo habían usado, lo habían obligado a jugar un juego donde todas las cartas estaban marcadas en su contra.

Y yo lo entendía.

Lo entendía demasiado bien.

Porque si en su lugar hubiese estado yo, y si en vez de Katerine, la mujer a la que protegía se llamara Melanie… habría hecho exactamente lo mismo. Incluso si supiera que ella estaba implicada. Lo habría arriesgado todo por ella, sin pensarlo.

La mañana de mi regreso a Nueva York, justo cuando estaba a punto de abandonar el hotel, un hombre se acercó a mí en el lobby. Lo reconocí de inmediato; lo había visto en la fiscalía. No dijo palabra alguna. Solo deslizó un papel en mi mano y se marchó antes de que pudiera preguntarle nada.

Cuando desplegué la nota, encontré una dirección, una fecha y una hora.

El instinto me advirtió que desconfiara. Pero la curiosidad me venció.

Pospuse mi vuelo y mi estadía. Tenía que saber quién quería hablar conmigo y qué tan cerca estaba de la verdad.

La dirección me llevó a un café en las afueras de París. Pequeño, discreto, de esos lugares que parecen existir fuera del tiempo. La luz tenue, la madera oscura, el aroma a café recién hecho impregnando el aire. Apenas un puñado de personas ocupaba las mesas dispersas, la mayoría absortas en conversaciones apagadas o en sus propias sombras.

Me detuve en la entrada, recorriendo el lugar con la mirada.

En el rincón más apartado del café, casi camuflado por la penumbra, vi al hombre que me había abordado en el hotel. Sostenía una revista con aparente indiferencia, pero su mirada recorría la estancia con la agudeza de alguien acostumbrado a desconfiar. Un vaso con una bebida helada descansaba en la mesa frente a él, con gotas de condensación, deslizándose perezosas por el cristal.

Me acerqué con paso firme y me senté en la silla vacía frente a él. No dije nada. No porque no tuviera preguntas, sino porque sentí que, en este juego de cautela y secretos, el primero en hablar era el primero en ceder.

Él, sin levantar la vista de la revista, fue quien rompió el silencio.

—El caso que estás investigando —dijo con voz baja, casi íntima— me costó mi empleo como detective.

No esperaba eso. Mi espalda se tensó de inmediato.

—¿Por qué? —pregunté, tratando de mantener la calma.

El hombre dejó la revista sobre la mesa, entrelazó las manos y me miró con una mezcla de resignación y advertencia.

—Porque este caso no es solo sobre robos y ventas ilícitas de arte —dijo con una sonrisa amarga—. Hay mucho más enredado en esta historia.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Más? ¿Como qué? —insistí, inclinándome levemente hacia él—. O mejor dicho… ¿Quiénes?

El hombre soltó una leve carcajada, más oscura que divertida.

—Ahora sí estás haciendo las preguntas correctas. —Su mirada se afiló, como si estuviera evaluando cuánto estaba dispuesto a saber.

En ese momento, entendí que estaba a punto de adentrarme en un laberinto del que tal vez no podría salir ileso.

El hombre se inclinó hacia adelante, sus ojos brillaban con una intensidad que dejaba claro que lo que estaba a punto de decir no era algo que se pudiera compartir a la ligera.

—Debajo de la mesa —susurró— encontrarás un sobre. Ahí está mi información de contacto y algunas pistas que obtuve durante mi investigación. No lo abras aquí. No en suelo francés, ¿entiendes? —Su tono se volvió aún más grave, cargado de advertencia—. Revisa todo eso cuando regreses a tu país. Y cuando te comuniques conmigo, usa un teléfono desechable. Este no es un caso que se limite a las fronteras, y ahora te has metido en la mira de aquellos que harán todo lo posible por evitar que se descubra.

Mis dedos empezaron a inquietarse en la mesa, buscando ese sobre que no veía, pero que sentía como una carga pesada en el aire. El miedo, la confusión, y la ansiedad comenzaron a revolver mi estómago. Sabía que lo que me estaba pidiendo implicaba algo mucho más grande y peligroso de lo que había imaginado.

—¿Tú conoces ese algo? ¿Sabes más de lo que puedes probar? —pregunté. Mi voz se quebró un poco, con la desesperación escapando en cada palabra. Tenía la seguridad de que lo que me estaba diciendo cambiaría todo, pero ¿qué tan profundo me encontraba yo ya en este oscuro abismo?

El hombre me miró en silencio. Algo en su rostro cambió, una mezcla entre simpatía y alerta. Sin decir una palabra más, asintió

lentamente. Fue suficiente para que el terror empezara a calar hondo en mi piel. Se levantó de la silla con una elegancia que denotaba años de experiencia, o tal vez la necesidad de desaparecer rápidamente.

Sin volverse, caminó hacia la puerta. Su figura se desvaneció en la penumbra del café. Y yo, aún sentado, con la presión de lo que acababa de escuchar sobre mis hombros, sentí que el peso del misterio se estaba tornando insoportable.

Caminé con cautela por las calles de París, con el sobre en mi bolso y la incertidumbre llenando mis pensamientos. La atmósfera que antes me había parecido tan tranquila y encantadora, ahora se sentía tensa, como si cada paso que daba me acercara más a algo peligroso, algo de lo que no podía retroceder. Mis pensamientos iban y venían, preguntándome si había hecho lo correcto al aceptar esa cita en primer lugar. Pero ya era tarde para arrepentirme.

Las palabras del hombre resonaban en mi mente: "No abras eso en suelo francés." No me atrevía a pensar en las implicaciones de esas advertencias. Algo mucho más grande estaba en juego, y sabía que lo que yo hacía no era simplemente una investigación de un caso de arte robado. La conspiración iba más allá, y yo, sin quererlo, me encontraba atrapado en medio de ella.

Al llegar a Nueva York, el peso de lo que había descubierto en París se volvió aún más abrumador. Sabía que no podía retrasar más el momento de revisar el sobre. Lo saqué de mi bolso con manos temblorosas. Cuando al fin pude abrirlo, lo que vi fue aún más perturbador de lo que esperaba.

Las palabras escritas en el sobre eran claras y concisas. El detective Jones había sido destituido sin motivo aparente, su carrera arruinada por intentar desvelar algo mucho más grande de lo que la mayoría creía. Había estado tan cerca de desmantelar una red de corrupción que llegaba hasta los cimientos del poder, involucrando a nombres de alto rango en el gobierno y otros círculos influyentes. La evidencia que logró recopilar había sido sustraída y, lo más

alarmante, desaparecida, probablemente para proteger a aquellos involucrados.

Pero había algo que me dio una pequeña chispa de esperanza en medio de la oscuridad: en los papeles que encontré, se destacaba una lista de nombres. Figuras clave, que, al parecer, estaban vinculadas al caso de Julien. Estos nombres eran tan poderosos que entendí de inmediato por qué el caso fue cerrado tan rápido, y por qué las puertas se habían cerrado a mi paso en París. Ahora, con el cambio de gobierno, las cosas podrían ser diferentes. El caso de Julien, a pesar de todo lo que hicieron para ocultarlo, tenía una oportunidad de ver la luz.

Y lo que más me sorprendió fue saber que el detective Jones, el hombre que me había entregado todo esto, ahora trabajaba en la fiscalía. Quizás su cambio de lugar le daba un acceso más cercano al sistema judicial, lo que podría significar que aún había oportunidades de avanzar en la investigación.

Toda esta nueva información me dio una perspectiva renovada. Tenía más razones que nunca para seguir adelante. No solo quería ayudar a Julien a regresar a Francia, sino que mi objetivo había crecido. Quería limpiar su nombre, exponer la verdad, y hacer justicia también por todos los que habían sido silenciados por la corrupción que impregnaba ese caso.

Mientras pensaba en lo que aún me quedaba por descubrir, la urgencia en mi pecho creció. Estaba dispuesto a darlo todo, sin importar los riesgos. Ya no era solo una cuestión de justicia para Julien, sino de lucha contra un sistema que había protegido la mentira durante demasiado tiempo. Y estaba decidido a destaparlo.

CAPÍTULO 8

Recomendación Inesperada

MELANIE

Cuando Anthony partió a París, una sensación de vacío se instaló en mi pecho, sutil pero persistente, como un eco en una habitación demasiado grande. A pesar de estar absorbida por la preparación para mis entrevistas, no pude evitar sentir su ausencia.

Decidir buscar un trabajo como curadora en lugar de aceptar la facilidad de pedirle a mi padre que financiara una galería para exhibir mis propias pinturas era una determinación que había tomado con firmeza y orgullo. Sabía que aquel camino sería más difícil, pero también más gratificante. Aún lidiaba con el síndrome del impostor, esa voz cruel que me susurraba que no era suficiente, que mis logros no eran míos, que solo estaba donde estaba por privilegio y no por talento. Mi única forma de acallarla era forjarme un nombre por mí misma en el mundo del arte.

Por eso, cuando envié mi currículum, lo hice usando el apellido de mi madre, dejando de lado el peso de mi linaje paterno. Apliqué a múltiples entrevistas en museos de Nueva York, sin grandes expectativas, con la esperanza de que algún pequeño espacio confiara en mi capacidad. Sin embargo, nada me había preparado para la sorpresa de recibir una llamada del Museo de Arte Moderno, el MoMA. Me ofrecían una entrevista para la posición de curadora secundaria, un puesto que jamás había imaginado que considerarían para alguien con mi nivel de experiencia.

Pasé días enteros preparándome, inmersa en libros, investigando cada detalle sobre el MoMA y su línea curatorial, repasando

respuestas y posibles preguntas. Pero cuando crucé las puertas del museo el día de la entrevista, la emoción y el orgullo se vieron opacados por una sensación familiar: la de no pertenecer. Lo supe en el instante en que la asistente de recursos humanos me recibió con una sonrisa ensayada, fría y condescendiente, como si ya supiera que mi presencia allí era solo un trámite, una demostración pública de que su proceso de selección era "inclusivo" y "abierto a nuevos talentos".

Me sentí como una pieza fuera de lugar, un cuadro colgado en la sala equivocada. Y, sin embargo, respiré hondo, me recordé a mí misma por qué estaba allí y levanté el mentón. No había llegado tan lejos para dejarme intimidar.

El MET siempre había sido reconocido por abrir sus puertas a nuevos talentos, ofreciendo pasantías que permitían a jóvenes como yo construir una carrera en el mundo del arte en Nueva York. En contraste, el MoMA tenía la fama de ser implacable, un terreno hostil para principiantes, donde solo los más experimentados encontraban un lugar. Su política de selección había sido criticada durante años, y ahora, en un intento de cambiar esa percepción, habían abierto algunas entrevistas a personas con menos trayectoria.

En cuanto pisé la oficina en la que se encontraban los demás aspirantes, la asistente de recursos humanos me informó que habían sobrecargado la agenda y que, debido a que algunas entrevistas se habían extendido más de lo previsto, no estaban seguros de poder atenderme. "Debemos priorizar por experiencia demostrable", dijo sin mirarme realmente.

Me sugirió que me tomara un par de horas y disfrutara del museo mientras esperaba. Pero su expresión hablaba más que sus palabras. Sus ojos dejaban entrever que lo mejor sería que me marchara, que me ahorrara la humillación de quedarme para, al final, escuchar que no podrían entrevistarme.

La decepción me golpeó de lleno. Por un momento, la idea de abandonar cruzó por mi mente. Pero había dedicado demasiado

tiempo a prepararme. No podía simplemente darme la vuelta y rendirme. Así que decidí quedarme, caminar por el museo, absorber su esencia, aferrarme a la esperanza de que, de algún modo, las cosas cambiaran y al menos pudiera hablar con la curadora principal.

Recorrí las salas con una mezcla de ansiedad y melancolía, perdiéndome en las pinceladas y colores de obras que conocía de memoria. Me detuve ante cada pieza, dejándome envolver por su magnetismo, repasándolas una y otra vez, como si buscaran decirme algo que antes no había escuchado. Pasaron más de dos horas, y no era la única esperando. A mi alrededor, al menos cinco personas más compartían la misma incertidumbre.

Respiré hondo, sintiendo cómo la presión en mi pecho se intensificaba. Necesitaba un refugio, un lugar que me recordara por qué estaba allí, por qué el arte tenía sentido en mi vida. Y lo encontré.

Mis pasos me llevaron hasta "La noche estrellada" de Van Gogh.

Frente a ella, todo se silenció. El torbellino de pensamientos que me atosigaba se disipó por un instante. Siempre me había conmovido esa pintura, pero ese día, la sentí aún más viva, más cercana. Sus remolinos de azul y amarillo me atraparon, envolviéndome en una calma extraña, como si el propio Van Gogh susurrara a mi oído que el arte era más grande que cualquier rechazo.

No estaba sola en la sala, pero me sentí desnuda bajo la mirada de alguien más. Una voz familiar rompió mi ensimismamiento, evidenciándome con sus palabras, como si supiera exactamente lo que pasaba dentro de mí.

—Es como lanzarse al vacío sin saber si habrá un suelo que detenga la caída —pronunció aquella voz, profunda y serena—. Con el vértigo recorriendo cada rincón del cuerpo y la incertidumbre clavándose en el alma. Es esa sensación de miedo absoluto, de perderlo todo en un solo instante, pero al mismo tiempo, una chispa de esperanza titila en la oscuridad, susurrándote promesas en medio del caos,

asegurándote que no todo está perdido, al contrario, que todo estará bien.

Su voz era un susurro íntimo que erizaba cada fibra de mi piel. Sentí el escalofrío recorrer mi columna, pero esta vez no era miedo ni incomodidad, sino una extraña y profunda sensación de reconocimiento. Algo dentro de mí se agitó con el eco de sus palabras, como si me hablara no solo a los oídos, sino al alma misma.

Permanecí inmóvil, de espaldas a él, observando la textura vibrante de la obra. El museo, con su murmullo amortiguado y el sonido lejano de pasos en la distancia, se desvaneció a mi alrededor. Solo quedábamos esa pintura, su voz y yo.

—Fe —murmuré, sin mirarlo. Mi voz apenas era audible, pero sabía que él la había escuchado.

El aroma de su perfume llegó hasta mí, un aroma cálido, con notas amaderadas y especiadas, que me trajo recuerdos que no sabía si realmente poseía o solo imaginaba. Su presencia era tangible, aunque aún no lo viera de frente. Pude sentir su proximidad, el ligero roce de su brazo contra el mío, casi imperceptible, pero suficiente para acelerar mi pulso.

Sabía que me observaba. Notaba el peso de su mirada deslizándose por mi perfil, buscando respuestas que quizás ni yo misma tenía.

—¿Esta vez no vas a huir? —preguntó con una calma que poseía un tinte travieso, casi como si disfrutara mi desconcierto.

La primera vez, me había marchado corriendo. Apenas tuve tiempo de captar algunos rasgos de su rostro, un par de destellos de una presencia que, sin embargo, se había alojado en mi mente sin desaparecer, ni siquiera con la intensidad de Anthony en mi vida.

¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué sentía esta familiaridad inquietante?

Algo dentro de mí se resistía a la idea de que esto fuera solo una coincidencia. Lo que percibía de él, de su voz, en la forma en que

parecía leerme con una facilidad abrumadora, que me hacía preguntarme si esto era lo que las personas llamaban destino.

Inspiré hondo y, con una valentía que no sabía que tenía, me giré lentamente para enfrentarlo.

Y ahí estaba él.

Ojos intensos, inquisitivos, con una profundidad que parecía contener historias sin contar. Un rostro definido, elegante y seguro, con esa leve sombra de sonrisa que hablaba de una confianza innata.

—No huiré esta vez —confesé con firmeza, aunque sentí un leve temblor en mi estómago—. Estoy esperando una entrevista. ¿Acaso tú también vienes para el puesto de curador secundario?

No quería la respuesta. Porque si él era mi competencia, lo sabía con certeza: no tendría ni una sola oportunidad.

Por varias razones. La primera, su capacidad para expresar con palabras exactas lo que el arte provocaba en el alma. La segunda, lo increíblemente apuesto que era aquel hombre. Su rostro era una obra maestra, esculpida con precisión, con facciones definidas y una mirada tan intensa que parecía atravesarme. Sus ojos, de un azul turquesa hipnótico, brillaban con una mezcla de misterio y seguridad. Pero lo que realmente me dejó sin aliento fue su sonrisa: seductora y, extrañamente genuina.

No sé cuánto tiempo pasamos perdidos en la mirada del otro, pero en mi percepción fueron siglos. Un instante suspendido en el aire, donde todo lo demás dejó de existir. En ese lapso, sentí una corriente eléctrica recorrer mi piel, una atracción tan poderosa que me asustó. Nunca antes me había sentido así con alguien, y la intensidad del momento me desestabilizó. En un atrevimiento silencioso de mi mente, incluso imaginé lo que sería probar sus labios, perderme en ese magnetismo que irradiaba con una naturalidad abrumadora.

Pero entonces, como un balde de agua fría, el recuerdo de Anthony irrumpió en mis pensamientos. Visualicé su sonrisa, la ternura en su mirada la primera vez que estuvimos juntos tan solo unos días atrás, la calidez con la que me abrazaba como si yo fuera lo más preciado en su mundo. La culpa me golpeó de inmediato. Si no ponía un alto en ese momento, sentiría que lo estaba traicionando, aunque no hubiera hecho nada.

Afortunadamente, la voz de la asistente de recursos humanos rompió el hechizo, devolviéndome bruscamente a la realidad.

—Señorita Russeau —dijo, con la misma expresión de cortesía vacía que tenía cuando me recibió horas atrás—, lamento informarle que no podremos realizar su entrevista.

Tal cual como lo había previsto. La excusa que me dieron antes era solo un disfraz para el descarte que ya tenían decidido desde el principio.

Abrí la boca para responder, para agradecer cortésmente y retirarme con dignidad, cuando la voz de él, firme y decidida, se impuso en el aire.

—Tamara.

El nombre de ella en sus labios me provocó una ola de celos irracionales. Algo en la forma en que lo dijo, con esa familiaridad, despertó en mí una incomodidad que no supe cómo manejar. Me quedé inmóvil, mirándolo con asombro.

—Creo que deberían reconsiderarlo y permitir que la señorita Russeau exponga sus razones por las cuales es la mejor persona para el puesto.

Fue entonces cuando me di cuenta de que él había prestado atención. Había escuchado mi apellido segundos antes y lo usó con naturalidad, como si de verdad me conociera. La asistente pareció dudar un instante.

—Lo siento, Julien —respondió, y escuchar su nombre me provocó un leve escalofrío—. Realmente estamos a tope y me han informado que la selección se hará con perfiles que cuentan con mayor experiencia.

Julien. Su nombre le sentaba tan bien como su porte elegante y la seguridad con la que se desenvolvía. Algo en él me decía que no era un hombre que aceptaba un "no" fácilmente.

—Pues en ese caso —respondió con una sonrisa que tenía tanto de desafío como de encanto—, no les importará que llame al MET y recomiende a mi amiga para el puesto, ¿verdad?

La asistente parpadeó con sorpresa. Yo también.

¿Quién era este hombre realmente? ¿Y por qué parecía tan seguro de que una sola llamada suya al Museo Metropolitano de Arte cambiaría mi destino?

—No tengo información de que en el MET estén en la búsqueda de un curador secundario —indicó la mujer, con una ceja apenas arqueada, como si desconfiara de las palabras de Julien.

—Y, aun así, la contratarían a ojos cerrados —insistió él, con una calma que contrastaba con la tensión que yo sentía en el pecho—. Además, no te estoy pidiendo que la contrates. Solo estoy señalando que sería una gran pérdida para ustedes si no le dan la oportunidad de demostrar por qué es la persona indicada para el puesto.

Hubo un silencio incómodo. La mujer me lanzó una mirada rápida, como si intentara evaluar en segundos si realmente valía la pena reconsiderarme.

Yo, por mi parte, luchaba con un torbellino de emociones. No quería que me vieran como una recomendación privilegiada, no quería obtener la posición como un favor a mi familia o, en este caso, a un desconocido que de alguna manera ya había sacudido mi mundo. Pero también era cierto que todo lo que había pedido era una entrevista. Solo eso. La oportunidad de hablar, de demostrar lo que

sabía, de responder preguntas que jamás podrían ser explicadas en una simple hoja de vida.

La mujer suspiró, asintió levemente y se alejó unos pasos, escribiendo algo en su teléfono con dedos rápidos.

Giré la cabeza hacia Julien, sintiendo una extraña mezcla de gratitud y confusión.

—Gracias —susurré, con la voz apenas audible—. Pero quizás sea mejor que no me entrevisten. No quiero quitarle el puesto a alguien más calificado.

Julien soltó una risa suave, un sonido bajo y envolvente que hizo que mi estómago se encogiera de una forma desconocida.

—Y no lo harás —respondió, con una seguridad absoluta—. Yo solo te estoy ayudando a conseguir la entrevista. Lo que suceda después será por mérito. Créeme, aquí jamás contratarían a alguien con quien no estuvieran convencidos. Pero te diré algo… —Sus ojos brillaron con una intensidad que me dejó sin aliento—. Por alguna razón que no logro explicar, sé que eres la persona ideal para el cargo.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Por qué confiaba en mí con tanta certeza, cuando yo misma aún dudaba de mis capacidades? Sentí un calor extendiéndose por mis mejillas, y supe que debía estar de un rojo carmesí.

—Siento que crees más en mí de lo que yo misma lo hago —admití con una sonrisa nerviosa.

Julien me sostuvo la mirada por un instante que pareció eterno. Luego, con un tono más bajo, casi en un susurro, añadió:

—Alguna vez, yo tampoco creí que tenía suficiente talento. Y, en lugar de encontrar a alguien que creyera en mí, me subestimaron… y me usaron.

Su voz había cambiado, y detrás de esas palabras se asomaba algo más profundo, una sombra de dolor que lo atravesaba por dentro.

—No permitiré que eso le suceda a ningún artista que conozca — añadió con firmeza.

Sentí un nudo en la garganta. No sabía qué le había ocurrido en el pasado, pero en su mirada se reflejaba la herida de alguien que había sido menospreciado, descartado… alguien que había tenido que luchar el doble para llegar hasta donde estaba.

Y, de alguna forma, había decidido que yo merecía una oportunidad.

Cuando intenté decir algo más, Tamara regresó con pasos firmes y me indicó que me atenderían de inmediato. Antes de que pudiera reaccionar, prácticamente me arrastró lejos de allí, cortando de golpe el momento con Julien. No tuve oportunidad de despedirme como quería, solo alcancé a lanzarle una mirada de sorpresa y una débil sonrisa de agradecimiento, acompañada por un tímido movimiento de mi mano. Él me devolvió una expresión serena, como si ya supiera el desenlace de todo esto antes que yo.

La entrevista fue más larga de lo que imaginé. Al principio, tuve la sensación de que me despedirían en cuestión de minutos. La curadora principal, una mujer de gesto severo y mirada analítica, hojeó mi expediente con un aire de indiferencia, como si ya hubiera decidido que mi presencia allí era una pérdida de tiempo.

Pero entonces, cuando mencioné mi estadía en Francia, mi director en la escuela de arte y las pasantías que había realizado como curadora durante mi beca, vi cómo su expresión cambiaba. Sus cejas se alzaron apenas, y por primera vez, me miró con un verdadero interés.

La tensión en mi pecho comenzó a disiparse poco a poco cuando la conversación tomó otro rumbo. Hablamos sobre mis profesores en París, y me di cuenta de que ella conocía a muchos de ellos. Su tono se suavizó y su postura, antes rígida, se volvió más relajada. En algún punto, la entrevista dejó de sentirse como una prueba y se transformó en una conversación apasionada sobre arte, técnicas de conservación y exposiciones emblemáticas.

Cada pregunta se volvía más profunda, más desafiante, pero en lugar de intimidarme, me encendía por dentro. Sentí que estaba exactamente donde debía estar.

Cuando la curadora cerró la carpeta con mi hoja de vida, mi corazón se detuvo por un instante.

—Tamara —llamó, con una voz firme pero tranquila.

La mujer apareció casi de inmediato.

—Deja ir al resto y gestiona su ingreso al museo. Está contratada.

Las palabras flotaron en el aire, como si mi mente tardara en asimilarlas.

Estaba contratada.

El mundo pareció detenerse por un segundo, y yo… yo ni siquiera podía creérmelo.

Salí de la oficina con el corazón latiendo a un ritmo frenético, todavía asimilando lo que acababa de suceder. La emoción burbujeaba en mi pecho, como si de un momento a otro fuera a estallar en risas o lágrimas. Busqué a Julien con la mirada, recorriendo cada rincón del museo con la esperanza de encontrarlo, de agradecerle, de compartir con él aquella victoria que, de alguna manera, también le pertenecía.

Pero no estaba.

Un impulso me llevó a correr hacia La noche estrellada, como si el cuadro pudiera darme las respuestas que buscaba. Justo en ese instante, mi teléfono vibró en mi bolso. Anthony.

La euforia se vio empañada por una punzada de culpa. Mi mente aún flotaba entre las palabras de Julien, su voz grave resonando en mi interior, pero Anthony era mi realidad. Respiré hondo, abandonando mi búsqueda y contestando la llamada para darle la noticia.

Más tarde, ya en casa, la inquietud volvió a mí. Me senté frente a la computadora y tecleé el nombre de Julien en el buscador. Sabía que debía ser un artista; sus palabras y su pasión por el arte lo delataban. ¿Quién era realmente? ¿Por qué había intervenido por mí con tanta seguridad, como si me conociera de toda la vida?

El sonido del timbre me sacó de mis pensamientos. Al abrir la puerta, un aroma dulce y envolvente me recibió. Frente a mí, un exquisito arreglo de flores me esperaba, con una pequeña tarjeta deslizada entre los pétalos.

"Felicidades, mi amor. Sabía que lo lograrías. Estoy orgulloso de ti."

Anthony.

Acaricié la tarjeta con la yema de los dedos, sintiendo un nudo en la garganta. Sus detalles siempre me hacían recordar por qué lo amaba.

Regresé a la computadora, miré la pantalla titilante con los resultados de la búsqueda y, sin siquiera leerlos, apagué el monitor.

Mi vida estaba exactamente donde siempre había querido. Tenía a Anthony, el trabajo de mis sueños y un futuro prometedor ante mí. No iba a permitir que la fugaz aparición de un hombre desconocido, por más apuesto o intrigante que fuera, sembrara dudas en mi corazón.

Respiré hondo y me aferré a mi felicidad.

CAPÍTULO 9

El Cuadro de Van Gogh

JULIEN

El impacto de aquel encuentro fue tan profundo que me dejó anclado frente a *La noche estrellada* de Van Gogh, incapaz de apartarme. Mi mirada seguía las pinceladas turbulentas, pero mi mente no estaba allí; revivía cada segundo de ese instante, cada palabra, cada gesto de la mujer que había irrumpido en mi día y, sin proponérselo, en mis pensamientos.

Quizás mi subconsciente albergaba la esperanza de que ella regresara. Me convencí de que en cualquier momento la vería aparecer entre los pasillos del museo, con esa mirada llena de determinación y vulnerabilidad a la vez. Pero no sucedió. Los minutos se convirtieron en horas, y no fue hasta que un guía del museo se acercó a mí para informarme que la sala estaba por cerrar, que me percaté del tiempo que había pasado allí, esperando lo imposible.

Sentí una punzada de decepción. No solo porque ella no regresó, sino porque me asaltó la duda de si acaso yo no había significado para ella ni una fracción de lo que ella había significado para mí en tan breve intercambio. Sabía su apellido, sí, pero eso no garantizaba que pudiera volver a verla. ¿Y si todo se reducía a un efímero cruce de caminos?

Con el pecho cargado de emociones que no sabía cómo procesar, decidí que no podía ir directamente a casa. Necesitaba soltar toda aquella confusión antes de que me devorara. Así que tomé un taxi y me dirigí a casa de Tess.

Mi amiga me recibió con una taza de té entre las manos y una ceja enarcada, claramente adivinando que algo me tenía alterado.

—Dime qué pasó —soltó sin rodeos, acomodándose en el sillón de la terraza con la paciencia de quien ya conoce la respuesta, pero quiere oírla de mi boca.

—Fue… un día diferente —respondí, sintiendo que cualquier otra palabra quedaba corta.

—Oh, por favor, Julien —bufó, cruzándose de brazos—. ¿Vas a hacerme adivinar o vas a soltarlo de una vez? Porque ya te conozco, y esa expresión solo significa una cosa…

Me miró con picardía y una sonrisa de triunfo asomándose en sus labios.

—Es por una mujer, ¿verdad?

Parpadeé, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

Tess soltó una carcajada ligera, como si mi pregunta fuera completamente absurda. No necesitó decir nada más. Se acomodó en el sillón, lista para escuchar, con esa mirada expectante que me invitaba a desahogarme.

Y lo hice. Solté cada detalle del encuentro y también del otro, aquel en el que ella salió corriendo al escuchar mis palabras sobre la pintura de Monet. Le comenté que no podía sacármela de la cabeza desde entonces, de cómo mis manos sintieron la necesidad irrefrenable de plasmar su rostro en un lienzo, y de cómo, noche tras noche, aparecía en mis sueños con una nitidez inquietante.

—Mi pulso se aceleraba sin control —confesé, con la mirada perdida en un punto lejano del paisaje, mientras mis dedos tamborileaban nerviosos sobre mi rodilla—. Traté de aparentar calma, pero estoy seguro de que, en algún momento, ella debió notarlo. Y ahora que te lo cuento, al recordar ese instante, siento que algo se me

revuelve por dentro. Es absurdo, Tess… ¿Cómo es posible sentir tanto solo por ver a una mujer por segunda vez?

Tess me observó con esa expresión enigmática suya, con esa media sonrisa que siempre parecía guardar secretos que yo aún no comprendía.

—¿Y si no era la segunda vez que la veías? —dijo, con la naturalidad de quien habla de algo evidente—. A veces, las conexiones trascienden el tiempo. En el pasado, llegué a sentirme así con algunas personas… esa sensación de reconocimiento inmediato, de que algo en ellas me resultaba familiar sin razón aparente. El alma recuerda mucho más de lo que nosotros creemos.

Sus palabras resonaron en mí. Asentí lentamente, entendiendo el significado detrás de ellas. No era la primera vez que alguien me hablaba de esas conexiones inexplicables. Owen y Olivia habían mencionado algo similar en nuestras largas conversaciones sobre la vida y el arte, sobre lo intangible que a veces nos atrapa sin darnos cuenta.

Pero antes de que pudiera profundizar más en esa idea, Tess cambió de tema con esa sutileza con la que solía leerme mejor de lo que yo me leía a mí mismo.

—¿Has tenido algún avance con el abogado?

—Nada relevante —respondí, con un gesto de resignación—. Solo mensajes escuetos, diciéndome lo que ya sabía. Que alguien no quiere que la verdad salga a la luz, que las cosas están más enredadas de lo que parecen y que encontrar información no está siendo sencillo. Hay momentos en los que me pregunto si realmente vale la pena seguir insistiendo. Tal vez debería dejar todo así…

Tess entrecerró los ojos, analizando mis palabras, pero no replicó de inmediato. Luego, con la misma astucia con la que solía desarmarme en segundos, preguntó con un deje de curiosidad en la voz:

—¿Tiene eso algo que ver con la señorita Russeau? Porque, curiosamente, hoy no has mencionado a Katerine…

La pregunta de Tess se quedó suspendida en mi mente. Me obligó a mirar dentro de mí con más atención de la que estaba dispuesto a concederme. Durante tanto tiempo, mi único propósito fue regresar a Francia, reencontrarme con Katerine, pedirle perdón, porque, a pesar de todo, la culpa me consumía. Había vivido atrapado en esa necesidad de redención, en la idea de que solo al cerrar ese capítulo encontraría paz.

Pero ahora… ahora todo era distinto.

La chica del museo había irrumpido en mi mente con la fuerza de una tormenta inesperada. Su presencia me perseguía, no con la angustia de lo inconcluso, sino con la fascinación de lo desconocido. Me despertaba una urgencia que no comprendía, un deseo que iba más allá de la lógica. Quería verla otra vez, sí, pero más que eso, quería capturarla. No solo en mi memoria, sino en mis lienzos, en mis trazos, en mi arte.

Inspiré hondo y solté un suspiro cargado de certeza antes de responderle a Tess.

—Solo puedo decirte que he dejado de soñar con Katerine. Y que ahora, necesito irme.

Tess no dijo nada. No hizo falta. Su mirada lo comprendió todo.

Me puse de pie y, luego de una despedida breve, salí de su casa.

No caminé, corrí. Mi cuerpo entero parecía ansioso por llegar al estudio, como si el simple hecho de sostener un pincel en mis manos pudiera calmar la tormenta que se gestaba en mi interior.

Al entrar en casa, me deshice de la camisa con torpeza y crucé el umbral del estudio como quien se entrega a un ritual sagrado. Allí, en medio de los lienzos en blanco y los restos de pintura esparcidos por la mesa, la imagen de ella me golpeó con una intensidad abrumadora.

Me sumergí en mi trabajo con una devoción febril. No hubo bocetos previos ni titubeos. Solo mis manos, la pintura y la necesidad de

darle forma a su silueta. La primera obra cobró vida en cuestión de horas: ella, de espaldas, con su figura delicada enmarcada por la majestuosidad de La noche estrellada. El museo entero parecía un mero telón de fondo, insignificante ante su presencia.

No me detuve ahí. No podía.

Los siguientes cuadros buscaron capturar algo más íntimo: su rostro. Su expresión en ese instante en que nuestras miradas se encontraron, cuando el mundo pareció reducirse a un suspiro contenido. Intenté plasmar la luz de sus ojos, la suavidad de sus labios entreabiertos, la magia de ese momento efímero que aún ardía en mi piel.

El tiempo perdió significado.

Solo cuando la primera luz del día se filtró por la ventana comprendí que había pasado toda la noche pintando. El cansancio pesaba sobre mis hombros, pero no era suficiente para detenerme. Habría seguido dibujándola, obsesionado con cada sombra, con cada matiz, si no hubiera sido interrumpido por el sonido insistente de mi teléfono.

Anthony.

El nombre me sacudió, devolviéndome abruptamente a la realidad.

Atendí la llamada con el estómago revuelto, no solo por el hambre que acababa de recordar, sino por la inquietud en la voz de mi abogado. Sonaba urgente. Y aunque en ese momento quería seguir perdiéndome en los trazos de mi obsesión recién nacida, su tono me dejó claro que no podía ignorarlo.

Me dirigí al baño, dejando atrás el torbellino de lienzos. Permití que el agua fría despejara mi mente, pero no logró borrar el eco de la emoción que aún vibraba en mi pecho.

Un café fuerte me devolvió algo de lucidez, aunque no la suficiente.

Con el peso de la noche en mis párpados y la expectativa ardiendo en mi pecho, me dirigí a la casa de Anthony. Si había decidido

recibirme en su hogar, significaba que lo que tenía que decirme no era un simple informe.

Era algo más. Algo importante que, quizás, estaba a punto de cambiarlo todo.

El recibimiento de Max, la mascota de Anthony fue inesperado pero reconfortante. El labrador retriever, con su energía desbordante, prácticamente se lanzó sobre mí, moviendo la cola con tal entusiasmo que por un momento olvidé el motivo de mi visita. Siempre tuve facilidad con los perros, pero este en particular parecía reconocerme, aunque nunca nos habíamos cruzado. Sus patas delanteras se apoyaron en mi torso y, con la lengua fuera, intentó lamerme el rostro.

Reí por reflejo, sintiendo un calor agradable en el pecho, hasta que la voz de Anthony irrumpió con una nota de fastidio apenas disimulada.

—Max, basta.

El perro se apartó de inmediato, pero su mirada aún reflejaba emoción. Anthony chasqueó la lengua y le indicó que se fuera a otra habitación. Max obedeció con cierta reticencia, lanzándome una última mirada antes de desaparecer por el pasillo.

—Disculpa —murmuró Anthony, como si su propio perro lo hubiera avergonzado.

Negué con la cabeza, restándole importancia, aunque no pude evitar notar el matiz de incomodidad en su expresión. ¿Era posible que sintiera celos de su propia mascota? El pensamiento me resultó absurdo, pero el breve destello de irritación en su rostro quedó grabado en mi mente.

Aproveché la oportunidad para inspeccionar la estancia principal de su casa. No era muy distinta a su oficina: minimalista, ordenada hasta lo clínico, con muebles de líneas rectas y una paleta de colores neutros que, si bien otorgaban armonía, le restaban calidez. No

había fotos familiares, ni recuerdos personales, ni siquiera una obra de arte en las paredes.

Para alguien que trabajaba desentrañando verdades ocultas, su hogar era sorprendentemente… impersonal.

El ambiente no era opresivo, pero sí extraño. Como si fuera un espacio diseñado para la funcionalidad más que para la vida.

—¿Te provoca desayunar? —preguntó de repente, sacándome de mis pensamientos.

Su voz sonó más relajada, quizás un intento de aligerar la atmósfera. Lo observé por un momento antes de responder. Sus ojos me estudiaban con la misma precisión con la que analizaba documentos legales.

Respiré hondo y me pasé una mano por el cabello, tratando de disipar la presión en mi pecho. Mi estómago rugió en un reclamo silencioso, pero no tenía apetito. No con la ansiedad quemándome desde dentro.

—Aunque llevo casi veinte horas sin comer, creo que mi estómago puede esperar un poco más —respondí con una media sonrisa tensa.

Anthony, sin perder tiempo, asintió y se acomodó en su butaca con la postura meticulosa de un hombre que pesa cada palabra antes de pronunciarla. Su mirada se clavó en la mía con seriedad.

—De acuerdo, Julien. Primero que nada, te diré cosas que creo que ya sabes —dijo con un tono que hacía que cada sílaba pareciera una advertencia—. Tu situación es más grave de lo que pensaba. Hay gente muy poderosa intentando enterrar este caso.

Mi mandíbula se tensó instintivamente, pero me obligué a asentir. No quería interrumpirlo. Necesitaba escuchar todo de una vez.

—Al principio me sentí frustrado porque no lograba encontrar ninguna prueba o pista que me permitiera reabrir el caso en Francia y darte la oportunidad de apelar la decisión —relató, con ese tono pausado y calculador que usaba cuando trataba de estructurar un

argumento sólido—. Pero justo antes de venirme, logré reunirme con el detective que llevó tu caso. Un hombre de tez oscura llamado Jones.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar su nombre.

—Sé quién es —murmuré, entrecerrando los ojos mientras los recuerdos me golpeaban con una fuerza inesperada—. Pero tengo la impresión de que lo relevaron de su cargo hace años.

—Así es. Sin embargo, con el cambio de gobierno, ahora trabaja para la fiscalía. Y pienso que eso nos puede dar una pequeña ventaja.

La esperanza parpadeó en mi pecho como una chispa en medio de la penumbra. Me enderecé en la silla.

—¿Qué te dijo? —pregunté, con la voz más áspera de lo que pretendía.

Anthony exhaló y sacó un sobre de su portafolio. Lo dejó encima la mesa entre nosotros y lo empujó lentamente hacia mí.

—Que el caso nunca fue resuelto como debería. Que alguien tiró de los hilos correctos para asegurarse de que desapareciera en el olvido. Y que puede que haya encontrado algo que podría cambiarlo todo.

El sobre frente a mí parecía arder como si contuviera la verdad misma. Sentí que mi pasado se encontraba al alcance de mi mano. Pero la pregunta que me estremecía hasta los huesos era… ¿Estaba listo para enfrentarlo?

—Entiendo. Entonces, de todo lo que encontraste, ¿hay algo que nos permita continuar? —pregunté, mi voz temblando ligeramente, aunque intentaba mantenerme firme.

—Definitivamente —respondió, con la voz llena de certeza—. Tengo un listado de implicados, el contacto del detective y ciertas partes de tu expediente que habían sido clasificadas. Aun así, temo que va a

llevar más tiempo del que pensábamos. Hay mucho por atar, y Jones no puede tomar tantas horas diarias para ayudarme.

Su respuesta me dejó en vilo, y un nudo se formó en mi estómago.

El tiempo.

Todo parecía reducirse a eso. Siempre fue el enemigo en esta lucha. El tiempo que me había sido arrebatado, el tiempo que pasé esperando una respuesta que nunca llegaba. Pero al menos ahora, parecía que había una pequeña grieta por donde la esperanza pudiera filtrarse.

—Tiempo es algo de lo que puedo disponer —respondí, aunque las palabras me salieron con un tono más distante de lo que me habría gustado. No sabía si esa afirmación era una bendición o una condena.

Anthony me observó por un instante, y una sonrisa, casi imperceptible, se dibujó en su rostro. Era una sonrisa que no parecía tener mucha alegría, más bien, algo de ironía y un toque de tristeza. No pude evitar mirarlo fijamente, inquieto.

—¿A qué se debe esa expresión? —le pregunté, con curiosidad y algo de impaciencia. Quería saber qué pasaba por su mente, qué estaba dejando entrever en ese gesto tan cargado de misterio.

—Llevas años sin ver a Katerine, y pese a lo que ya sé que ella significa para ti, mantienes la calma y estás dispuesto y paciente a esperar el momento en el que puedan reencontrarse —murmuró, casi cabizbajo, como si cada palabra lo desgarrara un poco más.

Su observación me golpeó con fuerza. Era cierto. La paciencia fue mi compañera constante en los últimos años, la espera una carga que llevé con el único propósito de reencontrarme con Katerine, de darle un sentido a todo lo que había perdido. Pero ahora, con las palabras de Anthony flotando en el aire, percibí algo diferente.

—Mientras, yo llevo un mes de haberme reencontrado con una mujer, y no sé cómo pasar las horas apartado de ella. Tengo esa

urgencia de tenerla conmigo siempre, que me hace pensar que voy a cometer un error demasiado rápido —confesó en un tono bajo.

El silencio se alargó entre nosotros, y pude sentir cómo se generaba un vacío cargado de emociones que ninguno de los dos sabíamos llenar.

No quise corregirle su error, ni discutir las razones por las que sentía que tenía todo el tiempo del mundo para mi reencuentro con Katerine. Al final, cada uno vive su angustia de manera diferente, y yo no estaba dispuesto a imponerle mi perspectiva sobre el tiempo y el amor. Sin embargo, había algo dentro de mí que deseaba compartir con él una pequeña verdad, y evitarle más tarde una carga que yo mismo llevé por demasiado tiempo.

—Cuando estás seguro, el tiempo deja de ser importante —le respondí, tratando de transmitirle la convicción de alguien que ha vivido lo suficiente como para saberlo—. No hay medida que valga, ni períodos específicos que esperar o no esperar. Si la amas, si estás seguro de que ella es la indicada, no dejes pasar la oportunidad de compartir todo con ella. No hacer lo que te dicta el corazón puede llevarte a arrepentirte más tarde, y eso es algo que no le deseo a nadie.

Mi mente viajó a aquellos días en que la culpa se apoderaba de mí. Tal vez si hubiera sido más insistente, si no hubiera dejado que el temor me frenara… Pero esa culpa había palidecido al compararla con la urgencia que sentía ahora. No pude evitar preguntarme si era la misma sensación que le invadía a Anthony. En este momento, el miedo era otra cosa para mí. Miedo por no haberle pedido el número o el nombre a la chica del museo. El tiempo perdido al no atreverme a dar un paso. Ahora, mi corazón estaba suspendido en un hilo, aferrándose a la mínima esperanza de que ella estuviera allí, en el museo, y que alguna vez nuestras vidas se cruzaran de nuevo.

La confesión de Anthony cortó mis pensamientos.

—Temo que se espante y se aleje —dijo vacilante, reflejando su miedo de una manera que me era completamente ajena, pero al

mismo tiempo tan humana.

—Si es así, no era para ti.

Anthony asintió lentamente, aunque su rostro reflejaba una mezcla de tristeza y temor.

—No quiero enfrentar el hecho de que podría no ser para mí —murmuró, con una vulnerabilidad que me tocó más de lo que esperaba.

Lo observé por un momento, con los ojos llenos de comprensión. No podía decirle lo que él quería oír, pero sí lo que necesitaba escuchar.

—¿Y si lo es? —le pregunté, mirando fijamente sus ojos, desafiándolo a pensar más allá del miedo—. ¿Preferirías perderte cada segundo de lo maravilloso que podría ser por temor? Yo pienso que todo lo que vale la pena da miedo. Pero estoy seguro de que lo mejor es enfrentar ese miedo, porque así la vida puede sorprenderte, para bien, claro está.

Anthony permaneció en silencio por un momento, como si esas palabras hubieran tocado una fibra interna que aún no había sido explorada. Y entonces, por fin, su rostro mostró algo más allá de la duda: una chispa de comprensión, de reflexión, quizás el comienzo de un nuevo camino que él mismo tenía que decidir recorrer.

—Se te dan muy bien los consejos, Julien —comentó Anthony con una sonrisa divertida y la ligera ironía en sus palabras, haciéndome sentir que, tal vez, el peso de la conversación se aligeraba. —Si alguna vez lo de la pintura se te tuerce, podrías meterte a coach de vida o algo así.

La risa llenó la habitación, disipando la tensión que había quedado flotando entre nosotros.

—O pasear perros —añadí con una sonrisa, mientras observaba cómo Max, el labrador retriever de Anthony, regresaba lentamente al salón. Se acomodó junto a mis pies, apoyando su cabeza con suavidad sobre mis zapatos.

Unos minutos pasaron en silencio, solo interrumpidos por el crujir de mi estómago, que ya se hacía imposible de ignorar. Había llegado el momento de despedirme.

Mientras me ponía de pie, mi mente no paraba de revisarlo todo. A pesar de que las piezas del rompecabezas sobre Francia se movían lentamente, el sentimiento que me invadió era diferente al de antes. Ya no veía la situación como un caso perdido. Había esperanza, una pequeña luz al final de un túnel oscuro.

Sin embargo, mis prioridades no eran las mismas, y ahora el reencuentro con Katerine ya no era mi única obsesión.

Lo que más urgía de momento era darme espacio para respirar, comer, descansar, y lo que más me apremiaba: saber si la chica del museo había sido contratada. Esa pequeña esperanza se mantenía viva en mi pecho, como un fuego tenue pero constante, alimentado por las posibilidades de un nuevo encuentro.

Extendí mi mano hacia Anthony, agradeciéndole una vez más por todo lo que estaba haciendo. Me despedí con la certeza de que mi abogado tenía el caso controlado, y que no solo conocía los límites de la situación, sino que también entendía la necesidad de mantener un ritmo que nos protegiera a todos.

Al salir de su casa, el aire fresco de la calle me golpeó la cara, y por un momento, me sentí aliviado de estar afuera. No solo por el cambio de ambiente, sino porque sabía que las decisiones que tomara ahora podrían marcar un antes y un después en mi vida.

Llegué a casa, y el suave sonido de la puerta cerrándose rompió la quietud del lugar. El peso de la jornada aún se mantenía sobre mis hombros, pero mi estómago, por otro lado, exigía atención urgente. No tenía tiempo para ponerme a cocinar, así que opté por algo más práctico. Pedí una ensalada a domicilio, con la esperanza de al menos calmar el malestar punzante que sentía en el abdomen, mientras mi mente seguía atrapada por la imagen de la chica del museo.

Me dejé caer en el sofá, encendí la laptop y, sin pensarlo demasiado, me sumergí en la búsqueda. Tenía que encontrar cualquier cosa sobre ella. Algo que me diera una pista más, que me acercara a descubrir quién era esa mujer que, de alguna manera, parecía haberse infiltrado en cada rincón de mi mente. Los minutos pasaban y mi corazón latía con más rapidez de lo normal, como si de alguna manera, al encontrarla, algo en mí se resolviera.

Pero la decepción me golpeó de inmediato. Otro apellido. Nada que ver con la mujer que había capturado mi atención con tan solo un par de miradas. La noticia de las nuevas contrataciones del MoMA, como un jarro de agua fría, me dejó la sensación de vacío. Sentí que lo que había imaginado, toda esa conexión intangible, se desvanecía en el aire. La corazonada que me mantuvo esperanzado resultó ser solo eso: una corazonada. La frustración me embargó y la ansiedad comenzó a tomarme, como una marea que no sabía cómo detener.

Desesperado, volví a buscar su apellido, insistí una y otra vez, pero no encontré nada que me conectara con ella. El agotamiento mental se apoderó de mí como una nube densa, oscura, que me dejó sin fuerzas. En ese instante, el timbre me sacó del torbellino de pensamientos. Era mi comida, y sin pensarlo más, corrí a recibirla. Devoré la ensalada en apenas unos minutos, sin saborear nada, solo con la necesidad de calmar el vacío que sentía dentro.

Cuando terminé, la fatiga me embargó. Me arrastré hasta la habitación, sin fuerzas para pensar más en nada, y me dejé caer en la cama. El sueño me recibió como un refugio, pero incluso en la oscuridad de mis ojos cerrados, la silueta de ella seguía presente. Me sentí atrapado, como si ya no pudiera escapar de su imagen, y de esa sensación de deseo y curiosidad.

¿Podría el destino, que parecía tener sus propios planes, ponerme nuevamente frente a ella? Mi mente se aferraba a la posibilidad, esperando que esta vez, al ser cruzado por su camino, tomaría el mismo consejo que le di a Anthony, no dejaría que se desvaneciera, no la dejaría ir sin más.

CAPÍTULO 10

Un Espacio Reservado

ANTHONY

La conversación con Julien se arraigó en mi mente como un murmullo constante. Durante semanas, me sorprendí dándole vueltas una y otra vez a sus palabras, desmenuzándolas, analizándolas desde todos los ángulos posibles. La verdad era innegable: deseaba a Melanie en mi vida, en cada momento, en cada espacio, en cada despertar. Quería sentir su presencia, no solo en los instantes fugaces que compartíamos, sino en la cotidianidad, en los pequeños detalles de cada día. Pero desde que había comenzado a trabajar en el MoMA, el tiempo que pasábamos juntos se reducía drásticamente, y con ello, crecía en mí un temor silencioso. ¿Nos convertiríamos en una de esas parejas que apenas se ven una vez a la semana, que terminan compartiendo más por costumbre que por pasión? La idea me inquietaba.

Sin embargo, otra voz dentro de mí intentaba calmarme. Solo habían pasado tres meses desde que comenzamos a salir. ¿No sería demasiado pronto para pensar en algo tan grande? Me debatía entre la razón y el deseo, hasta que, una mañana cualquiera, desperté con el hueco frío de la cama a mi lado y la certeza clavada en el pecho: Julien tenía razón. Cuando algo es para ti, no hay tiempos adecuados ni pasos medidos. Simplemente lo sabes. Y yo lo sabía.

Decidí arriesgarme. Tomé el teléfono y llamé a Melanie, invitándola a cenar en *Le Rivage*, un restaurante francés acogedor que sabía que le encantaba. Su voz sonó agotada al otro lado de la línea; me dijo que saldría tarde del trabajo, pero insistí. No me importaba esperar,

incluso si eso significaba cenar a medianoche. Finalmente, para mi alivio, logró salir un poco antes, y pasé a buscarla.

Cuando la vi acercarse, la fatiga estaba escrita en cada uno de sus movimientos. Sus hombros caídos, la lentitud con la que caminaba, incluso la manera en que se recogió el cabello mientras me sonreía, todo hablaba de un día extenuante. Una punzada de culpa me recorrió. Tal vez debí dejarla descansar, darle espacio para recuperar energías. Pero al mismo tiempo, no pude evitar sentir cierta satisfacción al saber que, a pesar del cansancio, había aceptado verme.

—Hola, preciosa —murmuré con dulzura, apoyado contra el auto mientras la observaba acercarse. Su sonrisa iluminó el momento antes de que se inclinara para besarme.

En ese fugaz encuentro de nuestros labios, supe con certeza que cada temor quedaba eclipsado por la intensidad de lo que sentía por ella.

—Luces hermosa, como siempre —añadí, deslizando los dedos por su mejilla—. Pero también pareces agotada. ¿Quieres que te lleve a casa y pospongamos la cita?

No era lo que realmente deseaba. Lo último que quería era despedirme de ella tan pronto, pero me obligué a ofrecerle la opción, porque lo que más importaba era su bienestar.

—No, amor —respondió sin dudar, abrazándome con fuerza—. Necesito desconectar un poco del museo. Además, tengo mucha hambre.

Sonreí, y en ese instante sentí su corazón latir contra mi pecho, fuerte y acelerado. Fue una revelación. No solo yo deseaba este momento, también ella. Quería estar conmigo tanto como yo con ella, y de repente, todas mis dudas se disiparon. Aún quedaba en mi estómago ese nudo de incertidumbre, ese miedo a dar un paso muy grande demasiado pronto, pero entonces recordé las palabras de Julien:

"Todo lo que vale la pena da miedo. Pero estoy seguro de que lo mejor es enfrentar ese miedo, porque así la vida puede sorprenderte".

Al entrar en el restaurante, nos envolvió una atmósfera íntima y acogedora, con luces cálidas que reflejaban destellos dorados en las copas de cristal y el aroma tentador de la cocina francesa flotando en el aire. Había un toque de elegancia en el ambiente, pero sin resultar pretencioso.

Tomamos asiento en una mesa junto a la ventana, desde donde se veía la ciudad iluminada, vibrante y viva, en contraste con la calma que nos rodeaba dentro del restaurante. Pedí una botella de vino, y mientras el mesero la descorchaba con precisión, recorrí con la mirada el rostro de Melanie. Sus ojos, aunque cansados, brillaban con esa chispa de entusiasmo que tanto me fascinaba.

—Cuéntame de tu día —le pedí con interés genuino.

Ella esbozó una sonrisa radiante, la clase de sonrisa que no se fuerza, sino que nace desde el alma.

—Estamos organizando un evento importante… —comenzó a decir mientras levantaba la copa y la llevaba a sus labios.

Y entonces me perdí. No en sus palabras, sino en ella. En la forma en que su boca rozaba el cristal, en el sutil movimiento de su garganta al tragar el vino, en la manera en que su cabello caía sobre su hombro cuando se inclinaba un poco hacia adelante.

—Aunque no tiene tanto que ver con la pintura —continuó—, sino más bien con la música.

Su voz me devolvió a la realidad, y pese a que había perdido parte de la conversación, no importaba. Lo único que realmente quería en ese momento era seguir mirándola y disfrutar de su presencia, dejando que la noche nos envolviera con su magia.

Su mirada se desvió hacia el ventanal a nuestro lado y se perdió en la vista por un instante, como si la ciudad iluminada le susurrara

algo que solo ella podía comprender.

—¿Qué sucede? —pregunté con suavidad, notando una sombra de nostalgia en sus ojos.

Melanie tardó un momento en responder.

—Nada malo —dijo al fin, con una sonrisa ligera—. Es una bonita noche.

Asentí, pero no quedé del todo convencido. Había una melancolía latente en su tono, algo que iba más allá de la belleza de la noche.

—¿Te gustaría pintarla? —aventuré, conociéndola lo suficiente para saber que, aunque amaba su trabajo, extrañaba el tiempo que antes dedicaba a su propio arte.

Su expresión cambió levemente, y una chispa de anhelo cruzó su mirada, aunque se desvaneció tan rápido como había aparecido.

—Quizás —murmuró—. Pero ahora estoy demasiado cansada para que siquiera una línea me salga derecha.

Sonreí con ternura mientras la observaba beber otro sorbo de vino y luego fijar su atención en mí.

—Háblame de ti —pidió—. ¿Cómo va el caso del pintor?

Solté un suspiro, revolviendo el vino en mi copa antes de contestar.

—Lento —admití—. A veces me frustra, porque, aunque hemos avanzado, siento que lo hacemos a paso de tortuga. Y no quiero que haya otro cambio de gobierno en Francia que nos regrese a la línea de partida.

Melanie apoyó el codo en la mesa y me miró con una serenidad que contrastaba con mi impaciencia.

—No veo que eso pueda pasar pronto —comentó—. Así que no desesperes, tienes holgura.

—Eso mismo me dice él —dije con un suspiro, dejando la copa sobre la mesa—. A veces siento que estoy más interesado en resolverlo

que él mismo.

No pude continuar. Los meseros llegaron con nuestros platos, y el aroma de la comida caliente nos envolvió, distrayéndonos momentáneamente de la conversación. Sin embargo, no fue la cena lo que capturó mi atención, sino ella.

Melanie tomó el tenedor y comenzó a comer con el hambre de quien ha pasado un día entero sumergida en trabajo sin apenas un respiro. La vi disfrutar cada bocado, con esa forma tan suya de entregarse incluso a las cosas más simples. Me quedé observándola, embelesado.

Ella notó mi mirada y frunció ligeramente el ceño antes de sonreír con picardía.

—¿Qué?

Respiré hondo. El momento era perfecto, y ya no tenía sentido contenerme.

—Múdate conmigo, Mel.

Las palabras salieron con una seguridad que incluso me sorprendió. No había dudas en mi interior. No las había tenido nunca. Ella era lo que quería. Y necesitaba que fuera ahora.

Su tenedor se detuvo en el plato, y sus ojos se fijaron en mí con una mezcla de sorpresa y escepticismo. Parecía analizar mis palabras, como si intentara descifrar si hablaba en serio o si se trataba de una broma.

No quería dejar espacio para la duda, así que lo repetí, esta vez con más convicción:

—Múdate conmigo, Mel.

Quise que mi voz sonara firme, segura, pero también llena del cariño y el deseo genuino de compartir mi vida con ella. No era una simple idea lanzada al aire; lo quería de verdad.

—Estarás más cerca del museo —argumenté, apoyando mis manos sobre la mesa mientras la miraba a los ojos—. Dormiremos juntos y podremos vernos todos los días, sin importar el cansancio. Déjame disfrutar de ti, de nosotros, y también cuidarte y consentirte.

Ella arqueó una ceja, y una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro.

—No entiendo por qué tienes que tratar de convencerme tanto, Anthony —dijo con un brillo especial en la mirada—. Desde que lo dijiste la primera vez, grité un "sí" interno.

Me quedé un segundo en silencio, sintiendo cómo mi corazón aceleraba su ritmo.

—¿En serio? —pregunté, casi sin poder creerlo.

—Por supuesto —respondió, dejando el tenedor en el plato y poniéndose de pie.

Antes de que pudiera reaccionar, se inclinó sobre la mesa y me envolvió en un abrazo cálido, dejando caer su peso ligeramente sobre mí. Sentí su perfume, la suavidad de su piel, la calidez de su cuerpo pegado al mío, y en ese instante, supe que nada en el mundo podía hacerme más feliz.

Mis brazos la rodearon con fuerza, con la urgencia de quien quiere retener un momento para siempre. Sin pensar en dónde estábamos ni en quiénes nos rodeaban, la besé. Fue un beso prolongado, intenso, uno que desbordaba todas las emociones contenidas.

—Estoy enamorado de ti, Mel —confesé en un susurro contra sus labios, sin filtros, sin miedo.

Por primera vez, decirlo en voz alta no me resultó aterrador. Se sintió natural, liberador.

Ella se separó apenas unos centímetros, lo justo para mirarme a los ojos, y su respuesta fue la guinda del pastel que ya era aquella noche.

—Yo también te quiero, Anthony.

Sentí que mi pecho se expandía con una felicidad que pocas veces había experimentado. Como si el universo entero se alineara para asegurarme que todo estaba bien, que estábamos exactamente donde debíamos estar.

El resto de la velada transcurrió entre risas, caricias sutiles y miradas que hablaban más de lo que las palabras podían expresar.

En los días siguientes, la euforia de nuestra decisión seguía presente, aunque la realidad del trabajo de Melanie nos hizo posponer la mudanza más veces de lo que habíamos previsto. Pero no importaba. Sabía que, tarde o temprano, ella llegaría a casa. A nuestra casa.

Durante un par de meses, Melanie y yo intentamos encontrar el momento perfecto entre su agotadora rutina en el museo y mis responsabilidades con el caso de Julien y el resto de los pendientes del bufete. Y cuando finalmente lo logramos, la sensación de verla recorrer nuestra casa, acomodando cada detalle con entusiasmo, fue indescriptible.

La forma en que ponía su toque personal en todos los rincones me hacía sonreír sin darme cuenta. Su obsesión por llenar los espacios con arte, su manera de discutir con una mezcla de indignación y diversión, el hecho de que mis paredes estuvieran demasiado vacías, todo eso me llenaba de calidez. Ya no era un espacio cualquiera, era nuestro hogar.

—Tendrás que hablar con tu amigo pintor —comentó de repente, señalando un amplio espacio en la pared del salón—. Si es tan bueno como dices, podría hacerte algo que colocar allí.

Me reí entre dientes.

—No es mi amigo, es mi cliente —corregí, aunque la verdad es que, después de tantos meses, la línea entre ambas cosas era borrosa—. Y preferiría colocar algo tuyo.

Melanie frunció el ceño con fingida exasperación antes de rodar los ojos con diversión.

—Si me dijeras su nombre, no tendría que llamarlo tu amigo o tu cliente —dijo con una sonrisa traviesa—. Y sabes que siento que mi técnica no está pulida. Hasta que no encuentre mi propia perfección, tendrás que esperar.

Sus palabras me hicieron suspirar. Sabía que la autocrítica era su peor enemiga, pero yo había visto su arte. Había visto la pasión en sus pinceladas, la emoción que transmitía cada trazo. Y, aun así, seguía dudando de sí misma.

—Estás en el mundo del arte, Mel —dije con cautela—. No puedo revelar que alguien que, probablemente conoces, es la persona de cuyo caso he hablado tanto. Pero conozco otro artista muy bueno que quizás pueda darte algunos cursos y ayudarte a perfeccionar tu técnica —solté con ligereza, aunque la sensación de mentir se asentó en mi estómago como una piedra.

No me agradaba ocultarle la verdad, pero revelarle la identidad de mi cliente no era una opción. El veto de Julien para entrar a Francia era un secreto bien guardado, y en ninguna circunstancia sería yo quien rompiera esa confidencia.

—Quizás después, amor —respondió Melanie, con esa dulzura envolvente que tanto me desarmaba.

Pero yo sabía la verdad. Sabía que lo postergaría todo lo que pudiera, que encontraría mil excusas antes de enfrentarse a su propio talento. Y, lo que más temía, era que su miedo terminara por atarla para siempre, impidiéndole avanzar, impidiéndole brillar como merecía.

Inspiré profundamente y decidí intentarlo una vez más.

—Sabes, alguien hace poco me dijo que todo lo que vale la pena da miedo, pero que, si enfrentas ese miedo, la vida puede sorprenderte.

Esperaba que mis palabras calaran en ella, pero, en lugar de eso, una sonrisa pícara se dibujó en su rostro.

—No tengo miedo, amor —susurró, con una mirada cargada de promesas—. Siento otras cosas en este momento, pero miedo no es una de ellas.

Antes de que pudiera responder, se acercó lentamente y atrapó mis labios en un beso sensual, de esos que me robaban la razón. Sabía que estaba desviando el tema, que me estaba llevando por otro camino para evitar seguir hablando de sus inseguridades. Pero en ese instante, no me importó.

Porque con Melanie, resistirme jamás sería una opción.

Así, con la casa a medio andar, con cajas sin desempacar y su gata Perla correteando por el pasillo, molestando de vez en cuando a Max, nos perdimos el uno en el otro. Nuestros cuerpos se encontraron entre besos, caricias y suspiros que se fundieron en la calidez de la habitación, hasta alcanzar el éxtasis, juntos.

Cuando finalmente se quedó dormida a mi lado, su respiración pausada y tranquila llenó el espacio con una paz indescriptible. Yo, en cambio, permanecí inmóvil, observándola en la penumbra, grabando cada detalle en mi memoria.

Era perfecta.

Y entonces lo entendí.

Daba miedo.

Daba miedo amarla tanto, sentir que mi mundo se tejía a su alrededor, que mi felicidad dependía de su risa, de su presencia. Daba miedo imaginar un futuro sin ella.

Y así supe, con absoluta certeza, que estaba en el lugar indicado.

Porque cuando amas a alguien de verdad, cuando se convierte en parte de tu alma, el miedo a perderlo es inevitable.

Es el sentimiento más hermoso y terrorífico que existe.

CAPÍTULO 11

La Propuesta

MELANIE

Después de mudarme a lo que ahora era nuestro hogar, mi vida se transformó por completo. Cada rincón de la casa llevaba impresa nuestra esencia, desde los libros apilados en la mesita de noche hasta las tazas de café olvidadas en la cocina después de largas conversaciones nocturnas. La rutina, lejos de ser monótona, se convirtió en un refugio cómodo, una danza armoniosa entre el arte, el amor y la cotidianidad que, sin darme cuenta, comenzó a moldear cada aspecto de mi existencia.

Durante el día, me sumergía en el museo, perdiéndome entre las pinceladas de genios de otras épocas, dejando que cada obra se filtrara en mis venas como un elixir embriagador. Aprendía, crecía, me maravillaba con cada nueva exposición, con cada historia detrás de una pintura, con cada restauración que devolvía la vida a un lienzo desgastado por el tiempo. Y al caer la noche, cuando el bullicio de la ciudad quedaba atrás, regresaba a casa, donde Anthony me esperaba con su sonrisa cálida y sus brazos abiertos, convirtiendo las cenas y las caricias en un ritual sagrado. Me llenaba de atenciones, de pequeños gestos que hacían que mi corazón se expandiera con gratitud. Me sentía plena. Completa.

Sin embargo, en algún punto del camino, sin siquiera notarlo, me alejé de otras partes de mí misma. Mi familia, mis amigos, Lou… todo quedó en un segundo plano. Las llamadas se volvieron esporádicas, las visitas casi inexistentes. Y lo más doloroso de admitir: mi arte quedó relegado a un rincón olvidado de mi vida. Me

contaba a mí misma que era por falta de tiempo, por el cansancio, por la intensidad de mi trabajo en el museo, pero en el fondo sabía que eran excusas vacías. Anthony, con su amor incondicional, intentó animarme, incluso convirtió una de las habitaciones en un estudio para que tuviera mi propio espacio para pintar. Al principio, su entusiasmo me conmovió, pero con el pasar de los meses, aquel lugar se llenó de polvo y trastos que nunca me molesté en organizar.

El tiempo avanzó con la suavidad engañosa de las mareas. Un año pasó, y cada día me sentía más unida a Anthony, más arraigada a esa vida que habíamos construido juntos. Me convencí de que todo estaba en su lugar, de que no quedaba cabida para dudas o nostalgias. Y entonces, una tarde cualquiera, al salir del museo, mi mente divagó hacia un pensamiento que no había tenido en mucho tiempo: aquel hombre del MET.

Nunca volví a verlo. Llegué a suponer que había dejado Nueva York, considerando que, a pesar de estar rodeada de artistas, jamás volvió a cruzarse en mi camino. Tal vez el destino, o Dios, habían decidido apartarlo de mi vida para que no desviara mi atención de lo realmente importante: Anthony y todo lo bueno que él me había dado.

Y con ese pensamiento, me aferré aún más a la paz que creía haber encontrado. Me convencí de que esos encuentros fugaces formaban parte de un pasado inconcluso que no necesitaba resolver. Había elegido mi camino. Y, hasta ese momento, creía firmemente que era el correcto.

Así llegó diciembre, y con él, la magia inconfundible de la mejor época del año. Las calles de Nueva York resplandecían con luces parpadeantes, los escaparates se vestían de fiesta, y el aire se impregnaba con el aroma a castañas asadas y chocolate caliente. En casa, el espíritu navideño se respiraba en cada rincón. Me tomé un descanso del museo para sumergirme de lleno en la decoración y las compras, disfrutando de cada pequeño detalle que hacía de nuestra primera Navidad viviendo juntos algo especial.

Anthony y yo estábamos emocionados, pues esa Nochebuena seríamos los anfitriones. Aunque yo lo veía como una oportunidad hermosa para compartir, sabía que él sentía cierta inquietud. Le preocupaba estar a la altura, pues la idea de recibir a mi familia lo ponía algo tenso. A pesar de su seguridad en tantos aspectos, frente a ellos siempre se había sentido menos. Lo entendía, sobre todo porque mi padre podía ser un hombre imponente, de opiniones firmes y comentarios afilados, pero también sabía que, en esta ocasión, su intención no era otra que compartir y celebrar. De hecho, él mismo me había dicho lo feliz que se sentía por mí.

El plan estaba perfectamente organizado, pero un imprevisto cambió mis expectativas para ese día. Aunque había solicitado no trabajar, mis recientes vacaciones pesaron más en la balanza y, para mi disgusto, tuve que asistir al museo. Me vi obligada a dejar toda la preparación en manos de Anthony, quien, afortunadamente, contaba con la ayuda de Lou y Candace, siempre dispuestos a colaborar.

Para mi sorpresa, logré salir a las cuatro de la tarde, con suficiente tiempo para llegar a casa, dar los últimos toques y arreglarme para la cena. Sin embargo, al cruzar la puerta, me encontré con una escena que me dejó sin aliento.

La sala estaba impecable, decorada con una elegancia sutil y minimalista. Las luces cálidas titilaban suavemente, reflejándose en los adornos plateados y dorados que colgaban de un abeto decorado a la perfección. La mesa, cuidadosamente dispuesta, combinaba sofisticación y calidez, con velas encendidas y detalles festivos que hacían que el ambiente se sintiera mágico.

—¡Guau! No sé qué decir… Ha quedado hermoso —dije con una mezcla de asombro y gratitud mientras me giraba hacia Anthony.

Él, sentado en el sofá junto a Lou, tenía el gesto relajado, pero sus ojos reflejaban el cansancio tras un día de arduo trabajo. Aun así, también se percibía en él la satisfacción de haberlo logrado.

—¿Alquilaste sillas? —pregunté, recorriendo con la mirada la extensión de la mesa.

—Sí. La mesa no era lo suficientemente grande para todos, así que añadimos una extensión y trajimos más sillas. Aún no sé si tus padres vendrán acompañados o si quizás tu hermano se unirá —respondió, su tono sereno pero expectante.

—Mis padres decidieron hacer las paces por una noche —comenté, sin poder ocultar mi sorpresa—, lo cual me parece bastante extraño. Pero el punto es que vendrán solos, al igual que Mark. Candace, por otra parte, sí traerá acompañante.

—Igual Connor y… —comenzó a decir Anthony, lanzando una mirada expectante a Lou, pero ella lo interrumpió de inmediato.

—Yo, yo también vendré acompañada —anunció con una sonrisa traviesa.

Mi curiosidad se encendió al instante.

—¿Quién es la víctima? ¿Lo conozco? —pregunté, inclinándome hacia ella con intriga.

Lou se cruzó de brazos y me miró con picardía antes de soltar la bomba.

—Sí, muy bien, diría yo. Tomando en cuenta que iba a la escuela con tu hermano Mark.

Fruncí el ceño mientras mi mente repasaba nombres hasta que uno resonó con fuerza.

—¿Josh? ¿En serio? —exclamé, sin poder ocultar mi sorpresa—. Lou, eres diez años mayor que él.

—La edad es solo un número, Mel —replicó con una risa socarrona, encogiéndose de hombros—. Y aunque me encantaría quedarme a explicarte con lujo de detalles por qué esto es una excelente idea, tengo que ir a arreglarme para mi cita —hizo una pausa teatral y carraspeó—, digo, para la cena.

Dicho esto, se alejó corriendo hacia la puerta, dejando tras de sí una risa burlona que aún flotaba en el aire.

Anthony y yo nos quedamos en silencio por un momento antes de compartir una mirada cómplice. Me dejé caer a su lado en el sofá, buscando su calor, y nos dedicamos a disfrutar un rato de caricias suaves y murmullos sin prisas. Sus dedos recorrían distraídamente mi brazo, mientras mis labios dibujaban pequeños besos sobre su cuello. En ese instante, el mundo exterior se desvaneció y solo existíamos nosotros.

Pero el reloj avanzaba, y pronto nos vimos obligados a abandonar nuestro refugio para prepararnos para la velada.

Anthony, como siempre, terminó antes que yo. Cuando lo vi, tuve que contener un suspiro. Llevaba un traje gris oscuro perfectamente ajustado, con una corbata verde que resaltaba el tono de sus ojos. Su presencia irradiaba elegancia y seguridad, y no pude evitar morderme el labio al apreciarlo de pies a cabeza.

—Estás impresionante —le susurré, recorriéndolo con la mirada.

—Tú todavía no has salido de la habitación y ya sé que me vas a dejar sin aliento —respondió con una sonrisa ladina al tiempo que abandonaba la estancia.

Finalmente, cuando terminé de arreglarme, me paré frente al espejo y repasé mi reflejo. Había elegido un vestido azul largo, de líneas sencillas, pero elegantes, con un escote delicado en la espalda que quedaba realzado por un choker con un zafiro que caía justo en el centro. La tela fluía con cada movimiento, envolviéndome con un aire sofisticado pero sutil.

Recogí un poco mi cabello en un elegante moño bajo, a pesar de que siempre había preferido llevarlo suelto. Sabía que a mi padre le parecía un signo de distinción, y, además, de esa forma, el choker con el zafiro destacaría aún más sobre mi piel.

Justo cuando me aplicaba el perfume, el timbre sonó, anunciando la llegada de los primeros invitados. Terminé apresuradamente y salí corriendo para recibirlos junto a Anthony, disfrutando la idea de darles la bienvenida como una pareja consolidada.

Al abrir la puerta, me encontré con mi madre y mi hermano Mark. Mamá nos abrazó a ambos con efusividad, irradiando esa calidez que siempre la caracterizaba. Ella sentía un aprecio especial por Anthony, al igual que por su hermano mayor, Terry, y por Lou. La historia entre ellos tenía raíces profundas: tras la separación de mis padres, la madre de Lou se había convertido en la terapeuta de mamá, y con el tiempo, esa relación profesional evolucionó en una amistad genuina, aunque breve.

Antes de cerrar la puerta, alcancé a ver el auto de Connor estacionando. Le hice una señal a Anthony para que esperáramos, y observé con cierta sorpresa que venía acompañado de una mujer que no era la novia que yo le conocía. Me giré hacia Anthony con una ceja arqueada, y él, con una expresión de ligera diversión, me confirmó que llevaban meses saliendo. Me quedé momentáneamente perpleja. ¿Cómo no me había dado cuenta? Definitivamente, había estado demasiado sumida en el trabajo.

Minutos después, Lou llegó con su acompañante, seguida de Candace, mi hermana, quien apareció del brazo de Logan, su prometido. Pude notar cómo Anthony se relajaba ligeramente. Sabía que la presencia de Logan le brindaba cierta tranquilidad, quizás porque, a diferencia de la mayoría de nuestros conocidos, él no pertenecía a la élite neoyorquina. Contra todo pronóstico, Candace había elegido a un hombre sencillo, un enfermero que captó su atención tras cruzarse con él varias veces en la cafetería. Me encantaba su historia: un día, mientras ambos bebían su café matutino, presenciaron un accidente de tránsito, y Logan, con sus dotes de paramédico, intervino de inmediato para ayudar. Mi hermana quedó fascinada, y el resto fue historia.

Justo cuando mi madre comenzaba a impacientarse por la supuesta impuntualidad de mi padre, el timbre volvió a sonar. Al abrir la puerta, allí estaba él, impecable como siempre. Vestía con una elegancia que superaba la de todos los presentes, a pesar de que le había insistido en que sería una cena semi formal. Sonreí con resignación ante su inquebrantable sentido del estilo.

Anthony y él se estrecharon la mano con cortesía, en un gesto que, aunque formal, tenía un trasfondo de respeto mutuo. Luego, mi padre me abrazó con fuerza y, con su toque característico de dramatismo, me entregó dos paquetes elegantemente envueltos.

—Uno para ti —dijo, extendiéndome un regalo con una sonrisa—. Y el otro es para Candace.

Su llegada marcaba oficialmente el inicio de la velada. Todo estaba listo, y una sensación cálida me envolvió. Esta noche prometía ser especial.

Con mi padre en la estancia, inspeccionando cada detalle de la decoración con esa mirada crítica que conocía demasiado bien, supe que no tardaría en hacer algún comentario que pondría aún más nervioso a Anthony. No quería que la noche se volviera un interrogatorio ni que mi pareja se sintiera bajo escrutinio, así que, antes de que pudiera abrir la boca para emitir su veredicto sobre la disposición de los adornos o la escasez de arte, intervine con rapidez.

—Pasemos al comedor —sugerí con una sonrisa amplia, tomando a mi madre del brazo para guiarla, dando así por cerrada cualquier posible conversación sobre estética y buen gusto.

Sabía que mi padre y yo compartíamos el amor por el arte, y aunque mi llegada a esta casa había traído consigo algunas piezas hermosas, la pared central del salón seguía vacía. Ese gran espacio en blanco era como un recordatorio silencioso de que aún quedaban historias por contar, colores por descubrir, texturas por explorar. Solo alguien que apreciara la pintura lo notaría de inmediato, y por supuesto, él lo había hecho.

Nos dispusimos en la mesa alargada, donde cada detalle se colocó con cuidadoso esmero. Anthony, queriendo evadir la presión de encontrarse bajo la mirada evaluadora de mi padre, me pidió en voz baja que lo dejara servir junto a Lou. Cuando vi la súplica en sus ojos, accedí sin dudarlo.

—Cuéntame, hija, ¿cómo te ha ido en el museo? —preguntó mi madre con su tono cálido, mientras tomaba asiento.

—Es un poco agotador, pero vale la pena —respondí con sinceridad.

—Es un empleo prestigioso. Todos los de ese tipo valen la pena —intervino mi padre con su típico aire pragmático—. Sin embargo, también pueden succionar la vida entera. ¿Cómo llevas eso con tu propia creación de arte?

Su pregunta, aunque directa, no tenía un ápice de juicio, sino de genuina preocupación. Me incomodó un poco, porque me conocía demasiado bien. Mi padre siempre había sido un hombre práctico, de negocios, calculador en cada decisión que tomaba. Pero me amaba, y sabía cuánto significaba para mí el arte. Por eso me hacía esa pregunta, porque le preocupaba que, en mi afán por avanzar en mi carrera, estuviera dejando de lado mi verdadera pasión.

Me removí ligeramente en mi asiento, sintiendo un leve calor en las mejillas. No era culpa suya que la pregunta me incomodara, sino mía, porque sabía la respuesta y no me gustaba admitirla.

—No he podido balancearlo, papá —confesé, bajando un poco la mirada—. Por ahora, estoy completamente dedicada al museo.

Mi padre asintió, tomándose un segundo para elegir sus palabras antes de hablar.

—No dejes que pase mucho tiempo, princesa —dijo con un tono condescendiente, pero lleno de afecto—. Luego uno se arrepiente de entrar en una zona de confort y no arriesgarse por lo que realmente desea.

Sus palabras quedaron flotando en el aire como un eco persistente en mi mente. Sabía que tenía razón. Y aunque me repetía a mí misma que aún disponía de tiempo, no podía evitar preguntarme cuánto de mi arte estaba quedando atrás en el proceso.

—Hubiera deseado un consejo como ese hace años —reclamó Candace con un deje de ironía en la voz.

Mi hermana rara vez se mostraba celosa, pero nunca había ocultado su percepción de que nuestro padre me consentía más a mí y era más exigente con ella. Yo no lo veía así. Sabía que él sentía una profunda admiración por Candace, y por eso la había impulsado en el mundo de los negocios, no porque quisiera que siguiera sus pasos, sino porque ella misma había buscado hacerlo. Sin embargo, ahora le reprochaba que no la hubiese apoyado en su carrera de bailarina, cuando la realidad era que había sido ella quien la había abandonado en cuanto le impusieron restricciones alimenticias inaceptables.

Papá abrió la boca para responder, pero antes de que la conversación tomara un rumbo incómodo, Anthony y Lou irrumpieron con perfecta sincronía, anunciando que la cena estaba lista y que mi maravilloso novio daría unas palabras de bienvenida.

Anthony tomó su lugar en la cabecera de la mesa, a mi lado, como en todo evento importante. Sonrió con calidez, elevó su copa y tintineó suavemente su borde con un cuchillo, captando de inmediato la atención de todos. El murmullo general se disipó, dejando paso al sonido acogedor de la chimenea crepitando.

—Primero que nada, quiero agradecerles por acompañarnos en esta noche tan especial —comenzó, con esa voz profunda y serena que me fascinaba—. Melanie y yo estamos felices de recibirlos en nuestro hogar, en nuestra primera Nochebuena como anfitriones. Es un honor compartir esta velada con todos ustedes.

Algunas voces murmuraron agradecimientos al unísono, mientras que otros, como mi padre, simplemente asintieron con sobriedad.

Anthony hizo una pausa breve, como si necesitara organizar sus pensamientos, y luego continuó con más emoción en la voz.

—Además, antes de disfrutar de la cena, quiero hacer un brindis especial. Este año ha sido diferente a todos los anteriores. Por primera vez en mucho tiempo, mi vida comenzó llena de luz. Tener a Melanie a mi lado le ha dado un sentido nuevo a todo lo que soy, y esta noche, rodeado de ustedes, siento esa felicidad multiplicarse.

Vi cómo su voz se quebraba ligeramente. Sus ojos, que normalmente reflejaban seguridad y firmeza, ahora brillaban con una intensidad contenida, atrapando la emoción en un destello de lágrimas no derramadas. Mi corazón latió con fuerza, embargado por la ternura de ese instante.

Entonces, giró hacia mí, tomándome de la mano con suavidad.

—Desde aquel reencuentro en el MET el año pasado, supe que eras para mí y que yo sería siempre para ti —dijo, su mirada clavándose en la mía, tan llena de amor que sentí un nudo formarse en mi garganta—. Por eso, esta noche quiero brindar por ti, por la mujer que amo, por la persona que ha transformado mi mundo. Y darle gracias a Dios por haberte puesto nuevamente en mi camino, en el momento perfecto.

Un suspiro emocionado recorrió la mesa. Algunos sonrieron con complicidad, otros aplaudieron suavemente. Yo me quedé mirándolo, sintiendo cómo mi pecho se llenaba de calidez.

Anthony levantó su copa con una sonrisa temblorosa, y en cuanto lo vi, un par de lágrimas acudieron de inmediato a mis ojos. Sentí la emoción recorrerme como una corriente eléctrica, erizando cada centímetro de mi piel. Me apresuré a tomar mi copa con manos temblorosas, secándome disimuladamente las mejillas. Pero cuando levanté la vista, él ya no estaba de pie.

Mi corazón se detuvo por un segundo.

Giré rápidamente la cabeza y lo vi arrodillado a mi lado, con una pequeña caja de terciopelo en su mano.

El tiempo pareció desacelerarse. Las conversaciones en la mesa cesaron por completo, y solo el crepitar del fuego en la chimenea llenaba el espacio. Mis latidos retumbaban en mis oídos mientras Anthony abría la cajita con delicadeza. Pero, para mi desconcierto, estaba vacía.

Un murmullo se extendió entre los presentes, y entonces noté las miradas de todos dirigidas a mi copa.

Parpadeé, confusa, hasta que finalmente lo vi: el anillo brillaba bajo la luz cálida del comedor, sumergido en el dorado líquido de mi champaña.

Entre risas nerviosas, Anthony intentó decir algo, pero las palabras parecían atorarse en su garganta. Yo, por mi parte, llevada por la urgencia del momento, me apresuré a beber la champaña de un solo trago para poder recuperar la joya.

Fue un instante torpe, caótico, y absolutamente memorable.

Cuando finalmente sostuve el anillo en mi palma, mis lágrimas ya caían sin control, empañando mi visión. Sentí mi pecho expandirse con una emoción indescriptible.

Y entonces, por fin, Anthony pronunció las palabras que marcarían mi vida.

—Melanie Lilith Vanderbilt, ¿quieres casarte conmigo?

No encontré la voz para responder, pero no importaba. Mi asentimiento fue inmediato, vehemente, cargado de la certeza absoluta de que no había otra respuesta posible.

Los aplausos estallaron alrededor de la mesa mientras Anthony se levantaba y, con infinita ternura, deslizaba el anillo en mi dedo. Nuestras miradas se encontraron en un universo donde solo existíamos él y yo, y entonces nos besamos, sellando ese instante en nuestras almas para siempre.

La cena continuó con la misma calidez, envuelta en risas y felicidad. La comida estaba deliciosa, aunque apenas pude concentrarme en su sabor, aún flotando en la nube de todo lo que acababa de ocurrir.

Pasada la medianoche, los invitados comenzaron a despedirse, dejando tras de sí la estela de un recuerdo imborrable.

Cuando la puerta se cerró después de que el último invitado se marchara, un impulso arrollador se apoderó de mí. Solo quería caer en los brazos que tanto me hacían sentir, en el calor de su abrazo, en la seguridad de su amor.

Anthony, con su habitual sentido del orden, quiso comenzar a recoger y limpiar la mesa, pero no se lo permití.

Me acerqué a él con determinación y, sin previo aviso, lo besé con toda la emoción acumulada de la noche.

—Te amo, Anthony —susurré contra sus labios, sintiendo mi corazón desbordarse de felicidad—. Con todo mi ser.

Él me sostuvo con firmeza, su mirada encendida, reflejando lo mismo que la mía.

—Yo a ti, preciosa —respondió, antes de inclinarse y besarme otra vez, con una dulzura que me hizo perderme por completo.

Y cuando fui consciente de nuevo, ya estábamos en nuestra habitación, enredados en un amor que nos envolvía como la noche misma, sellando con caricias y susurros la promesa de un futuro juntos.

A pesar de las incontables noches compartidas, aquella era distinta. Había algo en el aire, una ternura febril, una devoción palpable que hacía cada roce más intenso, cada beso más profundo.

Anthony deslizó mi vestido con una lentitud exquisita, como si cada centímetro descubierto fuera un hallazgo precioso. Sus labios siguieron el rastro que dejaba la tela al caer, dibujando senderos ardientes sobre mi piel. Su aliento, cálido y reverente, se entrelazaba con el escalofrío de la anticipación.

Cuando sus dedos hallaron mi punto de placer, un jadeo escapó de mis labios, tembloroso y rendido. Con movimientos pausados y precisos, me llevó al borde del abismo, prolongando el deleite hasta que mi cuerpo no pudo contener más la oleada de sensaciones. Solo entonces, con la misma devoción con la que había explorado cada rincón de mí, se fundió conmigo en un ritmo lento, pausado, que parecía querer grabar aquel instante en la eternidad.

—Te amo, Mel —susurró contra mi cuello, su voz impregnada de deseo y ternura—. Me vuelves loco.

Mis manos se aferraron a su espalda, buscando anclarme en él mientras la pasión nos consumía.

—Eres mía —murmuró con la intensidad de quien hace un juramento —. Y yo soy tuyo, por completo.

Entre jadeos y besos, entre suspiros y miradas encendidas, el amor se volvió un lenguaje sin palabras, un vaivén acompasado que nos llevó juntos a lo más alto.

—Será todo y para siempre, mi amor —susurró, como quien pronuncia un hechizo eterno.

Y en ese instante, con su voz envolviéndome y su amor tatuado en cada latido, me sentí completa, única, infinitamente suya.

Y en el silencio que nos cubrió después, entrelazados en la penumbra, entendí que aquella noche no era solo una más. Era un pacto, un universo contenido en la piel, un amor que ardía con la promesa de ser eterno.

CAPÍTULO 12

La Llamada

JULIEN

La noche previa a Navidad, busqué refugio en la calidez del hogar de Tess, intentando disipar la neblina de pensamientos que se arremolinaban en mi mente. La casa estaba envuelta en una luz tenue y acogedora, con el aroma a especias y leña impregnando el aire, pero ni siquiera aquel ambiente podía sacudirme el peso de la melancolía. Me sentía desganado, atrapado en una sensación difusa entre la tristeza y la frustración, como si una sombra invisible se hubiera posado sobre mí.

Owen me había invitado a su celebración en Los Hamptons, una tradición que compartimos un par de años y que siempre me brindaba alegría. Su familia era sinónimo de calidez, de risas fáciles y de conversaciones animadas junto a la chimenea. Pero este año, algo dentro de mí se resistía a la idea de aceptar la invitación. Me sentía… ajeno, desconectado. No quería empañar con mi ánimo sombrío la alegría de los demás, así que me obligué a declinar.

La cena con Tess transcurrió entre palabras amables y el tintineo de las copas, pero mi mente vagaba lejos de allí, enredada en pensamientos que no lograba desenmarañar. Apenas terminamos de comer, sentí una urgencia por irme. Necesitaba estar solo con mis pensamientos, aunque me asustara enfrentarme a ellos.

—¿Estás seguro de que no deseas quedarte un rato más? —preguntó Tess, con esa dulzura que siempre lograba ablandarme—. Quedan algunas botellas de Château…

Sabía cuánto me gustaban sus vinos añejos, y su oferta no era solo un gesto de hospitalidad, sino un intento sutil de retenerme, de ofrecerme compañía en mi evidente abatimiento.

—Lo aprecio mucho, Tess, pero de verdad quiero irme —respondí con una sonrisa débil, que no logró engañarla.

Me miró con esa ternura serena que solo alguien con un corazón generoso sabe brindar.

—Todo saldrá bien, es solo cuestión de paciencia, hijo —susurró, como si pudiera ver a través de mi piel y leer la incertidumbre que me consumía.

Asentí, aunque en mi interior la esperanza pendía de un hilo.

Al llegar al apartamento, la sensación de vacío se hizo aún más evidente. Las luces de la ciudad titilaban a lo lejos, indiferentes a mi lucha interna. Me dejé caer en el sofá, sintiendo el peso de todo lo que me retenía, como cadenas invisibles que no me permitían avanzar.

Anthony y yo llevábamos casi año y medio luchando por revocar mi prohibición de volver a Francia. Habíamos encontrado más muros que puertas, más negativas que respuestas. Y aunque sabía que Anthony hacía cuanto estaba en su poder—no solo como abogado, sino también como amigo—, la impotencia de no ver avances me carcomía. Parecía que remábamos contra la corriente, desgastando las fuerzas sin moverme del mismo punto.

Suspiré, pasando una mano por mi rostro. Quizás había llegado el momento de aceptar la verdad que tanto me resistía a enfrentar. Tal vez debía soltar, dejar de aferrarme a algo que parecía destinado a permanecer fuera de mi alcance.

Pero ¿cómo renunciar a un pedazo de mi historia, de mi identidad?

Miré el techo, buscando respuestas en la penumbra, mientras la noche avanzaba, implacable, arrastrando con ella uno de los últimos días de un año que se sentía inacabado.

Pensé en comentarle a Anthony que detuviéramos la gestión, que dejáramos de luchar contra un sistema que estaba decidido a mantenerme fuera de Francia. Pero sabía exactamente lo que me respondería. Me insistiría, con esa convicción inquebrantable suya, en que no podía rendirme. Me recordaría aquellas conversaciones interminables mientras caminábamos por Central Park, donde me hablaba sobre los años de espera y lucha antes de reencontrarse con el amor de su vida, con la mujer que lo hacía sentir vivo y con propósito.

Sin embargo, mientras dejaba que esos pensamientos flotaran en mi mente, me di cuenta de algo más profundo, que había evitado reconocer por demasiado tiempo. Mi frustración no nacía solo de la situación con Francia. No. Hacía mucho que mis prioridades habían cambiado.

Miré alrededor, recorriendo mi salón con la mirada, y sentí un peso en el pecho. Luego caminé hacia el estudio, y allí estaba ella. En cada rincón, en cada pincelada, en cada trazo que había plasmado sobre el lienzo. La señorita Russeau.

Aquella mujer a la que apenas conocí, que fue un destello en mi vida, pero que, de algún modo inexplicable, había dejado una huella imposible de borrar. Una mujer de la que no volví a saber nada, pero cuya ausencia seguía atormentándome. Era ridículo, absurdo. ¿Cómo podía haberme permitido caer en este hechizo? ¿Cómo podía haberme enamorado de una desconocida, de alguien con quien apenas crucé unas palabras?

Sentí rabia. Rabia por la obsesión, por la impotencia, por el vacío que me había dejado. Era un idiota.

Con un impulso repentino, comencé a recoger todas sus pinturas. Cada boceto, cada retrato, cada intento de capturar su esencia con pincel y color. Uno a uno, los apilé, dispuesto a deshacerme de ellos. Los llevé hasta el almacén de mi piso, como si al esconderlos pudiera arrancarla de mi memoria.

Todas las pinturas.

Excepto una.

Me quedé con el primer cuadro que hice sobre ella, ese que nacía en el instante en que nuestros caminos se cruzaron por primera vez, en la penumbra suave del MET, como si el tiempo hubiera decidido detenerse justo en ese preciso momento. Allí, frente a los nenúfares de Monet, que como siempre, parecían desdibujarse en la presencia de ella, con su belleza opacando cualquier otra visión que pudiera intentar apoderarse de mi atención.

Era un lienzo lleno de preguntas no respondidas, de su sonrisa que quedaba suspendida en mi memoria, de sus ojos, que brillaban con una luz que no pude entender entonces. Esa pintura era un testimonio mudo, un refugio de una belleza tan arrolladora que me arrastraba sin remedio hacia una tormenta de emociones de las que no sabía cómo escapar.

Anthony llevaba tiempo pidiéndome que pintara algo para su salón. Quería que Melanie retomara su afición por el arte, pero el tiempo pasaba y ella no parecía dispuesta. Tal vez este cuadro le vendría bien.

Descolgué la pintura de mi sala y la apoyé contra la pared. Al día siguiente, en cuanto amaneciera, llamaría a Anthony. Se lo regalaría por Navidad. Quizás, al deshacerme de ella, finalmente podría soltarla.

Con la inquietud ardiendo en mi pecho, me fui a la cama, aunque sabía que el sueño no llegaría fácilmente. Me revolví entre las sábanas, buscando una posición que acallara la tormenta en mi mente. Pero no hubo tregua. El insomnio me envolvió, obligándome a revivir una y otra vez el peso de mis pensamientos.

Eventualmente, el cansancio me venció.

Y entonces, ella volvió.

No era la primera vez que la veía en mis sueños, pero esta vez fue distinto. No huía. No se desvanecía entre sombras inalcanzables. Estaba allí, esperándome. Frente al cuadro de Monet, su silueta se

dibujaba con la luz etérea del día, que se colaba por los ventanales del MET, los colores vibraban con una suavidad casi irreal, y en sus ojos—tan reales, tan vivos—había algo que me llamaba.

Me acerqué, sin palabras, sin preguntas. No las necesitábamos. Nuestras miradas lo decían todo. Había reconocimiento, anhelo, y algo más profundo que el tiempo y la lógica. Sonrisas que erizaban la piel más que el roce de unos labios, y finalmente, un beso.

Breve, pero intenso.

Lleno de promesas no pronunciadas, de una esperanza latente, de un futuro que nunca existió y que, sin embargo, en ese instante, parecía tan real como el latido en mi pecho.

Me desperté de golpe, con la sensación de su presencia aún impregnada en mi piel. Su esencia seguía allí, en la bruma del sueño, como un susurro persistente.

Suspiré, cubriéndome el rostro con las manos. ¿Cómo podía afectarme tanto alguien que nunca fue realmente mía?

Me debatí de nuevo sobre la pintura. ¿De verdad quería entregarla? Algo dentro de mí me decía que deshacerme de ella era el primer paso para liberarme. Para dejar de perseguir fantasmas.

Llevaba demasiado tiempo cerrándome a cualquier oportunidad de conocer a alguien más. ¿Para qué? Era absurdo seguir esperando un milagro. No sabía ni su nombre, ni dónde podría estar, ni si volvería a verla alguna vez.

Me convencí a mí mismo. Era momento de soltar.

Chris me había insistido por meses en organizar una cita doble. Tal vez era hora de aceptar. O permitir que Tess me presentara a su nueva vecina. Había tardado años en dejar atrás a Katerine, en volver a compartir momentos con otra mujer, aunque fueran fugaces, aunque fueran casuales. No era justo que ahora me negara la posibilidad de encontrar el amor de nuevo por alguien de quien no sabía siquiera su nombre.

Con determinación, tomé el teléfono y marqué el número de Anthony.

El tono sonó una, dos veces.

En la tercera, contestó.

—Julien —dijo con entusiasmo, su voz llena de calidez—. ¡Feliz Navidad, amigo!

Intenté devolverle la energía con la misma efusividad, pero mi voz salió más apagada de lo que pretendía.

—Feliz Navidad para ti y tu familia —respondí—. Espero que estén disfrutando estas fechas, y bueno… ya sabes que les deseo lo mejor.

Un silencio breve.

Cuando Anthony habló de nuevo, su tono había cambiado. Ya no era solo alegría navideña, era algo más profundo, más significativo.

—Están siendo los mejores días de mi vida, Julien —mencionó con una seriedad inusual.

Tragué saliva. Sabía que Anthony no era alguien que dijera ese tipo de cosas a la ligera.

—Pero… —continuó— noto el desánimo en tu voz, así que mejor te doy la buena noticia de una vez, a ver si dejas de andar negativo y amargado.

Las palabras de Anthony resonaron en mi mente, provocando un torbellino de pensamientos y emociones. Primero, me sorprendió lo bien que ya me conocía, cómo podía detectar mi desaliento, incluso a través del teléfono. Y luego, la curiosidad se instaló en mi pecho, palpando cada rincón de mi expectación.

Lo dejé hablar, aferrándome a la esperanza con cautela, sin permitirle aún florecer del todo.

—Hablé con Jones ayer, y finalmente tenemos una pista muy sólida.

Mi respiración se ralentizó.

—Hay un testigo de la relación de tu tío con uno de los clientes del arte robado… —hizo una pausa, y pude escuchar el leve crujir del cuero de su sillón al moverse— Ese cliente fue apresado recientemente por la Interpol por delitos aún más graves… trata de blancas en el Reino Unido.

El impacto de sus palabras me dejó sin aliento.

Pensé en todo lo que esto podía significar. ¿Era una señal? ¿Un indicio de que no debía abandonar mis anhelos, de que aún existía una oportunidad de recuperar mi vida en Francia… y quizás también encontrar a la chica del cuadro?

Pero la emoción dio paso al miedo. ¿Y si esta vez sucedía lo mismo? ¿Si, como tantas otras veces, todo terminaba encubierto, diluido entre excusas y lagunas legales?

—No solo eso, Julien —Anthony insistió, como si pudiera leer mi mente, percibiendo mi silencio cargado de dudas—. Hay pruebas. Muchas.

Hizo una pausa, dejando espacio para que sus palabras calaran en mí.

—Facturas, transferencias bancarias, registros de conversaciones… —enumeró con una seguridad férrea—. Y al menos tres personas más dispuestas a colaborar para reducir sus sentencias.

Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho.

—Creo que esta vez lo tenemos.

Cerré los ojos, dejando que su afirmación se asentara en mi interior.

¿Podría ser real?

¿Podría, quizás, ser el principio del fin de esta pesadilla?

Era una oportunidad, sí, pero no un designio del destino. No significaba que, por arte de magia, encontraría a la mujer del cuadro. No implicaba que el universo estuviera alineando cada pieza para llevarme a ella.

Por eso, preferí no aferrarme a ese anhelo incierto. Decidí, en cambio, agradecerle a Anthony. Su dedicación incansable, su valentía al tomar un caso tan enrevesado y peligroso, su lealtad férrea, merecían más que simples palabras de gratitud.

—No sé ni qué decir, Anthony —musité, y esta vez mi voz se quebró levemente con la emoción—. Más allá de darte las gracias.

—Solo hago mi trabajo, Julien.

Negué con la cabeza, aunque él no podía verme.

—No, Anthony. —Mi tono se volvió más firme—. Este no es solo un caso más para ti. Nunca has pensado en abandonarlo… en abandonarme.

Una pausa se instaló entre nosotros. Yo, buscando en mi mente una última excusa para aferrarme al cuadro, para no desprenderme de ese pedazo de historia que aún me ataba a ella. Pero ya no tenía sentido.

Con un suspiro, acepté lo inevitable.

—Por eso, aunque siento que nunca será suficiente, quiero hacerte un regalo.

—No tienes que hacerlo… —comenzó a decir, pero lo interrumpí sin dudar.

—Quiero hacerlo, Anthony.

Hablé con determinación, dejando claro que no aceptaría una negativa.

—Es un cuadro muy importante para mí. Nunca lo he exhibido, porque representa algo más que pintura y técnica. Ha sido un refugio, un recordatorio de que, incluso en los días más oscuros, siempre hubo un atisbo de luz.

Hice una pausa antes de continuar, permitiendo que mis palabras calaran en él.

—Además… dile a tu novia que, si alguna vez lo desea, estaré encantado de ayudarla con su técnica. Sé que has mantenido mi caso en secreto por respeto a su relación con el mundo del arte, y lo entiendo. Pero te libero de ese peso, Anthony.

Inspiré profundamente, sintiéndome, por primera vez en mucho tiempo, ligeramente libre.

—Si quieres, puedes hablarle de mí.

—De verdad, muchas gracias, Julien —dijo Anthony con una calidez que traspasó la línea del teléfono—. Aunque te repito que no es necesario. Pero si insistes, claro que lo acepto.

Su tono era genuino, sin ese aire de cortesía forzada que a veces empleaba cuando intentaba rechazar algo sin ofender. Me alegró que lo recibiera de buen grado.

—En cuanto Melanie se sienta mejor, te aviso para buscarlo o que lo traigas.

Y, tras una breve pausa, agregó con entusiasmo:

—Así, de una vez por todas, se conocen.

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿Está enferma? —pregunté con sincera preocupación. La realidad era que, con todo lo que ocurría en mi vida, casi siempre nos centrábamos en mi situación y en el caso. Me mortificó pensar que mencionara algo sobre su novia y yo ni siquiera lo hubiera escuchado.

—Nada grave, solo parece un malestar estomacal. —Su voz seguía tranquila, sin atisbo de angustia—. Es posible que comiera de más anoche y, con tantas emociones, la cena no le sentara bien.

La forma en que lo dijo me hizo notar que había algo más. No era preocupación lo que teñía su tono, sino una emoción distinta, un poco contenida, pero radiante.

—Es que no te he contado… —prosiguió, y en ese instante, su alegría se desbordó—. Anoche nos comprometimos.

Me tomó un segundo procesarlo.

—¿En serio? —exclamé, y una sonrisa espontánea apareció en mi rostro—. ¡Pues enhorabuena! Por fin te has atrevido. Me alegra mucho por ti.

Y lo decía con total sinceridad. A pesar de todo, sentí una genuina alegría por él. No todos llegamos a encontrar ese amor que nos revoluciona el alma, que nos ancla y al mismo tiempo nos da alas. Pero él sí lo había encontrado.

—Gracias, Julien. —Su voz sonó más suave, más íntima—. Aprecio mucho que siempre me hayas impulsado a seguir mi corazón.

Sonreí, sintiéndome extrañamente en paz. Tomé la decisión correcta al darle el cuadro. Para mí, esa pintura era el símbolo de un amor inalcanzable, de una ilusión que se había perdido en el tiempo. Pero para Anthony, ahora representaría algo más: la certeza de que el amor verdadero existe y que, a veces, la vida nos permite sostenerlo entre las manos.

—Cuando regrese de los Hamptons te marco y cuadramos para vernos.

Su voz interrumpió mis pensamientos.

—¿Vas hoy a los Hamptons? —pregunté, con un tono de alerta en mi voz que incluso a mí me sorprendió.

—Pasaré el día con Melanie, y partiré a eso de las cinco de la tarde para llegar a tiempo a la cena.

Mi mente, llena de contradicciones, me llevaba de un pensamiento a otro. Algo de repente se instaló dentro de mí, una angustia que no supe explicar. Mis palabras resbalaron por mi garganta, desbocadas.

—¿No es un poco arriesgado salir tan tarde? —cuestioné sin entender del todo por qué lo hacía—. Quizás deberías dejarlo para

mañana, que tu chica se sienta mejor, y así la llevas contigo. Sea como sea, Navidad es día de familia, y ella es tu familia ahora.

—Lo sé, pero este evento es importante para mis padres. Es el único en el que nos reúnen todos los años, y la verdad, ellos no pudieron estar anoche, y quiero ser yo quien les dé la noticia, lo más pronto posible.

Comprendí el fondo de sus palabras. La importancia de compartir el amor y las buenas noticias con quienes siempre han sido tu base, tu sostén, el refugio al que regresas una y otra vez. Ojalá yo tuviera a mi madre para contarle, para compartir mis dudas y mis frustraciones. Quizás hasta habría sido capaz de abrirle mi alma y decirle, sin tapujos, sobre esa mujer extraña que había dejado una huella en mí sin que jamás me hubiera permitido conocerla.

—Está bien, sé a lo que te refieres —respondí—. Conduce con cuidado —añadí, mientras la realidad de la despedida me golpeaba. La Navidad, que se suponía un tiempo de alegría, solo me dejaba la sensación de que todo a mi alrededor era una sombra, algo fugaz que nunca terminaba de llegar.

—Siempre.

Así nos despedimos, y el vacío que, sin previo aviso, se asentó en lo más profundo de mi estómago ese día, ni siquiera estoy seguro de que haya desaparecido jamás.

CAPÍTULO 13

El Reloj Roto

ANTHONY

La llamada de Julien me dejó una sensación extraña, una inquietud silenciosa que se instaló en mi pecho sin permiso. Dicen que cuando amas a alguien, de la forma en que yo amaba a Melanie, el miedo a perderlo se convierte en una sombra latente, un susurro persistente que te recuerda lo efímero de la felicidad. Hasta ese momento, nunca había permitido que ese pensamiento se abriera paso en mi mente, pero al colgar el teléfono, fue lo primero que se deslizó en mi conciencia, helándome la sangre por un instante.

Sacudí la cabeza, decidido a apartar aquellos pensamientos sin sentido, y volví junto a Melanie. Pasé varias horas a su lado, acompañándola mientras su cuerpo lidiaba con el malestar. Entre náuseas y fatiga, el tiempo transcurrió lentamente, hasta que, después de tomar algunas infusiones y medicamentos, su malestar comenzó a ceder.

Cuando el hambre finalmente apareció, insistió en ir a la cocina a prepararse algo por sí misma. Aproveché ese momento para darme un baño y comenzar a alistarme para el viaje a los Hamptons.

Solo unos minutos después, al terminar de vestirme, volví a ella y la encontré removiendo con desgana una sopa humeante que, a juzgar por su expresión de desilusión, no había salido como esperaba. Sus labios formaron un pequeño puchero de frustración cuando probó un sorbo y frunció el ceño.

—Desecha eso, amor —dije con ternura, apoyándome en el marco de la puerta—. A veces hay que aceptar que no estamos en nuestro mejor momento, y que no todo nos va a salir bien.

Le sonreí, pero dentro de mí, algo se tensó al verla tan frágil. No solía enfermarse, y aunque insistía en que era solo un malestar pasajero, su mirada apagada me hizo reconsiderar mis planes.

—Déjame prepararte otra sopa, ¿sí? —le ofrecí, acercándome para apartarle el plato con suavidad.

Ella negó con la cabeza, con ese aire testarudo y dulce que tanto amaba en ella.

—Se te hará tarde para salir, y no quiero que te agarre más la noche, Anthony —susurró, mirándome con preocupación—. Ya sabes cómo es el invierno, a las cuatro de la tarde el sol comienza a esconderse, y el camino hasta los Hamptons es largo.

Solté un suspiro profundo, intentando disipar la sensación de desasosiego que me envolvía. Sabía lo que me esperaba en la carretera: el frío mordaz filtrándose por las rendijas del auto, la oscuridad prematura cubriendo el asfalto. Pero nada de eso pesaba tanto en mi interior como la inquietud persistente que se había instalado en mi pecho desde la llamada de Julien. Era un presentimiento denso, difícil de ignorar, como un eco lejano advirtiéndome que debía quedarme.

Sin embargo, la otra cara de esa voz era la certeza de que mi familia me esperaba. Las risas, los brindis, la calidez de una tradición que no se repetía todos los días. Ese pensamiento me empujaba hacia adelante, recordándome que las promesas hechas a los nuestros debían cumplirse. Aun así, dudé. Y, aun así, insistí.

—No voy a dejarte así, Mel —afirmé con firmeza, sosteniendo su mirada con preocupación—. Llamaré a mis padres y les explicaré.

Por un instante fugaz, creí ver un destello de alivio en sus ojos, un brillo tenue que me hizo pensar que realmente quería que me

quedara. Sin embargo, tan rápido como apareció, se desvaneció, dando paso a una expresión más sobria, casi resignada.

—Amaría compartir esta noche contigo, Anthony —susurró, enredando los dedos en el borde de su suéter—. Pero odiaría que te quedaras por mí y luego te arrepintieras.

Crecí creyendo en el destino, en esa fuerza invisible que nos guiaba sin pedir permiso, en que lo inevitable encontraba siempre la forma de alcanzarnos, por más que intentáramos esquivarlo. Pero en ese momento, esa creencia se sintió más como una sentencia que como un consuelo.

Fruncí el ceño, una punzada de frustración recorriéndome ante sus palabras. Algo en su tono, en su mirada, me inquietó más de lo que quise admitir.

—¿A qué te refieres? —pregunté, incapaz de disimular la tensión en mi voz.

Melanie suspiró, como si le pesara recordar aquello.

—Hace mucho me prometí nunca faltar a una reunión familiar —explicó con un tono nostálgico—. Una vez di por sentado que tendría más oportunidades de celebrar con mi abuela su cumpleaños, y en vez de estar con ella, decidí irme de viaje con mis amigos de la universidad.

Las piezas encajaron en mi mente. Lou me había contado esa historia. Su abuela falleció inesperadamente dos días después, víctima de un infarto fulminante. Era una de las personas más importantes en la vida de Melanie, su refugio, su segunda madre. Pero ni ella ni Lou pudieron estar allí, atrapadas en otro estado, demasiado lejos para despedirse.

—Tu abuela… —murmuré, comprendiendo el peso de sus palabras.

Ella asintió, con la mirada perdida en el plato de sopa que aún sostenía entre sus manos.

—Pasé semanas sintiéndome culpable de no haber estado en sus últimos momentos, Anthony —confesó en un hilo de voz—. No permitiré que te sientas así algún día.

Sus palabras me atravesaron como una corriente helada. Había algo en su tono, en la melancolía que oscurecía sus ojos, que me hizo comprender cuánto le dolía aquella ausencia, cuánto deseaba evitarme un arrepentimiento similar.

En ese momento, mi decisión de quedarme vaciló. Quería estar con ella, cuidarla, envolverla en mis brazos hasta que el malestar se esfumara por completo. Pero también entendía lo que intentaba decirme: algunas ausencias pesan para siempre.

La abracé, sintiendo cómo su respiración temblorosa se acompasaba con la mía. Más que nunca, supe que no debía irme. No esa noche. No cuando la única persona capaz de hacerme sentir así, de enraizarme con una sola mirada, era ella. Amaba a mis padres y al resto de mi familia, pero lo que tenía con Melanie era diferente, una conexión profunda, visceral, de esas que solo describen en los libros sobre almas gemelas.

Para tranquilizarla, le dije que prepararía una de esas sopas rápidas, la de veinte minutos, y que saldría en cuanto terminara, antes de que la oscuridad se apoderara del cielo invernal. Ella asintió con una débil sonrisa, aunque en su expresión aún persistía una sombra de preocupación.

Mientras subía a la habitación a empacar una muda de ropa, mis pensamientos regresaron a la llamada de Julien. Esa sensación extraña, como una advertencia silente, volvió a recorrerme. Me detuve un instante, mirando la maleta a medio hacer sobre la cama, preguntándome si realmente debía irme.

El sonido del teléfono interrumpió mi cavilación. Era un mensaje de Terry. Al abrirlo, vi una foto de él junto a nuestros primos, riendo mientras jugaban charadas en el salón de la casa de mis padres. No pude evitar sonreír. Aquella imagen familiar, cálida y llena de vida,

me recordó lo mucho que disfrutaba de esos momentos. Lo tomé como una señal. Terminé de empacar y bajé con el bolso al auto.

Regresé al interior y me apresuré a preparar la sopa que le había prometido a Melanie. Moví las manos con destreza, como si la rapidez con la que terminara pudiera disipar la sombra de preocupación que oscurecía el rostro de Melanie. Me pregunté si ella también sentía esa inquietud indefinida, ese presentimiento silencioso que se aferraba a mi pecho sin motivo aparente.

Una vez servida la sopa, arrojé los restos a la papelera y recogí la bolsa de basura para llevarla afuera. Al salir, el sol aún bañaba el cielo con tonos de naranja y dorado, pintando el horizonte con una calidez engañosa. Durante un instante, dejé que esa imagen me envolviera, aferrándome a la fugaz sensación de calma que me ofrecía.

Apenas crucé la puerta, Max comenzó a ladrar. Se acercó con su enérgica torpeza, apoyando sus patas delanteras en mi regazo, moviendo la cola con intensidad.

—Tranquilo, amigo —le susurré, acariciando detrás de su oreja en un intento de calmarlo—. Volveré pronto. Cuida de Mel en mi ausencia, ¿sí?

Como si hubiera entendido cada palabra, el perro corrió de inmediato hacia el sofá y se acomodó junto a Melanie. Soltó dos ladridos más antes de apoyar su cabeza en sus piernas, en una muestra de lealtad inquebrantable.

Melanie le acarició el lomo con ternura y levantó la vista hacia mí. Sus ojos, con una profundidad melancólica, parecían querer decir algo que su voz no se atrevía a pronunciar.

—Nos vemos mañana, amor —dije con una sonrisa.

Antes de salir, me incliné hacia Melanie y le di un beso corto. Ella intentó apartarse con una mueca avergonzada.

—Anthony, no… mi aliento debe ser espantoso después de tanto vomitar —protestó con suavidad.

Sonreí. No me importaba en lo más mínimo. Para mí, seguía siendo la mujer más hermosa, aun en su estado de fragilidad. Además, ya llevaba un par de horas sin devolver nada, así que su preocupación carecía de fundamento.

—No digas tonterías —le susurré, acariciando su mejilla.

Finalmente, me despedí y salí de la casa. El aire frío de la tarde me envolvió de inmediato, calando en mi piel, incluso bajo el abrigo. Me apresuré hasta el auto, deseoso de encender la calefacción, pero en cuanto giré la llave en el contacto, nada sucedió.

Lo intenté otra vez. Silencio.

Una tercera. Absolutamente nada.

Suspiré con frustración y golpeé el volante con la palma de la mano. No podía ser posible.

Ahora, sé lo que cualquiera pensaría. Con tantos pequeños inconvenientes acumulándose, ¿por qué insistí en irme? ¿Por qué no tomé todo esto como una señal, como una advertencia del destino?

La verdad es que los seres humanos somos tercos. Nos aferramos a los planes, incluso cuando en lo más profundo de nuestro subconsciente sabemos que algo no está bien. Es como si reconociéramos que debemos avanzar hacia lo inevitable, sin importar las señales que nos pongan en el camino.

Resignado, regresé a la casa, sacudiendo la nieve de mis hombros al entrar.

—Mi auto no enciende, amor —dije con tono casual, intentando no preocuparla.

Melanie, aún acurrucada en el sofá con una manta sobre sus piernas, me miró con el ceño fruncido.

—Entonces llévate el mío —respondió sin dudar—. Tiene mejor tracción para este clima. Prefiero que viajes seguro.

—Gracias, amor —murmuré, acercándome de nuevo.

Tomé las llaves del perchero y, antes de salir, posé mis labios sobre su frente. Por un instante, dudé. Sentí el impulso de decirle que la amaba, de prolongar el momento.

Pero no lo hice.

En su lugar, solo solté un corto y simple "nos vemos pronto".

Y entonces, sin mirar atrás, abrí la puerta y me fui.

Como si el tiempo hubiera transcurrido de golpe, el ambiente se tornó distinto, más pesado, casi lúgubre. El cielo, que antes lucía despejado, ahora estaba cubierto por densas nubes que oscurecían la carretera. Una penumbra melancólica se instaló en el paisaje, envolviendo todo en un aire de incertidumbre.

Finalmente, sacudí aquella sensación extraña de mis pensamientos, encendí el auto y giré la perilla de la radio. El murmullo de una vieja melodía de jazz llenó el espacio, difuminando el sonido del motor y envolviendo la atmósfera con su ritmo pausado.

Ajusté el espejo retrovisor, respiré hondo y, sin pensarlo más, puse las manos en el volante y arranqué.

El viaje transcurrió sin problemas. Más de una hora pasó sin contratiempos. A esas alturas, la noche había caído por completo, cubriendo la carretera con sombras alargadas. Aun así, el camino hacia los Hamptons estaba tranquilo, despejado, como si el mundo se hubiera detenido por un instante.

Aproveché el momento para enviarle una nota de voz a Julien.

—Ya estoy cerca de juntarme con mi familia —le dije, tratando de sonar relajado—. Cuando regrese, organizaré una cena en casa para que puedas traer el cuadro. Así de una vez conoces al amor de mi vida.

Me reí al añadir:

—Quién sabe, tal vez eso te traiga suerte para encontrar a la tuya.

No creía ni por un segundo que Katerine fuera esa persona. Esa mujer jamás lo había querido ni la cuarta parte de lo que yo amaba a Melanie… o de lo que ella me amaba a mí.

Mientras guardaba el teléfono en su soporte, mi sonrisa se desvaneció poco a poco. Algo en mí sabía que esa noche era diferente. Que, de algún modo, estaba a punto de cruzar una línea invisible.

Pero en ese momento, no le di demasiada importancia. Solo aceleré un poco más, con la mente puesta en la cena familiar que me esperaba. Sin saber que, en cuestión de minutos, todo cambiaría para siempre.

El sonido de la notificación de WhatsApp rompió la quietud de la noche, haciéndome apartar la mirada de la carretera por un segundo. No era Julien. Era Mel.

Toqué la pantalla del celular, deslizando el dedo para cambiar de conversación, y presioné “reproducir” en su nota de voz. Mientras su voz comenzaba a sonar, volví la vista al frente.

Y entonces lo vi.

Las luces del camión brillaban como dos soles encendidos en medio de la oscuridad. Mucho antes de escuchar la estruendosa bocina, supe que ya no había marcha atrás.

Todo sucedió en una fracción de segundo, pero dentro de mí, el tiempo pareció ralentizarse. La memoria comenzó a jugarme una última pasada cruel.

Pedazos de mi conversación con Julien irrumpieron en mi mente como ecos premonitorios:

"Ella es tu familia ahora."

"Conduce con cuidado."

"¿No es un poco arriesgado salir tan tarde?"

Entonces, mi mente se aferró a lo único que realmente importaba.

Vi el rostro de Melanie iluminado por la luz tenue del salón la noche anterior, el brillo en sus ojos cuando encontró el anillo sumergido en la copa de champán. Sentí la calidez de su sonrisa, el temblor leve en sus manos cuando dijo que sí.

Pude percibir el perfume de su piel, el roce de sus dedos, la suavidad de sus labios sobre los míos.

El último pensamiento que cruzó mi mente antes del impacto fue para ella.

—Te amo, Melanie.

No hubo tiempo para más.

El rugido del camión invadió mis oídos, el chirrido de los frenos se mezcló con el crujir del metal al ser destrozado. Un golpe seco, brutal, y luego… el vacío.

El mundo dejó de ser sólido.

El auto salió disparado como si una fuerza invisible lo hubiera arrancado del asfalto, girando sin control, atrapado en un torbellino de caos. Por un instante, floté en el aire, suspendido entre la vida y la muerte, mientras la gravedad se burlaba de mí, empujándome hacia lo inevitable.

El barranco, el único del trayecto que escogí, esperaba con la boca abierta, devorándolo todo en su negrura insondable. Era como si el destino lo hubiera colocado ahí, solo para mí.

Los vidrios estallaron en mil fragmentos luminosos, esparciéndose en algo parecido a estrellas fugaces en la noche, como si el universo se apiadara de mí y me regalara un último espectáculo antes de extinguirme. Pude escuchar el crujido del metal retorciéndose, los latidos frenéticos de mi corazón, el eco de mi propia respiración… pero no sentí dolor.

Todo ocurrió en cámara lenta.

Vi el airbag desplegarse con furia, empujando mi cabeza hacia atrás, sofocándome en su abrazo inerte. Pero lo más aterrador no fue el impacto, ni el estruendo, ni la certeza de que estaba muriendo.

Lo verdaderamente aterrador fue lo que vi después.

Porque, en medio de la confusión, entre el destello de los cristales rotos y el sonido ensordecedor del mundo desmoronándose a mi alrededor, vi mi propio cuerpo salir despedido del auto.

Pero yo seguía allí, observando desde algún lugar incorpóreo, inmóvil, suspendido en el tiempo. Abajo, mi cuerpo yacía destrozado, inerte, como una marioneta rota.

No sentía dolor físico, pero una punzada helada me perforó el alma.

El tiempo se había detenido conmigo.

Miré el reloj en mi muñeca, su cristal estallado, como mi propia existencia. Las manecillas congeladas en un último suspiro: 6:39 PM. El universo decidió marcar ese instante con fuego. El destino susurró en mi oído que no había marcha atrás.

Mi respiración se volvió un eco lejano, un recuerdo de algo que ya no me pertenecía. A mi alrededor, todo era un borrón de sombras y luces moribundas. El aire olía a metal caliente, a tierra húmeda, a despedida.

No sentía el peso de mi cuerpo, pero lo veía allí abajo, inmóvil entre los escombros de lo que una vez fue el auto de Melanie. Yo estaba aquí y también allá. Yo era y ya no era.

La certeza me golpeó con más fuerza que el impacto: había cruzado un umbral del que no podría regresar. No podía engañarme, ni aferrarme a la negación. Era consciente, con una certeza aterradora, de que la vida que conocía había terminado.

Giré la cabeza y percibí un destello tenue, una luz blanca, como un faro en la distancia. No me llamaba, no me arrastraba, simplemente estaba allí. Pero yo no quería seguirla.

No podía.

Porque Melanie aún me esperaba.

Su risa continuaba viva en mi memoria. Su voz aún resonaba en alguna parte de mi alma. Sus manos todavía tenían el calor de la última caricia que compartimos.

Porque la había dejado sola.

Y no importaba la oscuridad que se cernía sobre mí como un manto implacable. Ella era mi todo y para siempre.

Lo prometí. Y las promesas no se rompen.

Así tuviera que desafiar a la muerte, así me obligara a arrancarme del vacío y desgarrar el tejido mismo de la realidad, así necesitara vender mi alma al diablo.

Entonces, todo se volvió negro.

Un abismo sin sonido, sin tiempo, sin recuerdos. Y fue justo allí que dejé de ser.

CAPÍTULO 14

El Paisaje más Gris

MELANIE

Cuando ves en las películas esas escenas en las que la policía toca a la puerta y, al abrir, los familiares se encuentran con rostros sombríos que presagian la peor de las noticias, crees entender el dolor que transmiten. Pero la verdad es que no puedes comprenderlo, no del todo, hasta que eres tú quien está de pie frente a esa puerta, con el corazón martillándote en el pecho. No imaginas el vacío que se instala en el estómago, la sensación de que el mundo se detiene un segundo, antes de hacerse añicos.

Yo tampoco lo entendí, hasta que me pasó.

Desde el instante en que Anthony y yo acordamos que no podría acompañarlo a la cena en los Hamptons, una inquietud se aferró a mí con una fuerza irracional. No tenía motivos reales para preocuparme, y, sin embargo, el presentimiento estaba ahí, como una sombra silenciosa. Estuve a punto de dejar de fingir tranquilidad, de sujetarlo por los brazos y decirle que se quedara, que no quería que se fuera. Pero me contuve.

Cuando mi abuela murió, también tuve esa sensación de angustia previa, ese nudo en el pecho que me decía que algo ocurriría. Y pasó.

Mi mayor temor era lo que pudiera sucederle a sus padres y que él no estuviera allí para ellos. Porque eso era lo único que tenía sentido. Anthony era un conductor prudente, estaba sobrio, descansado, enfocado. Conocía el camino como la palma de su

mano. El auto se encontraba en perfectas condiciones, revisado y seguro. El clima era estable, el tráfico escaso. No había ninguna razón lógica para pensar que la desgracia podía acecharlo a él.

Por eso no dije nada. Reprimí el impulso de sujetar sus manos y pedirle que se quedara. Me convencí de que solo era mi mente reviviendo viejos temores, de que lo correcto era dejarlo ir.

Yo estaba tan segura de que algo pasaría en los Hamptons, que nunca, ni por un segundo, imaginé que lo peor ocurriría en el camino. Que el futuro que tanto creía conocer me arrebataría a Anthony antes siquiera de que alcanzara su destino.

Jamás.

Hasta que dejó de contestar el teléfono. Hasta que Terry y Lou comenzaron a llamarme, preguntando si sabía algo de él, porque no había llegado.

La noche avanzó, engullendo cada minuto con una lentitud insoportable, y mi corazón empezó a latir con una urgencia que no quería nombrar.

Pasada la medianoche, el sonido de los nudillos contra la puerta resonó en la casa como un trueno, desgarrando el aire.

Abrí.

Y ahí estaban.

Dos policías, con el rostro fúnebre de quienes han repetido este mismo ritual demasiadas veces, pero nunca encuentran la forma correcta de decirlo. No necesitaban hablar. Lo supe en el momento en que sus miradas se posaron sobre mí, cargadas de una compasión que solo podía significar una cosa.

Mis piernas cedieron.

Tal como en las películas, el suelo dejó de ser un lugar seguro y me desplomé sobre él, sintiendo que la gravedad se volvía insoportable, que la realidad misma se desmoronaba a mi alrededor. No escuché

sus palabras. No pude. Sus bocas se movían, pronunciando frases que no alcanzaban a atravesar el velo de mi incredulidad. Busqué con la mirada algo, cualquier cosa que me anclara a este mundo, que me demostrara que esto no estaba pasando. Pero lo único que encontré fue mi propia mano, la misma que apenas un día antes sostenía el anillo que Anthony me había entregado con una sonrisa llena de promesas.

Ayer, éramos felices. Hoy, él estaba muerto.

No tenía sentido.

Dios no podía haber escrito una historia así, una que apenas comenzaba, destinada a ser un amor eterno, verdadero, único. No podía haberla cortado de un tajo, sin aviso, sin oportunidad de lucha.

Desde ese momento, los días dejaron de tener significado.

La casa, antes blanca y luminosa, se convirtió en una sombra de sí misma. La luz del sol se filtraba por las ventanas como si no tuviera permiso de entrar, y cada rincón parecía más vacío, más ajeno.

Lou, mi madre, Candace, los padres de Anthony… todos ellos entraban y salían, deslizándose por las habitaciones como espectros vestidos de negro, hablándome con voces amortiguadas, organizando las visitas, aceptando cacerolas de comida que nadie comería, pronunciando palabras de condolencias que eran imposibles de entender, mucho menos de aceptar.

Yo estaba allí, pero al mismo tiempo, no.

Una parte de mí se había ido con Anthony, hacia dondequiera que él estuviera. Y la otra, la que quedaba atrapada en este mundo, se encontraba suspendida en un limbo. Un lugar gris, frío, silente, similar a nuestro hogar, pero vacío de lo que solía ser. Todo parecía estar en otro plano, uno en el que la felicidad era solo un recuerdo distante.

Y en mi mente, una cosa se repetía sin descanso: las últimas palabras pronunciadas hacia Anthony.

"Hey, solo pasé a decirte que te amo. Lamento no habértelo dicho antes de que salieras, y no haberlo repetido mil veces hoy. Te amo mucho, mi prometido."

Las expresé con una risa tierna, nerviosa, sin saber que serían las últimas.

Los dos check en mi celular me decían que la había escuchado.

Pero nunca respondió.

Y entonces entendí lo más desgarrador de todo: probablemente el impacto del camión llegó antes de que pudiera oírlo.

Y no tenía a quien culpar, no había nadie a quien odiar.

El conductor del camión también murió. No hubo gritos de rabia, ni deseos de venganza, ni un nombre al que maldecir en mis noches en vela. No tuve respuestas, solo un informe frío y burocrático que hablaba de condiciones del asfalto, de ángulos de impacto, de probabilidades. No había un responsable claro. Y aunque mi corazón gritaba que Anthony no pudo ser el culpable, que él era prudente, que conocía el camino como la palma de su mano, nada de eso importaba ya. Nada lo devolvería a mi lado.

El día del funeral, me sentí como una muñeca frágil, un objeto sin vida que todos intentaban mover de un lugar a otro, manipulándome con cuidado, como si temieran que me rompiera en mil pedazos.

Mi madre me ayudó a asearme y vestirme, con la delicadeza de quien viste a una niña pequeña que no puede hacerlo sola. No recuerdo el frío del agua sobre mi piel, ni el roce de la tela negra contra mi cuerpo. Lo único que sé es que me vestí, porque de alguna manera llegué allí.

Alguien —Connor, o tal vez Mark, no lo sé— me obligó a comer. Me llevaron la cuchara a los labios, y yo obedecí. Tragué porque era lo

que esperaban de mí, porque no tenía voluntad para hacer otra cosa. No sentí el sabor, no percibí el aroma, ni siquiera fui consciente de si mi estómago estaba vacío o lleno. Simplemente existía, atrapada en un cuerpo que no me pertenecía, en un mundo que ya no reconocía.

Ni siquiera recuerdo en qué auto partimos al cementerio.

Recuerdo, sí, el momento en que la urna negra comenzó a descender, tragada por la tierra que ahora lo reclamaría para siempre. Recuerdo el sonido de la cuerda deslizándose, el murmullo ahogado de la gente, la lluvia ligera que se aferraba a mi piel sin que pudiera sentir su frío.

El mundo a mi alrededor se volvió irreal, un paisaje desdibujado en tonos de gris. No había contraste, no había luz, no había distinción entre el cielo y el suelo, entre la grama y el pavimento. Todo era un mar de sombras, desvaneciéndose entre el negro y el plateado, sin alcanzar jamás el blanco.

Y en medio de esa niebla, apareció él.

Al principio, pensé que mi mente me estaba jugando una mala pasada, que el cansancio y el dolor me hacían imaginar cosas que no eran reales. ¿Por qué él? ¿Por qué, entre todos los rostros posibles, tenía que aparecer precisamente el suyo en un día como ese? Sentí un escalofrío recorrer mi espalda cuando sus ojos azules —los mismos que solo había visto dos veces en mi vida—se posaron en los míos, intensos, escrutadores. La neblina gris que cubría el cementerio parecía volverse aún más espesa a su alrededor, como si el universo estuviera conspirando para traerlo a mi camino de nuevo.

La voz de Connor me arrancó bruscamente de mis pensamientos.

—Melanie, él es Julien de Haven. Era cliente de Anthony.

Y entonces, todo encajó, como piezas de un rompecabezas que no quería completar. La realidad me golpeó con la misma crudeza con la que la vida me había arrancado a Anthony. No era una alucinación.

Julien de Haven estaba realmente allí, de pie frente a mí, con esa expresión serena y enigmática que me había desconcertado la primera vez que lo vi.

En un instante, los recuerdos se arremolinaron en mi mente. La prohibición de entrada a Francia, el amor imposible por la mujer que dejó atrás, la estrecha amistad que lo unía a Anthony, su consejo en aquel museo, su impulso para que nos comprometiéramos, su influencia en nuestras decisiones. Anthony lo admiraba, hablaba de él con respeto y hasta con un dejo de fascinación.

Tal vez fue por eso por lo que logré sobreponerme al nudo en mi garganta y reunir las fuerzas necesarias para levantarme de la silla. Con pasos inseguros, me acerqué y extendí mi mano.

—Gracias —musité, con una voz que apenas reconocí.

Julien me sostuvo la mirada por un instante, como si buscara algo en mis ojos, algo que ni yo misma entendía. Sonrió levemente, con ese tipo de sonrisa que no es de alegría, sino de pesar, de duda, de algo que no sabe si debe decirse en voz alta. Quizás no tenía claro si le agradecía por sus palabras de aquella vez en el museo, por la influencia que tuvo en Anthony, o por algo mucho más profundo y doloroso: por haber sido un amigo sincero para el hombre que yo amaba, el hombre que ahora yacía en esa urna.

Se situó a mi lado, con presencia firme pero silenciosa mientras observábamos cómo la tierra cubría la tumba, sellando un capítulo que yo no estaba lista para cerrar. El cura pronunciaba sus últimas plegarias con una voz solemne, pero para mí, eran solo murmullos lejanos, palabras vacías que flotaban en el aire sin sentido.

Cuando todas las rosas fueron arrojadas sobre la tumba, percibí la mano de Candace en mi espalda, instándome a colocar la mía. Lo hice con movimientos mecánicos, sin pensar demasiado, sin permitirme sentir. Luego, me di media vuelta y comencé a caminar, sabiendo que él me seguiría.

Me acerqué a Lou y, con un susurro casi inaudible, le dije:

—Está bien, por favor. Déjenme hablar con el cliente de Anthony. Era importante para él.

Lou asintió y, como si entendiera mi necesidad sin que tuviera que explicarla, se dirigió hacia mi madre. Poco a poco, todos comenzaron a alejarse, respetando el espacio que pedía. Todos, excepto él.

Sentí sus pasos detrás de mí, acompasados, constantes. Hasta ese momento, no había escuchado su voz. Tal vez dijo algo antes, o quizás no. Mi mente estaba demasiado embotada para recordarlo. Me costaba asimilar cómo aquel hombre, que una vez había sido solo un desconocido fugaz en mi vida, resultaba ser el mismo a quien Anthony consideraba más que un cliente.

—Lo siento mucho, Melanie —dijo por fin.

Su voz era profunda, pero no solo transmitía condolencias, sino algo más, algo que no lograba descifrar. ¿Remordimiento, quizá? ¿Culpa?

Lo observé con atención, preguntándome si acaso no me había reconocido, si solo veía en mí a la prometida de un hombre que, al parecer, también era importante para él.

—Entonces, eres tú —musité, como si necesitara confirmarlo en voz alta—. Tú eres el cliente de Anthony.

—Me gustaría pensar que era algo más que un cliente para él —respondió con suavidad—. Anthony fue más que un simple abogado en mi vida.

Bajé la mirada. Sus palabras confirmaban lo que ya temía: no me recordaba. ¿Tan insignificantes habían sido para él aquellos encuentros?

—¿Sabías que yo era el cliente de tu prometido? —preguntó, con un matiz de curiosidad en su tono—. ¿Te llegó a decir mi nombre?

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco sabía que eras su novia, Melanie —explicó, y en ese instante supe que me recordaba.

El corazón me latió con fuerza, un golpe seco en el pecho que me dejó sin aliento. De repente, las lágrimas que había estado conteniendo amenazaron con desbordarse.

—A ti te conocí como la señorita Russeu —continuó—, y él siempre mencionó tu nombre, Melanie. Quizás en alguna ocasión comentó tu apellido: Vanderbilt, o tal vez estoy confundido y lo vi en otro lugar.

Su voz era pausada, medida, parecía escoger con cautela cada palabra.

—Nada de eso importa ya, Julien —dije, con la voz quebrada, sintiendo el peso de la tristeza en cada sílaba.

—Pensé que era importante que lo supieras —murmuró.

—¿Por qué? —pregunté, dejando que el cansancio y la confusión impregnaran mi tono—. ¿Qué habría sido diferente si yo hubiera sabido que eras su cliente o si tú hubieras sabido que yo era su novia?

Mi pregunta sonó como un reproche, cargada de una ira que no sentía realmente hacia él. Julien no tenía la culpa de nada. Y, sin embargo, su presencia me desorientaba aún más. Estaba errática, sofocada por una tristeza que me superaba, abrumada por la brutalidad de la pérdida.

Y, de repente, él aparecía, trayendo consigo recuerdos que no quería afrontar. Porque en algún momento, muy lejano ya, mi mente había divagado en torno a él, a sus ojos, a la extraña sensación que me provocó aquella vez. Y ese pensamiento, por insignificante que fuera, me hacía sentir culpable.

No en este día. No cuando Anthony estaba siendo arrancado de mis brazos para siempre.

Julien bajó la cabeza, y por un breve instante, creí ver una lágrima deslizarse por su mejilla. Pero antes de que pudiera confirmarlo, pasó la mano por su rostro con rapidez y se colocó unos lentes oscuros, ocultando su expresión.

—No quiero molestarte en un día como este, Melanie.

Hasta ese momento, había pronunciado mi nombre tres veces, como si necesitara repetirlo para convencerse de quién era yo. Como si intentara encajarme en los recuerdos que tenía, en la historia de Anthony, en su propio dolor.

—Cuando me enteré de lo sucedido, sentí una tristeza muy profunda —dijo Julien, su voz cargada de un peso que parecía ir más allá del simple pésame—. Pensé en su prometida, en Max… y quise venir, no solo a presentar mis respetos, sino a ponerme a la orden para lo que pudieran necesitar.

Sus palabras eran correctas, consideradas, pero algo en la manera en que las pronunció me hizo notar un detalle que, hasta ese momento, no había registrado del todo. Me llamó "su prometida", no Melanie. Como si aún separara en su mente ambas identidades: la mujer con la que alguna vez había cruzado caminos y la que estaba comprometida con Anthony.

—En algún momento, Anthony mencionó que su novia era aficionada a las artes —continuó, su tono se volvió casi un susurro—. Dijo que quería que yo le diera clases, que la ayudara con su técnica.

Me quedé inmóvil, sintiendo cómo cada palabra iba calando hondo en mi interior.

—Y aunque sé que este no es el momento oportuno para hablar de eso —prosiguió—, quería ponerme a la orden. Mi galería cuenta con un programa de apoyo para personas que han vivido traumas o tragedias. Si en algún momento ella quisiera participar, si sintiera que el arte puede ser un refugio, está abierta para ella.

Mi pecho se oprimió. No sabía si sentirme agradecida por su oferta o molesta porque, de alguna forma, me estaba recordando que ahora encajaba en esa categoría: una persona que había vivido una tragedia.

—Tienes razón —dije, con seriedad, clavando la mirada en la suya—. No es el momento oportuno. Y no es ella, Julien. Soy yo.

Él parpadeó, visiblemente sorprendido, como si la revelación lo tomara desprevenido. Como si, a pesar de saber que éramos la misma persona, aún continuara viendo a dos mujeres distintas sin darse cuenta.

—No lo sabía, Melanie —dijo con más firmeza, como si cada palabra llevara consigo un peso real—. Pero, para ella… para la prometida de un buen amigo que dejó este mundo demasiado pronto y nos dejó a todos con un vacío en el corazón… o para aquella chica que se perdía en los cuadros de Monet y Van Gogh, aquella con la que compartí tanto en tan solo unos minutos y que, ahora sé que sí consiguió un puesto en el MoMA…

Hizo una pausa, como si buscara la manera correcta de terminar su pensamiento.

—Para ambas estoy aquí —concluyó, mirándome con una intensidad que me dejó sin aliento.

Alargó la mano y me entregó una tarjeta de presentación. Apenas la sostuve entre mis dedos, mi vista se nubló por las lágrimas contenidas, y solo alcancé a distinguir de reojo su nombre grabado en elegante tipografía.

—Somos la misma, Julien —murmuré, alzando la cabeza en busca de su mirada, queriendo encontrar en su expresión algún indicio de que entendía lo que intentaba decirle. Pero él ya había comenzado a avanzar, alejándose, y su rostro quedó fuera de mi alcance.

Se detuvo apenas un segundo, lo suficiente para posar una mano en mi hombro en un gesto que fue tan cálido como doloroso.

—Perdón por no poder asimilarlo aún —susurró, su voz teñida de algo que no supe descifrar por completo—. Llámame o escríbeme si en algún momento deseas apuntarte a mi galería, o para cualquier

cosa que necesites… incluso si no quieres llorar sola. Estaré aquí para acompañarte en tu dolor, Melanie.

Mi garganta se cerró, incapaz de articular respuesta alguna. Bajé la cabeza, sintiendo el peso de su ofrecimiento, de su compasión. Sus pasos comenzaron a alejarse, y yo me quedé allí, inmóvil, hasta que el sonido de su presencia desapareció por completo.

Fue entonces cuando el torbellino de emociones me golpeó con más fuerza.

Dolor, un dolor extremo al recordar dónde me encontraba, la razón por la que estaba allí, la tumba fresca a mis espaldas.

Confusión, al intentar procesar el inesperado encuentro con Julien, al tratar de encajar las piezas de su relación con Anthony y lo que eso significaba ahora.

Y una ironía cruel, casi insoportable, cuando ciertas preguntas comenzaron a invadir mi mente.

¿Por qué, entre todas las personas del mundo, Julien de Haven había reaparecido en mi vida justo en este momento? ¿Qué capricho del destino lo traía aquí, cuando el hombre al que amaba había sido arrebatado de mis brazos?

Me sentí atrapada en una espiral de pensamientos sin respuestas, en una telaraña de emociones que amenazaban con ahogarme. Y lo único que podía hacer era quedarme allí, en medio del cementerio, con la tarjeta de Julien temblando entre mis dedos, mientras la realidad seguía hundiéndose en mi pecho con un peso insoportable.

El destino podía ser muchas cosas: caprichoso, incierto, implacable… pero ¿podía ser tan cruel como para arrebatarme a Anthony y traer de vuelta a Julien en su lugar? ¿Podía decidir, sin más, que el hombre con el que soñaba un futuro debía desaparecer, y en su ausencia, devolverme a alguien que, un año atrás, había hecho temblar mi alma con un reconocimiento inexplicable?

Si no era así, entonces, ¿por qué Julien aparecía justo hoy? ¿Por qué no lo enviaba de regreso a Francia, a los brazos de la mujer que tanto amaba?

¿Por qué un hombre bueno tenía que morir de esa forma?

¿Qué propósito oculto podía haber en darle a una familia la ilusión de un futuro lleno de promesas, solo para arrancarlo todo de raíz? ¿Qué necesidad tenía el universo de desgarrar corazones, de empujar a unos al abismo y a otros hacia caminos que jamás deberían haberse cruzado de nuevo?

Y entonces llegaron las peores preguntas. Esas que nacen del dolor más profundo, de la culpa que se enrosca en el pecho como una garra y se niega a soltar.

¿Por qué hui aquel día del MET? Si me hubiera quedado, si hubiera hablado con él, tal vez… tal vez todo habría sido distinto. Tal vez Anthony aún estaría vivo.

¿Por qué no pregunté a Lorraine, mi compañera más cercana del museo, quién era Julien? Si lo hubiera buscado, si le hubiera agradecido, quizás el destino habría tomado otro rumbo. Quizás Anthony seguiría aquí.

¿Por qué no fui con Anthony a los Hamptons? No me sentía tan mal, podría haberlo acompañado. Y quizás los dos estaríamos muertos ahora, y eso… eso estaría bien. Porque enfrentar el mundo sin él no tenía sentido.

¿Por qué no le pedí que se quedara?

La verdad me golpeó con la fuerza de una sentencia irrevocable.

Anthony estaba muerto… y era mi culpa.

CAPÍTULO 15

La Culpa

JULIEN

Al salir del cementerio, el frío de Nueva York me envolvió como un manto helado. No me importó. Dejé que el viento me azotara el rostro, que la bruma de la tarde nublara mi vista, que el bullicio de la ciudad a mi alrededor se desdibujara en un murmullo distante. Caminé sin rumbo, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, intentando darle un sentido a lo que acababa de descubrir, tratando de ordenar el caos que mi mente se empeñaba en avivar con cada paso que daba.

¿Cómo era posible que, durante más de un año, la vida me hubiera ocultado una verdad tan crucial? O tal vez no fue la vida. Tal vez fui yo quien, sumido en mi propio mundo, jamás hizo las preguntas correctas. Fui yo quien, por egoísmo o por simple negligencia, no insistió en saber más sobre la familia de Anthony. Y ahora, la ignorancia se sentía como una daga hundida en mi pecho, girando con cada nuevo recuerdo que emergía de nuestra amistad.

Recordé sus palabras sobre su hermano, Terry. Le preocupaba. Siempre lo hacía. Decía que era un espíritu libre, alguien que se negaba a aferrarse a algo, que desafiaba cualquier atadura. Un eterno errante sin un trabajo estable, sin un hogar definido. Pero también recordé lo que Anthony me contaba sobre sus padres, la devoción con la que hablaba de ellos, la admiración por el amor inquebrantable que los unía. Anthony soñaba con vivir algo así. Por eso, cuando se tropezó con Melanie fuera del MET, lo tomó como una señal, una respuesta a sus plegarias.

Fuera del MET.

El eco de esas palabras me golpeó como un trueno en la distancia. ¿Cómo era posible que mi mente no hubiera conectado los puntos antes? ¿Cómo no pude atar cabos y comprender que el mismo día en que conocí a Anthony fue el día en que él se reencontró con Melanie? Debí haberlo presentido. Pero no lo hice. Y ahora, la culpa me carcomía. Permití que un sentimiento creciera dentro de mí por una completa desconocida, un sentimiento que había echado raíces sin permiso y que se negaba a marchitarse. Pero ya no era solo una desconocida. Ahora sabía quién era. Conocía dónde vivía. Sabía su historia, y lo mucho que estaba sufriendo. Y lo peor de todo es que, pese a ello, no tenía idea de cómo evitar querer acercarme más.

Cuando finalmente llegué a casa, la penumbra del atardecer teñía las paredes con tonos dorados y cobrizos. Mis pasos resonaron pesados en la madera mientras avanzaba hasta el rincón donde descansaba el cuadro. Ahí estaba, apoyado contra la pared, cubierto con una tela, listo para ser entregado a Anthony. Mi respiración se volvió errática. Me acerqué con una lentitud casi reverencial y, con manos temblorosas, destapé la pintura.

El aire se me atascó en la garganta.

Me dejé caer en el sofá, sintiendo el peso de la realidad desplomarse sobre mis hombros. Las lágrimas comenzaron a brotar sin permiso, deslizando surcos cálidos por mis mejillas frías. ¿Qué habría pasado si le hubiese entregado esa pintura a Anthony? ¿La habría reconocido de inmediato? ¿Se habría sorprendido, habría reído, habría sentido la misma conmoción que ahora me estrujaba el pecho?

Pero la naturaleza fue cruel. O tal vez misericordiosa. Nunca lo sabría. Algo evitó que ese momento llegara. Algo detuvo el instante en el que Anthony hubiera visto el rostro de su prometida en mi obra. ¿Fue solo el azar, una broma macabra del destino? O peor aún... ¿Tuve yo algo que ver en el cruel desenlace que terminó con su vida?

Los sollozos se convirtieron en espasmos silenciosos. Cerré los ojos y me abracé a mi propio dolor, mientras en algún rincón de la ciudad, la noche caía sin piedad sobre todos nosotros.

Tantas veces había imaginado su rostro apareciendo entre la multitud, tantas veces había deseado volver a cruzarme con ella, volver a sentir esa punzada de anhelo que me atravesó aquella primera vez. Había soñado con besarla, con sostener su mirada sin necesidad de apartarme, con descubrir qué había detrás de aquella conexión inexplicable que me ató a ella desde el primer instante. Y ahora, justo cuando había decidido dejar todo atrás, cuando me había convencido de que era hora de olvidar, la vida me la ponía de frente de la forma más cruel e irónica posible.

¿Cómo podía mi corazón sentirse al mismo tiempo tan devastado y tan esperanzado? Era una contradicción absurda, casi perversa. Anthony estaba muerto. Anthony, mi amigo, un hombre noble y generoso que no merecía un destino tan brutal. Y, sin embargo, aquí estaba yo, de pie, con el peso insoportable de su ausencia aplastándome el pecho, con la certeza de que, si alguien debía haber partido, ese era yo.

Por más que me esforzara en redimirme, en ser un mejor hombre, no podía ignorar la verdad: Anthony era mejor que yo. Siempre lo fue. Él merecía seguir viviendo, merecía cumplir sus sueños, casarse con Melanie, construir con ella esa vida que tanto había idealizado. Y yo… yo no merecía nada de eso.

Tomé el cuadro entre mis manos y, con un suspiro resignado, lo devolví a su lugar en el salón. No podía dárselo a nadie. Aquel lienzo pertenecía allí, en ese espacio donde los recuerdos eran intocables y la realidad no podía alcanzarlo. Permanecí unos segundos contemplándolo, sintiendo cómo la culpa y la impotencia se instalaban en mi pecho.

Incómodo en mi propia piel, me dirigí al baño y me metí bajo la ducha, dejando que el agua caliente resbalara sobre mi cuerpo, pero nada podía borrar la sensación de vacío que se expandía dentro de

mí. Cerré los ojos y, de inmediato, los recuerdos me asaltaron. Conversaciones con Anthony, risas compartidas, sueños que él tenía y que ahora jamás se cumplirían. Y luego, la imagen de Melanie en el cementerio, tan frágil, tan rota, con una expresión de sufrimiento que me desgarró el alma. Parecía como si una parte de ella se hubiera ido con él, como si la vida misma la hubiera abandonado.

Volví a preguntarme si yo tenía algo de culpa en todo esto. Si, de alguna forma, había alterado el curso de los acontecimientos, si la felicidad que una vez imaginé en su rostro era ahora solo un recuerdo lejano por mi existencia.

Las lágrimas brotaron de nuevo, y me dejé caer sobre el piso frío de la ducha, con el agua golpeándome el rostro como si quisiera borrar cada pensamiento.

El teléfono sonó varias veces, pero lo ignoré. No tenía fuerzas para hablar con nadie.

Pasado un rato, salí del baño, vencido por la insistencia del teléfono. Al principio, pensé en ignorarlo, dejar que sonara hasta el cansancio, pero algo dentro de mí me hizo ceder. Podía ser un problema en la galería, tal vez Tess o Holly tuvieran una urgencia.

Efectivamente, al revisar las llamadas perdidas, vi que Holly me había marcado varias veces. También había un mensaje suyo en WhatsApp:

"Julien, ¿estás bien? Faltaste a la clase con los chicos, estaban esperándote. Avísame si necesitas que reagendemos."

Suspiré y, sin ganas de hablar con nadie, le respondí de manera breve:

"Lo siento. Reagéndalo y discúlpame con ellos."

Tess, en cambio, había dejado un mensaje de voz. En cuanto vi su nombre, supe que estaría preocupada. Ella siempre presentía cuando algo no andaba bien, como si tuviera una conexión conmigo que no necesitaba palabras.

Reproducí el audio y su voz dulce, aunque cargada de inquietud, me envolvió:

"Julien, cariño, no sé por qué, pero tengo un mal presentimiento. Llámame cuando puedas. Solo quiero saber que estás bien."

No me sentía con fuerzas para hablar, así que le envié un texto.

"Estoy bien, Tess. Pronto pasaré por tu casa y te contaré todo."

Y entonces, vi esa otra llamada. Un número desconocido.

Podía ser cualquier persona. A diario me contactaban posibles alumnos interesados en mis clases, artistas que querían exponer en mi galería, compradores buscando una pieza en particular. Pero algo dentro de mí me decía que esta llamada era diferente.

Mi intuición lo supo antes que mi razón. Era ella.

Melanie.

El pulso me dio un vuelco mientras marcaba de vuelta, pero la llamada se fue a buzón.

Inmediatamente, apareció un mensaje de WhatsApp.

"¿Puedes pasar por casa, por favor?"

No lo pensé ni un segundo. Me vestí a toda prisa, con los dedos torpes y la mente revuelta, y salí corriendo hacia ella.

El camino se me hizo eterno. Mi cabeza era un caos, un torbellino de suposiciones y emociones que no podía contener. ¿Por qué me estaba llamando? ¿Qué necesitaba de mí? ¿Era un reclamo? ¿Un reproche? ¿O simplemente no quería estar sola?

No tenía respuestas, pero sí una certeza: iría a su encuentro sin importar lo que me deparara.

Ya en la puerta de su casa, levanté el puño y toqué suavemente, conteniendo la respiración. La espera fue breve, pero me pareció eterna. Cuando finalmente abrió, sentí que el aire se escapó de mis pulmones.

Melanie estaba allí, de pie frente a mí, con el cabello húmedo y sin una gota de maquillaje en su rostro. Sus ojeras eran profundas, oscuras, como marcas de una batalla interna que no le daba tregua. Sus ojos enrojecidos hablaban de un llanto prolongado, de noches en vela, de un dolor que iba más allá de lo que las palabras podían describir.

No dijo nada. Solo me miró un instante antes de apartarse lentamente de la puerta, con un andar pesado, casi arrastrando los pies, como si cada movimiento le costara un esfuerzo inmenso. Crucé el umbral con cautela y me detuve en el recibidor, observándola en silencio mientras ella cerraba la puerta y se daba vuelta con una parsimonia que me oprimió el pecho.

Esperé. Esperé con temor, con una ansiedad que se retorcía en mi estómago, aguardando sus palabras, la razón por la que me había llamado.

Quería abrazarla, decirle que no estaba sola en su dolor, que de alguna manera todo estaría bien, pero la idea de pronunciar esas palabras me resultó absurda, casi cruel. ¿Cómo podría estar bien algún día para ella, cuando el amor de su vida ya no estaba?

Pensé en lo mucho que me costó superar a Katerine… si es que alguna vez lo había hecho por completo. Y, aun así, ni siquiera se comparaba con lo que Melanie estaba viviendo. Mi pérdida fue una herida profunda, pero la suya era un abismo sin fondo.

Nos quedamos allí, mirándonos en silencio, atrapados en un momento donde el peso de lo no dicho era sofocante. No sabía qué pasaba por su mente, pero en la mía había mil cosas que quería decirle y ninguna encontraba el valor para salir. Tal vez ella también trataba de expresarse con la mirada, o tal vez simplemente no tenía fuerzas para hablar.

El silencio se rompió cuando Max, su perro, se acercó a mí y rozó su cabeza contra mi pantalón.

—No ha querido comer —murmuró Melanie, con la voz apagada, apenas audible—. Ya no sé qué hacer para que lo haga. No quiero

perderlo a él también.

Sus palabras me atravesaron. Había tanto dolor en esa simple confesión que sentí un nudo formarse en mi garganta.

—¿Por eso me has llamado? —pregunté, sintiendo un leve alivio al pensar que su necesidad de verme se debía a algo concreto, algo que tal vez podía solucionar.

Pero ella no respondió. Solo bajó la mirada y mi estómago se revolvió de nuevo. La incertidumbre me carcomía.

No pude contenerme más.

—Melanie, de verdad lo siento mucho. Me siento tan culpable, y entenderé cualquier reproche que quieras hacerme. Lo que sea que tengas que decir, hazlo. Lo merezco.

Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía. Quizás porque estaba conteniendo tanto dentro de mí que cada palabra salía forzada, cargada de emociones que ni siquiera sabía cómo manejar.

Ella frunció el ceño, su mirada reflejaba una mezcla de confusión y agotamiento.

—¿De qué reproche hablas? No entiendo por qué te sientes culpable, Julien.

Oírla decir eso me hizo darme cuenta de lo irracional que estaba siendo. Y de lo transparente, también. Era estúpido siquiera pensar en confesarle que, en lo más profundo de mi mente, sentía que el universo había alterado su felicidad por algo que nació en mí con solo verla dos veces. Era absurdo contarle sobre mis conversaciones con Olivia, sobre la extraña sensación de que ella y yo nos conocíamos de otra vida.

Eso la espantaría. Y pese al remolino de emociones que me invadía, no quería apartarme de ella. No podía. Y eso me hacía sentirme aún peor. Más egoísta.

—No lo sé —murmuré, pasándome una mano por el cabello, tratando de ordenar mis pensamientos—. Quizás estoy siendo

irracional. Me siento algo revuelto.

Un silencio denso se instaló entre nosotros, solo roto por la respiración pausada de Melanie y los leves sonidos de Max moviéndose a nuestro alrededor.

Me puse de cuclillas y pasé la mano por el lomo del perro, que buscaba mi atención de forma sutil, como si también sintiera la carga emocional en el ambiente. Sus ojos oscuros estaban empañados de una tristeza palpable, reflejo del mismo dolor que Melanie llevaba sobre los hombros.

—Si me acercas su comida, intentaré ver si logro que coma —dije, tratando de hacer algo útil, cualquier cosa que aliviara un poco la pesadez del momento.

Melanie asintió y me guio a una pequeña sala de estar. El espacio era acogedor, aunque ahora parecía apagado, desprovisto de vida. Un sofá, algunos juguetes de Max esparcidos por el suelo, una cama de perro en la esquina y el plato doble con agua y comida intacta.

Tomé el plato y me senté en el sofá. Max, con su andar apesadumbrado, se acercó y se acurrucó en mis piernas. Le ofrecí un poco de comida con la mano, y, después de unos segundos de duda, comenzó a aceptar cada porción que le acercaba.

Fue entonces cuando Melanie habló, con un tono suave, casi nostálgico:

—Creo que Anthony llegó a sentir celos de ti.

Mi corazón se desbocó.

No. No podía ser. ¿Anthony había notado algo? ¿Había intuido mis sentimientos antes de que siquiera yo los comprendiera?

Ella continuó, ajena al caos que había desatado en mi mente:

—Algunas veces manifestó que Max sentía un cariño muy especial por ti.

Solté un leve suspiro, sintiendo una mezcla de alivio y un peso en el pecho al mismo tiempo.

Asentí.

—Melanie, ¿por qué me has llamado? ¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté por tercera vez, con la voz cargada de inquietud.

Ella bajó la mirada, sus pestañas temblaron y las lágrimas quedaron suspendidas en el borde de sus ojos, a punto de desbordarse.

—No sé, Julien —susurró con un hilo de voz, como si admitirlo le costara el poco aliento que le quedaba—. No estoy segura. Lo extraño mucho, demasiado... Quería sentir sus brazos a mi alrededor, porque Anthony se había convertido en la única persona que me daba consuelo. Y pues… no sé por qué, pensé en ti y te llamé. Pero no quiero que confundas las cosas. Yo amo a mi prometido, y creo que lo voy a amar siempre.

Su declaración fue un golpe sordo en mi pecho, uno que ya esperaba, pero que de igual forma me atravesó con fuerza. Sin embargo, no estaba aquí por mí, sino por ella.

—No te preocupes por eso —murmuré, con suavidad.

Me acerqué y la envolví en un abrazo. No dudó en rendirse a él. Se aferró a mí como si mi cuerpo fuera lo único que la mantenía de pie, y en ese instante, rompió a llorar con una intensidad desgarradora.

El sonido de su llanto llenó la habitación, una mezcla de dolor, impotencia y vacío. No intenté calmarla. Entendía que necesitaba desahogarse, aunque también sabía que no importaba cuánto llorara, nunca sería suficiente para aliviar la ausencia que la devoraba por dentro.

Los minutos transcurrieron en ese espacio donde solo existíamos su dolor y yo, sosteniéndola mientras su cuerpo temblaba contra el mío.

Cuando, finalmente, pudo volver a articular palabras, su voz salió en un susurro suplicante.

—¿Puedes llevarte a Max?

Me separé levemente para mirarla. Sus ojos hinchados y enrojecidos rogaban tanto como su voz.

—No estoy seguro de que sea lo mejor —respondí con cautela, aunque sabía que, si insistía, no podría negarme. Era lo mínimo que podía hacer por Anthony.

Melanie negó con la cabeza, tragando con dificultad.

—No estoy en condiciones de ayudarlo, Julien —susurró—. Y no puedo permitir que algo le pase.

El dolor en su voz hizo que cualquier duda que tenía desapareciera. Asentí sin decir nada. Ella se giró y se perdió por el pasillo, dejándome en la sala con un vacío punzante en el estómago.

Cuando regresó, llevaba un bolso con las cosas de Max y la correa en la mano. Pero algo había cambiado en su expresión. Sus gestos eran más rígidos, y de alguna forma, comenzó a guiarme sutilmente hacia la puerta.

Estaba tratando de echarme.

Me quedé un segundo más de lo necesario en el umbral, mirándola, intentando descifrar si era por orgullo, por miedo o por simple necesidad de estar sola.

—Recuerda que puedes acudir a la galería, si así lo deseas. Solo avísame —le dije, en un último intento por dejar una puerta abierta.

Ella asintió con un gesto mecánico, pero en su mirada supe que no lo haría.

—Gracias por hacer esto por Max —pronunció al tiempo que abría la puerta, marcando el límite de nuestra conversación—. Te llamaré para que me indiques dónde pasar a buscarlo en unos días.

—De acuerdo —murmuré.

Di un paso afuera y, antes de que pudiera decir algo más, la puerta se cerró con un susurro seco detrás de mí.

Salí de allí con la amarga certeza de que no solo me había echado de su casa, sino de su vida. Su cambio de actitud, de la vulnerabilidad absoluta a una especie de frialdad distante, me dejó un vacío difícil de ignorar. Me pregunté si, en ese breve instante, había comprendido lo que no me atreví a decir en voz alta, si finalmente me culpaba por lo ocurrido.

Las calles estaban frías, pero no por el clima, sino por la sensación de aislamiento que me envolvía. Caminé con la correa de Max en la mano, sintiendo la ligera tensión de sus pasos a mi lado. Aunque el perro aún se notaba cabizbajo, al menos su compañía me anclaba un poco a la realidad, evitando que me perdiera del todo en mi mente.

Al llegar a casa, Tess me esperaba en el lobby. Su sola presencia me desarmó. No necesitó decir nada, su mirada lo decía todo: comprensión, preocupación, consuelo.

—Vamos adentro —susurró, guiándome hacia el salón.

No supe en qué momento me desplomé en el sofá, pero cuando me di cuenta, ya estaba allí, con Max a mis pies y Tess frente a mí, esperando pacientemente a que hablara. Y lo hice. Le conté todo, desde el mensaje de Melanie hasta el momento en que sentí que me estaba despidiendo de ella para siempre.

—Necesito que seas honesta conmigo —murmuré al final, con la voz quebrada—. ¿Es posible que todo esto sea mi culpa? ¿Que, de alguna manera, yo haya tenido algo que ver en lo que pasó?

Tess suspiró, tomándose un momento antes de responder.

—Es normal que cuando alguien importante para ti se va, lo primero que sientas sea culpa, Julien —dijo con una suavidad que me atravesó—. Más aún si luego descubres una conexión tan fuerte con su prometida. Pero no, no hay forma de que lo sucedido sea tu culpa. Ni la de ella.

Bajé la mirada, sintiendo el peso de sus palabras, dejando que se asentaran en mi mente.

—¿A qué te refieres? —pregunté al fin.

—Por lo que me contaste sobre su actitud hace un rato, creo que se siente igual que tú.

La idea me dejó perplejo. No lo había considerado desde esa perspectiva. Quizás ella no me echó porque me culpaba, sino porque no podía lidiar con lo que representaba mi presencia en ese momento.

Las palabras de Tess me aliviaron un poco, disipando parte de la culpa irracional que me carcomía. Pero, al hacerla a un lado, todo lo que quedó fue un dolor crudo, punzante, la ausencia irremediable de Anthony y la necesidad de impedir que Melanie se hundiera.

Sabía que tenía que darle espacio, pero no podía quedarme de brazos cruzados mientras el duelo la consumía. No podía permitir que se marchitara de la misma manera en que Max lo habría hecho si no me lo hubiera llevado.

Me prometí encontrar la forma de ayudarla, incluso sin acercarme demasiado. Aunque no tenía idea de cómo lograrlo.

CAPÍTULO 16

Negación

ANTHONY

No supe cuánto tiempo había transcurrido desde que todo se volvió negro hasta que mis ojos lograron captar algo familiar: mi casa.

Pero no era exactamente como la recordaba. Todo se veía distinto, cubierto por una penumbra difusa, como si una niebla densa se interpusiera entre mi mirada y la realidad. Las formas eran reconocibles, los contornos de los muebles, las paredes, las luces apagadas, pero había algo en el aire… una pesadez que lo teñía todo de tristeza.

Por un momento, me pregunté si acaso esto era la muerte. ¿Así se sentía? ¿Seguir viendo tu vida, los lugares que amaste, las personas que significaron todo para ti, sin poder tocarlas? Pero aquello no tenía sentido. No creía haber sido una persona carente de bondad, alguien indigno de un descanso en paz. Y, sin embargo, aquí estaba, atrapado en un espacio donde el único sentimiento dominante era el dolor.

No. No era el universo quien me castigaba. Era mi propia voluntad. Yo decidí quedarme. No podía abandonar a Melanie. Nuestra historia no había terminado, no así. Tenía que encontrar la forma de llegar a ella, de hacerle saber que estaba allí, que no la dejaría sola.

Y entonces la vi.

Su silueta se dibujó en el sofá, junto a Max. La tristeza que la envolvía era tan tangible que me atravesó como un puñal. Sus ojos, hinchados y vacíos, se perdían en un punto indefinido, y su mano

temblorosa acariciaba el pelaje del animal, que yacía a su lado, inmóvil, como si sintiera su mismo duelo.

Me acerqué, o al menos lo intenté, porque no sentía mi cuerpo, no tenía forma de medir la distancia, pero mi desesperación por consolarla era real. Quería hablarle, gritarle, tocar su rostro y prometerle que nunca la dejaría.

Un sonido interrumpió el silencio.

Unos golpes en la puerta.

Melanie parpadeó, como si volviera a la realidad, y miró a su alrededor con el desconcierto de quien se ha perdido en sus propios pensamientos. Se pasó una mano por el cabello, tomó aire, y se dirigió a abrir.

Era Julien.

El solo verlo me llenó de preguntas. ¿Qué hacía allí? Por su expresión, comprendí que ya se conocían. Probablemente en el funeral. La tristeza en su mirada era tan profunda como la de Melanie, como si una misma sombra los envolviera a ambos.

Quise hablar, quise que me escucharan, que supieran que estaba allí, que no me dejaran ir todavía. Pero todo lo que sentí fue un peso desgarrador en el centro, donde solía estar mi pecho, algo que se parecía demasiado a querer llorar… aunque ya no tuviera lágrimas.

Los recuerdos me golpearon con la fuerza de una ola furiosa. Me vi a mí mismo en charlas interminables con Julien, compartiendo cervezas mientras le hablaba del caso, ese en el que había puesto todo mi esfuerzo y que ahora quedaría inconcluso. Recordé la emoción en mi voz cuando le contaba sobre Melanie, la mujer que había cambiado mi vida, la que quería que él conociera porque sabía que, como el gran amigo en el que se había convertido para mí, comprendería por qué me enamoré sin reservas.

Pero ahora nada de eso era posible. O quizás sí… aunque sin mí.

Me aferré a la idea de que debía haber alguna forma de permanecer aquí. No podía desaparecer sin más, no cuando aún quedaban tantos cabos sueltos, tantas personas que necesitaban de mí.

Max se acercó a Julien con paso lento, como si la tristeza lo aplastara. No era el mismo perro efusivo de siempre, ese que corría a su encuentro con entusiasmo. Esta vez su andar era pausado, su cabeza gacha, sus ojos oscuros reflejaban la misma pena que los de Melanie. Buscaba consuelo.

Un nudo se atravesó dentro de mi alma. Me acerqué a ellos con desesperación, aunque no sintiera mi propio cuerpo, incluso sin saber si mi presencia era más que un susurro en el viento. Me agaché al nivel de Max, con la esperanza de que él sí pudiera percibirme.

—Aquí estoy —susurré, con toda la emoción que mi inexistencia me permitía.

Nada.

El perro ni siquiera levantó la cabeza, ni un temblor en sus orejas, ni un cambio en su respiración. Me enderecé con frustración y me coloqué entre Melanie y Julien, buscando desesperadamente una señal de que aún quedaba algo de mí en este mundo. Pero ellos tampoco reaccionaron. Solo compartieron una mirada cargada de tristeza y un silencio sofocante.

Hasta que Julien habló.

—Melanie, de verdad lo siento mucho. Me siento tan culpable, y entenderé cualquier reproche que quieras hacerme. Lo que sea que tengas que decir, hazlo. Lo merezco.

Culpable.

La palabra me hirió, encendió en mí una alarma que no había previsto.

¿Culpable de qué?

Mi mente se apresuró a conectar los hilos. ¿Acaso mi muerte tenía algo que ver con el caso de Julien? ¿Había algo que no sabía, algo que él ocultaba? Pero no. Nada en su expresión ni en su voz indicaba que hablara de eso.

Entonces, ¿por qué?

Observé con angustia cómo Melanie lo miraba, con el ceño fruncido y la confusión dibujada en su rostro. Ella tampoco entendía.

"No otra vez", me dije con desesperación, segundos antes de que todo volviera a fundirse en la oscuridad.

No supe cuánto tiempo estuve flotando en esa nada, atrapado en un limbo de pensamientos inconclusos y emociones sin forma. Pero cuando la negrura cedió y volví a encontrarme allí, en ese lugar que una vez llamé hogar, lo primero que vi fue a Julien en la sala de estar, sentado en el sofá, alimentando a Max con paciencia.

Sentí un pequeño alivio, si es que aún podía sentir algo. Si tuviera un cuerpo, habría sonreído. Quizás lo hice.

Ver a Max aceptar la comida, aunque con lentitud, me calmó. Quería que él estuviera bien. Tal vez su instinto, esa percepción canina más allá de la lógica humana, podría ayudarme. Podría ser mi puente con Melanie. Tal vez, si lograba hacerles entender que nunca los abandonaría, eso me permitiría aliviar un poco la tristeza que los consumía.

Pero la sensación de paz se desmoronó en cuanto Julien le preguntó a Melanie por qué lo había llamado.

Fue entonces cuando algo extraño y oscuro se revolvió dentro de mí. Algo nuevo, parecido a… ¿Celos?

No eran los mismos celos suaves y nostálgicos que había sentido al ver a Max buscando consuelo en Julien. No. Esto era distinto. Era más intenso. Más incómodo. Y no me gustó.

—No sé, Julien —respondió Melanie con la voz apenas audible, temblorosa, como si algo en su interior la avergonzara—. No estoy

segura. Lo extraño mucho, demasiado… Quería sentir sus brazos a mi alrededor, porque Anthony se había convertido en la única persona que me daba consuelo. Y pues… no sé por qué, pensé en ti y te llamé. Pero no quiero que confundas las cosas. Yo amo a mi prometido, y creo que lo voy a amar siempre.

Sus palabras fueron un golpe directo a lo que quedaba de mí.

Por un lado, el dolor de saber cuánto anhelaba mi abrazo y no poder dárselo me desgarró más de lo que creí posible. Era una tortura insoportable estar tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Pero, por otro lado… ¿Por qué sintió la necesidad de advertirle que no confundiera las cosas?

El torbellino de dudas me atrapó.

¿Acaso Julien estaba intentando algo con Melanie?

La idea me quemó como un fuego frío. No. Era mi amigo. Él jamás…

Pero entonces, ¿por qué yo mismo había sentido esos celos? ¿Por qué me parecía que había algo ahí, creciendo en la sombra de nuestro dolor compartido?

Y lo peor de todo…

¿Por qué temía que, al final, fuera cierto?

"¡No!", grité un instante antes de que todo volviera a apagarse.

Volví justo antes de que Julien se marchara. La escena se desplegó ante mí como una herida abierta: él de pie en la puerta, con Max a su lado, y Melanie sosteniendo la correa con una expresión vacía.

Pero entonces, sus palabras hicieron que la rabia burbujeara dentro de mí.

—Recuerda que puedes acudir a la galería si así lo deseas. Solo avísame.

Sentí un golpe seco, como si algo invisible me arrancara el aire, aunque ya no tenía pulmones para respirar.

¿Acudir a la galería?

Hasta ese momento, había tratado de ver a Julien como lo que siempre fue: mi cliente y amigo. Pero de pronto, la duda se filtró como un veneno en mi mente. ¿De verdad seguía siéndolo? ¿O tenía otras intenciones?

Algo dentro de mí se torció. Como una pieza de un rompecabezas que, al encajar, revela una imagen completamente diferente a la que creías ver.

¿Y si Julien tuvo algo que ver con mi muerte?

No quería pensarlo. Pero ¿qué otra explicación había? Me negaba a aceptar que Dios, el destino, o lo que fuera, hubiera sido tan cruel como para arrancarme de Melanie de esta forma. Tan abrupta. Tan injusta.

Pero entonces, Melanie negó con la cabeza.

—Gracias por hacer esto por Max. Te llamaré para que me indiques dónde pasar a buscarlo en unos días.

Eso fue todo. No dijo que iría a la galería. No mostró el más mínimo interés en hacerlo. Cerró la puerta y volvió al sofá.

El alivio me recorrió con fuerza, disipando, aunque fuera por un instante, la furia que se había acumulado en mí. Melanie no estaba cayendo en sus redes.

Aún había esperanza.

Y entonces, como un destello en la oscuridad, una idea se formó en mi mente. Una manera, quizás, de llegar a ella.

Pero antes de que pudiera aferrarme a ese pensamiento...

Todo se volvió negro otra vez.

Y regresé a ser parte de la nada.

CAPÍTULO 17

El Primer Sueño

MELANIE

Cuando la puerta se cerró tras Julien, el silencio se abatió sobre la casa. Me dejé caer en el sofá, con la mirada perdida y el corazón encogido. La culpa me mordía con dientes afilados. Lo había tratado con frialdad, casi con desdén, cuando en realidad lo único que hacía era intentar ayudarme. Supuse que él comprendería que mi rabia no era contra él, sino contra la vida, contra la cruel ironía de seguir respirando cuando el amor de mi vida yacía ahora a tres metros bajo tierra. Pero eso no lo justificaba.

Suspiré, llevándome las manos al rostro, sintiéndome pequeña, abrumada, rota. La casa, que alguna vez había sido nuestro refugio, ahora se sentía fría, extraña, como si su esencia se hubiese desvanecido con él. Con la ausencia de Max, Perla emergió de su escondite. Hasta entonces había permanecido fuera de mi vista, quizá sintiendo que su presencia no podía llenar el vacío en mí. Ni siquiera recordaba la última vez que había comido, pero no emitió queja alguna. Se limitó a saltar a mi regazo y acurrucarse contra mi pecho, ronroneando con una suavidad casi hipnótica.

Deslicé mis dedos por su lomo, concentrándome en la sensación de su pelaje, en el sonido rítmico de su respiración. Quería aferrarme a algo, a cualquier cosa que me distrajera de este torbellino de emociones que me consumía. Así pasamos un buen rato.

Y entonces lo vi.

Allí, de pie en medio del salón, mirándome con esos ojos que lo decían todo sin necesidad de palabras.

El aire pareció espesarse a mi alrededor. Mi respiración se entrecortó, y un estremecimiento recorrió mi piel. ¿Era una visión? ¿Un sueño? ¿O mi mente, desesperada por aferrarse a él, me estaba jugando una cruel broma? Pero cuando me levanté y lo abracé, la duda se disipó.

Era real.

Sentí su calor, su piel firme bajo mis dedos. Su olor, esa mezcla inconfundible de almizcle y madera, me envolvió. Cerré los ojos con fuerza, temiendo que, si los abría, se desvanecería. Pero no lo hizo.

No me dijo nada. No hacían falta palabras.

Sus labios se encontraron con los míos, suaves y pacientes. Como si quisiera memorizar cada sensación, cada roce, como si el tiempo no existiera y solo importara este instante. Su beso fue un ancla, un reencuentro, un consuelo.

Cuando sus manos comenzaron a recorrerme, el dolor que había estado anidado en mi pecho se disipó, dando paso a una sensación completamente distinta. La tristeza se transformó en deseo, en anhelo puro.

Me levantó con facilidad, sosteniéndome con la misma seguridad de siempre, y me llevó a nuestra habitación. La cama estaba cubierta de ropa y objetos desperdigados, testigos silenciosos de mi caos interno. Pero él, con la misma determinación con la que siempre había arreglado cada desastre en mi vida, apartó todo lo que estorbaba y me depositó en el colchón con delicadeza.

Se inclinó sobre mí, su mirada ardiendo de devoción, de promesas silenciosas.

En este instante, todo lo demás dejó de existir. El mundo, el dolor, la pérdida… Nada importaba más allá de su tacto, de su aliento contra

mi piel.

Porque en sus brazos volví a sentirme viva.

—Anthony… —susurré su nombre, buscando su voz, una confirmación de que realmente estaba aquí. Necesitaba escucharle, sentir que no era solo una alucinación tejida por mi anhelo.

Él llevó un dedo a mis labios en un gesto silencioso, pero la calidez en su mirada hablaba por él.

—Shhh… —fue lo único que dijo antes de besarme de nuevo, con la misma devoción de siempre, con la pasión de quien ama como si el tiempo no existiera.

Su boca trazó caminos en mi piel, quemándome con cada roce, los suspiros compartidos en la penumbra. Su olor, su tacto, su peso sobre mí… era real. Lo sentía con todas las células de mi cuerpo. Y yo me aferré a esa sensación con desesperación, dejando que me guiara fuera de la tormenta, de la soledad, del vacío.

Cuando sus manos despojaron mi piel de cada prenda, una sensación de libertad me llenó. Mi corazón latía desenfrenado, palpitante con la certeza de que la pesadilla había terminado. Esto era la realidad. Nosotros éramos la realidad.

Un gemido escapó de mis labios cuando sus dedos rozaron mi centro, y en la soledad de esa casa que había permanecido tan callada, el eco de mi placer me estremeció. Me arqueé hacia él, buscando más, sintiéndome viva de nuevo, reclamando todo lo que habíamos perdido.

Anthony respondió sin dudar, con la certeza de quien conoce cada rincón de mi cuerpo, cada secreto que le pertenecía solo a él. Sus dedos se deslizaron dentro de mí mientras los míos se posaban sobre mi clítoris, creando un compás perfecto, un crescendo que me hizo olvidar todo lo que no fuera este momento.

El placer ascendió como una ola imparable, hasta que la presión se hizo insoportable y mis jadeos lo dejaron claro. Fue entonces cuando él me sostuvo con fuerza, alineándose conmigo, y en un solo movimiento me llenó por completo.

Un grito ahogado se mezcló con su respiración entrecortada mientras comenzaba a moverse dentro de mí, con esa profundidad que me hacía sentir que no existía nada más allá de nosotros.

Entonces habló, y su voz fue la confirmación de que estaba aquí, conmigo.

—Te amo, Mel —susurró en mi oído.

—Yo también te amo, Anthony —respondí sin dudar, perdiéndome en la intensidad de su mirada.

Su ritmo se volvió más lento, más profundo. Me besó con una ternura devastadora antes de susurrar contra mis labios:

—Sabes que eres mía, ¿verdad?

Asentí, pero eso no fue suficiente para él.

—Tienes que decirlo, Mel… —su voz era un anhelo, una súplica—. Dímelo.

Mis manos se aferraron a su espalda, sintiendo el latido acelerado de su corazón contra mi pecho.

—Soy tuya, Anthony —susurré, y vi el alivio en su rostro, la profundidad oscura en sus ojos antes de besarme de nuevo, más apasionado, más necesitado.

Sus embestidas se volvieron más intensas, más urgentes.

—Será todo y para siempre… —murmuró, como tantas veces lo había hecho antes, como un pacto inquebrantable entre nosotros.

—Para siempre, mi amor… —le prometí, anclada a él, sin saber que ese "para siempre" significaba mucho más de lo que podía imaginar.

Sentí cómo aceleró el ritmo, cómo sus manos recorrían mi piel con un toque más intenso, más necesitado, menos delicado. Me poseyó por completo, con una profundidad que me dejó sin aliento, reclamándome con cada embestida hasta que se derramó dentro de mí, fundiéndose conmigo en un instante suspendido en el tiempo. Un momento que deseé atrapar entre mis dedos, detenerlo para siempre.

Permaneció sobre mí, dentro de mí, respirando pesadamente mientras nuestras miradas se encontraban en la penumbra de la habitación. Sus ojos, oscuros y profundos, me transmitían una promesa silenciosa: nunca me dejaría.

Mi corazón aún latía con fuerza cuando él se deslizó a mi lado, y sin dudarlo, me abracé a su cuerpo, buscando refugio en su calor. Su piel contra la mía era la única prueba tangible de que esto era real, de que seguía conmigo.

Pero, incluso antes de que el sueño me reclamara, algo en sus palabras me obligó a aferrarme a la conciencia.

—Tienes que ser fuerte, Mel… —susurró, con la voz cargada de una tristeza que me desgarró—. Yo nunca te dejaré, pero a veces vas a dudarlo. Necesito que recuerdes estos momentos… que recuerdes que sigo aquí.

Su mano trazó un camino lento sobre mi brazo, y sentí un nudo formarse en mi garganta. Su tono… su manera de hablarme… algo dentro de mí comprendió que este instante era efímero, un respiro antes de despertar a esa otra realidad que me aterrorizaba enfrentar.

No. No quería abrir los ojos. No quería que terminara.

—No sé cómo seguir sin ti… —murmuré, con la voz rota, buscando en él alguna respuesta, alguna luz que me guiara en esta oscuridad que amenazaba con devorarme.

—No tendrás que seguir sin mí, Mel. No te dejaré. Pero cuando no logres verme como ahora, cuando la duda intente alejarme de ti… recuerda esto. Recuerda mis palabras, mi amor.

Quise responderle, decirle que siempre lo recordaría, que lo buscaría en cada sombra, en cada susurro del viento. Pero antes de que pudiera hablar, su tono cambió, más serio, más apremiante.

—Y evita manifestarlo a los demás… —su voz bajó aún más, casi un murmullo entre la penumbra—. Hay personas que querrán separarnos. Muchos no lo entenderán.

Su advertencia me atravesó con la sensación de un oscuro presagio que permaneció suspendido en el aire.

—Lo sé —dije.

Pero ni siquiera yo lo entendía. No sabía cómo estaba pasando todo esto. ¿Era una ilusión? ¿El producto de mi desesperado anhelo por volver a sentirlo? Quizás mi mente me estaba jugando una cruel broma, pero… era demasiado real.

Los sueños no se muestran así. No son tan vívidos, tan llenos de detalles. No tienen esa continuidad, esa calidez tangible en cada caricia. En los sueños, todo pasa rápido, las escenas se desvanecen, cambian sin lógica. Pero yo seguía allí, envuelta en sus brazos, sintiendo su piel contra la mía, escuchando cada palabra como si el universo entero se hubiera detenido para darnos esta última oportunidad.

Levanté la cabeza y me giré un poco, con una súplica muda en el corazón. Quería mirarlo, asegurarme de que era él. Que no había cambiado nada. Que seguía aquí, conmigo.

Su mirada estaba fija en el techo, perdida en un punto invisible. Pero lo que más me inquietó fue la pesadez en sus ojos. Parecían cargados de un dolor profundo, de una tristeza silenciosa que amenazaba con desbordarse en lágrimas no derramadas.

—¿Qué sucede, Anthony? —pregunté en un murmullo, temerosa de romper el hechizo, pero más temerosa aún de lo que su respuesta pudiera significar.

Él suspiró y bajó la mirada hacia mí.

—No quiero irme aún —confesó, con la voz llena de un dolor que me estrujó el alma—. No quiero desaparecer de nuevo en la nada… en la oscuridad, dejar de verte. No puedo perderte, Mel.

El hueco que sentí en el pecho fue inmenso, un vacío que amenazó con consumir todo mi ser.

—No me perderás —susurré, aferrándome a él con más fuerza, como si pudiera retenerlo solo con la intensidad de mi amor—. No dejaré que desaparezcas de mi vida.

Pero Anthony negó levemente con la cabeza, como si supiera algo que yo no, una verdad convertida en un muro que me separaba de él y que yo aún no podía ver.

—Hay personas intentando romper esto, Mel —murmuró con un tono sombrío, mirándome fijamente.

—¿Cómo alguien podría querer romper algo así, Anthony? —cuestioné, sintiendo una presión en el estómago—. Todas las personas que conozco te aman. Mis padres estaban felices el día de nuestro compromiso. No temas, amor, no quiero verte triste.

Él esbozó una sonrisa débil, apagada, antes de apartar un mechón de cabello de mi rostro.

—Pero ahora es diferente, Mel —dijo con voz baja, como si temiera que alguien más pudiera escucharnos—. Ya no me ven. Y van a

querer que me superes… que sigas adelante.

Lo miré, sin saber qué responder. Mi mente rechazaba la idea de seguir adelante. ¿Cómo se supone que lo haría?

Entonces, él pronunció las palabras que hicieron que mi corazón se encogiera.

—Con Julien cerca… me aterra que pase. Probablemente considerarán que él es mejor para ti.

Las palabras de Anthony provocaron una sensación gélida que se extendió por todo mi cuerpo.

Me llené de miedo, pero también de vergüenza. ¿Era posible que, desde el otro lado, él tuviera acceso a mis recuerdos? ¿Sabía sobre aquellos encuentros en los museos, sobre las miradas que Julien y yo compartimos cuando ni siquiera conocíamos nuestros nombres? ¿Podía sentir la extraña conexión que, aunque traté de ignorar, siempre estuvo ahí?

Tragué saliva, sintiendo un nudo en la garganta.

—No sé por qué dices eso, Anthony —susurré, aferrándome a él como si el solo contacto pudiera disipar sus temores—. No lo permitiré… y no será así.

Sus brazos me estrecharon con más fuerza, pero su voz sonó más sombría, más inquietante.

—Julien puede engañarlos, Mel. No te fíes de él, por favor.

El tono con el que lo dijo me caló hasta los huesos.

Me acomodé contra su pecho, sintiendo el ritmo de su respiración, escuchando el latido sordo de su advertencia en mi mente. Anthony siempre había sido noble, una persona justa, incapaz de sentir celos sin motivo. Si me estaba diciendo esto… tenía que ser por algo.

Pero no lo entendía.

Julien nunca me había parecido una amenaza. Si bien nuestra relación tenía matices confusos, jamás llegué a sentir que él fuera alguien de quien debía protegerme.

Mi mente giraba sin descanso mientras me refugiaba en el calor de Anthony, sintiendo su presencia rodearme por completo.

Pero entonces, una sensación extraña me invadió.

Un silencio sepulcral se apoderó de la habitación.

Algo había cambiado.

Mi piel se erizó y levanté la vista, buscando su rostro.

Pero no estaba.

Abrí los ojos por completo y parpadeé varias veces, confundida.

La habitación ya no se encontraba sumida en penumbras. La luz del día entraba por la ventana, bañando todo con su claridad implacable.

Miré a mi alrededor, desorientada.

La cama seguía revuelta. Sobre ella aún se hallaban los trastos y la ropa que anoche habíamos apartado.

Mi corazón martilleó en mi pecho.

No había rastro de Anthony.

No había rastro de su toque, de su olor, de su presencia.

Solo estaba yo, con la ropa intacta, el mismo desorden de siempre y un peso indescriptible oprimiéndome el pecho.

Mis labios aún temblaban, como si su beso hubiera quedado impreso en ellos.

Pero había sido un sueño.

Un sueño tan real, tan vívido… que casi dolía más que la propia realidad.

Mi pulso acelerado me sacó de mi trance, y de inmediato salté de la cama en busca de mi teléfono. Necesitaba hablar con Lou. Ella era la única que podría entender lo que acababa de experimentar.

Cuando lo tomé entre mis manos, la pantalla iluminada reveló varias llamadas perdidas.

De Julien.

Mi estómago se revolvió al instante, pero lo ignoré.

Abrí WhatsApp con dedos temblorosos.

Dos mensajes también de él.

"Ven a la galería hoy. Te aseguro que te va a gustar."

"Melanie, estoy preocupado. Al menos dime que estás bien."

Mi pecho se comprimió.

Las palabras de Anthony resonaron en mi mente.

"No te fíes de él, por favor."

Sin pensarlo dos veces, continué ignorándolo.

Deslicé mis dedos sobre la pantalla y marqué el número de Lou.

Mi amiga contestó al primer tono.

—Lou, no vas a creer lo que me pasó —dije con la voz temblorosa, una mezcla de emoción y ansiedad recorriéndome el cuerpo.

Del otro lado de la línea, mi mejor amiga guardó silencio por un instante antes de responder.

—Mel, te noto agitada… pero suenas diferente. No sé, como si estuvieras… ¿Feliz?

Tragué saliva, sintiendo que mi corazón se apretaba en mi pecho.

—Vi a Anthony —solté de golpe—. Y, por favor, déjame explicarte antes de que pienses que he perdido la cabeza. No estoy loca, Lou.

Hubo un leve suspiro, y cuando Lou habló, su tono fue suave, casi maternal.

—Mel, jamás pensaría eso. Lo que estás viviendo es… normal. A veces, cuando sufrimos una pérdida tan grande, nuestra mente nos juega estos juegos. Es una forma de consuelo.

Cerré los ojos con fuerza, intentando encontrar las palabras adecuadas para hacerle entender lo que había experimentado.

—No, Lou… No fue un simple sueño —murmuré—. Fue real. No eran imágenes borrosas o escenas cortadas. Sentí su calor, su piel, su respiración. Me tocó. Me besó. Hicimos el amor, Lou. Fue como si hubiera cruzado a otro plano donde él todavía existe.

El silencio que se instaló al otro lado de la línea fue pesado, casi sofocante.

De pronto, escuché un sollozo ahogado.

Mi pecho se encogió.

—Lou… —susurré, sintiendo una punzada de culpa—. Sé cuánto lo extrañas, pero te prometo que él sigue aquí. No se ha ido. Tal vez no podamos verlo siempre, pero eso no significa que no esté con nosotros.

Mi amiga tardó en responder, y cuando lo hizo, su voz sonaba rota, entre la nostalgia y el anhelo.

—Qué bonito lo que dices, Mel… Ojalá pudiera verlo yo también, hablar con él, despedirme de la manera en que tú has podido hacerlo. Pero entiendo que seas tú. Ustedes siempre tuvieron un vínculo especial.

Respiré hondo, sintiendo una extraña emoción burbujeando en mi interior.

—No puedo esperar a que llegue la noche —murmuré, con una sonrisa temblorosa en los labios—. No puedo esperar para volver a verlo.

El solo pensamiento me llenó de una ansiosa expectación. Si dormir era la única manera de estar con Anthony, entonces lo haría una y otra vez.

El silencio volvió a asentarse en nuestra conversación, y de pronto una sensación incómoda me invadió. Conocía demasiado bien a Lou. Cuando tardaba en responder, cuando escogía sus palabras con tanto cuidado, era porque algo dentro de ella no estaba en paz.

—Mel… —su voz sonó vacilante, como si estuviera debatiéndose entre decirme la verdad o proteger mis sentimientos.

Pero justo en ese instante, la pantalla de mi teléfono se iluminó con otra llamada entrante.

Julien.

De nuevo.

Mi mandíbula se tensó.

Observé su nombre parpadear en la pantalla, sintiendo un extraño rechazo en el pecho. No tenía intención de contestar, así que ignoré la llamada y volví a centrarme en Lou.

—Di lo que piensas, Lou —la presioné, apretando el teléfono con fuerza—. Te conozco, y sé que algo te preocupa.

Escuché su suspiro al otro lado de la línea.

—No es preocupación exactamente… Es más bien una especie de… presentimiento. Algo que me pone nerviosa y no sé cómo explicar —su voz sonaba tensa, y eso solo aumentó mi inquietud—. Prométeme que, si vuelves a soñar con mi hermano, me llamarás de inmediato.

Su petición me tomó por sorpresa.

—Por supuesto —respondí sin dudar—. Eres la única persona en la que confío para que no arruine este pedacito de luz que ahora siento.

Y era cierto. Anthony tenía razón. No todos entenderían lo que estaba pasando. Seguramente intentarían convencerme de que lo que sentía no era real, de que era solo mi mente, aferrándose a la idea de no perderlo. Pero Lou no. Ella jamás se atrevería a negarme esto, porque, aunque era escéptica y siempre había sido la más racional de las dos, se trataba de su hermano. Lo amaba tanto como yo, y eso la pondría de mi lado.

Colgué la llamada con el corazón acelerado, una mezcla de alivio y ansiedad revolviéndose en mi pecho.

Respiré hondo y busqué a Perla. La encontré acurrucada en el rincón del sofá, su pelaje suave y esponjoso subiendo y bajando con cada respiración pausada. La acaricié con ternura antes de levantarme a servirle comida y limpiar su caja de arena. Necesitaba que todo estuviera en orden.

Quería que Anthony encontrara la casa organizada y acogedora cuando regresara a mí esta noche.

La idea me llenó de una extraña expectación.

Sin embargo, Julien no se rindió.

Mi teléfono sonó de nuevo. Y otra vez.

Ignoré cada una de sus llamadas, sin siquiera molestarme en leer los mensajes que seguramente me había dejado. Más que nunca, sentí que atenderlo sería una falta de respeto hacia Anthony. Me incomodaría si se enterara.

Y él se enteraría.

Lo sabía en lo más profundo de mi alma.

Quizás cualquiera diría que estaba negando la realidad, que me aferraba a una ilusión. Pero no.

El cuerpo de Anthony yacía bajo tierra, sí.

Pero su alma…

Su alma seguía aquí, conmigo.

Y no dejaría que nada ni nadie me arrebatara esa certeza.

CAPÍTULO 18

Sospechas

JULIEN

La ausencia de Melanie pesaba sobre mí como una sombra que no podía disipar. Durante más de una semana, ignoró mis llamadas y mensajes, dejando mis intentos de acercamiento flotando en el vacío. Ni siquiera se puso en contacto para preguntar por Max, quien se había adaptado a mi rutina con una facilidad inquietante, como si siempre hubiéramos compartido la misma vida. Ambas situaciones me hacían sentir que usurpaba algo que no me pertenecía, como si, sin quererlo, estuviera arrancando retazos de la vida de Anthony, apropiándome de lo que aún le correspondía a él.

Pero no podía evitarlo. Y ya no se trataba solo de mis sentimientos por Melanie, sino de una certeza latente que se aferraba a mi pecho: algo no estaba bien. Su aislamiento no era únicamente el reflejo de su dolor; algo más se escondía entre las sombras de su duelo.

Por consejo de Tess, dejé de insistir durante algunos días. Fue un reto contenerme, obligarme a dar un paso atrás cuando todo en mí pedía hacer lo contrario. Intenté distraerme con el trabajo, refugiándome en la rutina, incluso acepté salir a tomar unas cervezas con Owen y Chris, pero ni la conversación ni el alcohol lograban sacarme de mi inquietud. Fue en medio de ese intento forzado por seguir adelante cuando recibí la llamada que me devolvería de golpe a la realidad.

El nombre de "Bufete de Anthony" apareció en la pantalla de mi teléfono, y una punzada incómoda me tensó. Contesté con cierta

aprensión.

—¿Diga?

Del otro lado de la línea, la voz de Connor, el socio de Anthony sonó más apagada de lo que la recordaba.

—Julien, soy Connor. Te llamo porque… bueno, sé que estás al tanto de todo lo sucedido y… —titubeó, como si buscara las palabras correctas—. Quería informarte que, si estás de acuerdo, por ahora tomaré tu caso. Me gustaría que nos reuniéramos para revisar el estatus y definir los próximos pasos.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. Lo último en lo que necesitaba pensar en ese momento era en ese asunto. Para mí, la lucha por solucionar la situación en Francia estaba ligada a Anthony, a su apoyo, a nuestra amistad. Y ahora, con él fuera de escena y con la tensión que se había formado con respecto a Melanie, todo perdía sentido. Además, Connor era prácticamente un desconocido para mí. La idea de empezar desde cero, sin Anthony a mi lado, se sentía extrañamente desleal.

—Si podemos posponerlo un tiempo, sería lo ideal —respondí, intentando mantener un tono neutral—. No me siento en condiciones de enfrentar esto ahora, mucho menos de empezar desde el punto de partida con alguien nuevo.

Connor guardó silencio por un segundo, antes de contestar:

—Lo entiendo —dijo con voz comprensiva—, pero como tu abogado, tengo la obligación de ponerte al tanto de ciertos detalles. ¿Podrías pasar por el bufete unos minutos? Prometo ser breve y conciso.

Solté un suspiro, sintiendo cómo una especie de resignación me envolvía. No tenía opción.

—Está bien. Nos vemos en un rato.

Colgué el teléfono y pasé una mano por mi rostro, intentando apartar la sensación de incomodidad en mi pecho. No seguí cuestionándome y me decidí a partir de inmediato.

Cuando crucé las puertas del bufete, una corriente fría me invadió por completo. Todo lucía exactamente igual que la última vez que había estado allí, como si el tiempo se hubiese congelado en el instante en que Anthony dejó su oficina por última vez. Cada detalle estaba en su lugar: los documentos perfectamente organizados sobre su escritorio, la pluma estilográfica apoyada junto a una libreta de notas, e incluso la leve fragancia de su loción aún flotaba en el aire, como un fantasma silencioso de su presencia. Alguien se había asegurado de mantener todo intacto, como a él le gustaba, y eso solo hacía que la ausencia se sintiera aún más brutal.

Al girar la vista hacia su silla, mi atención se centró en una figura femenina sentada en ella, de espaldas, mirando por el ventanal. No pude ver su rostro, pero la imagen tenía algo inquietante, como si la tristeza se hubiera materializado en aquella silueta inmóvil. Había un peso en el ambiente, una sensación sofocante que me oprimía el pecho.

Sacudí la cabeza y continué mi camino hasta la oficina de Connor. Desde el primer instante en que lo vi, supe lo que pasaba por su mente. Su expresión no solo reflejaba la pérdida de un amigo; se veía incómodo, casi culpable, como si el mero hecho de ocupar su lugar lo hiciera sentir un impostor. Y en cierto modo, entendí ese sentimiento.

Tomé asiento sin muchas ganas, con una incomodidad palpable que no pasó desapercibida para él. Quizás por eso fue directo al grano.

—Julien, sé que esto no es fácil, y entiendo si prefieres buscar otro abogado o incluso otro bufete, pero no te lo recomiendo. Este es un caso delicado, y hemos avanzado significativamente en los últimos meses —explicó con voz serena, aunque notoriamente tensa—. Hay testigos, un detenido con cargos graves, y estamos cerca de llegar a

un trato con él. Si todo sale como esperamos, podríamos obtener una confesión completa sobre lo que realmente hizo tu tío, lo que nos permitiría revocar tu prohibición de entrada a Francia sin problemas.

Sus palabras flotaban en el aire, pero apenas las asimilaba. Durante tanto tiempo, había vivido con la incertidumbre y la frustración de esa condena injusta, con la rabia de estar atrapado en un callejón sin salida. Y ahora que todo parecía encaminarse hacia una solución, no sentía nada. Ni alivio, ni esperanza. Solo una indiferencia fría, como si la posibilidad de recuperar mi libertad para volver a París no tuviera ya ningún significado.

Connor pareció notarlo, porque agregó con suavidad:

—No tendrás que hacer nada por el momento, solo autorizarme. Estamos muy cerca de resolver esto como para dejarlo ahora.

Asentí con la cabeza, sin demasiado entusiasmo. Al final, la decisión no me importaba tanto. No tenía ánimos de empezar desde cero con otro bufete, ni la energía para cuestionar lo que ya estaba encaminado. Lo único que realmente quería en ese instante era salir de allí, alejarme de esas oficinas que aún olían a Anthony.

Firmé los documentos sin pensarlo demasiado, estreché su mano de manera automática y, sin mirar atrás, caminé hacia la salida.

Al traspasar las puertas del edificio, una ráfaga de aire fresco me cubrió, disipando de inmediato la sensación de opresión que me había acompañado dentro del bufete. Respiré hondo, tratando de liberar la tensión acumulada, cuando una voz inesperada me sacó de mis pensamientos.

—Eres Julien, ¿verdad?

Me giré y la vi. Era la misma mujer que había estado en la oficina de Anthony. Reconocí las mangas de su blusa morada. Pero no solo por

eso su rostro me resultaba familiar. También la había visto en el funeral.

—Lo soy —respondí con cautela, deteniéndome frente a ella.

—Soy Louise —se presentó, extendiendo su mano—. La hermana de Anthony… y también amiga cercana de Melanie.

Estreché su mano sin saber muy bien qué decir, más allá de un automático mucho gusto. Debió notar mi confusión, porque enseguida se apresuró a explicarse.

—Disculpa la intromisión, pero quisiera hablar contigo… sobre Melanie y la razón por la cual te ha estado evitando. Estoy preocupada.

Había sinceridad en su voz, una inquietud genuina que me hizo prestarle más atención. Si se trataba de Melanie, no podía ignorarlo.

—Está bien —acepté—. Busquemos un café cercano, para hablar, si te parece.

Louise asintió sin dudarlo, y caminamos juntos en silencio hasta el primer sitio que encontramos, un pequeño café de esquina con ventanales amplios y una atmósfera tranquila, alejada del bullicio de la ciudad. Sonaba música suave en el fondo, y el aroma a café recién hecho flotaba en el aire. Pedimos dos americanos y tomamos asiento en una mesa junto a la ventana.

No tuve que esperar mucho para que hablara. Parecía ansiosa por decir lo que llevaba dentro, como si temiera que el tiempo jugara en su contra y cada segundo perdido pudiera empeorar la situación. Sus manos, entrelazadas sobre la mesa, se movían con nerviosismo, y su mirada tenía una mezcla de urgencia y preocupación.

Algo no estaba bien. Y por la forma en que Louise me observaba, supe que lo que iba a decirme cambiaría mi percepción de todo lo que había creído hasta ahora.

Su tono se volvió más grave, y sus ojos, fijos en los míos, parecían buscar alguna reacción, una señal de que comprendía la magnitud de lo que me estaba diciendo.

—Verás, he estado conversando con Mel desde el día del funeral —comenzó, bajando un poco la voz, como si temiera que alguien más pudiera escucharla—, y estoy realmente inquieta. Algo está sucediendo… y no es normal.

Me sentí incómodo y aparté la mirada por un segundo, fijándola en la taza de café entre mis manos.

—Entiendo —murmuré.

Pero, ¿qué era realmente normal cuando la vida te arrancaba a la persona que amabas de un tajo? Hasta ese momento, yo había pensado que Melanie tenía derecho a comportarse como quisiera. El duelo no seguía reglas, y el dolor se manifestaba de formas impredecibles. Ignorarme, encerrarse en sí misma o incluso actuar de manera irracional me parecían reacciones comprensibles.

Louise, sin embargo, negó con la cabeza, con una frustración evidente.

—No lo creo, Julien —dijo con un tono de desesperación apenas contenido—. Melanie dice que está soñando con mi hermano, pero no son sueños normales.

Sus palabras hicieron que levantara la vista. Algo en su voz me puso en alerta.

—Es como si estuviera viviendo otra realidad con él en esos sueños —continuó—, y cada vez está más convencida de que es ahí donde realmente pertenece. No quiere despertar. No quiere enfrentar que él ya no está.

Fruncí el ceño. Seguía pareciendo un mecanismo de negación, algo comprensible dentro de su duelo.

—Está en negación —susurré.

—Va más allá —Louise apretó los labios antes de soltar la frase que parecía haberle costado tanto decir—. Me ha dicho que es Anthony quien no quiere que te acerques a ella.

Mis músculos se tensaron.

—¿Qué?

—Que Anthony te culpa de su muerte. Que sabe que tienes sentimientos por ella… y que intentas separarla de él.

Me obligué a tragar el nudo en mi garganta, aunque la sensación de incomodidad seguía ahí, creciendo con cada palabra que Louise pronunciaba. Pero lo que más me perturbó, lo que hizo que el nudo bajara a mi estómago y me diera hasta ganas de vomitar, fue lo último que mencionó.

—Y lo peor —susurró, con la voz quebrada, reteniendo unas lágrimas que amenazaban con caer—, es que ha comenzado a tomar pastillas para dormir, solo para poder estar con él.

El aire pareció volverse más pesado en ese instante, pero eso no era nada comparado con lo que Louise reflejaba. Intentaba contenerse, aunque su dolor era demasiado palpable. Sus manos temblaban ligeramente, y su labio inferior se presionaba contra el superior en un intento de evitar sollozar.

Sin pensarlo demasiado, posé mi mano en su brazo, transmitiéndole un gesto de apoyo, de que no estaba sola en esto. Louise cerró los ojos por un segundo, como si el simple contacto le diera permiso para soltar todo el peso que cargaba. Un sollozo escapó de su garganta, y entonces las lágrimas finalmente cayeron.

No podía imaginar cuán difícil era esto para ella. Perder a su hermano ya era suficiente tormento, pero ver a su mejor amiga hundirse en una realidad que no existía parecía aterrador. Podía percibir la lucha interna en su mirada, la duda de si debía haberme

contado todo esto, y la angustia de no saber cómo ayudar a Melanie.

—Está bien, Louise —murmuré con firmeza—. Estoy aquí. Entiendo tu miedo… y no te dejaré cargar con esto sola.

Ella asintió, secándose el rostro con las yemas de los dedos. Se quedó en silencio unos instantes, como si intentara recuperar la compostura, y luego comenzó a contarme más detalles.

Me habló de los sueños de Melanie con Anthony, de cómo cada vez parecían más vívidos, más reales, hasta el punto de que ella los prefería sobre la vigilia. Me dijo que Melanie llevaba más de dos semanas sin salir de casa, rindiéndose por completo a esos encuentros en su mente, aislándose del mundo.

Cuanto más escuchaba, más escalofriante me parecía la situación. Esto no era solo duelo. Era algo más profundo, más oscuro… y, en ese momento, sentí un miedo real de lo que podría pasar si no actuábamos.

Cuando nos despedimos, percibí una inquietud dentro de mí que no podía ignorar, y que me impulsó a preguntar, aunque parte también temía la respuesta.

—Louise, ¿por qué a mí? —interrogué con cautela, observándola con atención—. ¿Por qué acudiste a mí en lugar de su padre, o de Connor?

Ella exhaló despacio, como si necesitara reunir fuerzas para responder.

—Porque te vi hablar con ella en el funeral —dijo con voz firme, pero con un dejo de tristeza—. Y porque, en medio de sus explicaciones sobre los sueños, me contó cómo se conocieron, cómo la ayudaste con la recomendación al museo.

Hizo una pausa y bajó la mirada, como si lo que iba a decirme pesara en el alma.

—Indagué sobre ti, Julien. No me pareces una mala persona. Y estoy casi segura de que ese hombre que se aparece en los sueños de Melanie… no es mi hermano.

Negó con la cabeza, y vi cómo sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—Mi hermano era bondadoso, tierno… la amaba más que nadie en el mundo, probablemente más que tú —añadió con una dureza que me atravesó el pecho como una daga—. Él jamás haría algo así. Si estuviera aquí, la ayudaría a seguir adelante, como Gerry en la película "Posdata: Te Quiero". La impulsaría a sanar, a vivir. Pero esto… está drenando a Melanie, y no puedo ensuciar la memoria de Anthony contándole a personas que lo crucificarán sin que él pueda defenderse. Creo que es algo con lo que tú podrás familiarizarte.

Comprendí su temor y también sus palabras. Supuse que estaba al tanto de mi caso y lo que viví en Francia. Además de su necesidad de proteger la imagen de su hermano y, al mismo tiempo, salvar a su amiga.

—Te lo prometo —le aseguré con solemnidad—. Vamos a llegar al fondo de esto, sin dañar la memoria de Anthony.

Louise asintió con los labios apretados y los ojos brillosos. Nos despedimos, pero el peso de aquella conversación se quedó sobre mis hombros.

Esa noche, en mi apartamento, me sentí inquieto, atrapado en una espiral de pensamientos sin salida. Melanie se había alejado de mí por completo, y no tenía ninguna excusa para acercarme a ella. Cualquier intento de contacto sería rechazado.

Pasé casi veinticuatro horas dándole vueltas a la cabeza, preguntándome cómo alcanzarla sin empujarla más lejos.

Entonces, algo me sacó de mi ensimismamiento.

Max.

El perro se había vuelto inusualmente apático. Apenas comía, jadeaba con dificultad y sus ojos parecían irritados. Respiraba con ligeros silbidos, y cuando lo toqué, su cuerpo se sentía más caliente de lo normal.

Me preocupé. Algo no estaba bien.

La consulta con el veterinario no reveló nada grave, pero me advirtieron que debía seguir observándolo. Me recomendaron que lo llevara de vuelta si su estado empeoraba. Aún inquieto, decidí escribirle a Melanie.

Esta vez, intenté una estrategia diferente. En el encabezado del mensaje puse: "Es sobre MAX".

Esperaba que, al menos por el amor que le tenía al perro, leyera el mensaje.

Casi una hora después, su respuesta apareció en mi pantalla. No dijo mucho, solo pidió mi dirección. Unos minutos más tarde, el intercomunicador sonó.

Le di acceso y me quedé en la puerta, esperando.

Cuando la vi, un estremecimiento me atravesó de pies a cabeza.

No era la misma mujer que conocí.

Más allá de la ausencia de maquillaje, su piel tenía un matiz ceniciento, apagado. Sus ojos, hundidos y rodeados de ojeras, transmitían un agotamiento profundo, como si el sueño la hubiera abandonado hace mucho. Pero lo peor era la sombra en su expresión, una mezcla de cansancio y fastidio, como si cargar con su propio cuerpo fuera un esfuerzo titánico.

Vestía una franela demasiado grande para ser suya, unos vaqueros gastados y unos tenis que habían visto mejores años. Su cabello, antes perfectamente arreglado, estaba recogido en una coleta mal hecha, con mechones sueltos cayendo sin intención alguna de verse bien.

Entró sin saludar.

—¿Dónde está Max? —preguntó con frialdad.

Sin decir nada, la dirigí a mi habitación, donde el perro estaba echado sobre la alfombra. En cuanto la vio, Max alzó la cabeza y le ladró suavemente.

Melanie se agachó y lo acarició con ternura. Fue el primer destello de emoción genuina que vi en ella. Max pareció reaccionar a su toque, moviendo ligeramente la cola, pero aún sin la energía de siempre.

—Tráeme su bolso con sus cosas. Voy a llevármelo —dijo sin levantar la vista, su voz dura e inexpresiva.

Sentí un vacío en el pecho. Me había encariñado con el perro más de lo que esperaba. Pero sabía que este momento llegaría.

Max no era mío.

Era de Anthony.

Y aunque me doliera, su lugar era con ella.

Sin discutir, reuní sus cosas: la correa, el bolso, los medicamentos y las indicaciones del veterinario.

—Aquí están las indicaciones y los medicamentos que le compré —murmuré.

Melanie los tomó sin mirarme.

—Te lo pagaré —respondió con frialdad.

El ambiente estaba cargado. No solo por la tensión entre nosotros, sino por algo más, algo invisible pero denso.

—No te lo estoy cobrando, Melanie —expresé con un dejo de molestia, sintiendo el amargo sabor del rechazo en mi lengua—. No entiendo qué es lo que he hecho para que te comportes así conmigo. Solo he tratado de ayudar.

Ella levantó la vista con una frialdad que me caló los huesos. Sus ojos, antes tan llenos de vida, ahora eran dos abismos oscuros, insondables.

—No necesito tu ayuda, Julien, y tampoco tu presión —su voz sonó firme, cortante, con una dureza que me hirió más de lo que quise admitir—. Deja de llamarme. Deja de escribirme. Gracias por cuidar a Max, pero ya me lo llevaré, y espero, por favor, que te alejes de mí y no vuelvas a buscarme.

Sus palabras fueron un golpe seco en el pecho, como un puño invisible que me dejó sin aliento.

Quise replicar. Decirle que no podía simplemente desaparecer, que no después de todo. Pero, ¿qué sentido tenía? Solo bajé la cabeza, apretando los puños para contener el torbellino de emociones que amenazaban con desbordarse.

Melanie le puso la correa a Max y se dispuso a salir. Pero el perro se negó a moverse.

Soltó un ladrido corto, un sonido que no solo era resistencia, sino advertencia.

Ella frunció el ceño y, antes de girarse hacia mí, su mirada tropezó con algo.

El cuadro.

La pintura que colgaba en medio del salón, iluminada por la tenue luz de la lámpara.

Vi cómo su expresión se transformaba en un parpadeo. Su piel palideció, pero su mirada ardió con una furia incontenible.

—¿Qué significa ese cuadro, Julien? —su voz era un filo de cuchillo, cortante, afilado—. ¿Era este el cuadro que le habías ofrecido a Anthony?

Me tensé. No tuve que responderle. La culpa estaba escrita en mi rostro.

Intenté hablar, explicarle que no sabía quién era ella en la vida de Anthony cuando tomé aquella decisión. Que no lo hice con mala intención.

No quiso escuchar.

—Anthony tiene razón —su voz tembló, pero no de miedo. Era rabia contenida, ira cruda y visceral—. Eres un retorcido. ¿Cómo se te ocurre? ¿Quién te dio derecho a pintarme?

Max empezó a ladrar con más fuerza, como si percibiera el peligro que emanaba de ella. Parecía intentar protegerme de su furia descontrolada.

Melanie lo miró, y sus labios temblaron antes de volver a abrirse.

—Es verdad —susurró, con una certeza escalofriante—. Tú quieres quitarle todo a Anthony. Ya convenciste a su perro.

Su respiración se aceleró. Sus pupilas estaban dilatadas, su pecho subía y bajaba con agitación.

—¡Pero no te dejaré! —gritó, con los ojos llenos de lágrimas y locura —. Anthony ya me advirtió. No permitiré que tú ni nadie me aleje de él. Él lo sabe.

Me congelé.

—Sabe tus intenciones —susurró, con la voz quebrada—. Ha visto este cuadro… y los demás que tienes guardados.

Sentí cómo el pavor se arraigaba en lo más profundo de mí.

No sabía qué era peor: su odio implacable o el hecho de que realmente creyera lo que decía.

Cada palabra retumbaba en mi cabeza con una fuerza ensordecedora. Anthony nunca vio los cuadros. Pero entonces, ¿cómo podía saber Melanie que yo tenía más guardados?

Nadie, absolutamente nadie, entra a ese almacén salvo yo. Lo visité hace unos días, impulsado por la inquietud, sintiéndome atormentado por algo que no lograba comprender del todo. Quise

decidir qué hacer con esas pinturas, con las versiones de Melanie que había plasmado en lienzo una y otra vez. Pero no pude. Solo me quedé allí, mirándolas en silencio, y luego cerré la puerta, dejándolo todo tal como estaba.

No entendía nada.

Caí en shock.

Melanie intentó irse otra vez, tirando de la correa con impaciencia. Pero Max ladró y, con un movimiento brusco, se soltó. Corrió hacia mí y se detuvo a mi lado, como si me eligiera sin dudarlo. Su cuerpo estaba tenso, su mirada fija en Melanie, como si intentara decirle algo que ella se negaba a escuchar.

Ella chasqueó la lengua, frustrada, y sin más se dio media vuelta para marcharse, tirando el bolso de Max en la entrada.

No podía dejarla ir así.

Corrí tras ella, con urgencia. Tenía que detenerla. No sabía si para explicarle lo que ni yo mismo entendía o para pedirle que me explicara a mí.

La tomé del brazo.

Fue un gesto instintivo, desesperado.

Pero su reacción fue instantánea: se giró y se soltó de mi agarre con una violencia que me dejó pasmado, como si mi piel la quemara.

—Déjame en paz, Julien.

Su voz era un latigazo.

Y su mirada… era todo lo que nunca fue. No quedaba rastro de la Melanie que había conocido en los museos, la que sonreía sin miedo. Frente a mí solo estaba una mujer llena de ira y dolor, con los ojos inflamados por algo mucho más profundo que el llanto.

Pero entonces, por un instante, su rostro cambió.

Por un segundo, uno apenas perceptible, su expresión se quebró. Sus ojos reflejaron los míos a través del brillo de unas lágrimas que

amenazaban con caer. Hubo un temblor en sus labios, un titubeo en su respiración. Por un instante, vi miedo.

Vi a la Melanie que yo conocía, atrapada en una oscuridad imposible de entender. Y cuando quise estrecharla entre mis brazos, desapareció.

Volvió la mirada fría, cortante. Y sin decir más, se dio la vuelta y se marchó.

Me quedé allí, inmóvil, con el eco de su último vistazo clavado en el pecho.

Dentro de mí, un huracán de pensamientos y emociones me sacudía, impidiéndome pensar con claridad. Pero una sola cosa me quedó clara, con una certeza absoluta e inquebrantable:

Buscaría la forma de llegar a Melanie.

De salvarla de esa sombra que la cubría, y de esa prisión en la que parecía sumergirse.

A como diera lugar.

CAPÍTULO 19

Ira

ANTHONY

La imagen de Melanie alejándose de la casa de Julien me permitió soltar un suspiro de alivio, aunque la sensación de inquietud seguía enraizada en lo más profundo de mí.

Las últimas horas habían sido un torbellino de emociones, una lucha constante entre el miedo y la ira. Pero al menos ahora entendía mejor mi conexión con el mundo de los vivos. Me aferraba a los pensamientos de aquellos que aún me recordaban, era su recuerdo lo que me permitía permanecer. Lo comprobé al ver a mis padres y hermanos por breves momentos, como si su amor por mí tejiera un fino hilo que me mantenía unido a esta existencia. Sin embargo, la insistencia de Lou en que Melanie dejara de tomar las pastillas me desquiciaba. No podía permitirlo. Esa era mi vía segura para seguir aquí, con ella.

La furia se apoderaba de mí con cada intento de mi hermana por alejar a Melanie de mis sueños, y esa furia se expandía dentro de mí como una sombra que amenazaba con consumirlo todo.

Había logrado entrar en los sueños de Lou un par de veces, tratando de convencerla, de manipularla, pero su resistencia era férrea. Me veía como un espectro aferrado a una vida que ya no me pertenecía, y se negaba a creer en mis advertencias. Sabía que no tardaría en volverse contra mí, que se uniría a Julien, y eso me aterraba. Melanie era mi ancla, mi única oportunidad de seguir existiendo en este plano. No podía perderla.

Me deslicé junto a ella por las calles de Nueva York, sintiendo el frío de la ciudad sin poder experimentarlo realmente. Solo su cercanía me daba un propósito. No parecía dispuesta a volver a casa, lo cual me tranquilizaba. Si aún deambulaba sin rumbo, significaba que yo seguía en su mente. Pero cuando descubrí su destino, una sensación pesada y oscura se asentó en mi interior, como si la misma muerte quisiera arrastrarme a su reino.

Nos detuvimos frente a la galería de Julien.

El hecho de que estuviera allí, después de su enojo, solo podía significar una cosa: el cuadro la había conmovido. Una parte de ella se sintió halagada, admiración… tal vez incluso algo más. Maldije mi propia impulsividad. No debí fastidiar a Max para que volviera a casa. Si lo hubiera dejado con Julien, Melanie nunca habría visto ese cuadro. Pero mi rabia me cegó.

Ahora, lo único que me quedaba era hacer que lo viera como un traidor, como un hombre obsesionado con ella, alguien que siempre había tenido segundas intenciones.

Si quería mantenerla a mi lado, debía hacer que lo viera como mi enemigo.

El simple hecho de estar en aquel lugar me llenaba de inquietud. Melanie dudaba, podía sentirlo. Algo dentro de ella la había impulsado a venir, a buscar respuestas que quizás ni ella misma entendía. Tal vez quería confirmar si la ayuda que Julien ofrecía a personas con heridas emocionales era genuina… o tal vez había algo más, que ni yo podía prever.

Cada paso que daba a su lado aumentaba la furia dentro de mí. Odiaba estar allí. Odiaba que ella estuviera allí. Era absurdo que un criminal exiliado de Francia, sin familia, sin raíces, tuviera un espacio como aquel. La opulencia era evidente en cada rincón. Aunque parte del edificio seguía en remodelación, se notaba que había avanzado a pasos agigantados desde la última vez que lo visité. Todo a su

alrededor era lujo y ostentación. ¿Con qué derecho Julien, después de tanto, podía vivir así?

La seguí de cerca, recordando que mientras pudiera permanecer a su lado significaba que ella aún pensaba en mí. Esa certeza me ayudó a contenerme, aunque la rabia me carcomía como un incendio latente.

Llegamos a un salón donde Julien impartía sus clases. El ambiente allí era pesado, cargado de historias no contadas y emociones reprimidas. Un chico que no podía tener más de quince años trabajaba torpemente en una escultura de arcilla. Su rostro mostraba rastros de moretones, cicatrices de alguna batalla que aún libraba. A su lado, una mujer de mediana edad pintaba en completo silencio. Sus pinceladas eran sombrías, reflejando una lucha interna que no necesitaba palabras para ser comprendida.

Entonces, una voz familiar rompió el silencio.

—Hola, eres Melanie, ¿verdad?

Holly.

La reconocí al instante. La socia de Julien. La había visto incontables veces en la galería, siempre metida en sus asuntos, pero ahora su simple presencia me crispaba los nervios.

Melanie frunció el ceño, visiblemente incómoda.

—Julien me ha hablado de ti —continuó Holly con una sonrisa amable—. Me alegra que por fin hayas decidido acercarte.

La molestia en el rostro de Melanie se intensificó.

—No sé muy bien por qué lo hice —confesó con un hilo de voz.

—No pasa nada —respondió Holly, con una calma exasperante—. A veces nuestra mente no puede explicarnos lo que nuestro corazón entiende.

Sus palabras fueron un golpe directo a mi paciencia. Necesitaba sacar a Melanie de allí, alejarla antes de que las mentiras de Julien la envolvieran por completo. Pero entonces, de repente, todo se volvió negro.

La nada me tragó.

El frío de la oscuridad me envolvió como un abismo sin fin, como un castigo cruel e ineludible.

Melanie dejó de pensar en mí.

Durante esos instantes en los que me desvanecía en la nada, no existía el dolor, ni el miedo, ni siquiera había consciencia. Simplemente dejaba de existir. Pero de alguna manera, todo permanecía grabado en lo más profundo de mi espíritu… o de lo que fuera que quedaba de mí. Y cuando regresaba, las emociones volvían con una fuerza brutal, arrasándome como una ola furiosa.

Así que cuando mi visión se aclaró y vi a Melanie despidiéndose de aquella mujer, asegurándole que se verían en la fecha y hora acordadas, un fuego imparable se encendió en mi interior.

No podía permitirlo.

La rabia me consumía como un veneno en la sangre, nublándome la mente hasta el punto de que solo un pensamiento me dominaba: encontrar la manera de hacerla entrar en razón.

Ella tenía que cancelar esa maldita cita.

Tenía que alejarse de ellos.

De él.

Esa noche, en el instante en que Melanie cerró los ojos y la pastilla comenzó a arrastrarla hacia el mundo de los sueños, supe que era mi oportunidad. El velo entre su realidad y la mía se volvió tenue, frágil, y logré fundir mi existencia con la suya una vez más.

Pero esta vez, no pude contenerme.

El deseo me consumía, intenso y salvaje, una necesidad primitiva de sentirla, de reclamarla, de recordarle que aún me pertenecía. En aquel espacio donde el tiempo no existía y todo era etéreo, la atraje hacia mí, hundiéndome en su esencia, asegurándome de que, aunque el mundo intentara separarnos, en este lugar, en nuestro lugar, ella seguiría siendo mía.

La poseí con una intensidad que rozaba la desesperación, mis movimientos eran frenéticos, urgentes, como si con cada embestida intentara aferrarme a su alma, encadenarla a este mundo donde aún podíamos estar juntos. Su nombre escapaba de mis labios en susurros roncos, mientras la estrechaba contra mí, ignorando todo lo que no fuera la sensación de su piel, el sonido de su aliento entrecortado, la forma en la que sus uñas se hundían en mi espalda, como si también temiera despertar y perderme.

En ese instante, no había muerte ni separación, solo el fuego de dos cuerpos fundiéndose en un delirio donde el tiempo se volvía insignificante.

—No me iré, Mel. Nunca te dejaré —le dije.

La sujeté con fuerza por los hombros, intentando alcanzar una mayor profundidad que ya no era posible. Su rostro se tornó serio y por momentos lejano, como si no estuviera realmente allí. Por unos segundos, una mueca de molestia apareció y lejos de detenerme, eso me invitó a continuar. Ella me estaba sintiendo justo como yo quería que lo hiciera. No deseaba proporcionarle placer, sino aleccionarla para que entendiera, que, si ella insistía en causarme dolor, ella debía sufrir tanto como yo.

Continué tratando de imprimir mayor fuerza, hasta escucharla quejarse del dolor y sentir cómo se removía debajo del peso de mi cuerpo. Sin embargo, no pidió que me detuviera, y eso me llevó a creer que ella se sentía culpable. En lugar de inquietarme, me relajé,

aunque necesitaba escucharla, saber que sus sentimientos por mí seguían allí.

—Eres mía, Mel —afirmé con un tono de voz muy ronco, oscuro.

Ella asintió.

—Dilo —pedí—. Júrame que eres mía y de nadie más.

—Lo soy.

Su respuesta fue muy vaga, no me convenció. Por lo que llevé mi mano a su barbilla y la sujeté para que me mirara, la embestí con toda la fuerza que pude, sintiendo que mi erección chocaba con su pared vaginal. Melanie jadeó con evidente incomodidad.

—Júramelo —mi voz salió áspera, cargada de desesperación.

Melanie me miró con los ojos empañados, pero sin apartar la vista.

—Lo juro —susurró.

Me acerqué más, sin soltarla.

—¿Qué estás jurando, Melanie? —exigí, con la respiración agitada.

Ella tragó saliva, temblorosa, pero su voz sonó firme cuando respondió:

—Te juro que soy tuya, Anthony. Tuya y de nadie más.

El aire pareció espesarse a nuestro alrededor. Sonreí. Una lágrima cayó por su mejilla, y ese momento me obligó a acabar y salir.

Por un instante, todo dentro de mí se desmoronó. Miré a mi alrededor y sentí un calor sofocante envolverme, distinto a cualquier sensación que hubiera experimentado antes. El entorno cambió abruptamente; no fue la negrura vacía a la que ya me había acostumbrado cada vez que me desvanecía, sino un rojo intenso, vibrante, como si las mismas llamas del inframundo me reclamaran.

Un pensamiento mordaz cruzó mi mente: Así que este es el camino al infierno.

Pero no tuve tiempo de asimilarlo. Antes de poder comprender si aquello era una advertencia, un castigo o simplemente un error de mi propia percepción, la nada volvió a engullirme. Supuse entonces que Melanie se había entregado por completo al sueño profundo, y con ello, mi conexión con ella se desvaneció una vez más.

Cuando volví, la luz del día ya se filtraba por las ventanas, proyectando sombras alargadas en la habitación. La encontré de pie frente al espejo del baño, con el ceño fruncido y los labios ligeramente entreabiertos, como si intentara procesar lo que veía. Sus dedos recorrían lentamente su piel, rozando las marcas que se extendían por sus brazos y hombros. Pequeñas huellas de lo sucedido en sus sueños… pero esta vez, algo cambió.

Nunca antes las marcas habían trascendido al mundo real.

Un orgullo oscuro se encendió en mi interior al darme cuenta de que mi presencia no se desvanecía con el amanecer. Ahí estaba, impresa en su piel, una prueba de que aún seguía con ella. De que no podía olvidarme.

Pero su expresión no reflejaba lo que yo esperaba. Sus ojos no brillaban de emoción ni de nostalgia, sino de inquietud. Se veía alarmada, perturbada.

Antes de que pudiera descifrar qué pasaba por su mente, su teléfono vibró sobre el lavabo. Un nombre apareció en la pantalla. Julien.

Esperé que lo ignorara como tantas veces antes, pero, para mi sorpresa, deslizó el dedo y contestó.

No podía escuchar lo que él decía, como si su voz estuviera más allá de mi alcance, sumida en una dimensión donde yo no existía. Pero

cada palabra que salía de los labios de Melanie hacía que la rabia se encendiera más dentro de mí.

—Julien, por favor, te dije que me dejaras en paz —susurró Melanie, con la voz quebrada y las lágrimas agolpándose en sus ojos.

Mi ira se desbordó. Intenté golpear el mesón del lavamanos, descargar mi rabia en un impacto seco y contundente. Pero mi mano atravesó la superficie como si no existiera. Un grito mudo de furia resonó en mi interior. Quería… necesitaba hacerme sentir.

Ya lo había logrado antes. En el apartamento de Julien, moví el plato de Max. El perro me escuchó. Se asustó. Me percibió.

Tal vez, si me concentraba lo suficiente… tal vez, si dejaba que esta rabia creciera hasta consumirlo todo, podría lograrlo otra vez.

Pero Melanie no me sentía. Seguía atrapada en su conversación con Julien, su rostro crispado en angustia, mientras cada palabra que pronunciaba me hundía más en la desesperación.

—No fui por ti, Julien… No sé siquiera por qué lo hice.

Intenté golpear el espejo. Nada. Solo vacío. Solo impotencia.

—No lo sé… No es lo correcto para Anthony —susurró ella, bajando la mirada.

La furia me consumió por completo, ardiendo en mi interior como un fuego imposible de apagar. Sin pensar, lancé mis puños contra la base del lavamanos con toda la fuerza que tenía.

El impacto resonó en la habitación, un sonido seco y contundente que rebotó contra las paredes, haciendo temblar el espejo por un instante. Por primera vez, la vibración no fue solo una ilusión en mi mente… fue real.

Me quedé inmóvil, respirando pesadamente, sintiendo el eco de mi propia rabia extenderse en el aire. Un segundo. Dos. La porcelana

seguía intacta, pero yo lo había sentido. Lo había logrado.

Melanie se quedó en silencio, su mirada recorriendo la habitación con cautela. Algo en su expresión me irritó profundamente. Ese atisbo de temor, esa sombra de duda… Pero la emoción de haber hecho contacto con su mundo fue mucho más fuerte.

Por fin, por fin, logré atravesar la barrera y eso transformó la ira que me controlaba antes, en esperanza.

Reflexioné que era natural que Mel sintiera miedo. Después de todo, estaba a punto de traicionarme. Iba a esas estúpidas clases con Julien, en las que él seguramente la llenaría de mentiras, donde intentaría convencerla de dejar de tomar sus pastillas… de dejarme.

Ver cómo colgaba la llamada me dio una satisfacción inmensa. Ahora sabía que podía alcanzarla. Que podía mover cosas, hacerme sentir. Solo tenía que perfeccionar mi control.

Pero mis prácticas tendrían que esperar.

Melanie se movió con rapidez, casi con desesperación. Se puso un suéter apresuradamente, agarró las llaves del auto y salió de casa. Intenté seguirla, ir tras ella, no quería dejarla sola con sus pensamientos.

Pero no pude.

Algo me sujetó, algo invisible y despiadado. Me quedé atrapado en el umbral de la puerta, sintiendo cómo mi existencia se desvanecía una vez más.

Y justo antes de que todo se volviera negro, un destello de alivio cruzó por mí.

Porque esta vez, al menos, no fue el rojo.

CAPÍTULO 20

El Lienzo en Blanco

MELANIE

Desde aquella primera vez en que las marcas de la noche quedaron tatuadas no solo en mi mente, sino también en mi piel, la llegada de la oscuridad me aterraba. La sensación de vulnerabilidad me oprimía el pecho con cada atardecer, y el aire dentro de mi habitación se volvía pesado, casi irrespirable.

Anthony dejó de ser mi refugio. Su presencia, que antes me reconfortaba, ahora se sentía como un susurro insistente en la penumbra, una sombra que me envolvía, que me reclamaba. Pero, a pesar del miedo, tampoco podía imaginarme perdiéndolo por completo. Me aferraba a los recuerdos de nuestros momentos felices, a su risa, a la manera en que solía mirarme como si yo fuera su único mundo. ¿Dónde había quedado ese Anthony?

Intentaba encontrar respuestas, pero cada vez que revivía aquella noche en mi memoria, un escalofrío me recorría la piel, y el rechazo emergía con fuerza.

Dejé pasar varios días antes de cancelar la cita en la galería. Sabía que ese lugar era el detonante de su furia y de la transformación de nuestras noches. Quería hablar con él sin reproches, sin el filo cortante de sus palabras. Pero cada vez que le confesaba que no entendía por qué había aceptado ir a la galería, el silencio se instalaba entre nosotros y el ambiente se volvía denso, hostil, como si cada partícula de aire se llenara de su desconfianza.

Algunas veces, en medio de su furia, desaparecía. Su ausencia me daba un respiro, pero en otras ocasiones, las más aterradoras, me pedía pruebas de mi amor. Me susurraba que se lo demostrara, que le recordara que aún éramos nosotros. Y cuando el sol volvía a filtrarse por mi ventana, me despertaba sintiéndome vacía, con la piel marcada por algo que no podía llamar amor.

El cansancio se acumulaba en mi cuerpo y en mi mente. Poco a poco me resquebrajaba por dentro.

Había noches en que, rendida, me quedaba dormida en el sofá, evitando mi cama, evitando el abismo. En esos momentos no soñaba con Anthony. En su lugar, veía advertencias: rostros familiares que intentaban alcanzarme desde la lejanía, susurros de preocupación que se desvanecían antes de que pudiera entenderlos. Mis padres, Lou, Candace… Julien.

Su imagen siempre aparecía al final. Su expresión reflejaba tristeza, como si supiera lo que me ocurría y deseara salvarme de algo que ni yo misma entendía. Y, por un instante, quería extender mi mano, detener su dolor. Pero cuando despertaba, todo se volvía confuso. La bruma de la noche me envolvía de nuevo, y regresaba a ese espacio donde podía tener a Anthony, donde aún me pertenecía.

Finalmente, reuní el valor y cancelé la cita en la galería. Sentí una ligera paz, y creo que Anthony también. Se tranquilizó, satisfecho con mi decisión, con el hecho de que me mantuviera alejada de Julien, de su hermana, de todos los que alguna vez fueron mi apoyo. Sabía que estaba mal, que me aislaba. Pero cada noche, Anthony volvía a ser el hombre que amaba.

Y me hacía sentir única… aunque, en el fondo, supiera que me estaba perdiendo a mí misma.

Cuatro meses habían pasado desde su muerte cuando llegó el cumpleaños de Lou, y con él, las discusiones regresaron. Las noches se tornaron interminables, llenas de susurros, de reproches, de

súplicas que se volvían órdenes. Anthony insistía en que no debía acudir a la fiesta de su hermana, y yo, agotada, casi cedo.

Mi aislamiento había dejado de ser un secreto. No respondía llamadas, no abría la puerta cuando alguien venía a buscarme, y fingía no estar en casa viendo a mis seres queridos desde la ventana. Todos sabían que algo andaba mal. Incluso yo. Pero aferrarme a Anthony, a esa conexión etérea y enfermiza, me resultaba más fácil que enfrentar la realidad.

Sin embargo, Candace no me dio opción. Me amenazó con llamar a la policía, con derribar mi puerta si era necesario. Y aunque el miedo a perderlo me hacía dudar, algo en su voz encendió una chispa en mí. Esa noche, todo cambió.

Me negué a tomar la pastilla. El efecto fue casi inmediato. Sentí los ruidos, los susurros cobrando fuerza en cada rincón de la casa, los objetos vibrando levemente antes de moverse. Anthony estaba desesperado por comunicarse, por detenerme. Aunque me había acostumbrado a estas manifestaciones, aún me estremecían.

Me aferré al vestido elegido y tomé algunas cosas antes de dirigirme a la puerta. Cuando giré el pomo, sentí una presión fría en el brazo. Sus dedos invisibles se cerraron sobre mi piel con firmeza, exigiendo que me quedara. Me llené de terror, y con un forcejeo desesperado logré zafarme. Salí corriendo, sin atreverme a mirar atrás.

El apartamento de Candace fue un refugio instantáneo. Apenas crucé la puerta, el aire se sintió más liviano. La ausencia de su presencia, de su voz, de su furia, me permitió respirar.

No había nadie en casa. Supuse que Candace ya estaría en la fiesta. Me miré en el espejo del pasillo y apenas me reconocí. Ojeras profundas marcaban mi rostro, como sombras de todas las noches sin descanso. El vestido, que alguna vez me ajustaba a la perfección, colgaba flojo en mi cuerpo. Había adelgazado. Al menos cinco kilos, tal vez más.

No quería pensar en eso.

Con los labios temblorosos me apliqué un poco de maquillaje, intenté devolverme algo de color. Me calcé los zapatos y salí.

Al entrar en el salón de fiestas, todo me pareció irreal. Las luces titilaban en tonos cálidos, el ambiente rebosaba de vida, las mesas estaban decoradas con delicadeza, como si formaran parte de una pintura vibrante. Pero lo que realmente me dejó perpleja fueron las miradas.

No eran simples miradas curiosas. Eran ojos abiertos de par en par, rostros tensos entre el horror y el asombro. Sentí los murmullos que se arrastraban por las esquinas del salón.

Lou se abrió paso entre la multitud y me envolvió en un abrazo fuerte, lleno de emoción.

—Gracias por venir —susurró con alivio, como si temiera que me esfumara.

Yo asentí, pero la incomodidad no me abandonó. La forma en que me observaban, los cuchicheos que se multiplicaban a mi alrededor me hicieron sentir desnuda. Como si supieran algo que yo no entendía todavía.

—¿Estoy mal combinada? —pregunté con una sonrisa tensa, tratando de ignorar la sensación de estar en el centro de un juicio silencioso.

Lou negó con dulzura y apretó mi brazo con suavidad.

—No, nena. Solo llevaban muchos días sin verte y están asombrados. Es todo.

Mi madre y Candace se acercaron y me abrazaron, sus cuerpos cálidos contrastando con el frío que llevaba incrustado en los huesos. Lou se alejó para saludar a otros invitados, y enseguida, las

miradas inquisitivas se disiparon. Algo debió decir, que les hizo recordar que yo aún estaba allí, que era real.

Pero entonces lo vi.

Al otro lado del salón, parado junto a una imponente pintura que decoraba el muro, estaba Julien.

Mi estómago se encogió de inmediato. Un calor sofocante subió por mi pecho, y por un instante, mi visión se tornó borrosa con la furia que me recorrió. Una trampa. Me tendieron una maldita trampa.

Anthony tenía razón. Todos querían separarnos.

Julien no se movió. No intentó acercarse. Solo me miró, con una expresión de tristeza tan profunda que casi parecía querer ocultar. Sus ojos eran una súplica silenciosa, pero yo no quería escucharla.

—No va a acercarse, no te preocupes —dijo Candace con suavidad.

—No entiendo por qué Julien está aquí —espeté, sintiendo que mi voz se volvía más cortante de lo que pretendía.

—Porque Lou lo invitó, es su amigo.

Un dolor punzante se formó en mi estómago, cegándome. Al principio lo confundí con rabia, con indignación por haber sido traicionada. Pero, en lo más profundo de mi mente, sabía que era otra cosa. Celos.

—Anthony tenía razón —murmuré, más para mí que para ellas—. Todos quieren separarnos.

Candace se tensó a mi lado.

—¿Te estás escuchando? —preguntó con un tono mezcla de incredulidad y desesperación—. Anthony murió, Mel. Y es trágico, es horrible. Pero tú sobreviviste, y él está tratando de llevarte con él.

El aire se volvió pesado, como si el salón entero se redujera a la mínima expresión de su verdad.

—¿Y no crees que quizás sea mi decisión? —repliqué con los ojos ardiendo—. ¿No piensas que puede que desee irme con él?

Detrás de mí, la voz de Lou se alzó, pausada pero firme.

—No lo deseas, Mel. No es sano. Y ese que quiere llevarte… no es mi hermano.

Sus palabras me golpearon con una dureza dolorosa. Quise huir, correr hasta que el aire me faltara y el mundo dejara de existir. Pero algo dentro de mí se aferró al suelo. Y aunque no lo comprendía, no intenté escapar.

—Julien no va a acercarse, Mel —insistió Candace, con esa ternura firme que siempre la había caracterizado—. Él va a respetar lo que le pidas. Porque cuando se ama no se obliga, se deja ir, se deja decidir.

El dolor en mi pecho se incrementó.

—Por eso sé que ese no es mi hermano —continuó Lou, su voz quebrándose apenas—. Él era compasivo, desinteresado, solo quería hacer el bien, ayudar… y te amaba. Jamás te haría daño.

Mis labios se entreabrieron para responder, pero ninguna palabra salió. Las lágrimas se agolpaban en mis ojos y en los de Lou, un espejo del dolor que ambas cargábamos.

—¿Quién dice que me está haciendo daño? —pregunté.

Lou intercambió una mirada con Candace antes de hablar.

—Mírate en el espejo, Mel. Esa no eres tú.

Sentí un nudo en el estómago cuando Candace tomó mi mano y me guio hacia un gran espejo en un lateral del salón. Mi reflejo me golpeó como un puñetazo en el pecho.

No era la mujer que vi en casa antes de salir. Tampoco era la Melanie que solía ser.

Frente a mí, había un rostro que apenas reconocía: pálido, demacrado, con ojeras profundas que parecían las sombras de lo vivido. Mi clavícula se marcaba con demasiada nitidez, y el vestido, que antes me quedaba ajustado, ahora parecía colgar de mi cuerpo como si perteneciera a alguien más.

De repente, entendí las miradas de los invitados. No era sorpresa. Era preocupación.

Retrocedí un paso, sintiendo el peso del aire sobre mis hombros. Trastabillé, y cuando creí que caería, una mano fuerte me sujetó con suavidad, con firmeza.

El aroma me lo dijo antes de que pudiera siquiera girarme. Julien.

Mi piel se erizó. No solo donde sentí su mano, sino en todo mi cuerpo.

—Dijeron que no se acercaría —murmuré con un tono que intentaba ser molesto, pero que carecía de convicción.

Su agarre permaneció por un segundo más antes de aflojarse ligeramente.

—No te dejaré caer, Melanie —respondió con voz baja, como si esas palabras fueran un juramento—. Te soltaré si me lo pides… pero mientras pueda, nunca te dejaré caer.

Algo dentro de mí se agrietó.

Su voz, su mirada, la calidez en su toque. Era real. Julien estaba ahí, a mi lado, mientras el resto del mundo se desvanecía.

Mi hermana y Lou desaparecieron en el bullicio de la fiesta. Comprendí, que era verdad lo que pensaba. Todo esto había sido planeado.

Una intervención.

Pero lo que más me sorprendió fue que, al perderme en el azul profundo de los ojos de Julien, ya no sentía ira ni traición. Por primera vez en mucho tiempo… no sentía miedo.

—¿Por qué? —murmuré.

Julien no apartó la mirada de la mía.

—Sabes por qué —respondió con suavidad.

Y lo sabía. Pero reconocerlo en voz alta era otra historia.

Asentí, dejando que el silencio nos envolviera. No supe qué decir, ni siquiera si debía decir algo. Sin embargo, tampoco quise moverme. Ese pequeño espacio en el que nos encontrábamos me hacía sentir… diferente. A salvo.

No traté de razonar por qué. No quería admitirlo. Anthony era el amor de mi vida, la persona por la que habría dado todo. No tenía que sentir miedo de él. Pero lo sentía.

Lo amaba, lo extrañaba con una desesperación desgarradora, pero el temor se había instalado en mi pecho y no pretendía alejarse nunca más.

Y, lo más inquietante de todo, era que Julien no me era indiferente. Algo en él despertaba una familiaridad cálida, como si en lo más profundo de mi alma supiera que acercarme a él, permitirle ayudarme, era lo correcto.

Porque, ciertamente, necesitaba ayuda.

—Estás hermosa —dijo de repente, su voz era un suave roce contra mi piel.

—Estoy vuelta un desastre —repliqué sin pensarlo.

Julien negó con la cabeza, con esa media sonrisa que parecía un reflejo genuino de su esencia.

—No concuerdo contigo.

Me quedé inmóvil, atrapada en el instante en que su sonrisa apareció. Fue como si mi mente se apagara por un segundo, como si el caos dentro de mí se disipara apenas un poco. Dejé de cuestionarlo todo, de pensar. Me permití sentir ese resquicio de paz, aunque fuera minúsculo.

—Melanie, no quiero abrumarte —comenzó a decir con tono cuidadoso.

—No lo hagas —lo detuve de inmediato.

Él suspiró, pero no retrocedió.

—Solo quiero que sepas que puedes ir a la galería y tomar la clase con Holly.

Sus palabras me desconcertaron. Me quedé quieta, observándolo, esperando que continuara.

—Sé que Anthony teme que me acerque a ti, y lo entiendo —prosiguió—. Pero no soy el enemigo, Melanie. Ha sido un tormento para mí el pensar que estoy enamorado de la mujer de mi amigo.

Mi corazón se detuvo.

—Porque yo también lo extraño —añadió con un dolor genuino en la voz—. Mucho.

Demasiadas confesiones en tan pocos segundos. Demasiados sentimientos amontonándose en mi pecho hasta volverse un nudo en mi garganta.

¿Enamorado?

¿Cómo podía amarme? Apenas me conocía.

Pero, aunque intentara negarlo o más bien, no quisiera aceptarlo, aquellas palabras no me daban igual. Yo también sentía algo.

—No creo que debamos seguir hablando, Julien. Lo siento.

Intenté darme la vuelta, poner distancia entre nosotros, pero me detuvo sin tocarme.

—Por favor, Melanie. Ve a la clase —dijo, con una intensidad que hizo que todo mi cuerpo se tensara—. Yo me mantendré lejos de la galería cuando estés allí y respetaré tu voluntad. Lo prometo.

Me giré nuevamente y lo miré a los ojos, buscando una razón para que aceptara sin más el permanecer lejos de mí.

—¿Por qué lo haces?

Julien esbozó una sonrisa triste.

—Porque es lo que quieres —susurró—. Y yo siempre respetaré tu decisión… aunque no esté de acuerdo con ella.

Sus palabras me pesaron en el alma. Porque en el fondo, sabía que decía la verdad.

"Porque es lo correcto”.

Lo pensé, aunque no quise reflexionar demasiado en ello. Pero la realidad estaba ahí, tangible e inevitable: Julien actuaba de la manera correcta. Y aceptar eso significaba admitir que Anthony no lo hacía.

Intenté justificarlo, achacarlo al trauma, a la desesperación de perderlo todo de un día para otro. Pero habían pasado cuatro meses, y en vez de mejorar, las cosas en casa iban en picada.

Era momento de decidir. Más que una obligación, lo quería.

—Dile a Holly que mañana estaré allí —indique con firmeza.

Vi cómo Julien exhalaba el aire que llevaba contenido, como si esas palabras hubieran desatado la tensión de su cuerpo. Su postura se relajó apenas un poco, pero no dijo nada.

Yo me alejé, dándole la espalda a él, a todo, y me senté junto a mis hermanos. No volví a mirarlo.

El resto de la noche transcurrió en un paréntesis de normalidad forzada. No dejé que mi mente regresara a mi realidad. No hasta que tuve que volver a casa.

Apenas abrí la puerta, el cambio en el ambiente fue abrumador.

El aire era denso, pesado, cargado de una tensión fría que se aferró a mi piel como una advertencia silenciosa. Mis ojos recorrieron la habitación y se detuvieron en el suelo. Había fragmentos de vidrio esparcidos, brillando a la luz tenue de la lámpara. El color me resultó familiar.

El jarrón de la mesa central.

Respiré hondo y busqué el recogedor. Limpié el desastre con manos temblorosas, ignorando la sensación de que no estaba sola.

Me dirigí a la alcoba, me cambié con movimientos lentos, tratando de fingir que el ambiente no era tan frío, tan ajeno, tan… vacío. Me metí en la cama y me quedé quieta.

No sentí la necesidad de tomar la pastilla para dormir. Después de tantos días dependiendo de ella, temía haber desarrollado una adicción. Pero no la necesité. Y eso me tranquilizó.

Apagué la luz.

El silencio se estiró en la oscuridad.

No supe cuánto tiempo pasó antes de que sintiera su presencia. Anthony estaba a mi lado.

—Voy a ir a la clase en la galería —dije en voz baja, sin moverme.

Un vacío espeso inundó la habitación.

—Julien no estará —agregué con rapidez, pensando que eso lo calmaría—. Solo Holly.

El aire pareció vibrar con algo que no pude definir.

—No tiene que estar —susurró—. Ya se ha colado entre nosotros.

Negué con la cabeza, pero una punzada de culpa me atravesó.

Porque tenía razón. No podía dejar de pensar en Julien. En su mirada. En cómo me hacía sentir.

Quería volver a esa paz, a ese instante de seguridad.

De repente, dejé de percibir el peso de Anthony en la cama. Contuve el aliento y miré a mi alrededor.

No estaba allí.

Cuando abrí los ojos aquella mañana, la calma reinaba. Pero no una calma pacífica, sino una densa, tensa, como la que se forma en el ojo del huracán antes de que todo se desate.

El aire era demasiado estático, frío. Tanto que me erizó la piel. Negué con la cabeza y me obligué a no pensar en ello.

Me vestí con movimientos mecánicos, sintiendo el peso invisible de la noche anterior todavía aferrado a mis hombros. Busqué a Perla, quien parecía tan inquieta como yo, y salimos. No quería quedarme un minuto más en esa casa, ni darle oportunidad de influir en mí. De hacerme desistir.

La mañana transcurrió sin rumbo. Deambulé por la ciudad sin un destino claro, sumergida en una especie de letargo que me mantenía a flote, pero no presente. El ruido de las calles, las bocinas de los autos, la brisa que jugaba con mi cabello... todo pasaba a través de mí como si yo fuera un espectro, un reflejo sin esencia.

Finalmente, llevé a Perla al apartamento de Candace. Últimamente la había notado nerviosa, inquieta, y temía que el ambiente cargado de mi casa la enfermara.

Candace me recibió con una sonrisa sincera. Sus ojos brillaron con un matiz de alivio cuando le comenté que asistiría a la clase con Holly.

—Estoy orgullosa de ti, Mel —dijo mientras acariciaba a Perla—. Sé que te hará bien.

No respondí, solo asentí. Porque en el fondo, una parte de mí lo sabía también.

Cuando la hora se acercó, me despedí y dirigí mis pasos a la galería.

Holly me recibió con una calidez que me envolvió como una manta tibia en medio de un invierno cruel.

—Me alegra tanto que hayas venido —dijo con entusiasmo, guiándome hasta una sala que ya había visto antes.

Pero esta vez estaba vacía.

No había nadie más, solo un caballete frente a mí, sosteniendo un lienzo en blanco, inmenso y expectante, como si esperara que derramara en él todo lo que mi alma había estado reprimiendo.

—¿Qué debo hacer? —pregunté en un susurro.

Holly sonrió.

—Por hoy, solo toma el pincel y déjate llevar.

Asentí y obedecí.

El primer trazo fue tímido, casi tembloroso. Luego vino otro, y otro más. Poco a poco, los colores comenzaron a fluir de mis manos como si siempre hubieran estado ahí, esperando una oportunidad para liberarse.

Mientras pintaba, Holly me hacía preguntas. Sus palabras eran sutiles, pero sentí que, a través de cada pincelada, ella leía lo que yo no podía decir en voz alta.

El tiempo se desdibujó. Era solo yo, el lienzo y el latido de mis emociones derramándose en colores.

En algunos momentos, las lágrimas escapaban sin que pudiera detenerlas. En otros, sentía que, por primera vez en meses, al fin podía respirar.

Fue liberador, hermoso, como volver a la vida.

Justo cuando me preparaba para irme, una mujer se acercó a Holly con pasos seguros y un aura de serenidad que me desconcertó.

—¿Julien está por aquí? —preguntó.

Luego, sus ojos se encontraron con los míos y, para mi sorpresa, sonrió con total naturalidad.

—Hola, Melanie —dijo con la familiaridad de alguien que me conocía de toda la vida—. Me alegra que hayas venido.

Mis labios se entreabrieron, pero ninguna palabra salió. ¿Cómo sabía mi nombre?

Holly notó mi desconcierto y se apresuró a aclararlo.

—¡Oh! Perdón por mi mala educación. Melanie, ella es Tess, una amiga de Julien.

Tess extendió su mano con amabilidad. Yo dudé un segundo antes de estrecharla.

—Encantada de conocerte, Tess.

Ella inclinó la cabeza con una sonrisa leve.

—¿Te apetece tomar un té?

Sentí un ligero nudo en la garganta.

Algo en su voz, en su manera de mirarme, me hizo pensar que esa invitación era mucho más que una simple taza de té. No supe por qué asentí.

Todo en mi interior gritaba que aquello no era más que otra intervención disfrazada, una extensión de la noche anterior. Y, sin embargo, acepté.

Tal vez porque se sentía bien, o quizás porque quería saber más de Julien, pero esta vez a través de alguien más.

Tenía la necesidad de descubrir si todo lo que Anthony decía de él era cierto… aunque, en lo más profundo de mi ser, sabía que no lo era. Y necesitaba esa confirmación.

Antes de salir, me despedí de Holly, asegurándole que la llamaría para agendar otra clase. No quería perder esa sensación de libertad que me había regalado la pintura.

Tess y yo cruzamos la calle y nos adentramos en una pequeña pastelería.

El aroma a café recién hecho y canela me envolvió apenas traspasamos la puerta. Era un lugar cálido, acogedor, con mesas de madera oscura y vitrinas repletas de postres tan delicados que parecían pequeñas obras de arte.

Ordenamos un par de tazas de té y dos porciones de torta de chocolate.

No recordaba la última vez que disfruté realmente de la comida. Desde hacía meses, comer había sido solo una respuesta mecánica a los retortijones en mi estómago, un intento de acallar el vacío que crecía dentro de mí.

Pero aquella tarde fue diferente.

Cuando el primer bocado de chocolate se deshizo en mi boca, una sensación inesperada me recorrió. Era dulzura, era calidez… era placer.

Me di cuenta de cuánto extrañaba sentir algo bueno.

Tess me observó con una sonrisa suave.

—¿Cómo me reconociste? —pregunté, rompiendo el silencio.

—Por los cuadros de Julien —respondió con naturalidad—. Además, sabía que vendrías hoy. Por eso acudí.

Sus palabras hicieron que mi estómago se encogiera.

—¿Julien te lo pidió?

—No —negó con la cabeza—. Él no sabe que estoy aquí. Vine por voluntad propia.

Mi curiosidad aumentó. Si había ido, era porque quería decirme algo, y yo estaba dispuesta a escucharla.

Tess tomó su taza entre las manos y permaneció en silencio un momento, como si reuniera fuerzas para lo que estaba a punto de decir.

—Hace muchos años perdí a mi esposo —confesó finalmente.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. No esperaba aquello.

—Siempre he sido católica —continuó— y me he encomendado a los designios de Dios, pero… rechacé lo que sucedió. Me negué a superarlo.

Sus dedos se crisparon en torno a la taza.

—Pasé momentos muy oscuros, Melanie —su voz se volvió más baja, más pesada—. No tuve a nadie que me guiara. Casi pierdo la vida.

Sus ojos se tornaron brillantes, conteniendo un mar de emociones que, de algún modo, sentí que comprendía demasiado bien. Porque, aunque Tess y yo éramos dos personas distintas, su historia parecía entrelazarse con la mía.

—Hasta que una noche tuve un sueño —confesó con la mirada perdida en algún punto de la mesa—. Conrad me hablaba, me abrazaba… y me pedía que continuara.

El aire en la pastelería se sintió de pronto más denso, como si sus recuerdos se materializaran y flotaran entre nosotras.

—Me prometió que nos reencontraríamos —continuó—, pero que debía seguir… no por nuestra hija, ni por nadie más, sino por mí. Porque aún faltaban muchas cosas por cumplir en esta vida para mí.

Su confesión dolía.

Era lo que Lou me había dicho. Cuando una persona ama de verdad, quiere que el objeto de su amor esté bien, que sea feliz, aunque eso signifique soltarlo.

Me removí en mi asiento.

Tess sonrió con tristeza.

—Al día siguiente me desperté, me levanté y me arreglé. Salí al mundo y lo vi todo con una perspectiva diferente.

Sus dedos acariciaron la porcelana de la taza con suavidad, como si dentro de ella estuviera la respuesta a todo.

—Sabía que Conrad no me había abandonado —susurró—, pero entendí que era mi momento de dejarlo descansar.

Sus palabras se me clavaron en el pecho.

Razoné que la situación de Tess no era la misma que la mía.

Ella se aferraba a Conrad.

Yo… yo estaba tan segura de que Anthony era el que se aferraba a mí.

De repente, caí en cuenta y me aterroricé. Tess me miró con una especie de comprensión silenciosa.

—A veces creemos cosas que no son —dijo con voz pausada—, y no nos damos cuenta de que somos tan partícipes de la situación como los demás.

Mi respiración se agitó.

—Está en ti también dejar ir. Cuando sea el momento.

El nudo en mi garganta era insoportable.

Necesitaba cambiar de tema.

—¿Cómo conociste a Julien? —pregunté, tratando de ocultar la tormenta en mi interior.

Los ojos de Tess brillaron con un matiz distinto, más cálido.

—Un día apareció frente a mí —respondió con una sonrisa nostálgica —, me brindó ayuda con unas bolsas que no me permitían caminar bien… y supe que me necesitaba, y yo a él.

—¿No te inquietó cuando conociste su pasado? —solté sin pensar, asumiendo que ella estaba al tanto de todo sobre el caso en Francia.

Tess no desvió la mirada.

—Cuando dos almas se reconocen —dijo con una firmeza que me estremeció—, ninguna duda permanece.

Mis dedos se aferraron al borde de la taza. Porque, por mucho que intentara evitarlo… Sus palabras hacían eco dentro de mí.

Me sorprendió darme cuenta de que Tess también sentía una conexión con Julien. Era evidente que la suya no tenía el mismo matiz que la mía. Era diferente. Más maternal.

—Lo quieres —afirmé.

Tess asintió con suavidad.

—Julien ha sufrido mucho. Ha pasado su vida tratando de construir una familia.

Sus palabras resonaron en el aire, cargadas de un peso invisible.

—Después del abandono de su padre —continuó—, intentó encontrar ese amor con la chica de la que se enamoró en París… y luego, al llegar aquí, me gusta pensar que yo le he podido dar un poco de esa familia que tanto necesitaba.

Sus palabras fueron cuidadosas, elegidas con precisión. No quiso revelarme demasiado. Pero la mención de esa mujer en París…

Me dolió. Más de lo que quería admitir.

Tess pareció notarlo, porque una leve sonrisa apareció en su rostro antes de hablar.

—No tienes de qué preocuparte, Melanie —aseguró, con una certeza que me desarmó—. Tú ya estabas anclada en el alma de Julien desde siempre.

El aire se atascó en mis pulmones.

—Jamás sus ojos han brillado tanto como cuando habla de ti.

Bajé la mirada.

Nos quedamos un rato más en la pastelería, conversando.

Hablamos de ella, de su vida, de cómo Julien se había asentado en Nueva York.

Francia apenas fue mencionada. No insistí. Entendí sus razones.

Cuando nos despedimos, cada una tomó su camino. Pero algo dentro de mí había cambiado. Se sintió correcto, real, genuino… y

gratificante.

Y en el fondo de mi corazón, confirmé lo que ya sabía:

Julien no era una mala persona. Él también había pasado meses de tormento. Él también había sentido culpa, dolor, miedo. Tal vez… No éramos tan diferentes después de todo.

CAPÍTULO 21

Verdades Ocultas

JULIEN

Tal como le prometí a Melanie, resistí el impulso de ir a la galería durante su primera clase. Aunque cada fibra de mi ser anhelaba verla, me mantuve al margen. Según Holly, todo había salido bien; incluso percibió en Melanie una chispa que le hacía pensar que regresaría pronto. Me aferré a esa esperanza como un náufrago a un pedazo de madera en alta mar. Su situación la estaba consumiendo, y yo no tenía forma de irrumpir en su mundo para hacerle ver a Anthony el daño que le causaba.

Las noches se volvieron eternas, pesadas, una tortura silenciosa. El sueño se convirtió en un lujo inalcanzable. Me quedaba acostado en la penumbra, la mente enredada en pensamientos que no llevaban a ninguna parte, la ansiedad devorándome desde dentro. Buscaba soluciones, estrategias, cualquier manera de ayudarla, pero todo se sentía inútil.

Después de la fiesta de Lou, surgió una inesperada conexión con Candace, la hermana de Melanie. Supongo que tanto ella como el resto de su familia veían lo mal que estaba y, de alguna forma, confiaban en que yo podía ser la grieta por donde se filtrara un poco de luz en su vida. Pero yo no tenía tanta seguridad. El amor que Melanie sentía por Anthony era profundo, enraizado en su alma. De haber creído que ella estaba bien, habría desaparecido sin dudarlo. La única razón por la que seguía aquí, luchando contra lo imposible, era porque cada día la veía más apagada, más frágil, como una flor

marchitándose bajo un sol implacable. Y tenía miedo de que un día no pudiera recuperarse.

Pasaron los días. Más de una semana desde su primera clase, y Melanie no llamaba a Holly. La desesperación comenzó a calarme hasta los huesos, así que rompí mi promesa de mantenerme al margen y contacté a Candace. Ella me aseguró que su hermana iría pronto a la galería. Me aferré a esas palabras con cautela, sin permitirme demasiado optimismo. Pero dos días después, Holly me confirmó que Melanie había agendado una nueva cita.

El alivio fue inmediato, pero lo que realmente me dejó sin aliento fue el mensaje que recibí de Melanie poco después. Solo una frase, sencilla pero esperanzadora: No tienes que evitar la galería cuando yo esté allí.

El corazón me dio un vuelco, un cosquilleo recorrió mi piel. Aquello significaba algo. No era una rendición, ni siquiera una señal de que las cosas serían fáciles, pero era una puerta entreabierta, un resquicio de luz.

Sentí esperanza.

Me preparé para ese día con la emoción torpe de un adolescente en su primera cita. Quería que todo fuera perfecto, que cada detalle fluyera con naturalidad. Por un instante, consideré llevarle flores o chocolates, pero rápidamente descarté la idea. No quería abrumarla ni dar un paso en falso. Una cosa era que me permitiera estar allí, y otra muy distinta que me aceptara en su vida.

Llegué a la galería cuando su clase ya iba avanzada, con la intención de no interrumpir ni de parecer demasiado ansioso, aunque lo estaba. Mi corazón latía con fuerza mientras me asomaba al salón donde compartía con Holly. Lo que vi me sorprendió y, al mismo tiempo, me llenó de una grata calidez.

—Acércate, Julien —dijo, sin apartar la vista del lienzo—. Quiero tu opinión sobre esta pintura. Creo que es una locura, pero Holly sigue

insistiendo en que es maravillosa.

Respiré hondo, tratando de contener la emoción, y avancé unos pasos, ubicándome lo suficientemente cerca para apreciar su obra, pero a una distancia prudente, sin irrumpir en su espacio personal.

El lienzo estaba cubierto de pinceladas intensas, una mezcla de colores fríos que transmitían un torbellino de emociones. Era una pintura abstracta, oscura, donde la luz intentaba filtrarse por una esquina, pero se veía opacada por una silueta indefinida, una sombra persistente. Dos líneas en rojo apagado cruzaban la composición como cuerdas tensas, sin revelar del todo qué estaban atando. En el lado izquierdo, una figura gris, etérea y solitaria, parecía observar desde la penumbra.

Me perdí en los detalles, tratando de descifrar cada trazo, hasta que su voz me sacó de mis pensamientos.

—No puedes detenerte ahora.

Levanté la mirada y me encontré con la suya, inquisitiva.

—Tú sabes analizar muy bien el arte —continuó—. Dime qué te transmite.

Entendí de inmediato a qué se refería. No era solo sobre la pintura. Era sobre nosotros. Sobre la forma en que alguna vez le compartí mi percepción de los cuadros de Monet y Van Gogh.

Tomé aire, eligiendo mis palabras con cuidado. Sabía que debía ser honesto. No podía mentirle ni edulcorar la verdad, pero también temía que mis palabras la alejaran de nuevo.

—Es un poco asfixiante, como si la oscuridad lo devorara todo —murmuré, observando el lienzo con detenimiento—. Me hace sentir preso, atrapado. La luz está ahí, pero es inalcanzable. Es como si cada intento por alcanzarla fuera en vano. Siento que pierdo la esperanza, la fuerza… y aunque sé que debería seguir luchando, hay

una parte de mí que cree que es mejor dejarse caer, rendirse ante el abismo y desaparecer.

El silencio llenó la habitación por unos segundos. Cuando volví la mirada hacia Melanie, sus ojos se habían clavado en los míos, conteniendo lágrimas que amenazaban con caer. Su respiración era entrecortada, y por un instante, sentí que se estaba aferrando a mis palabras como si fueran su única tabla de salvación.

—Pero no lo harás, ¿verdad? —susurró, con la voz temblorosa, suplicando una promesa que yo estaba más que dispuesto en hacer —. No me dejarás caer.

No necesité pensarlo.

—Nunca —respondí con firmeza.

Quería tocarla. Abrazarla. Que sintiera mi calor y asegurarle que todo estaría bien. Pero no me moví. Sabía que aún había un abismo entre nosotros, uno que no podía cruzar sin su permiso.

Fue entonces cuando me percaté de que nos encontrábamos solos. Holly ya no estaba. No sabía en qué momento había salido de la habitación, ni cuánto tiempo llevábamos sumidos en aquella conversación. Me preocupó que Melanie pensara que todo estaba planeado, que de alguna manera la había puesto en esta situación deliberadamente.

—Voy por Holly —dije, dando un paso hacia la puerta—. No vi a dónde se fue.

—No es necesario, Julien —me detuvo Melanie, con un matiz diferente en la voz.

La miré, confundido.

—Creo que tú puedes seguir con mis clases.

Mis clases.

Esas dos palabras hicieron que mi corazón latiera con fuerza dentro de mi pecho. Porque significaban mucho más que una simple petición. No era solo esta clase. Era un puente. Un espacio que ella estaba dispuesta a compartir conmigo, una oportunidad para reconstruir lo que se había roto.

Asentí, sin palabras, porque el nudo en mi garganta amenazaba con quebrar mi voz. Y así pasamos el resto del tiempo, con ella pintando y yo observándola, formulando preguntas cortas, guiándola sin presionarla, ayudándola a volcar en el lienzo todo lo que su alma llevaba dentro.

Ese día, algo cambió.

Lo sentí en la forma en que su postura se relajó. En cómo sus pinceladas adquirieron una leve fluidez, casi imperceptible, pero real. En la manera en que su mirada ya no reflejaba solo sufrimiento, sino un atisbo de algo más… ¿Esperanza, quizás?

La puerta entre nosotros se había abierto, aunque fuera solo un poco.

Tuve la sensación de que Melanie ya no creía ciegamente en las palabras de Anthony. De que, de alguna manera, estaba recuperando las ganas de vivir, aunque el camino aún se vislumbrara oscuro y empinado.

Cuando la clase terminó y la acompañé a la salida, un nuevo rayo de luz iluminó mi camino.

—Julien.

El sonido de mi nombre en sus labios fue un golpe directo a mi pecho, un susurro que amenazaba con hacerme perder la razón. Cada fibra de mi ser anhelaba estrecharla entre mis brazos, borrar con un beso toda la distancia que aún nos separaba. Pero me contuve. Porque hacerlo significaba forzar un momento que aún no le pertenecía al presente.

—Candace me ha conseguido una terapeuta —dijo, con su voz apenas un murmullo cargado de incertidumbre—. Confieso que nunca me han gustado esos sitios.

Su confesión me hizo sonreír, más por la familiaridad de su tono que por sus palabras.

—¿Te refieres a los consultorios? —pregunté con suavidad.

Ella también sonrió, un gesto pequeño pero genuino.

—Sí. Esos lugares de color blanco, carentes de emociones, fríos.

Asentí, entendiendo su reticencia.

—Los consultorios ahora son muy diferentes a las clínicas psiquiátricas, Melanie. Podrías darle una oportunidad.

Hubo un breve silencio.

—¿Vendrías conmigo?

Todo dentro de mí vibró, despertando una alegría tan intensa que apenas logré disimular. Después de tantos meses de desdicha, de verla deslizarse lentamente hacia un abismo del que temí que nunca saldría, esa simple petición fue un salvavidas lanzado en medio del océano de oscuridad que estábamos viviendo.

—Por supuesto —respondí sin dudarlo.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza, como si aún procesara lo que acababa de hacer, y me aseguró que me enviaría la dirección y la hora por WhatsApp.

Se giró entonces, buscando a Holly con la mirada, tal vez para despedirse. Pero al no verla, me pidió que le diera su agradecimiento.

La observé alejarse, su andar pausado, con los hombros levemente encorvados, como si una parte de ella no quisiera irse todavía. No

había en su caminar rastro de duda ni de tristeza, sino algo distinto que no supe definir con claridad.

Quizás debí detenerla. Decirle algo más. Pero no lo hice.

Había ganado demasiado ese día. Y no quería arruinarlo.

Solo media hora después, mi teléfono vibró con la notificación que esperaba con ansias. El mensaje de Melanie era conciso, directo: la cita sería al día siguiente, a las diez de la mañana. Me envió la dirección y dejó claro que nos encontraríamos allí. No debía ir a buscarla.

No necesitaba explicaciones. Lo entendí al instante.

Aunque sonara absurdo y desafiara toda lógica, supe que no quería que Anthony se diera cuenta.

Fue entonces cuando me golpeó una verdad escalofriante: todos habíamos aceptado sin cuestionamientos que Anthony seguía allí. Que su espíritu aún rondaba esa casa, atrapándola en un ciclo de tormento y encierro. Parecía una locura, pero era real.

La mañana siguiente, llegué al consultorio con mucha antelación. Quería estar allí antes que ella, asegurarme de que todo estuviera bien. Me senté en una banca cercana, observando la entrada, sintiendo la brisa fría de la mañana contra mi piel. Minutos se convirtieron en eternidades. Pasaban los transeúntes, la vida seguía, y yo continuaba esperando.

A las diez en punto, aún no había llegado.

A las 10:05, me levanté, inquieto.

A las 10:10, crucé la puerta del consultorio con la esperanza de encontrarla dentro, pero la recepcionista confirmó lo que temía: Melanie no aparecía.

El miedo se hizo presente. ¿Y si él la convenció de no venir? ¿Y si había logrado manipularla, como tantas otras veces?

Luché contra el impulso de llamarla. Sabía que cualquier presión solo empeoraría las cosas. En su lugar, escribí a Candace.

"Voy a llamarla ahora mismo."

El reloj marcaba las 10:18 cuando la vi aparecer.

Su silueta frágil cruzó la puerta con paso apresurado, su cabello un poco revuelto, los ojos enrojecidos por las lágrimas que, seguramente, había derramado en el camino. Sus labios temblaron en un intento de disculpa muda, de una explicación que no salió de su boca.

No hacía falta.

Asintió levemente en mi dirección y se acercó al mostrador, susurrando su nombre a la secretaria. Recibió el acceso de inmediato y, cuando sus ojos buscaron los míos, le hice un pequeño gesto. Aquí estaré. No estás sola.

Se perdió por el pasillo, y yo me hundí en la silla de espera, sintiendo el peso de los últimos meses caer sobre mis hombros.

Una hora transcurrió mientras mi mente se debatía en un torbellino de pensamientos. Durante mucho tiempo había sentido tantas cosas: culpa, vergüenza, dolor, impotencia. Me aferré a la idea de que Anthony estaba atrapado, de que tal vez no tenía control sobre lo que hacía. Me esforcé por comprenderlo, por encontrar alguna pizca de lógica en todo aquello.

Pero Lou tenía razón.

Eso no podía ser Anthony.

Porque cuando alguien ama de verdad, no causa sufrimiento. No destruye. No encadena.

El amor no envenena el alma.

Melanie salió de la consulta con el rostro marcado por las lágrimas que, sin duda, derramó durante la sesión. Sus ojos enrojecidos y su respiración temblorosa delataban la intensidad de lo que había vivido ahí dentro. Sin embargo, lucía diferente. Su expresión no era la de alguien derrotado, sino la de alguien que, aunque herido, acababa de soltar un peso inmenso.

Se detuvo unos segundos en el mostrador para confirmar la fecha de su próxima cita y luego, sin previo aviso, se acercó a mí. No dijo nada, simplemente se fundió en mis brazos, con una necesidad que traspasaba las palabras.

—Gracias —susurró, con la voz rota.

Mi corazón latió con tanta fuerza que temí que lo escuchara. Cerré los ojos por un instante, sosteniéndola con firmeza, queriendo que sintiera en mi abrazo lo que no me atrevía a decirle.

—Todo va a estar bien —murmuré contra su cabello, percibiendo su calor, su vulnerabilidad, su lucha.

No hablamos mucho más después de eso. No quise preguntarle por la sesión, y ella solo compartió lo esencial: la doctora le había prohibido las pastillas para dormir y, en su lugar, le recomendó infusiones como apoyo en caso de necesitar ayuda para conciliar el sueño.

—Si deseas, puedo venir contigo a la próxima terapia —ofrecí, sin pensarlo mucho.

Melanie negó con suavidad.

—No quiero quitarte más tiempo, Julien. Ya me ayudas demasiado con las clases.

Su mirada era firme, pero yo no estaba convencido. Aun así, asentí, sabiendo que encontraría la manera de hacerle ver que no era una

molestia, que su bienestar era mi prioridad.

Programamos la siguiente clase para el viernes, dentro de dos días. Después, nos despedimos.

La observé alejarse, con el mismo paso pausado de antes. Supe, sin necesidad de preguntarle, que no tenía prisa por regresar a casa.

Intenté imaginar cómo debía sentirse, volver a un sitio que, en lugar de refugio, se había convertido en una prisión invisible.

La sola idea me agrietó el alma.

Y dolió.

Volví a casa con una mezcla de sentimientos que ni siquiera podía poner en palabras. Era una maraña de emociones que se enredaban en mi pecho, haciéndome oscilar entre la esperanza y la angustia. Pinté durante horas, dejando que los colores y las formas me sirvieran de escape. Jugué con Max, sintiendo el consuelo que solo un animal fiel puede brindar. Organicé mi trabajo, buscando en la rutina una especie de refugio. Incluso intenté ver una película, aunque mi mente vagaba lejos de la pantalla.

Nada funcionó.

El recuerdo de su abrazo, de su voz, de la manera en que su cuerpo tembló levemente contra el mío, no abandonaba mi mente. Cada instante compartido con Melanie se repetía una y otra vez, como una melodía persistente que se negaba a desvanecerse.

Aquel día marcó el inicio de los meses más intensos y difíciles que viviríamos juntos.

Melanie comenzó a acudir semanalmente a sus clases en la galería. Yo, sin que ella tuviera que pedírmelo, siempre la esperaba afuera del consultorio. Eran entre dos y tres horas en las que coincidíamos. A veces hablábamos mucho, y otras veces bastaba con nuestras miradas para entendernos. Aprendí a leer en sus gestos la lucha

interna que libraba, la culpa que aún la ataba, el amor que seguía sintiendo por Anthony y que, más que reconfortarla, la castigaba.

Pero con el paso de los días, con cada mirada, palabra y respiro compartido, la sentía más cerca.

Y yo… cada vez luchaba más por contenerme.

Las ganas de abrazarla, de besarla, de demostrarle que aún había felicidad esperando por ella, crecían con una intensidad sofocante. Pero no lo hacía. Sabía que el tiempo era su mayor necesidad, y estaba dispuesto a dárselo, aunque me costara cada pedazo de mi paciencia.

Hasta que un día, en una de nuestras clases, Melanie fue más allá.

Por lo general, solía lanzar preguntas sutiles sobre mi pasado en Francia, pequeñas insinuaciones que nunca se concretaban en una conversación real. Pero esa tarde, sus ojos reflejaban determinación.

—Connor me ha dicho que tu caso está muy avanzado —mencionó, con voz firme—. Dice que hay buenos indicios de que se resuelva este año.

Asentí, como lo había hecho tantas veces antes. Pero esta vez, ella no parecía dispuesta a dejar el tema en el aire.

—Si te levantan la prohibición, ¿volverás a Francia? —su voz, apenas un susurro, contenía algo más profundo: miedo, súplica, una necesidad desesperada de saber que no la dejaría atrás.

No necesitaba decirlo. Sus ojos hablaban por ella.

Sentí un peso invisible oprimirme el pecho. La idea de marcharme, de poner un océano entre nosotros, se volvió insoportable en ese instante.

—Iré de visita —respondí con suavidad—. Tengo cosas que resolver. Pero no te dejaré, Melanie. Lo prometo.

Ella asintió, aunque su expresión seguía cargada de dudas.

—¿Y qué hay de esa mujer? —su pregunta fue casi un lamento, como si temiera la respuesta.

Fruncí el ceño.

—¿A qué mujer te refieres?

—No sé su nombre… —dijo, bajando la mirada—. No sé nada de tu caso. Pero Anthony una vez me mencionó que había alguien… que una mujer era la razón por la que querías volver.

Puse dos dedos bajo su barbilla y la levanté con delicadeza, obligándola a mirarme.

—Melanie… Katerine murió antes de que yo saliera de Francia.

Sus ojos se abrieron de par en par, reflejando incredulidad.

—¿Murió?

Asentí.

Y entonces, lo conté todo.

Le hablé de cómo llegué a Francia con la esperanza ingenua de encontrar a mi padre. De cómo conocí a Katerine y que ella fue quien me llevó hasta mi tío, y de que él, con su astucia y su carisma venenoso, me envolvió en un mundo de falsificaciones y robos de arte.

Le narré el secuestro, los disparos, la escena que aún me perseguía en las noches más solitarias.

Le dije lo sucedido cuando Katerine cayó abatida en medio del enfrentamiento entre los hombres de Adrian y la policía. Cómo la vi desplomarse, con terror en sus ojos, su cuerpo temblando en el pavimento. Y le expliqué, que, pese a todo mi esfuerzo, no pude sostenerla, no pude salvarla.

Esa culpa, la de haberla dejado allí, de sobrevivir cuando ella no lo hizo, era lo que más me atormentaba.

—No se llamaba realmente Katerine —agregué, mi voz apenas un murmullo ahogado—. Huyó de Bulgaria, de un infierno de drogas y prostitución. Nadie más sabía su historia, ni la recordaba. Y por eso… necesito ir a verla. Porque sé que su tumba está olvidada, y no soporto pensar que no ha recibido una visita jamás.

Las palabras pesaban en el aire, cada una cargada de dolor.

Melanie me miró en silencio, con los ojos llenos de emociones que no pude descifrar.

Y entonces, sin decir nada, se acercó y me abrazó.

No fue un abrazo fugaz ni vacilante. Fue uno profundo, sincero, como si intentara con cada latido de su corazón consolar el mío.

Yo cerré los ojos, permitiéndome sentir su calor, su presencia.

El aire en la habitación pesaba como una losa, cargado de palabras que aún no se habían pronunciado. Melanie me miró con cautela, parecía medir cada sílaba antes de dejarla escapar.

—Julien, no quiero lucir insensible —dijo con suavidad, aunque en su mirada había algo más—. Pero ¿estás consciente de que Katerine sabía lo que Adrian te llevaría a hacer?

Mi estómago se encogió antes de que terminara la frase.

—Sé que sus circunstancias eran imposibles —continuó—. Sin embargo, cada persona elige su camino, y ella escogió el lado equivocado. Lo sabes, ¿verdad?

Claro que lo sabía. Lo había sabido desde el principio, desde el momento en que sus ojos me hipnotizaron y me arrastraron a ese mundo oscuro del que nunca imaginé formar parte. Pero saberlo no hacía que doliera menos.

Asentí, desviando la mirada por un instante hacia la ventana. Afuera, la tarde moría en tonos anaranjados y lilas, como si la ciudad nos acompañara en nuestros sentimientos, cubriéndose con un velo melancólico.

—Cuando amamos a alguien, lo idealizamos —murmuré, con una sonrisa amarga—. Siempre supe que Katerine me estaba usando, pero me negué a enfrentarlo.

Las palabras se atoraban en mi garganta, pesadas, llenas de recuerdos y arrepentimientos.

—Aun así, su final fue terrible… y no lo merecía.

Vi en el brillo de los ojos de Melanie el cambio sutil, la forma en que su mente conectaba mi comentario con Anthony.

—Anthony no era así, Julien —dijo en un tono firme, aunque con una vulnerabilidad latente—. Tú crees que Katerine no merecía morir de esa forma, pero ella eligió su destino. Anthony, en cambio, no tuvo elección. Su muerte fue injusta… e inesperada.

Un nudo se apretó en mi pecho.

—Lo sé, Melanie —afirmé, buscando su mirada—. Sé que la historia de Anthony no se parece en nada a la de Katerine. Sé que él no era así.

Ella asintió lentamente, pero el silencio que se instaló después fue espeso, como si el aire se volviera irrespirable. No quería hablar mal de un hombre que, en vida, había sido un faro de luz para tantos. Incluso para mí. Pero ahora, fuera lo que fuera lo que quedaba de él, estaba destruyendo a la mujer que amaba, sofocándola en una culpa que no le pertenecía.

No lo permitiría.

—No era —dije, con un tono definitivo, dejando que el peso de esas palabras quedara suspendido entre nosotros.

Melanie entendió. Lo vi en su expresión, en la forma en que su respiración se volvió más profunda, como si después de mucho tiempo lograra inhalar aire sin sentir que se ahogaba.

Luego de ese día, no volvimos a tocar el tema en las siguientes clases. Pero algo había cambiado en ella. Lo supe por la forma en que sus hombros ya no estaban tan tensos, por cómo su voz sonaba un poco más firme, por la leve chispa de vida que comenzaba a asomar en su mirada.

Ahora ella lo sabía. La situación en la que estaba no era justa. No era culpable de la tragedia de Anthony. Y que merecía salir adelante.

Volver a vivir.

CAPÍTULO 22

Manipulación

ANTHONY

Las últimas semanas habían sido un tormento. No lograba aparecer en los sueños de Melanie, no podía alcanzarla, y cada día que pasaba sentía que me deslizaba aún más hacia la nada. Me estaba perdiendo, olvidando.

Lo que alguna vez fui, se desdibujaba como un reflejo en el agua, distorsionado y fugaz. La furia me carcomía desde dentro, un fuego incontrolable que me consumía sin tregua. Pero era una ira estéril, sin rumbo. No podía pensar con claridad, no podía idear un plan. Solo existía ese vacío oscuro que me atrapaba, me aislaba, me debilitaba.

Los primeros meses, al menos, podía aferrarme a ciertos hilos de conexión. A veces lograba alcanzar a mis padres, a Lou, a Connor… incluso a Julien. Pero ahora ya ni eso. Mi mundo se había reducido a este espacio, a esta casa, a su recuerdo. A ella.

Y entonces lo entendí.

La única razón por la que aún permanecía era porque Melanie todavía me pensaba. En lo profundo de su alma seguía atada a mí. Pero eso estaba cambiando. La sentía resbalar de entre mis manos como arena seca, alejándose más y más, llevándose consigo la última chispa de mi existencia.

No podía permitirlo.

Debía volver a ella. A cualquier precio.

En uno de esos breves y escasos instantes en los que me dejó aparecer, supe que no podía perder la oportunidad. No bastaba con susurrarle recuerdos de nuestro amor ni con invocar los momentos felices. Eso ya no era suficiente. Melanie estaba rompiendo las cadenas que la ataban a mí.

Tenía que conseguir otra manera.

Cuando la vi, se encontraba en su estudio. La luz del atardecer se filtraba por la ventana, bañándola con un resplandor dorado. Observaba algunas pinturas recientes, su expresión era serena, incluso… feliz. Había recuperado algo de peso, y en su sonrisa se reflejaba un alivio que hacía mucho no veía en ella.

Algo dentro de mí se retorció con furia.

Me quedé inmóvil, observándola. Su tristeza comenzó a desvanecerse. La sombra de mi ausencia ya no la atormentaba. Y comprendí, con un golpe feroz de realidad, que su sanación significaba mi condena.

El odio me cegó.

Odiaba a Julien con una intensidad inimaginable, con un rencor que ardía en mis entrañas como veneno. Pero lo peor, lo más desgarrador, fue darme cuenta de que también la odiaba a ella.

Me había mentido.

Durante meses me aferré a su amor como si fuera lo único que me mantenía a flote. Ella era mi ancla en este limbo de sombras. Pero me equivoqué. Me engañó.

Conocía a Julien desde antes. No solo eso… lo quería. Lo había querido mientras yo me desvivía por ayudarlo, mientras hacía lo imposible para que regresara a Francia con esa mujer a la que, supuestamente, amaba. Qué imbécil fui.

Una llamarada furiosa crecía dentro de mí, haciendo que el odio me consumiera.

Tenía que encontrar la manera de entrar en sus sueños otra vez. No podía permitir que me olvidara. Pero había dejado de tomar las pastillas.

Maldición. Quise arrancar el frasco del estante y obligarla a tragarse cada pastilla una por una, hacer que su cuerpo se hundiera en el letargo, que su mente se abriera a mí de nuevo. Pero sabía que eso solo la asustaría. Y si se alejaba aún más, si me expulsaba por completo de su cabeza, la oscuridad terminaría arrastrándome.

Así que esperé.

Esperé, dejando que la rabia me invadiera, alimentándome de ella, aferrándome con las uñas y los dientes que no tenía, a cada pensamiento suyo en el que aún existía.

Cuando salió del estudio y se dejó caer en el sofá, moví el portarretrato que había colocado en la mesa, un recordatorio de lo que fui para ella. Se dio cuenta enseguida y lo tomó entre sus manos.

—¿Por qué me haces esto, Anthony? —susurró, con la voz rota.

Contesté. Pero mis palabras murieron antes de alcanzarla.

"Porque te amo, Mel. Te amo tanto que también te odio. No puedo permitir que seas feliz con nadie más. No sería justo."

Ella se puso de pie, se preparó una infusión y se sentó en la cama con un libro. Observé cada uno de sus movimientos con los ojos llenos de fuego. Parecía tranquila, en paz. Como si yo ya no formara parte de su mundo.

Por un instante, un calor me recorrió. Sentí la oscuridad aproximarse, ese vacío hambriento que me amenazaba con tragarme si ella me soltaba. No. No lo permitiría.

Me moví rápido.

Deslicé mis dedos invisibles por su cabello, rocé sus labios, y aparté el libro de sus manos cuando el sueño la venció. El libro cayó cerrado sobre sus piernas, pero ella, enredada en ese espacio entre la vigilia y el sueño, lo sintió. Me sintió.

Y dijo mi nombre.

"Anthony."

El sonido fue un bálsamo. Su voz, su reconocimiento, la calidez de ser aún parte de ella. Casi me dejé arrullar por la dulzura de ese instante.

Pero no podía.

Esa pequeña grieta, esa conexión frágil, era mi única oportunidad de volver.

Así que me sumergí en ella, me dejé arrastrar dentro de su sueño. Me acosté a su lado, y cuando abrió los ojos, su mirada se encontró con la mía.

—Anthony… —susurró.

Me acerqué a ella con una necesidad salvaje ardiendo en mi interior. Tomé su rostro entre mis manos y la besé, con ansias, con furia, con la certeza de que me pertenecía. Que siempre lo había hecho.

Pero algo en su cuerpo me rechazó.

Al principio, fue apenas una tensión en sus labios, una rigidez en sus hombros. Luego, su resistencia se hizo más evidente: un intento de apartarse, un leve empujón en mi pecho.

La ira me ganó.

Un rugido de rabia me recorrió como un relámpago, caliente y feroz. ¿Cómo se atrevía a resistirse? ¿Cómo se atrevía a negarme, a fingir

que ya no era mía?

Apreté los dedos sobre su piel, no con ternura, sino con dominio.

—Melanie, voy a preguntarte algo y espero que seas completamente sincera —dije, mi voz afilada como un cuchillo—. ¿Estás enamorada de Julien?

La vi tensarse. Su respiración se volvió errática, y sus ojos, brillantes por las lágrimas contenidas, se desviaron de los míos. Negó con la cabeza, con desesperación, pero no pronunció palabra alguna.

No hacía falta. Su silencio era una confesión a gritos.

—Lo amas —afirmé, con un nudo apretando mi garganta.

Melanie cerró los ojos, permitiendo que las lágrimas cayeran sin resistencia.

—No he dejado de amarte a ti, Anthony —murmuró entre sollozos—. Pero eso me está matando.

Su voz quebrada encendió algo en mi interior, algo oscuro y peligroso.

—Escúchame bien, Melanie —susurré con furia contenida—. Vas a dejar de ver a Julien, y volverás a tomar las pastillas para dormir. O voy a hacer de tu vida un verdadero infierno.

Ella sollozó con más fuerza, sacudiendo la cabeza con impotencia. Se puso de pie de un salto.

—No puedo hacer eso, Anthony —susurró, con la voz rota—. ¿No me ves? —sus ojos buscaron los míos con desesperación—. Soy un fantasma.

Su confesión me atravesó como una daga.

—¡Yo soy el fantasma, Melanie! —reclamé, sintiendo la ira consumir cada parte de mí—. Fui yo quien murió.

El silencio que siguió fue insoportable. Entonces, ella gritó, con una fuerza que no le conocía, con una rabia que me golpeó sin piedad.

—¡Exacto! ¡Fuiste tú, Anthony, no yo!

Su respiración se aceleró, y su pecho subía y bajaba con cada palabra lanzada.

Me acerqué aún más, con los puños apretados, con el corazón convertido en cenizas.

—¡Pues debimos ser los dos! —rugí.

Y en ese momento, en ese choque brutal de amor, odio y desesperación, supe que la batalla aún no estaba perdida. Que todavía tenía el poder de mantenerme en su vida. Aunque fuera a través del dolor.

La tomé por el cuello y la empujé con firmeza hasta que su espalda tocó el colchón. Su respiración era entrecortada, su mirada, una mezcla de miedo y resignación. Me coloqué sobre ella, atrapándola entre mis brazos, asegurándome de que no tuviera escapatoria.

Mis manos comenzaron a desvestirla, deslizándose por su piel con una mezcla de deseo y furia. Quería que entendiera, que aceptara que aún era mía, que no tenía derecho a alejarse, a olvidarme.

—No, Anthony. Por favor, así no —suplicó.

La habitación se sintió más pequeña. El aire se tornó denso, irrespirable. Cada sombra en las paredes parecía moverse a mi compás.

—Siempre serás mía, y vas a hacer lo que yo diga —susurré, cada sílaba cargada de amenaza—. De lo contrario, tu querido Julien va a sufrir las consecuencias. Porque puedo desaparecer toda la evidencia de su inocencia y hacer que se pudra en la cárcel.

Melanie intentó zafarse de mi agarre y se impulsó hacia atrás, como si mis palabras la hubieran golpeado físicamente. Su piel palideció, y el temblor en sus manos la delató. Sus labios se separaron, pero la voz tardó en salir.

—¡No serías capaz! —gritó, y el sonido de su desesperación se estrelló contra las paredes. Sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, me desafiaban, aunque la duda comenzaba a resquebrajar su seguridad—. Además, todo eso lo tiene Connor.

Una sonrisa amarga se dibujó en mi rostro.

—¿Y qué te hace pensar que no puedo llegar a Connor? —dije al tiempo en el que sacaba mi miembro y me introducía en ella.

El terror cruzó su mirada. Su respiración se volvió mucho más errática, su pecho subía y bajaba con violencia. Intentó apartarme, pero solo logró que me hundiera en ella con más fuerza.

Jamás había estado tan erecto, y eso, por una parte, me asustó. Cuanto me excitaba su resistencia y el control que estaba teniendo sobre ella.

Vi salir sus lágrimas, y comencé a embestirla.

El llanto de Melanie llenaba la habitación, pero dejó de luchar. Su cuerpo temblaba, su mirada estaba perdida, apagada, como si cada una de mis palabras le hubiera arrancado un pedazo de alma.

—Tomarás las pastillas, Mel —afirmé con frialdad, sin dejar espacio para dudas.

Ella asintió entre sollozos, las lágrimas cayendo en cascada por sus mejillas.

—Dejarás de ver a Julien, Mel.

Su cabeza volvió a moverse en un asentimiento dócil, vacío.

La victoria tenía un sabor amargo. Me deleité en su rendición, pero una parte de mí, la que aún recordaba lo que era amar sin destruir, sintió un pinchazo en lo más profundo de la nada que me contenía.

Pero ya no había vuelta atrás.

Entonces me dejé correr, y caí a su lado. Ella miraba el techo sin parar de llorar.

—Todo volverá a ser como antes —susurré, seguro de mi victoria.

Melanie no respondió. Se limitó a cerrar los ojos, y en el instante en que lo hizo, mi presencia se desvaneció, arrastrada por la negrura de la nada.

Temí que no cumpliera su promesa, pero no fue así. Un par de noches después, regresé a su lado y, en la penumbra de su habitación, vi el frasco de pastillas sobre la mesa de noche. Me senté junto a ella, deslizando los dedos por su cabello como solía hacer cuando todo estaba bien, cuando aún me pertenecía por completo.

A partir de ese momento, volví a ocupar la casa. La veía pintar durante horas, encerrada en su mundo, con la mirada opaca y los labios resecos. Su pincel se deslizaba con movimientos mecánicos, sin la pasión de antes, sin la vida que solía desbordar en cada trazo.

Al principio, Julien la llamaba y le enviaba mensajes sin descanso. Ella miraba la pantalla, dudaba, pero al final, bloqueó su número con manos temblorosas. Fue un golpe dulce para mí, una señal de que mi control sobre ella se fortalecía.

Día tras día, se fue desvaneciendo un poco más. Apenas comía, y su cuerpo delgado comenzó a reflejar nuevamente la fragilidad de su estado. Rechazaba invitaciones, ignoraba a sus amigos, evitaba salir. Se estaba consumiendo lentamente, y esa idea me reconfortaba. Pronto, estaríamos juntos para siempre.

El sexo entre nosotros era frecuente, pero carente de todo lo que alguna vez lo hizo especial. Melanie se desnudaba sin decir palabra,

se tendía en la cama como una muñeca rota, esperando que hiciera con ella lo que quisiera. Al principio, me excitaba el control absoluto que tenía sobre ella. Pero con el tiempo, su docilidad se tornó irritante. No respondía, no temblaba bajo mi toque, no suspiraba mi nombre como antes.

Dejé de desearla.

La observaba, desnuda y sumisa, esperando algo que ya no tenía sentido. Entonces, me levantaba y la dejaba ahí, perdida en la soledad de nuestra cama vacía.

El tiempo avanzó sin que yo realmente lo sintiera, como si los días fueran meros susurros en la eternidad de mi condena. Y, de pronto, diciembre estaba de nuevo aquí. Un año. Un año desde el día en que mi existencia se apagó en el mundo de los vivos, desde que mi cuerpo dejó de pertenecer a este plano y mi alma quedó atrapada en el limbo de su recuerdo.

Había logrado permanecer junto a Melanie todo este tiempo. La veía, la tocaba en sus sueños, me adentraba en su mente, moldeando su realidad hasta que su voluntad no fuera más que una sombra de lo que alguna vez fue. No podía cantar victoria todavía, pero todo parecía alinearse a mi favor. Se había apartado de Julien, y volvió a depender de mí. Lentamente, la vida la abandonaba, cediéndome el control absoluto.

Todo se dirigía hacia el destino inevitable que tanto anhelaba: en el cielo o en el infierno, Melanie y yo estaríamos juntos para siempre.

O al menos eso creía.

Porque aquella tarde, al materializarme en la casa, sentí un cambio en el aire. Algo distinto, hiriente. No era la misma quietud sofocante que se había convertido en mi aliada. No era la dulce resignación que la mantenía atrapada en mi influjo. Era caos. Era fuego.

El eco de una discusión retumbaba en las paredes, quebrando el silencio con una violencia que erizó cada partícula de mi ser. Voces elevadas, furiosas, desgarraban el ambiente. El sonido de pasos apresurados, el golpe de un objeto cayendo al suelo, el temblor de su respiración agitada…

Un frío desconocido me recorrió. Algo estaba mal. Algo amenazaba con arrebatarme lo que tanto había luchado por conservar.

—¡No lo voy a permitir, Melanie! ¡Ya basta! —La voz de Candace resonaba con una firmeza que me hizo temblar.

Me deslicé por la habitación hasta verlas. Candace sostenía el frasco de pastillas con el ceño fruncido y el rostro encendido de furia. Melanie, en cambio, parecía pequeña, encogida en un rincón, con los ojos enrojecidos por el llanto.

Un ardor feroz me recorrió. Esa mujer… Esa maldita mujer quería arrancarme de Melanie.

—Para, Candace, no sabes lo que haces —rogó Melanie, su voz rota, temblorosa.

Candace la miró con incredulidad, con una mezcla de rabia y desesperación que le crispaba los gestos.

—¿Cómo puedes ser tan tonta? —le espetó—. ¿No ves el daño que le estás haciendo a Julien?

El nombre fue puñetazo directo a mi estómago. Sentí cómo la ira me consumía, y todo a mi alrededor se teñía de rojo. Una corriente caliente me arrastró hacia atrás.

Pero entonces, la voz de Melanie me alcanzó en medio del caos.

—El daño se lo haré si no hago lo que Anthony me pida, Candace.

Sus palabras me anclaron de nuevo. Me sostuve, luchando contra la fuerza que intentaba apartarme.

—Él va a meterlo preso —confesó en un susurro.

Candace parpadeó, atónita. Por un segundo, pareció debatirse entre el miedo y la furia, pero luego, con un gesto decidido, destapó el frasco.

—No seas estúpida, Melanie. No puede hacerlo. ¿No te das cuenta?

Antes de que pudiera detenerla, volcó las pastillas en el inodoro y bajó la palanca con un movimiento seco y definitivo.

Los ojos de Melanie reflejaban puro terror. Y yo… yo también lo sentí.

No podía dejar que ganara. No permitiría que apartara a Melanie de mí.

Aproveché su distracción y me lancé sobre ella con toda mi rabia. Mi energía impactó contra su cuerpo en un empujón seco. Candace tropezó, tambaleándose, y dejó escapar un jadeo ahogado. Su asombro fue un espectáculo.

Melanie, con los ojos abiertos como platos, miró en todas direcciones, buscando una explicación racional para lo imposible. Me complació verla así: asustada, dudando.

Pero no fue suficiente.

Candace reaccionó con una determinación feroz. Sin titubear, tomó a Melanie de la mano, la arrastró hasta el armario y sacó un bolso. Sus movimientos eran rápidos, desesperados, mientras empujaba ropa dentro con manos temblorosas.

—No puedes hacerme daño, Anthony —gruñó entre dientes—. No te tengo miedo.

Ese desafío me enloqueció. Me lancé otra vez, intenté tocarla, detenerla, hacerla callar. Pero fallé.

Algo estaba cambiando.

No había rojo, ni negro. No sentí el ardor de la ira ni la fuerza de la oscuridad. Me seguía sosteniendo en ese mundo, en esa casa, pero algo dentro de mí se quebraba.

El pánico me invadió. ¿Por qué no podía alcanzarla? ¿Por qué no podía hacerles daño?

Y entonces lo entendí.

No era rabia lo que dominaba mi esencia en ese momento. Era miedo. Un miedo crudo, profundo, inmenso.

Si Melanie se iba… yo desaparecería.

Una pregunta cruzó mi mente con la fuerza de un trueno: ¿A dónde iré?

Me estremecí. Sabía la respuesta. Con todo lo que había hecho, la luz jamás volvería a buscarme.

El rojo era mi única alternativa. Y ese rojo quemaba.

No pude detenerlas.

Las vi cruzar la puerta, dejando la casa en un silencio demoledor. Dejándome atrapado entre el presente y la nada.

Y entonces supe la verdad.

El verdadero infierno no era el fuego que me esperaba más allá.

El verdadero infierno sería quedarme aquí.

Solo.

Olvidado.

CAPÍTULO 23

El Aniversario

MELANIE

El tiempo se había convertido en un río silencioso que corría sin que yo percibiera curso. Sumida en mi nueva realidad, cada día transcurría sin que mi memoria lo pudiera capturar, borroso y sin forma. No fue hasta que Candace irrumpió en la casa, con el aire frío de diciembre aferrándose a su ropa, que comprendí cuánto había pasado. Casi cuatro meses desde la última vez que vi a Julien. Cuatro meses de ausencia, de silencio, de un vacío que se expandía en mi pecho.

Tomé el teléfono con manos temblorosas y marqué su número, conteniendo la respiración mientras el tono de llamada resonaba en mis oídos. Buzón de mensajes. De nuevo. No era una sorpresa. ¿Por qué habría de seguir esperándome? ¿Por qué mantendría viva una esperanza sin sentido, sin una sola palabra que explicara mi desaparición? Y aunque intentara hacerlo, y le contara la verdad —toda la verdad—, sonaba tan absurda que incluso yo misma dudaba de ella.

El miedo persistía. Las amenazas de Anthony aún pesaban sobre mi conciencia, así que decidí comunicarme con Connor. Necesitaba saber si el peligro seguía acechando desde las sombras. Su voz llegó serena, pero contenida, como si midiera cada palabra. Me aseguró que todo estaba encaminado. El caso había llegado a la fiscalía y solo restaba esperar la resolución de la apelación. Su tono sugería optimismo, pero no se atrevió a prometerme nada.

Al colgar, una tormenta de emociones se desató en mi interior. La felicidad por Julien me golpeó con la misma intensidad con la que lo hizo la culpa. ¿Cuánto había soportado? ¿Cuánto había perdido? El dolor me rasgó el alma cuando imaginé que quizás nunca volvería a verlo. Sentí miedo, un pánico visceral que me hizo encogerme sobre mí misma. Pero, más que nada, me llené de una rabia caliente, densa, que me recorrió las venas.

Porque, pese a que todo lo sucedido con Anthony ocurrió en mi mente, en mis sueños, y no hubiera pruebas físicas que lo corroboraran, los recuerdos estaban ahí. Cada manipulación, cada palabra venenosa, cada forcejeo, cada momento en el que sentí que mi voluntad me era arrebatada... Todo había dejado una huella imborrable, mancillando lo que una vez fue puro y hermoso entre él y yo.

Entonces, el llanto me arrasó. No fueron simples lágrimas; fue un llanto desgarrador, una tormenta de sollozos que me dejó sin aire, que me dobló hasta hacerme sentir diminuta en medio de aquel vacío. No solo había perdido a Julien. También había perdido lo que alguna vez tuve con Anthony. Y, peor aún, había perdido una parte de mí misma.

Volver a terapia fue como abrir una ventana en una habitación sofocante. Desde la primera sesión, una idea se arraigó en mi mente, aferrándose como la única verdad capaz de permitirme seguir respirando sin que la culpa y el horror me devoraran por dentro: aquel espectro que habitaba en la casa no era Anthony.

Tal vez algún demonio había tomado posesión de su espíritu. Quizás sus propios monstruos internos lo consumieron hasta convertirlo en otra cosa. Pero, como sea que fuera, existían dos Anthonys: el hombre que vivió a mi lado y me hizo sentir amada, completa, la mujer más feliz del mundo, y esa sombra cruel que me manipuló, me doblegó y me arrebató mi propio reflejo. Separar a ambos me otorgó una paz frágil, pero real. Y por eso, me aferré a esa idea con todas mis fuerzas.

Había pasado varios días en el apartamento de Candace, sintiéndome un poco más ligera, aunque incapaz de reunir el valor para volver a esa casa. Lo postergaría hasta después de las fiestas. Me lo repetí como un mantra, prometiéndome que, mientras tanto, intentaría respirar sin que el pasado me asfixiara.

Así llegó la Nochebuena, y con ella, el peso de la ausencia de Julien se hizo insoportable. No pude más. Me vestí con torpeza, como si cada movimiento exigiera una energía que no tenía, y salí rumbo a la galería con la esperanza de encontrar algún rastro de él.

Holly me recibió con una sonrisa amable, pero su expresión cambió en cuanto mencioné su nombre. No sabía nada. Julien había viajado a Róterdam por un asunto familiar y le pidió que se encargara de la galería sin darle una fecha de regreso. Su voz era tranquilizadora cuando me prometió llamarme en cuanto tuviera noticias, y lo que dijo después me aferró al borde de la esperanza:

—No creo que haya tirado la toalla con ustedes.

La cena de Nochebuena transcurrió en calma. Por primera vez en mucho tiempo, mi mente se sentía más despejada. Desde que había dejado de dormir en la casa de Anthony, mis pensamientos parecían menos densos. La neblina pesada que habitaba en ellos finalmente comenzaba a disiparse. Extrañamente, dejar las pastillas tampoco fue difícil. La terapeuta me explicó que, debido a mi propio rechazo hacia ellas, mi cuerpo se protegió del efecto adictivo.

Durante la cena, el teléfono vibró en mi regazo. El nombre de Lou apareció en la pantalla y, por un instante, dudé en contestar. Pero lo hice. Conversamos de trivialidades, de cosas sin importancia, evitando cuidadosamente los bordes filosos de la verdad. No me atreví a contarle todo lo ocurrido, quizás porque, en el fondo, concordaba con ella: Anthony se había ido hacía casi un año.

Y lo que permanecía en esa casa… no era él.

Antes de colgar, Lou hizo una pausa y, con un tono suave, pero firme, me extendió una invitación inesperada. Su familia pasaría la Navidad en los Hamptons como cada año, y esta vez realizarían una pequeña ceremonia en honor al aniversario de la muerte de Anthony. Por eso, querían que yo estuviera allí.

Acepté sin pensarlo demasiado, a pesar de la molestia de mis padres, que veían en ello una forma innecesaria de revivir el pasado. Pero yo necesitaba estar segura, confirmar que lo que creía era cierto. Que Anthony —mi Anthony— estaba en el recuerdo y no en las sombras de aquella casa. Para no enfrentarme sola a lo desconocido, pedí a Candace que me acompañara, asegurándole que, si algo se tornaba incómodo, ella sería mi vía de escape.

A la mañana siguiente, partimos rumbo a los Hamptons. El viaje transcurrió en un silencio cargado de pensamientos que no compartí, y al llegar, justo al mediodía, la calidez con la que la familia de Anthony nos recibió me envolvió como un manto suave. No había pesadumbre en el aire, solo amor, recuerdos entrañables y la aceptación de que, aunque su hijo siempre sería extrañado, la vida debía continuar.

Lou me abrazó con tanta fuerza que casi me asfixia, y pese a mi queja, se negaba a soltarme.

Cuando por fin lo hizo, su madre nos dirigió a Candace y a mí a la habitación de invitados para dejar nuestras cosas y, posteriormente al comedor donde disfrutamos de un almuerzo tranquilo. Al terminar de comer, sentí la necesidad de alejarme un poco. La ceremonia por el aniversario de la muerte de Anthony sería en la noche, y no quería pasar el resto del día sumergida en un océano de memorias.

Así que caminé.

El viento salado despeinaba mi cabello mientras mis pies se hundían en la arena, que pese a estar casi congelada, no me afectaba. Se sentía demasiado bien la paz que transmitían las olas y la sensación de libertad que me rodeaba.

El paisaje era de una belleza serena, y podría decirse que hasta majestuosa. Aun así, mi pecho se sentía vacío. Era Julien a quien mi corazón clamaba. Y esa ausencia dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Pero el universo tiene su forma de responder a nuestros anhelos más profundos.

Y allí, entre la brisa marina y la luz dorada del sol reflejada en el agua, lo vi.

Al principio, pensé que mi mente jugaba conmigo. Que lo extrañaba tanto que mi imaginación me estaba traicionando, dibujando su silueta en medio del horizonte. Pero entonces, la imagen no se desvaneció.

Vestía una camisa blanca, ligera, ondeando apenas con la brisa, y un pantalón del mismo tono, arremangado hasta las rodillas, dejando sus pies desnudos sobre la arena. La luz lo bañaba con un resplandor casi irreal, etéreo.

Parecía un ángel caído del mismísimo cielo.

Pero no era un espejismo. No era mi imaginación.

Era Julien. En carne y hueso.

Él pareció pensar lo mismo que yo. Sus ojos se entrecerraron ligeramente, como si tratara de enfocar su vista y asegurarse de que no era una ilusión, de que yo realmente estaba allí, frente a él. La sorpresa se dibujó en su rostro primero, seguida de una pequeña sonrisa que iluminó su expresión, como si un rayo de sol hubiera atravesado la niebla de incertidumbre que nos envolvía.

No lo pensé, ni lo dudé.

Corrí hacia él. Me lancé a sus brazos, sin reservas, sin preguntas, sin miedos.

—No puedo creer que seas tú... que estés aquí —susurré entre lágrimas, sintiendo mi voz quebrarse bajo el peso de la emoción.

—Soy yo, Melanie. Estoy aquí —respondió, sin soltarme, sin permitirme dudar de su presencia.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, aferrándonos el uno al otro como náufragos que encuentran tierra firme después de una tormenta. No quería soltarlo, porque temía que, si lo hacía, todo se desvanecería. Pero eventualmente, nuestras manos se aflojaron, aunque nuestras miradas siguieron atrapadas en ese instante.

No sabía por dónde empezar. Había tantas palabras atascadas en mi garganta, tantas preguntas, tantas cosas que no me atrevía a decir. Julien lo entendió, y fue él quien rompió el silencio.

—No tenía idea, Melanie. Lo siento.

Su disculpa me descolocó. Fruncí el ceño, confundida.

—¿Por qué te disculpas?

—Prometí que no te dejaría caer —dijo, con la voz cargada de una tristeza que me apretó el corazón.

Lo miré con los ojos empañados y negué con suavidad, tomando sus manos entre las mías.

—No lo has hecho, Julien. Has sido tú quien me ha mantenido de pie.

No respondió. En lugar de eso, me abrazó de nuevo, más fuerte esta vez, como si quisiera asegurarse de que podía sostenerme incluso en mis fragmentos rotos.

Caminamos por la playa, dejando que la conversación fluyera sin presiones. Le conté lo que me había mantenido en la casa, aunque omití lo peor. No tenía el valor de decirle todo lo que Anthony me

hizo. Y cuando vi la impotencia arder en su mirada, supe que fue la decisión correcta. Si se lo contaba, lo destrozaría.

Él, en cambio, me habló de su viaje a Róterdam. Había sido por asuntos familiares, la venta de algunos bienes. Pero también pudo aprovechar la oportunidad para rendir declaraciones que fueron enviadas a París y añadidas a la investigación.

—Probablemente todo se resuelva en los próximos meses —me aseguró—. Y no hay manera de que ese monstruo que habita en la casa pueda hacer algo al respecto.

Asentí, aunque una parte de mí seguía temiendo. Pero en ese momento, bajo la luz dorada del atardecer y con Julien a mi lado, el miedo parecía distanciarse.

—¿Por qué apagaste tu teléfono? —pregunté, mirándolo con el ceño fruncido.

Julien suspiró y bajó la mirada por un instante antes de encontrar de nuevo mis ojos.

—Porque me tenías bloqueado, Melanie —su voz era serena, pero en ella se filtraba el rastro de una herida que aún no cerraba—. Y era una tortura ver que me escribían o llamaban y nunca eras tú.

Su confesión me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Sentí un nudo formarse en mi estómago.

—Te llamé —musité, como si eso pudiera cambiar algo.

Él sonrió levemente, con esa expresión dulce y melancólica que siempre me desarmaba.

—Sí, pero ver tu nombre en la pantalla no habría sido ni la mitad de especial de lo que ha sido verte aquí, en este paisaje —confesó.

El calor subió a mis mejillas, y por un instante, todo lo demás desapareció.

Pero entonces, una voz femenina interrumpió el momento.

—¡Julien!

La llamada vino desde el porche de una de las casas cercanas. Él volteó y levantó una mano a modo de respuesta antes de girarse hacia mí con una sonrisa.

—Ven, quiero presentarte a alguien —dijo, extendiéndome la mano.

Asentí sin dudarlo y me dejé guiar. Sentir su palma envolviendo la mía era reconfortante, como si, después de tanto tiempo, hubiera encontrado el lugar al que pertenecía.

Cuando llegamos a la casa, una mujer de alrededor de treinta años, con cabello oscuro y ojos verde olivo, me recibió con una calidez inesperada. Antes de que pudiera reaccionar, me envolvió en un abrazo, como si me conociera desde siempre.

—Tú debes ser Melanie —dijo con una sonrisa sincera.

Miré a Julien con desconcierto, y él, al notar mi expresión, se apresuró a hacer las presentaciones.

—Melanie, ella es Olivia. Es la hermana de Owen, mi amigo y el arquitecto de la galería.

—Un placer, Olivia —dije, aún procesando la situación.

—El gusto es mío —respondió con entusiasmo antes de girarse hacia Julien—. Stephen ha estado preguntando por ti.

Él asintió con naturalidad.

—Voy por él.

Cuando Julien desapareció dentro de la casa, Olivia me miró con una expresión que no supe descifrar del todo. Sin decir mucho, me hizo un gesto para que la acompañara hasta la orilla.

Lo entendí de inmediato. Había algo que quería decirme.

Nos sentamos en la arena, dejando que la brisa marina nos envolviera. El sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla traía consigo una extraña sensación de calma. Era invierno, y el mar solía ser gélido en esta época del año, pero no sentía frío. Tal vez porque dentro de mí aún ardía el calor de haber encontrado a Julien, o tal vez porque mi percepción del mundo estaba cambiando.

—Julien me ha hablado mucho sobre ti —dijo Olivia, rompiendo el silencio con una voz suave pero segura.

La miré, sorprendida, y simplemente asentí.

—No es algo normal en él —continuó, con una leve sonrisa—. Nos conocemos desde hace tiempo, y Julien siempre ha sido reservado con sus asuntos personales. Pero contigo... contigo es diferente. Quizás porque conoce mi historia y cree que puedo ayudarte.

Mis dedos jugaron con los granos de arena, dibujando formas sin sentido mientras intentaba procesar sus palabras. No sabía cuánto le había contado Julien, y la incertidumbre me hizo sentir una punzada de vergüenza.

—Entiendo… —murmuré, sin estar segura de qué más decir.

Olivia percibió mi incomodidad y, con una dulzura genuina, agregó:

—Por favor, no le reclames nada. Te juro que solo quiero ayudarte.

Sus palabras me tranquilizaron, así que simplemente asentí, dándole permiso tácito para continuar.

—Hace ya algunos años, conocí a un chico —comenzó, con la mirada perdiéndose en el horizonte—. Bueno, más bien… lo reconocí. Porque él había formado parte de mis vidas pasadas.

Me quedé en silencio, intrigada. Su tono no era el de alguien que hablara en metáforas o con exageraciones. Hablaba con la certeza de quien ha vivido algo que escapa a toda lógica.

—De inmediato pensé que era mi alma gemela —susurró, como si revivir aquel recuerdo le causara un dolor profundo—. Pero no era así.

Sus palabras flotaron en el aire, cargadas de significado. Yo solo quería que siguiera hablando.

—Verás, no fue hasta que viví mi historia con Joe que entendí algo fundamental: no todos los amores de nuestro pasado son los correctos. A veces, la vida solo busca darnos la oportunidad de cerrar un círculo que quedó inconcluso en otra existencia. Joe y yo nos hicimos mucho daño… y entonces apareció Nate, mi esposo. Él me salvó. Me dio todo lo que mi alma anhelaba.

Escuché cada palabra con el corazón latiéndome en la garganta. La historia de Olivia tenía una belleza melancólica, como si hablara de destinos que se entrelazan, pero que a veces deben soltarse para permitir que algo nuevo florezca.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté en un susurro—. ¿Cómo supiste que Nate era el indicado?

Olivia inspiró profundamente antes de responder, su mirada reflejando un torrente de recuerdos.

—Mi alma habló por mí. Mi corazón también lo hizo. Con él me sentía segura, protegida… y terriblemente atraída. Nate rompió todos mis esquemas y, en lugar de reconstruirme según su molde, me ayudó a crear mi propio destino.

Sus palabras me llegaron tan hondo que sentí un escalofrío recorrerme por completo. La historia de Olivia me conmovía en lo más profundo, porque en algún lugar de mi ser, anhelaba sentir esa certeza.

—Anthony era maravilloso, Olivia… —musité con un nudo en la garganta—. Me duele pensar que no fuera mi alma gemela. Pero, al mismo tiempo, siento que la conexión que tengo con Julien no es de

este mundo. Va más allá de todo. Desde el primer momento en que escuché su voz, fue así.

—No hay una sola alma gemela, Melanie —respondió Olivia con dulzura—. Las almas viajan en grupo, y es posible que esa conexión que sentiste con Anthony provenga de otra vida… o tal vez no. Pero Anthony murió, y si han de reencontrarse, será en otro tiempo, en otro lugar. Un espíritu anclado a la vida que le fue arrebatada ya no es el reflejo de la persona que una vez fue. Se convierte en algo más… en algo que debe encontrar su paz para evolucionar o para volver a nacer y aprender lo que le corresponda.

Sus palabras resonaron en mí con una fuerza inesperada.

—¿Entonces Julien podría ser mi alma gemela? —interrogué con premura, como si temiera que se nos agotara el tiempo para hablar de aquello.

Olivia me sostuvo la mirada y sonrió con suavidad.

—Creo que, en el fondo, ya lo sabes —respondió con una certeza que me desarmó—. Pero lo más importante es que entiendas que amar a Julien no hará que lo hermoso que viviste con Anthony desaparezca. Una cosa no excluye la otra. Y, sobre todo, Melanie… tú no tienes la culpa de nada.

Sus últimas palabras se clavaron en mi alma como un bálsamo y una herida al mismo tiempo. No tenía la culpa. ¿Podría, algún día, aprender a creerlo?

—Ha sido difícil convencerme de que no tengo la culpa. Es un sentimiento constante, un peso que no se ha disipado, ni siquiera después de lo que he vivido… de todo lo que he sufrido —confesé, sintiendo cómo la brisa me rozaba la piel, trayendo consigo un frío que no era solo físico, sino emocional.

Olivia me miró con compasión, aunque también con una firmeza que me hizo sentir comprendida.

—Pero no es tu culpa, Melanie. Y Anthony, cuando vuelva a ser él, lo entenderá. Su espíritu está atrapado, aferrado a lo que fue, a lo que perdió. Y algún día, en otra vida, puede que se encuentren de nuevo… quizás como amigos, como hermanos, como almas que se reconocen. Aunque para eso, debe evolucionar. Y para evolucionar, necesita partir. Sus seres queridos tienen que ayudarle a despegarse de este mundo, a romper cualquier conexión que lo retenga.

Sus palabras revelaron una verdad que de alguna manera ya intuía, pero que hasta ahora no había logrado aceptar. Algo dentro de mí se ajustó, como si una pieza clave encajara en el rompecabezas de mi dolor. Inspiré profundamente, dejando que esa comprensión se asentara en mi interior.

—Lo entiendo —dije al fin, con la voz un poco temblorosa—. De verdad, lo entiendo.

Le agradecí a Olivia con todo mi corazón. Su historia, su sabiduría y su forma de ver la vida me habían dado algo que ni siquiera sabía que necesitaba: paz. Prometí volver algún día, cuando las tormentas hubieran menguado y el peso de todo esto fuera más llevadero.

Al despedirme de Julien, opté por hacerlo sola. No quería que me acompañara a la casa de los padres de Anthony. Necesitaba procesarlo todo por mí misma. Pero, apenas había dado cinco pasos, el sonido de mi teléfono me hizo detenerme. Un mensaje. De Julien. Sonreí sin siquiera leerlo. Su presencia era un ancla en mi vida, un faro en medio de la niebla. Y eso me reconfortó más de lo que podía explicar.

Esa noche, el cielo de los Hamptons se iluminó con los destellos cálidos de los globos linterna que encendimos en honor a Anthony. Cada uno de nosotros susurró un deseo, una despedida, una oración. Para mí, fue un corte invisible pero definitivo entre el pasado y el presente. Un cierre. Una rendija de luz en la oscuridad.

Mientras veía las luces flotar y desaparecer en el firmamento, sentí que algo dentro de mí se despedía, aunque el escalofrío en mi piel

me recordaba que la presencia en aquella casa no mostraba intención de marcharse todavía. Pero lo haría. Tenía que hacerlo.

Las palabras de Olivia se quedaron conmigo, resonando en mi mente mucho después de que la última linterna se perdiera en el cielo. Mi conexión con Julien era innegable, tan palpable que hasta Lou lo percibía. Aunque aún no quisiera ponerle un nombre a lo que sentía por él, ya lo reconocía: era fuerte, era real, era inevitable.

Y, al final, me dio alivio pensar que tal vez, en otra vida, Anthony y yo volveríamos a encontrarnos. No como lo que fuimos, pero sí como lo que debíamos ser. Quizás como hermanos o como amigos inseparables. Porque en este presente, mi alma ya estaba irremediablemente conectada a Julien.

CAPÍTULO 24

El Beso

JULIEN

Después de aquel encuentro casi mágico en los Hamptons, Melanie y yo comenzamos a hablar con frecuencia. Las noches se alargaban entre mensajes y llamadas, nuestras voces llenaban los silencios de la madrugada, y cada conversación era un puente que nos acercaba más. Había en sus palabras una nueva luz, tenue pero persistente, como el amanecer después de una larga tormenta.

Un día, le propuse que regresara a las clases. Esta vez, no como una terapia para sanar su dolor, sino por amor al arte en su estado más puro. Ella aceptó, pero con una condición: quería que las clases fueran únicamente de arte, sin la carga de lo que había ocurrido. No porque el trauma hubiera desaparecido —las heridas profundas no sanan de la noche a la mañana—, sino porque necesitaba recuperar su esencia sin que su pasado la definiera por completo.

Aún tenía días difíciles. Había momentos en los que la sombra del miedo la alcanzaba, especialmente cuando debía volver a aquella casa en busca de algo. Pero seguía en terapia, enfrentando sus temores con una valentía que me dejaba sin aliento. Y poco a poco, casi imperceptiblemente, estaba reconstruyéndose.

Verla en las clases era un deleite. Cada instante que pasaba, su arte se volvía más profundo, más suyo. Sus cuadros hablaban, contaban historias con una fuerza desgarradora y una belleza que me maravillaba. Su técnica evolucionaba con cada pincelada, su estilo se

definía con una claridad que me hacía estar seguro de que, tarde o temprano, muchos querrían ver sus obras.

Por eso, cuando el MoMA le ofreció recuperar su puesto como curadora, no dudé en animarla a aceptar. Pero había algo que no podía permitir que dejara atrás.

—Tienes que prometerme que no abandonarás tus clases —le pedí, mientras estábamos en la galería, en una de esas tardes que ya eran nuestra costumbre. Intenté no sonar ansioso, pero la verdad era que la idea de no verla con la misma frecuencia me inquietaba más de lo que quería admitir.

Melanie levantó la vista de su lienzo y me dedicó una sonrisa que hizo que mi corazón latiera más rápido. Una sonrisa cálida, sincera, de esas que parecen abrazarte por dentro.

—Julien, no hay forma de que deje de venir —aseguró—. No dejaremos de vernos, te lo prometo.

Llevábamos casi cuatro semanas viéndonos, desde nuestro reencuentro en los Hamptons, y en ese tiempo, Melanie se había convertido en una constante en mi vida. Dos veces por semana, su presencia llenaba la galería con su arte y su risa suave, y sin falta, yo la acompañaba a sus sesiones de terapia. Era como si estuviéramos trazando un nuevo camino juntos, uno en el que el pasado no desaparecía, aunque sí se volvía más llevadero.

Pero dentro de mí algo ardía con fuerza. Mis ganas de besarla se habían vuelto insoportables, una necesidad que se aferraba a mi pecho con la misma intensidad con la que contenía el aire cuando la veía concentrada en sus pinturas, cuando inclinaba la cabeza al reír o cuando su mirada se posaba en mí con una ternura que no terminaba de descifrar. Lo había intentado un par de veces. Me inclinaba sutilmente hacia ella, y llegué a sentir su aliento rozar mi piel… pero siempre, en el último segundo, su nombre aparecía en el aire como un eco persistente. Anthony. Y entonces me detenía.

Estaba aterrado. Temía perder lo que ahora teníamos. Si me dijera que solo podía ser su amigo, aceptaría vivir con esta urgencia clavada en mi alma el resto de mi vida, con tal de verla a diario. Pero no podría soportar que se alejara de nuevo.

Ese día, en la galería, ocurrió otra de esas oportunidades en las que estuve a punto de dar el paso.

Ella sonreía, y yo sentí el mundo reducirse a su rostro, a la curva perfecta de sus labios. Mi corazón se aceleró, mis pies se movieron un poco más cerca, y entonces… miré a mi alrededor. Aún quedaban un par de estudiantes en la sala. No ahora, me dije.

El sonido del teléfono me arrancó de esa ensoñación. Lo tomé con rapidez, casi como una tabla de salvación para evitar hacer algo de lo que pudiera arrepentirme.

—¿Hola? —respondí.

—Julien, buenas noticias —dijo Connor, sin preámbulos.

La emoción en su voz me atravesó antes de siquiera escuchar las palabras.

—Ganamos. Tu sentencia fue anulada, tu nombre limpiado, y la prohibición de entrar a Francia ha sido revocada.

Me quedé en silencio por un momento. Lo esperábamos, habíamos luchado por ello, pero ahora que estaba ocurriendo, se sentía irreal. La vida me devolvía eso que me fue arrebatado, y, aun así, una sombra de melancolía se filtró en mi alegría. Anthony —el Anthony que había sido mi amigo— no estaba aquí para verlo. Para celebrar conmigo.

Era una victoria agridulce. Y cuando cerré los ojos y pensé en Francia, no vi las calles que extrañaba, ni a Katerine, ni siquiera a mi padre. Lo único que apareció en mi mente fue la imagen de caminar por París con Melanie a mi lado, sus dedos entrelazados con los míos. Y reconocí exactamente lo que quería.

—No sé qué decir, Connor… Mil gracias por no rendirte —murmuré, aún con el corazón latiéndome en la garganta.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente —respondió con voz calmada, dándome espacio para asimilarlo—. Por ahora, olvídate del papeleo. Solo celebra. En unos días te daré los detalles.

—Gracias —repetí, porque no hallaba otra palabra que resumiera todo lo que sentía en ese momento.

Corté la llamada y, al alzar la vista, encontré a Melanie observándome con el rostro iluminado por la curiosidad. Lo supo antes de que dijera nada. Mi expresión, mis palabras contenidas en la conversación, la tensión en mis hombros que de repente se disipaba… todo le había dado la respuesta.

—¿Y? —preguntó, inclinándose un poco hacia mí, expectante.

Tragué saliva, asimilando lo que acababa de ocurrir.

—Ganamos —fue lo único que pude decir.

Y en ese instante, ella explotó en un grito de alegría y se lanzó a mis brazos sin pensarlo. Rodeé su cintura con fuerza, sintiendo su risa vibrar contra mi pecho, y la levanté un poco del suelo, girando con ella en el aire. Su cabello rozó mi mejilla, y su perfume, dulce y familiar, me envolvió en una burbuja donde solo existíamos nosotros dos.

Cuando la bajé, su mirada me atrapó. Había algo en sus ojos que no había visto con tanta claridad antes. No era solo felicidad o ternura. Era un reclamo silencioso, una pregunta no formulada que me golpeó con la fuerza de un viento tibio: ¿Por qué no lo has hecho antes?

La respuesta se clavó en mi pecho con la certeza de quien ha esperado demasiado tiempo.

Ya no podía seguir reteniendo lo inevitable. No podía permitir que el miedo me dictara los pasos.

Así que me acerqué.

Y la besé.

El mundo se desvaneció en el instante en que sus labios tocaron los míos. Sin titubeos. Me recibió con la misma urgencia contenida que ardía en mí, como si los dos hubiéramos esperado demasiado por ese momento.

Sus manos subieron a mi cuello, y las mías se aferraron a su cintura, acercándola más, queriendo decirle, sin palabras, todo lo que mi alma gritaba. Mezclé la necesidad con la ternura, el deseo con la gratitud. Y ella entendió.

Se dejó llevar.

No era solo un roce tímido de nuestras lenguas, era una danza ardiente, un encuentro donde el deseo y la ternura se entrelazaban en perfecta armonía. La besé con todo lo que llevaba dentro, con años de contención y emociones atrapadas, con la certeza de que ese momento no podía haber sucedido de otra forma ni en otro tiempo.

Dios mío. La amo. La amo.

El pensamiento irrumpió en mi mente con la fuerza de un trueno, sacudiéndome por completo. Dios, no permitas que se aleje de mis brazos nunca, rogué en silencio.

Sus dedos se deslizaron hasta enredarse en mi cabello, aferrándose a mí como si supiera que yo estaba dispuesto a sostenerla para siempre. Nos separamos apenas una fracción de segundo, solo lo justo para tomar aire, y entonces vi su sonrisa. Esa sonrisa que decía “por fin” sin necesidad de pronunciar palabra alguna.

Comprendí, en ese instante, que había esperado el tiempo exacto. Que, si lo hubiera hecho antes, quizás la culpa o el miedo habrían empañado un momento tan sublime como aquel. Ahora, sin embargo, lo único que existía era ella y el deseo de que este nuevo inicio estuviera lleno de luz.

En ese instante, con su aliento aún danzando sobre mis labios, supe que no había nada en el mundo que deseara más que verla brillar. No podía conformarme con ser solo un espectador de su talento. Quería verla alcanzar sus sueños, ayudarla a cruzar el umbral de su propia grandeza.

—Hagamos una exposición —solté de pronto.

Sus ojos reflejaron confusión.

—¿De qué hablas? —preguntó sin apartarse de mis brazos.

—Sé que trabajar en un lugar tan prestigioso como el MoMA es un logro inmenso para ti —afirmé, acariciando la curva de su espalda—. Pero también sé lo que tus pinturas provocan en quienes las observamos. Es momento de que los demás lo vean. Estás lista para exponer tu arte.

Su cuerpo se tensó apenas un poco, y en sus ojos apareció esa chispa de duda que siempre surgía cuando se enfrentaba a la idea de mostrarse al mundo.

—¿Estás loco? —susurró—. Soy una novata. Y tú… tú eres alguien muy reconocido en el medio. Esto no te convendría. No quiero que lo hagas solo porque sientes algo por mí.

Solté una risa suave y negué con la cabeza, maravillado por su modestia.

—No lo hago por lo que siento por ti, Melanie. Lo hago porque eres increíble y el mundo merece ver lo que eres capaz de crear.

Ella titubeó, pero en el fondo de sus ojos vi la batalla entre el miedo y el deseo de creer en sí misma.

Y yo estaba dispuesto a recordarle, cada día, que tenía todo lo necesario para triunfar.

—Acabo de evidenciar lo que siento por ti, y por eso no lo limitaré con palabras en este momento —dije con una sonrisa que intentaba ocultar la intensidad de mis emociones—. Pero eso no tiene nada que ver con lo que quiero hacer, Melanie.

Su mirada dudosa me desafió, así que me acerqué un poco más, sosteniéndole la mano con firmeza.

—Créeme cuando te digo que esto no es un favor, ni una muestra de cariño sin fundamento. Me beneficiaré mucho de esta exposición. Porque cuando el mundo vea tu arte como yo lo veo, y por fin descubras la magnitud de tu talento, todo cambiará.

Melanie mordió ligeramente su labio, un gesto involuntario cuando algo la hacía dudar.

—No estoy segura…

—Hagámoslo —insistí con una determinación que no permitía retrocesos—. Y si no tiene éxito, si sientes que no es para ti, prometo no insistir. Tomarás tu trabajo en el MoMA o donde quieras y todo seguirá su curso. Pero al menos lo habremos intentado.

Ella suspiró, como si mi convicción la envolviera poco a poco.

—No creo que me esperen mucho tiempo… —musitó, aún indecisa.

Tomé su rostro entre mis manos con la mayor ternura posible.

—Melanie, lo harán —afirmé sin vacilar—. Y no porque yo lo diga, sino porque ahora saben lo buena que eres. Y si no es el MoMA, el MET abrirá sus puertas para ti. Te aseguro que lo harán.

Ella esbozó una sonrisa pequeña, pero llena de significado. Y entonces me besó.

Ese beso fue su respuesta, su aceptación contenida en un solo instante de conexión.

Más tarde, al darle las noticias a Tess por teléfono, su emoción fue inmediata y nos invitó a todos a una cena de celebración en su casa. Acepté sin dudar y, al colgar, envié un mensaje a Melanie.

"¿Cena con Tess esta noche? Celebraremos nuestros logros."

Su respuesta llegó casi al instante:

"Por supuesto. Nos vemos a las ocho."

Cuando pasé a recogerla, me encontré con una visión que me dejó sin aliento.

Melanie estaba radiante. Llevaba zapatos altos que realzaban su figura, una falda azul plisada larga que danzaba con cada uno de sus movimientos, y una blusa a juego del mismo tono, tan perfectamente combinados que parecía un vestido. La suavidad de la tela, el azul profundo resaltando su piel… todo en ella irradiaba una belleza serena y magnética.

—Estás… impresionante —murmuré sin poder evitarlo.

Ella sonrió con timidez, pero luego su mirada recorrió mi atuendo y su expresión se iluminó con un matiz de sorpresa.

—Tu corbata… —susurró, notando el mismo tono azul que llevaba ella.

—Parece que combinamos sin planearlo —comenté con un guiño, disfrutando del brillo en sus ojos.

Nos complementábamos. En más de un sentido.

Al llegar a la casa de Tess, la calidez del ambiente nos envolvió de inmediato. Connor, Owen y Chris ya estaban allí, junto con la familia de Tess. El murmullo de conversaciones animadas llenaba el espacio, y la luz tenue creaba una atmósfera íntima y acogedora.

Entramos tomados de la mano, sin vacilaciones ni incomodidades. Ni siquiera con Connor. Todos lo vieron venir.

Se sentía bien.

Ligero.

Genuino.

Familiar.

Melanie solo soltaba mi mano para comer, y, aun así, en ciertos momentos durante la cena, volvía a tomarla con delicadeza sobre la mesa, como si el contacto fuera una necesidad inconsciente, un ancla que nos mantenía unidos. Ese gesto, tan natural, tan espontáneo, me llenó de una calidez indescriptible.

Todos a nuestro alrededor irradiaban felicidad al vernos juntos. Incluso cuando Anthony fue mencionado en un par de brindis, no hubo sombras ni nudos en la garganta, solo un sentimiento puro de gratitud y recuerdo sincero. Por primera vez en mucho tiempo, sentí paz. Una plenitud absoluta me envolvió, como si, después de tanto caos, finalmente estuviera donde debía estar.

No quise dar por terminada la noche al salir de la casa de Tess. La idea de separarme de Melanie me resultaba insoportable, así que le propuse compartir una copa en mi loft.

No había insinuación en mi voz, ni en la suya al aceptar. No éramos dos personas precipitadas por la urgencia del deseo, sino dos almas enamoradas que simplemente querían alargar el tiempo juntos, sin prisa, sin expectativas, porque lo que sentíamos era más grande que cualquier impulso inmediato.

Podría pensarse que, después de la forma en que perdió a Anthony, comenzar algo conmigo sin temor sería imposible para Melanie. Pero no lo fue. Había algo en nosotros que se sentía como un reencuentro predestinado, un lazo que existía antes incluso de que fuéramos conscientes de él.

Al cruzar la puerta de mi loft, Max corrió a recibirme como siempre, pero en lugar de mí, fue ella quien lo atrapó en un abrazo. Sus manos recorrieron su pelaje con dulzura, y el perro, hipnotizado por sus caricias, respondió con la misma devoción. Me quedé observándolos, sonriendo ante la escena.

Guardé su abrigo y descorché una botella de vino. Serví dos copas y nos sentamos en el sofá, envueltos en un silencio cómodo que no pedía ser llenado. A cada mirada que intercambiábamos, ella sonreía, y eso bastaba.

Nos besamos de nuevo. Fue un beso sin urgencia, sin miedo, pero con una intensidad que me robó el aliento. Nuestras manos se encontraron en un juego de caricias, explorándose con esa mezcla perfecta de dulzura y seducción. Sentí cómo cada roce electrizaba mi piel, cómo cada suspiro de ella alimentaba mi deseo.

Conversamos durante horas, entrelazando historias y besos, risas y caricias. No hicimos el amor aquella noche, pero fue más íntimo que cualquier encuentro físico. En ese espacio compartido, con el sabor de su boca aún en la mía y el calor de su cuerpo tan cerca, me sentí completo.

CAPÍTULO 25

Depresión

ANTHONY

Cuando Melanie cruzó la puerta y desapareció de mi vista, me hundí de nuevo en la oscuridad. Un abismo frío, asfixiante, un lugar sin tiempo ni forma, donde el silencio pesaba como una losa sobre mi alma. Temí que jamás pudiera volver de allí, que quedaría perdido para siempre en ese vacío. Pero, extrañamente, lo hice.

Regresé, sí, aunque solo a la casa. Una casa vacía, convertida en una tumba de recuerdos que me retenía como el único lazo que todavía me unía a esta existencia. Aquello no era vida ni muerte, era un castigo. Un limbo cruel donde el mundo seguía girando sin mí, donde el tiempo avanzaba indiferente a mi sufrimiento.

Al principio, luché. Me aferré con desesperación a cualquier vestigio de mi presencia, intenté hacerme notar, gritar, mover algo, lo que sea que demostrara que aún existía. Pero la casa permanecía inmutable, indiferente. Yo era un espectro atrapado en una jaula de paredes vacías y ecos del pasado.

Con el tiempo, comencé a verla. Melanie. Entraba y salía en minutos, como si el dolor jamás hubiera rozado su piel. Su sonrisa iluminaba cada rincón, su risa flotaba en el aire como una melodía que no podía alcanzar. Se veía más radiante que nunca, más hermosa, más viva.

Me observé a mí mismo, a mi sombra desvanecida, y comprendí la verdad más amarga: me había quedado atrás.

Los días se deslizaban en una secuencia inalterable de desesperación y resignación. Yo la miraba, la anhelaba, la llamaba con la fuerza de un huracán mudo, pero ella nunca se detenía. Nunca miraba atrás. No tocaba nuestra foto, ni pasaba tiempo observando nuestro hogar, parecía que no quería revivir ningún recuerdo.

El dolor fue insoportable. Me rompí en mil pedazos, grité en el vacío, lloré con una angustia insondable. Nada cambió.

Y entonces lo vi.

Julien.

Estaba allí, esperándola. Vi cómo ella se acercaba a él, cómo su mirada se iluminaba de una forma que yo ya no podía provocar. Entendí en ese instante lo que significaba.

Se habían encontrado.

Se habían elegido.

Y fue como si un puñal atravesara mi pecho y desgarrara lo poco que quedaba de mí.

No podía irme, no podía quedarme. Estaba atrapado en un purgatorio sin fin, donde el castigo no era el fuego ni la tortura, sino la condena de ver cómo el mundo seguía sin mí.

Los días pasaron en una bruma densa de desesperanza. Me arrastré por la casa como un fantasma sin propósito, consumido por el llanto y la angustia, vagando entre recuerdos que se desvanecían de una vida que ya no me pertenecía. Pero con cada amanecer sin luz y cada noche sin estrellas, fui comprendiendo algo aún más cruel.

No era solo Melanie quien me había dejado atrás.

Connor, mis padres, Lou… todos. Incluso Max. Ese maldito animal que alguna vez fue mío, que una vez corrió hacia mis brazos con devoción, ahora se había entregado a otro. A él. Aquel que una vez

llamé amigo y que poco a poco se fue convirtiendo en la figura que más odiaba en este mundo.

Ese odio fue lo único que me hizo sentir algo parecido a estar vivo otra vez.

Me aferré a él con desesperación, lo dejé crecer de nuevo en mi interior como una raíz venenosa que se enredaba en lo poco que quedaba de mi alma. Y en ese momento, algo cambió. Un instante fugaz, una chispa en la oscuridad. Mi rabia se manifestó en algo tangible. Un adorno del mesón se movió, apenas un temblor, un leve desplazamiento, pero suficiente para hacerme entender la verdad.

Ya no era el amor de alguien lo que me retenía en este mundo. No era la memoria de los que me habían amado. No era el duelo de los vivos lo que me encadenaba a este purgatorio.

Era un asunto inconcluso.

Y hasta que no lo resolviera, nunca encontraría descanso.

La oscuridad y el infierno que tanto temí ahora me parecían un refugio tentador, un destino misericordioso comparado con esta existencia vacía. Pero para llegar allí, debía alimentar esa sombra dentro de mí, dejar que me consumiera por completo.

Tenía que tomar mi venganza.

Si la luz y Dios ya no estaban conmigo, entonces abrazaría a aquel que sí lo estaba. Ese que se alimentaba del rencor, del dolor, de la desesperación.

Y solo cuando mi venganza estuviera completa, encontraría mi lugar en su reino.

CAPÍTULO 26

La Primera Vez

MELANIE

Al salir de aquella casa, aunque aún no tenía un lugar fijo al que llamar hogar, sentí que mi vida estaba volviendo a tomar forma. Cada paso fuera de esas paredes era un pequeño triunfo, un renacer. Todavía tenía días oscuros, momentos en los que la ausencia se sentía como un vacío infinito, pero la esperanza había regresado, y con ella, noches en paz y la dulce promesa de nuevos comienzos.

El reciente triunfo de Julien fue el último destello que me faltaba para comprender lo que realmente sucedía con Anthony en ese lugar. Durante tanto tiempo lo justifiqué, creyendo que eran fases del duelo convertidas en un ancla que me retenía. Pero ahora lo entendía con claridad: era manipulación, un reflejo de su propio dolor. Me estaba matando poco a poco, arrastrándome con él. Agradecí desde lo más profundo de mi alma haber vislumbrado ese hilo de luz a tiempo y solo deseaba con todas mis fuerzas que él también pudiera encontrarlo, que lograra liberarse de la oscuridad que lo retenía.

Después de mucho pensarlo, tomé el teléfono y llamé a sus padres. Sentí un nudo en el estómago mientras les pedía reunirnos.

Nos encontramos en un pequeño local, un lugar acogedor con el aroma del café recién hecho impregnando el aire, el murmullo de conversaciones ajenas llenando los silencios incómodos entre nosotros.

No les expliqué lo que había sucedido con Anthony en esa casa. No hablé de susurros en la oscuridad, de sueños rotos atrapados entre esas paredes. Solo les dije lo que en mi corazón sabía que era cierto: que Anthony no descansaba, que su espíritu seguía aferrado a ese lugar, y que, para permitirle partir, debíamos dejarlo ir nosotros también.

Les propuse vender la casa.

Kristen, su madre, bajó la mirada. Sus dedos temblaron alrededor de la taza de porcelana antes de asentir con un suspiro quebrado. No lo habían hecho por mí, pero ahora les daba mi consentimiento. Era tiempo.

Tomé aire, sintiendo el peso del momento, y me desabroché la cadena que colgaba de mi cuello. Lentamente, coloqué el anillo de compromiso sobre la mesa y lo deslicé hacia ella. Kristen me miró con un dolor que iba más allá de las palabras, que se reflejaba en sus ojos vidriosos y en la forma en que apretó los labios, conteniendo un sollozo.

—Deberías conservarlo, Mel —susurró, con la voz ahogada por la tristeza.

Negué con la cabeza, sintiendo una punzada en el pecho.

—No me parecería justo, Kristen.

Armand, su esposo, me observó con una mezcla de comprensión y curiosidad. Kristen también lo hizo, esperando una explicación.

Inspiré profundamente, sosteniendo la mirada de ambos.

—Estoy saliendo con alguien más.

Las palabras flotaron entre nosotros, pesadas y definitivas. No me tembló la voz al decirlo. No sentía culpa, solo verdad.

Kristen asintió con tristeza, pero en sus ojos no había reproche. Tomó mi mano entre las suyas con la calidez de una madre que comprende más de lo que dice.

—La muerte de Anthony casi me llevó con él —confesé, sintiendo cómo la verdad me liberaba un poco más—. El último año ha sido el peor de mi vida.

—Lo sabemos, cariño —murmuró Kristen, apretando mi mano con ternura.

Un nudo se formó en mi garganta, pero sonreí con nostalgia.

—Nunca dejaré de amarlo —dije con firmeza—. Anthony siempre será parte de mí.

Kristen me miró con infinita dulzura, como si supiera lo difícil que había sido llegar hasta aquí.

—Pero debes seguir adelante —afirmó.

Su voz no titubeó. Sus palabras fueron un bálsamo, un permiso que quizás no necesitaba, pero que agradecí con todo mi ser.

Supe con certeza que había tomado la decisión correcta.

Acordamos que yo empacaría mis cosas y seleccionaría lo poco que quería conservar de Anthony. La verdad era que no necesitaba objetos materiales para recordarlo; prefería llevar conmigo los momentos compartidos, las risas espontáneas, las palabras que alguna vez fueron promesas. Quizás unas pocas fotografías, algún regalo significativo, pero nada más. Lo demás estaría en manos de Lou, quien se encargaría de donar, vender o quedarse lo que quisiera.

Sus padres, con el peso del duelo aún anclado a sus corazones, prefirieron mantenerse al margen. Para ellos, atravesar esa casa llena de recuerdos habría sido demasiado doloroso. Por ello, Owen y

su equipo se encargarían de los arreglos finales antes de poner la propiedad en venta.

Mientras me alejaba de ese capítulo de mi vida, sentí una extraña mezcla de melancolía y alivio. No era solo Anthony quien necesitaba soltar, sino también yo. Aquello representaba el cierre definitivo, el corte limpio que me permitiría liberar la culpa que me había oprimido por tanto tiempo y, por fin, abrirme a un futuro con Julien.

De vuelta en la galería, con esa sensación de haber soltado un peso enorme —aunque aún se sintiera latente—, me sumergí en mi refugio: la pintura. Frente al lienzo, dejé que los sentimientos fluyeran a través de cada pincelada. Creaba algo con ilusión, con esperanza, pero también con rastros de sombras y destellos de incertidumbre. El sol se insinuaba en el horizonte del cuadro, sobre un paisaje que no estaba segura si representaba un sueño difuso o una pesadilla velada por la penumbra.

Algo faltaba.

Me mordí el labio, ladeando la cabeza mientras observaba la obra con ojos críticos, intentando descifrar lo que aún no lograba plasmar.

Entonces, Julien llegó.

Era tarde, pero su presencia llenó el espacio como siempre lo hacía. Se acercó a mi espalda y contempló el lienzo en silencio. Su mirada recorrió cada trazo, cada matiz de color, tratando de leer en ellos mis emociones más profundas.

—¿Qué sucede? —preguntó con suavidad.

—Le falta algo —murmuré, frunciendo los labios, frustrada por no poder encontrar la pieza que encajaba.

Julien inclinó la cabeza, observando con detenimiento.

—Creo que solo necesitas realzar algunos detalles —dijo tras unos segundos—. Que pase de ser un sueño borroso a un despertar con

ilusión y esperanza.

Lo miré, y sonreí.

Siempre lograba entenderlo todo antes que yo misma.

—Melanie…

Cuando pronunciaba mi nombre completo, algo dentro de mí se estremecía. Nunca me llamaba "Mel", siempre decía "Melanie", con esa cadencia pausada que hacía que mi piel se erizara. No era un simple gesto; era suyo, era parte de él.

—Julien… —respondí, imitándolo con una sonrisa juguetona.

Se inclinó un poco más hacia mí, con esa mirada intensa y segura que me atrapaba.

—Quiero invitarte a cenar —dijo—. Esta noche.

—¿Es una cita? —pregunté, sintiendo una mezcla de anticipación y nerviosismo.

Julien esbozó una sonrisa, esa que lograba derretirme.

—Lo es —afirmó con seguridad—. Ya es hora de que tengamos nuestra primera cita, ¿no crees?

Asentí, con el corazón latiendo más rápido de lo normal. Posó sus labios sobre los míos, y nos perdimos en un beso.

Si hubiera sido por mí, habría abandonado el cuadro a su suerte y me habría quedado en sus brazos el resto del día. Pero Julien tomó el control, guiándome de vuelta a la pintura, recordándome que cada trazo contaba una historia que debía terminar.

Cuando por fin di el último pincelazo, supe que lo había logrado. Era justo lo que mi corazón quería plasmar. La obra exudaba esperanza, pero también la sombra de todo lo que había dejado atrás. Y, al

contemplarla, sentí que, poco a poco, el síndrome del impostor que a veces me paralizaba se desvanecía.

Con una sensación de logro flotando en mi pecho, salí de la galería rumbo al apartamento de Candace. A partir de ahora, ese sería mi hogar definitivo. Ella prácticamente vivía con su prometido, y su boda estaba cada vez más cerca. Había pospuesto la fecha por mi situación, preocupándose por mí más de lo que debería, pero ahora que yo misma le pedía seguir adelante, se dedicaba a los preparativos con entusiasmo.

Pasé la tarde entre nervios y emoción, organizando cada detalle para la cita. Me arreglé con esmero, disfrutando el proceso, sintiendo la anticipación de lo que estaba por venir. Y dentro de mí, en lo más profundo, supe que había llegado el momento. Quería entregarme a Julien con cada parte de mi ser.

Traté de no pensar demasiado en Anthony, aunque su presencia seguía latente, ocupando un pequeño rincón de mi alma. No podía evitarlo, porque sentía que él aún no había encontrado la paz.

Seguía viviendo con la convicción de que existían dos versiones de Anthony: el hombre del que me enamoré, el ser noble, generoso y lleno de amor con el que compartí tantos sueños… y la sombra en la que se había convertido cuando la vida le arrebató su felicidad. Y, pese al rechazo que todavía sentía por lo ocurrido, deseaba con todas mis fuerzas que encontrara su camino de regreso a la bondad.

Cuando ya solo faltaban unos últimos retoques para terminar mi atuendo, mi celular vibró con un mensaje.

"Estoy afuera."

Mi corazón dio un vuelco.

Era hora.

Me apliqué el perfume con una última caricia en mi cuello y retoqué el gloss sobre mis labios. Al mirarme en el espejo, una chispa de

emoción vibró en mi interior. Respiré hondo y salí a su encuentro.

Julien estaba allí, apoyado con naturalidad contra el auto, irradiando esa presencia elegante y serena que me hacía sentir en casa. Llevaba una camisa que resaltaba aún más el azul profundo de sus ojos, y cuando me miró, con esa intensidad que hacía que todo lo demás se difuminara, sentí un cosquilleo recorrerme la piel. Me derretí, sin remedio.

Nos saludamos con un beso suave, una caricia fugaz que dejó un calor persistente en mis labios. Luego, con su inquebrantable cortesía, me guio hasta el asiento del auto y cerró la puerta con delicadeza antes de rodear el vehículo.

El restaurante al que me llevó me resultaba desconocido, aunque, según me contó, tenía años ganando reconocimiento. Me explicó que el dueño era socio del esposo de Olivia y que él mismo había participado en la decoración. Su comentario me pareció curioso, pero lo entendí en cuanto crucé la entrada.

Las paredes estaban llenas de arte. Cada una exhibía un cuadro distinto, reinterpretaciones de piezas clásicas con variaciones que llevaban el sello inconfundible de Julien. Era como caminar dentro de una galería viva, donde el arte no solo se observaba, sino que formaba parte de la atmósfera, envolviendo a los comensales en su esencia. Me quedé absorta, maravillada.

—Esto es increíble —susurré, recorriendo con la mirada cada pincelada, cada color.

Él sonrió, con esa humildad que siempre me sorprendía, y me guio hasta nuestra mesa.

El lugar era hermoso, elegante, con una iluminación tenue que resaltaba los tonos cálidos de la madera y el brillo de las copas dispuestas con precisión sobre los manteles. Y cuando llegó la comida, la experiencia se completó: cada bocado era una obra maestra en sí misma.

La velada transcurrió como un sueño. Hablamos de todo y de nada, compartiendo risas, recuerdos, y pequeños gestos de cariño—un roce de manos, un beso robado entre palabras, una caricia fugaz bajo la mesa que me encendía por dentro.

Conversamos sobre momentos difíciles, mi tiempo en París, y de la reunión con los padres de Anthony, tema que surgió cuando Julien se percató de que ya no llevaba el anillo. Lo miré a los ojos mientras le contaba, sintiendo que otro capítulo de mi vida se cerraba con cada palabra.

Por su parte, él compartió lo que aún lo atormentaba: la incertidumbre sobre su padre. A pesar del tiempo, la ausencia seguía pesando en su mente. Me confesó que había recurrido a Connor y contratado un detective privado para intentar encontrar respuestas.

Pero luego, como si ambos supiéramos que el pasado ya no tenía derecho a robarle espacio al presente, la conversación viró hacia el ahora. Julien no dejaba de decirme cuánto le gustaba, cuánto le aceleraba el corazón. Y yo sentí que el mío latía al compás del suyo, sin miedos, sin dudas. Solo con la certeza de que, en ese momento, todo era exactamente como debía ser.

Cuando nos acomodamos en el auto horas después, el silencio entre nosotros no era incómodo, sino cargado de electricidad.

Giré ligeramente el rostro hacia él y, sin poder contenerme, dejé que mi deseo hablara por mí.

—No quiero que la noche acabe —susurré. Sentía el pulso acelerado y el calor subiendo por mi pecho—. Quizás podrías darme una clase especial, Julien… En otro lugar. En tu loft, tal vez.

Mi propia audacia me tomó por sorpresa. Las palabras parecieron colgar en el aire, y el rubor encendió mis mejillas antes de que pudiera evitarlo. Pero él no respondió de inmediato. En su lugar, me miró con esa intensidad suya, y entonces sonrió, esa media sonrisa traviesa que me derretía, y puso el auto en marcha.

El trayecto hasta su loft fue un cúmulo de anticipación contenida. Sentía el pecho apretado y los nervios danzando en mi estómago, pero más que eso, sentía la certeza de quererlo, de dejarme llevar.

Tan pronto cruzamos la puerta de su hogar, la energía entre nosotros se convirtió en un torbellino imposible de frenar. Antes de que pudiera procesarlo, mis labios ya buscaban los suyos, desesperados por fundirse en un beso. No quería que le quedara duda alguna sobre el tipo de clase que esperaba recibir.

Julien respondió con la misma pasión. Me atrapó entre sus brazos con firmeza, su calor envolviéndome, sus labios devorando los míos con una mezcla de urgencia y devoción. No había escapatoria, pero tampoco la quería. Me entregué al momento, al deseo ardiente que nos consumía, al latido desbocado de mi corazón.

A medida que el beso se intensificaba, imágenes fugaces estallaban en mi mente. La primera vez que lo vi en el MET, el instante en que nuestros caminos volvieron a cruzarse en el MoMA, escenas de sueños y recuerdos que nunca fueron, pero que de algún modo parecían parte de nuestra historia. Y entonces, dejé de pensar.

Abrí los ojos y me encontré con el ahora. Con él. Conmigo. Con la certeza absoluta de que no había otro lugar en el mundo donde quisiera estar.

Sus ojos azules mirándome, sus manos recorriendo mi cuerpo, y sus labios, llenándome de caricias. Lo deseaba, con todas mis fuerzas.

Nos despojamos de la ropa lentamente, casi sin darnos cuenta de cómo las prendas caían al suelo. Las caricias, el roce de su piel, todo encendía una chispa más en la hoguera de nuestra lujuria contenida.

Cuando finalmente me depositó en la cama, ambos estábamos completamente desnudos. La calidez de su cuerpo contra el mío me electrizó, un estremecimiento recorrió mi piel al sentir su aliento tan cerca, su mirada devorándome con intensidad. Ver cómo le afectaba mi presencia, cómo su cuerpo respondía a cada gesto, me desató

por completo. De pronto, no solo lo deseaba, sino que lo necesitaba. Quería llenarme de él, entregarme sin reservas, fundirnos en ese momento sin pasado ni futuro, solo nosotros, aquí y ahora.

Su boca reclamó la mía en un beso profundo, apasionado, pero sin prisa. Aunque nunca habíamos intimado, parecía reconocer cada recoveco de mi cuerpo, haber memorizado mis puntos de placer en un mapa invisible, y ahora se dedicaba a explorarlos con maestría. Su lengua, sus manos, el roce de su piel contra la mía… Todo me hacía temblar, encendiéndome hasta la locura.

No quise ser solo receptora de su placer, quería conocerlo de la misma forma en que él me descubría a mí. Mis dedos recorrieron su abdomen firme, descendiendo con lentitud hasta encontrar su erección. La envolví con mi mano, explorándolo, sintiendo su respiración entrecortarse, su expresión revelarme lo que sus labios no decían. Con sus jadeos, sus susurros ahogados, entendía que mi toque también lo desarmaba.

Mi boca descendió por su torso, saboreándolo con el mismo deleite con el que él había recorrido mi cuerpo momentos antes. Era un juego de reconocimiento, de entrega mutua. Y aunque no habíamos estado así en esta vida, se sentía como si nuestros cuerpos se conocieran desde siempre, como si estuviéramos destinados a este encuentro.

Julien abrió la mesita de noche y tomó un preservativo, pero cuando estuvo a punto de rasgar el envoltorio, puse una mano sobre la suya, deteniéndolo.

—Me cuido, Julien —susurré.

Él me miró fijamente por un segundo, como si quisiera leer más allá de mis palabras, y luego asintió. No dijo nada, pero lo supe. Sabía que él también estaba sano. Días atrás, en la galería, había recibido los resultados de sus exámenes anuales.

Soltó el paquete con un leve suspiro y volvió a inclinarse sobre mí, sus labios rozando los míos en una promesa silenciosa.

Y entonces, nos dejamos llevar.

Me tomó de la cintura y me guio sobre él, marcando un ritmo lento, casi reverencial. Sentirlo dentro fue un estremecimiento de placer y vulnerabilidad. Al principio, su dureza provocó una leve incomodidad, un roce punzante que pronto se transformó en pura conexión. Era como si mi cuerpo se amoldara al suyo, encontrando el equilibrio perfecto entre el deseo y la entrega.

Un gemido escapó de mis labios, seguido de otro más profundo, más intenso, hasta que el aire entre nosotros se llenó con el sonido de nuestra pasión.

—Te amo, Melanie.

Su voz grave y entrecortada atravesó cada fibra de mi ser.

—Yo también te amo, Julien.

Fue la primera vez que esas palabras cobraban vida en nuestras bocas, la primera vez que la verdad de lo que sentíamos se desplegaba sin miedo, sin barreras. Él lo había insinuado antes en pequeños gestos, en frases entre líneas, pero jamás con la certeza con la que ahora me lo decía. Y yo… ni siquiera me había atrevido a admitirlo ante mí misma.

El placer me recorrió como una ola creciente, una presión dulce que me llevó al límite hasta que exploté en un clímax avasallador. Julien detuvo el ritmo, dejándome respirar, sosteniéndome dentro de su abrazo mientras mi cuerpo aún temblaba con los ecos del éxtasis. Sentí su calidez, su control, la manera en que me protegía incluso en la rendición más absoluta.

Con una destreza sublime, me giró en la cama hasta quedar atrapada bajo su cuerpo. Sus embestidas retomaron su curso, profundas, pausadas al principio, como si quisiera prolongar el

momento, esculpir cada segundo en la memoria de nuestros cuerpos.

Su boca buscó mi cuello, uno de sus dedos dibujó círculos en mis pezones, encendiendo cada terminación nerviosa. Luego, descendió, atrapando mi cadera con firmeza, abriéndome más para él, para que su presencia dentro de mí alcanzara una profundidad vertiginosa, devastadora.

—No puedo más, Julien… —jadeé—. Voy a llegar.

Un brillo salvaje se encendió en su mirada antes de que aumentara el ritmo, llevándome de nuevo a la cumbre. Me perdí en el placer absoluto, en esa sensación indescriptible de sentirnos uno solo.

Él también se dejó ir, su cuerpo estremeciéndose contra el mío mientras alcanzábamos juntos ese punto donde el tiempo se detiene, en el que todo lo que existe es la piel, el aliento, el latido desbocado de dos almas entrelazadas.

Pero aquello era más que simple placer. Era amor. Era entrega. Era la sensación inexplicable de recuperar algo que ni siquiera sabía que había perdido.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, y antes de que pudiera entenderlas, Julien me miró con la misma emoción desnuda reflejada en su rostro.

—Yo también me siento así, Melanie.

Y entonces, me besó. Un beso profundo, lento, colmado de amor y deseo. Un beso que no solo sellaba nuestra pasión, sino también lo que siempre habíamos sido: dos piezas destinadas a encontrarse.

CAPÍTULO 27

El Cuadro de Julien

JULIEN

Ver a Melanie en mi cama después de todo lo que habíamos atravesado era más que un sueño hecho realidad; era un renacer, un recordatorio de que la felicidad aún podía encontrarnos.

Su presencia iluminaba la habitación con un resplandor cálido. Cada rincón del loft se impregnaba de su esencia.

Me hacía sentir invencible, pero al mismo tiempo, vulnerable. Porque cuando amas a alguien con todo tu ser, el miedo a perderlo se convierte en una sombra persistente. Yo sabía de pérdidas. Había vivido en carne propia lo que significaba ver desmoronarse una vida. También fui testigo del dolor de Melanie, de su lucha por reconstruirse después de Anthony. Así que sí, el temor estaba ahí, latiendo en lo más profundo de mi pecho. Pero en lugar de debilitarme, me impulsaba a atesorar cada instante con ella, a vivir cada minuto como si fuera el último.

Por eso dormí poco, me quedé observándola, grabando en mi memoria los detalles: la forma en que su cabello se desparramaba sobre la almohada, el ritmo pausado de su respiración, la curva delicada de su espalda bajo la sábana. Me sentía un hombre afortunado, casi abrumado por la intensidad de mis sentimientos por ella.

Cuando finalmente despertó, no pude contenerme. El deseo me consumía como una hoguera insaciable, y me lancé a besarla, a recorrer con mis labios cada centímetro de su piel, a hacerla mía una vez más. Su tacto me encendía, me anclaba al presente, me hacía

olvidar cualquier duda. Porque los hombres también anhelamos el contacto, también necesitamos el afecto, la entrega, la certeza de que pertenecemos a alguien tanto como esa persona nos pertenece a nosotros.

Más tarde, cuando el sol ya había cruzado el cenit y seguíamos enredados en las sábanas, viendo una película que apenas registrábamos, le hice una petición que llevaba tiempo rondando en mi mente.

—Déjame pintarte —dije, mientras mis dedos dibujaban círculos perezosos sobre su piel.

Melanie no daba señales de querer irse, a pesar de que el mediodía casi quedaba atrás. En lugar de eso, había sugerido pedir comida y seguir perdiéndonos en la comodidad de mi habitación. Me pregunté si sentía lo mismo que yo, esa sensación de aferrarse al momento, de no querer romper la burbuja que habíamos creado.

Ella sonrió con picardía y me miró de reojo.

—Nunca antes me has pedido permiso para pintarme —respondió con un aire juguetón—. ¿Por qué empezar ahora?

Su tono travieso me arrancó una sonrisa.

—Porque esta vez quiero que poses para mí —aclaré, sin apartar la mirada de la suya.

El brillo en sus ojos cambió, su expresión se tornó más seria. Pude notar cómo la duda se filtraba en su semblante.

—Puedes mirarme desnuda todo lo que quieras —susurró, deslizando la sábana con un gesto despreocupado y dejando su cuerpo al descubierto—, pero no puedes pintarme de esa manera. No es algo que me haga sentir cómoda.

Me reí suavemente y la atrapé entre mis brazos, besándola con ternura.

—¿Crees que me gustaría que cualquiera pudiera verte desnuda? —pregunté, dejando entrever una mezcla de picardía y posesión en mi

voz.

Melanie alzó una ceja, divertida.

—¿Eres celoso?

—Mucho.

No le di tiempo de reaccionar antes de lanzarme nuevamente sobre ella, besádola profundamente. La sentí sonreír contra mis labios.

Nos acariciamos con la misma devoción con la que dos artistas recorren un lienzo en blanco, descubriendo formas, texturas y emociones. Su piel seguía siendo mi territorio favorito.

Entonces, como quien deja un pensamiento suspendido en el aire y lo retoma más tarde, ella volvió al tema.

—Solo si me dejas escoger el vestuario —dijo, jugando con la sábana entre sus dedos— y lo hacemos aquí, en la terraza de tu loft.

La idea me sorprendió, pero no necesitaba más explicaciones. Lo entendí de inmediato.

—Hecho.

Pensaba que lo decía solo por salir del paso, que más tarde encontraría cualquier excusa para postergar la sesión, quizás con la intención de que la idea simplemente se desvaneciera en el tiempo. Pero no.

Melanie se levantó con determinación, caminando con esa elegancia natural que parecía innata en ella. Fue al baño y, cuando volvió, llevaba puesta mi bata azul de satén, que se deslizaba por su piel como si hubiera sido hecha a su medida. Un hombro quedaba al descubierto, atrapando la luz de la tarde y dándole un resplandor etéreo. Se refrescó el rostro y se aplicó un maquillaje sutil, apenas un velo que realzaba su belleza sin robarle naturalidad.

Luego, con pasos seguros, se dirigió a la terraza. Movió algunos muebles, buscando el ángulo perfecto, y tras asegurarse de que la luz era la adecuada, me miró con intensidad.

—Estoy lista.

No dije nada. No quería romper la magia del momento. Solo la observé, maravillado. Todo en esa escena era íntimo, único. Su piel envuelta en mi bata, su figura recortada contra el horizonte, la brisa moviendo sutilmente su cabello. Su decisión de posar para mí, de entregarme su imagen para inmortalizarla en un lienzo, me pareció un regalo tan personal como cualquier caricia.

Coloqué el lienzo y comencé a dibujar su silueta. Ella intentaba mantenerse inmóvil, pero el vaivén involuntario de su respiración y la manera en que sus dedos jugaban con la tela la delataban. Me reí por lo bajo. No importaba si se movía. La conocía tan bien, la tenía grabada en mi memoria con tal perfección, que incluso si cerraba los ojos podría pintarla sin dudar.

Pero verla allí, posando solo para mí, hacía que el momento fuera aún más especial.

Cuando el sol comenzó a desvanecerse en el horizonte, dejando un resplandor dorado en el cielo, hice una pausa. La luz ya no era la mejor para pintar, pero, en el fondo, no quería terminar el cuadro en un solo día. Quería que esa sesión fuera la primera de muchas. La convertiría en una excusa para seguir teniéndola cerca, en mi loft, en mi vida, en mi piel.

Mientras ordenaba los pinceles y cerraba los tubos de óleo, la vi caminar hacia la habitación. Su silueta se delineaba bajo la luz tenue del atardecer que entraba por los ventanales. Se quitó la bata con un gesto despreocupado, dejándola caer al suelo con la naturalidad de quien deja un pétalo deslizarse entre los dedos.

—Creo que tomaré un baño —murmuró, casi para sí misma.

No lo dudé. Su voz tenía la cadencia de una invitación tácita, de esas que no necesitan ser confirmadas con palabras. La seguí con pasos lentos, observándola mientras abría el grifo y el agua caliente comenzaba a llenar la bañera. El vapor ascendía en espirales sutiles, envolviendo la escena en un velo de intimidad. Se sumergió lentamente, dejando que la espuma cubriera su piel.

Me deshice del último rastro de ropa y entré sin pedir permiso, sin importarme que el agua se desbordara y resbalara en pequeñas cascadas por los bordes de la tina. Melanie soltó una risa traviesa, y ese sonido me atrapó por completo. En ese instante, no solo la vi hermosa, sino radiante, serena, con una paz que hacía demasiado tiempo que no le veía. Me llenó de felicidad.

Me acomodé frente a ella y tomé sus pies entre mis manos, comenzando a masajearlos con lentitud. Ella echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, y dejando escapar un suspiro de puro deleite. Su piel estaba caliente, resbaladiza bajo mis dedos.

Mis manos comenzaron a deslizarse lentamente por sus piernas, recorriéndolas con una devoción casi religiosa. Sentí el temblor sutil de su respiración cuando mis dedos se adentraron entre sus muslos. Su piel ardía, incluso en el agua, y al tocar su intimidad, descubrí que su deseo iba más allá del calor del baño.

Delineé pequeños círculos en su clítoris, sintiendo a su cuerpo responder a cada roce. Sus gemidos se convirtieron en un aliento entrecortado que llenaba el espacio entre nosotros. Se aferró a los bordes de la bañera, y al sentir su cuerpo estremecerse, cuando su punto más sensible latió entre mis dedos, me sorprendió.

Se incorporó de golpe, y antes de que pudiera reaccionar, se montó sobre mí. Su cuerpo parecía saber cómo encajar perfectamente con el mío. Sus movimientos eran un baile sensual e hipnótico.

Estaba exhausto. Hacía muchísimo tiempo que no tenía tanto sexo, y en menos de veinticuatro horas ya habíamos cruzado esa frontera unas cuatro veces... y media, si contaba el juego de bocas y caricias que nos hizo desbordarnos en la garganta del otro. Pero no importaba. Melanie despertaba en mí algo más profundo que el mero deseo. No se trataba solo del placer carnal, sino de la necesidad de demostrarle cuánto la deseaba, cuánto la adoraba.

Afuera, el mundo se desvanecía. Aquí, en esta burbuja de agua y piel, solo existíamos nosotros.

Pensé que sería difícil llegar al clímax de nuevo, pero al verla moverse sobre mí con esa sensualidad innata, al sentir la calidez de su cuerpo envolviéndome, al saborear la suavidad de sus rosados pezones y aferrar sus caderas entre mis manos para guiar el ritmo, perdí el control. Me dejé arrastrar por el placer, por la intensidad de su mirada que parecía consumirlo todo, y me entregué a la ola de éxtasis que nos envolvía.

Ella sonreía con esa expresión satisfecha, aún con la respiración entrecortada y los rastros de jadeos que seguramente habrían atravesado las paredes. Por un segundo pensé que algún vecino se quejaría, pero nada de eso importaba. Porque hacer el amor con Melanie no era solo un acto físico, era algo más profundo, casi místico. Era tocar el cielo y perderse en él sin miedo a la caída.

Esa noche, dormimos abrazados. La sensación de tener su cuerpo junto al mío, de respirar su aroma y sentir su calor, me hizo descansar con una paz que no recordaba haber experimentado antes.

Al despertar al día siguiente y la vi vestirse, la realidad me golpeó con una sensación de vacío que no supe controlar.

—¿Cuándo vendrás para continuar el cuadro? —pregunté, queriendo retenerla un poco más.

Melanie sonrió con picardía mientras se abrochaba la blusa.

—Esta noche, si te apetece.

—No hay buena iluminación de noche en la terraza —comenté con fingida inocencia.

Ella inclinó la cabeza, su sonrisa se ensanchó, y musitó con esa dulzura traviesa que me volvía loco:

—Pues tendré que quedarme hasta la mañana.

La atraje hacia mí sin dudarlo, atrapando sus labios en un beso que sellaba la promesa. Aquellas palabras fueron suficiente alivio para la

inquietud que me generaba verla partir. En unas horas volvería a tenerla en mi casa, en mi cama, en mi vida.

Y así transcurrieron los días. Nos encontrábamos en la galería y en las terapias. Pero las noches eran nuestras. Llegaba con esa sonrisa que desarmaba mis defensas, nos perdíamos en el deseo, en las caricias y en el arte de amarnos sin reservas. Cenábamos algo ligero, y entre risas y besos, intentábamos pintar… aunque apenas alcanzábamos a mantener las manos alejadas el uno del otro.

La pintura podía esperar. Nosotros, no.

Inconscientemente, nos negábamos a terminarla, aunque en el fondo supiéramos que después de esa vendrían muchas más. Algunas quedarían plasmadas en el lienzo, pero otras se tatuarían en el alma, imborrables, eternas.

En esos días, además del deseo irrefrenable que nos consumía, nos descubrimos en largas conversaciones. Hablábamos de todo, de recuerdos, de miedos, de sueños. Y fue entonces cuando notamos algo asombroso: coincidíamos en algunos sueños que habíamos tenido por separado, sueños que, en su momento, parecían carecer de sentido, pero que al unirlos cobraban una coherencia inquietante. De repente, todo lo que Olivia nos había dicho empezó a parecer más real. Quizás nuestras almas realmente se conocían desde antes. Tal vez por eso, desde el primer instante, la atracción entre nosotros había sido tan poderosa, casi predestinada.

Esa noche, mientras preparábamos algo de cenar, mi teléfono sonó. Connor.

—Julien, tengo noticias.

Su tono directo, sin preámbulos, me puso en alerta.

—Te escucho.

—Tengo el informe final del detective —hizo una pausa breve, como si dudara en continuar—. Lo siento mucho, Julien. Tu padre falleció hace diecisiete años. Tengo la dirección de su tumba.

Sentí que el aire se volvía denso a mi alrededor. Me quedé en silencio, procesando la información. Diecisiete años. Eso significaba que murió apenas unos años después de habernos abandonado, mucho antes de que yo llegara a Francia. Mi mente se nubló con un torbellino de emociones. Primero, la rabia, una furia amarga por todo lo que pasé por su culpa, por las noches de incertidumbre, por los años de abandono. Pero, casi de inmediato, la tristeza le ganó a la ira. Porque, en el fondo, aún conservaba un pequeño hilo de esperanza de volver a verlo, de obtener respuestas y cerrar ese capítulo con su presencia, no con una tumba.

—¿Sigues ahí? —preguntó Connor al otro lado de la línea.

Tragué en seco y apreté el puente de mi nariz, tratando de despejar mi mente.

—Sí… aquí estoy.

—Tu madre tenía razón —añadió en un tono más suave—. Tu padre se fue para protegerlos.

Aquellas palabras me atravesaron sin piedad. Me dejé caer en una silla y cerré los ojos. La verdad estaba ahí, al alcance de un solo clic, en un informe que me enviaría por correo. Pero, por ahora, no tenía fuerzas para leerlo.

Connor, sin embargo, no había terminado.

—Antes de despedirme, tengo otra noticia —dijo, y esta vez, su tono tenía un matiz diferente.

Algo en mi pecho se agitó, esperando lo que vendría.

—Adrian ya está preso y se enfrenta a una condena de cadena perpetua. El fiscal es muy optimista, dice que no hay forma de que salga de esta.

Sentí una extraña mezcla de alivio y justicia. Me tomó un segundo reaccionar.

—Bien —fue lo único que pude decir, con voz grave.

Esa noche, cuando finalmente tuve la fuerza para revisar los archivos, supe que mi padre no se había marchado por egoísmo ni por cobardía. Lo hizo para protegernos. Las amenazas eran reales. De haber permanecido a nuestro lado, no solo habría destruido a nuestra familia, sino que nos habría puesto en peligro mortal.

Leí con la mandíbula tensa el informe que relataba cómo, apenas unos meses antes de su partida, había evitado que me secuestraran. No lo supe entonces, pero estuve al borde del abismo, y él fue quien me salvó. La red de negocios oscuros en la que su familia estaba atrapada se convirtió en su sentencia de muerte. Y lo peor de todo era que Adrian, su propio hermano, fue quien lo entregó, sacrificándolo sin titubear para salvar su fortuna.

Fue cruel. Devastador.

Pero, en medio del torbellino de emociones, Melanie estaba allí.

Me sostuvo cuando mi cuerpo temblaba de impotencia. Me escuchó cuando las palabras dolían al salir. Su presencia, cálida y firme, fue el ancla que me impidió hundirme en la ira. Si no hubiese estado allí, quizás el deseo de venganza habría germinado en mi interior, consumiéndome. Pero ella no me dejó caer en ese abismo.

Adrian pagaría por sus crímenes. Estaba tras las rejas gracias a mí. Y eso era suficiente.

Ese momento, esa noche, me reveló algo que quizá siempre había sabido en el fondo, pero que ahora se sentía más real que nunca. Melanie y yo no solo compartíamos pasión, risas y deseo. Habíamos atravesado juntos la oscuridad, sosteniéndonos cuando todo parecía quebrarse.

Siempre supe que ella nunca estaría sola, porque jamás la dejaría. Pero descubrir que yo tampoco lo estaría fue lo más maravilloso de todo.

CAPÍTULO 28

Venganza

ANTHONY

Cada mes que pasé atrapado en este limbo, en la penumbra que se convirtió en mi hogar, transformó mi ira en un torrente inquebrantable. Cada día de encierro fue un entrenamiento feroz, que fortalecía mi esencia, afilando mis sentidos, preparándome para el instante en el que reclamaría lo que era mío.

Descubrí que el odio era mi combustible, la energía que me permitía aferrarme a este mundo. Aprendí a controlarlo, a moldearlo hasta convertirlo en mi arma más letal.

Sabía que el momento de la venganza llegaría, y me preparé con la determinación de un condenado en su cárcel, con un único propósito latiendo en mi pecho vacío: hacerles pagar.

Melanie apenas aparecía. Había ido sacando sus pertenencias poco a poco, como quien despide un recuerdo que ya no le duele. No dejaba escapar ni una sombra de emoción, ni el más mínimo rastro de duda o pesar. Era impenetrable, y eso era exactamente lo que necesitaba. Solo faltaba un poco más para que se confiara por completo, para que creyera que tenía el control absoluto. Y entonces, cuando bajara la guardia, cuando se sintiera a salvo… yo atacaría.

Al llegar aquella tarde junto a Lou, cargadas de cajas y envueltas en una brisa de resignación, supe que era el momento preciso. No solo estaban aquí para vaciar lo que quedaba de mí en este lugar, sino que habían tomado una decisión aún más definitiva: vender la casa. Se desharían de lo último que me ataba a la tierra. Pero estaban

equivocadas. Ellas no me desterrarían, al contrario, estaban a punto de cruzar al mundo donde yo mandaba.

Las observé moverse por la casa con una naturalidad que me revolvía el alma. Sus voces se entremezclaban en un murmullo lejano mientras se repartían las tareas, etiquetando mis cosas como meros objetos desechables. Intentaban borrar cada rastro de mi existencia. Pero no permitiría que se salieran con la suya.

Al principio, me divertí con pequeñas perturbaciones. Moví sutilmente una de mis camisetas favoritas cuando Lou pasó cerca. Desplacé una carpeta apenas unos centímetros, lo suficiente para que Melanie dudara por un instante. Sabía que debía separarlas, aislarlas, cada una tenía que sentir mi presencia de forma personal. Necesitaba que la angustia las atrapara hasta que no pudieran escapar, que comprendieran que yo seguía aquí y que no las dejaría ir tan fácilmente.

Porque en este mundo, eran ellas las presas, y yo, el verdugo.

—Mel, creo que necesitaremos ayuda —murmuró Lou con un temblor en la voz—. No me gusta el ambiente en esta casa.

Melanie exhaló lentamente, como si intentara ignorar la sensación de opresión que flotaba en el aire.

—Te entiendo —susurró—. Le pediré a Julien que llegue más temprano.

Su nombre en su boca fue como un puñal ardiendo en mi pecho. La ira se arremolinó dentro de mí, ciega y voraz. En un movimiento feroz, le arranqué el celular de las manos y lo dejé caer con brutalidad contra el suelo. La pantalla se estrelló en un estallido de vidrios diminutos.

Lou dio un paso atrás, con el miedo danzando en su mirada.

—Quizás deberíamos irnos —propuso en voz baja, con el tono temeroso de quien presiente el peligro—. Lo que falta, podemos pedirles a los chicos de la construcción que lo metan en una caja y lo saquen de aquí.

Melanie asintió, y el pánico se adueñó de mí. ¿Y si esta era mi última oportunidad? Si salían por esa puerta, si vendían la casa, si terminaban de arrancar todo rastro de mi existencia… ¿Qué pasaría conmigo? ¿Me desvanecería como polvo en el viento, o quedaría atrapado en este cascarón vacío, condenado a la nada?

No podía permitirlo.

Descendí al sótano, ese lugar cargado de sombras y recuerdos olvidados, y dejé escapar ruidos sutiles, casi etéreos. Quería que Melanie recordara las piezas de arte que habíamos guardado allí, que sintiera el impulso de buscar entre los vestigios de lo que alguna vez fuimos.

Pero ella no se movió.

—Apilemos estas cajas aquí —ordenó con voz firme—. Pediré a Owen que las saque.

Lou la obedeció en silencio, sus manos temblaban apenas perceptibles, mientras escribía un mensaje en su celular. Yo también permanecí estático, observándolas. ¿Cómo podía hacer que confiaran en mí? ¿Cómo podía lograr que se quedaran? Cada segundo que pasaba era un grano de arena cayendo en un reloj que pronto se vaciaría por completo.

—Listo —dijo Lou al cabo de un momento—. ¿Tienes todas tus cosas?

Melanie suspiró, lanzando una mirada fugaz a su alrededor, como si buscara algo más perdido entre las sombras.

—Creo que sí… Me falta un suéter que necesito encontrar. El que me tejió mi abuela. Pensé que estaría en el clóset, pero ya lo vacié todo.

Hizo una pausa, frunciendo el ceño.

—Debe estar en la secadora.

Ese era el instante que había estado esperando, la oportunidad perfecta. Necesitaba que ella bajara al sótano, alejada, indefensa, atrapada en el rincón más oscuro de la casa. Sabía que Lou

intentaría pedir ayuda, pero igual me daría el tiempo suficiente, el que necesitaba para acabar con Melanie.

—Voy por él —dijo Lou con naturalidad—. Tú da una vuelta rápida por la casa y revisa que no haya nada importante que te dejes.

¡Bingo!

Tan pronto como Lou descendió las escaleras y desapareció en la penumbra del sótano, me deslicé detrás de ella y cerré la puerta, asegurándola con el pesado pasador de hierro. La madera crujió cuando ella comenzó a golpearla frenéticamente desde dentro, gritando mi nombre, exigiendo que la dejara salir. Pero no le servía de nada. Esa era la puerta más resistente de toda la casa.

Giré y ascendí rápidamente, sabiendo que Melanie no tardaría en reaccionar. Apenas la vi dirigirse a la salida, la empujé con fuerza hacia adentro, haciendo que trastabillara y cayera al suelo. De un tirón, cerré la puerta principal y corrí el seguro adicional. Ahora, no tenía escapatoria.

—Anthony, por favor. ¡Basta ya! —gritó, con la desesperación vibrando en su voz—. Tú no eres esto. Date cuenta.

Mentía. Lo sabía. Trataba de confundirme, de manipularme con su dulzura ensayada. No lo permitiría.

La tomé por el cabello con violencia y la arrastré por el pasillo hasta la habitación. Allí sus gritos quedarían amortiguados por las paredes, aislados de los oídos curiosos de los vecinos. Se retorció, intentó golpearme, pero no tenía oportunidad contra mí.

La arrojé sobre la cama, con mi aliento entrecortado y la adrenalina vibrando en cada fibra de mi ser, haciéndome sentir más tangible de lo que realmente era.

Me acerqué al espejo y, con un labial olvidado sobre la peinadora, deslicé un mensaje en trazos firmes y desafiantes:

"Nunca serás de él."

Cuando me giré, ella intentó gritar de nuevo. No le di la oportunidad. Mi mano se estrelló contra su boca, sofocando sus palabras antes de que pudieran tomar fuerza.

Pero sus ojos, llenos de pavor y rabia, seguían luchando.

Forcejeó con toda su energía. Logró darme un par de golpes certeros, pero no bastaba. Yo tenía el control. Su ropa cedió bajo mis manos mientras ella se resistía lo más que podía.

Y entonces, los golpes en la puerta.

Secos, contundentes.

Sabía lo que significaban.

Julien había llegado.

Golpeé nuevamente el rostro de Melanie con la intención de desmayarla, de hacerla caer en la inconsciencia y así eliminar cualquier resistencia. No lo logré del todo, pero sí lo suficiente para dejarla aturdida. Su cuerpo se estremeció en la cama, su respiración entrecortada y jadeante. Eso me dio tiempo. Me coloqué frente a la puerta, esperando. Sabía que Julien la derribaría.

Y así fue.

Se sintió un estruendo cuando la puerta se abrió aparatosamente, y allí estaba él, con el rostro tenso, los ojos llenos de furia y desconcierto al ver a Melanie, con la ropa rasgada, aún temblorosa en la cama. Ese instante de confusión era mi oportunidad. Me lancé sobre él antes de que reaccionara y lo golpeé con todas mis fuerzas. Su cuerpo cayó pesadamente contra el suelo.

Pero Julien era rápido. Se levantó en un instante y corrió hacia Melanie, tomándola de la mano, justo cuando ella intentaba incorporarse.

Le propiné otro golpe certero, tumbándolo de nuevo.

—¡Corre, Melanie! —gritó él, y ella no dudó en obedecer.

Julien se lanzó sobre mí con una fuerza que me tomó por sorpresa. Por un segundo, pensé que me había vuelto completamente corpóreo, que de alguna forma él logró verme. De lo contrario, no entendía cómo sabía exactamente dónde estaba. Mi fuerza era imponente, pero, para golpear, debía materializarme por completo. Y fue eso lo que le dio la ventaja.

Me sacudí rápidamente y golpeé con furia el espejo de la habitación. El vidrio estalló en mil fragmentos y tomé uno, afilado como una navaja. Sin pensarlo, lo hundí en el costado de Julien.

Él dejó escapar un gruñido de dolor y se tambaleó.

Intenté alcanzar otro fragmento para terminar lo que había empezado, pero mis manos se cerraron en el vacío. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Sentí la debilidad apoderarse de mí, como si todo el esfuerzo de aquella tarde me hubiera drenado la energía. No lograba volver a materializarme.

Miré a Julien. Se aferraba a su costado, la sangre brotando en un charco denso y oscuro en el suelo. Quiso levantarse, pero su cuerpo no le respondía.

Entonces lo vi.

El carmesí de su sangre se fundió con otro rojo, más denso, más voraz. Algo en mi pecho se contrajo, un aviso sombrío y definitivo. De pronto, la habitación se tornó asfixiante, como si un fuego invisible la consumiera, robándome el aliento.

Dirigí la vista hacia la puerta y allí estaban ellas. Melanie y Lou se apresuraban a sostener a Julien, ayudándolo a salir de la casa. Y en sus rostros no vi terror.

Vi dolor.

Intenté detenerlos, sin saber si era para terminar lo que había comenzado o por algo más que se enredaba en mi mente en medio del caos. Pero una vez más, resbalé, atravesando sus cuerpos, incapaz de alcanzarlos.

Me giré con lentitud, sintiendo un peso inexplicable en el pecho, una presión hueca que imitaba el dolor. Mi esencia vibraba con un temblor desconocido mientras contemplaba el caos que había desatado. La habitación era un abismo de sombras y sangre, un mosaico de fragmentos rotos y susurros de agonía que parecían aferrarse al aire.

Algo dentro de mí cambió en ese instante. La ira, que había sido mi combustible, comenzó a disiparse, y en su lugar quedó un vacío sofocante. Todo a mi alrededor parecía teñido de rojo, un rojo intenso que latía con fuerza, que me envolvía, que me ahogaba.

Miré hacia la puerta, pero ya no estaban. Se habían ido. Y supe que había perdido.

No regresarían. No después de esto.

Algo se fracturó en lo más profundo de mi ser, una grieta invisible y devastadora. Intenté aferrarme a la rabia, a esa furia que me había mantenido en pie hasta ahora, pero se desvanecía como humo entre mis dedos. En su lugar, un peso insoportable se apoderó de mí, una sensación que no quería reconocer ni enfrentar. Era algo mucho peor que la ira, y me debilitaba más que cualquier herida.

Vergüenza.

Dolor.

Pena.

—¿Qué he hecho? —susurré, pero nadie podía escucharme.

El rojo comenzó a desvanecerse a medida que mi energía se desmoronaba. Me sentí más débil que nunca. Y lloré. Lloré sin lágrimas, sin voz, sin cuerpo que pudiera sostener el peso de aquel lamento.

Mi mente era un torbellino de imágenes, un laberinto de recuerdos girando sin rumbo. Me vi a través del tiempo, desde el accidente hasta este preciso instante, y la comprensión se me escapaba.

¿Cómo pude llegar a esto? ¿Qué sombra insaciable había tomado el control?

Pero no podía culpar a nadie. No había nadie más aquí, solo yo y los demonios que yo mismo había alimentado. Sin excusas, ni justificaciones. Solo quedaba la verdad desnuda y cruel: casi había matado a alguien. Y ahora, lo que antes deseaba con fervor me parecía ajeno, lejano, monstruoso.

Me convertí en mi peor pesadilla.

Todo lo que construí en vida, lo destruí con mis propias manos en la muerte.

Quise olvidar. Rogué que el infierno me reclamara, que me tragara sin dejar rastro. Pero nada pasó.

Quedé allí.

Invisible.

Solo.

Condenado a pensar, a recordar, a lamentarme por toda la eternidad.

CAPÍTULO 29

Dejando ir

MELANIE

Evitar que los vecinos llamaran a la policía por los aterradores sucesos de aquella tarde no fue sencillo.

Susurros inquietos corrían de boca en boca, miradas desconfiadas se asomaban por las ventanas y, aunque nadie sabía con certeza qué había ocurrido dentro de la casa, el miedo flotaba en el aire.

Owen y Julien utilizaron algunas de sus influencias para apaciguar la situación, logrando que todo quedara registrado como un simple accidente durante la remodelación. Era la única forma de justificar los ruidos, los gritos y el caos que se desbordó en aquella vivienda. Cualquier otra explicación resultaba inconcebible, incluso para nosotros mismos.

Aun así, con el mundo exterior aparentemente en calma, algo dentro de mí se había quebrado. No dejaba de revivir lo sucedido.

Las noches se volvieron un tormento. El sueño me eludía, y cuando finalmente lograba cerrar los ojos, las pesadillas me atrapaban sin piedad.

Anthony estaba allí, con su mirada vacía, su rabia desbordante y su esencia oscura, encadenada a mí de una forma que no lograba comprender. Con el tiempo, la falta de descanso comenzó a afectarme físicamente. Me debilitaba. Cada día era más difícil fingir que todo estaba bien.

Fue entonces cuando, después de mucho meditarlo, decidí seguir el consejo de Olivia y someterme a terapia regresiva. Si existía la

posibilidad de encontrar respuestas en lo más profundo de mi mente, debía intentarlo.

No fue fácil.

Revivir una y otra vez cada instante desde la muerte de Anthony hasta el momento en que escapamos de esa casa me exigió una valentía que no creía poseer. Pero, en el proceso, comprendí algo aterrador: yo misma le estaba dando poder a esa sombra de Anthony. Con cada recuerdo que me atormentaba, con las emociones reprimidas, lo mantenía atado a este mundo. No era solo su odio lo que lo retenía, sino mi propio miedo, mi culpa, mi incapacidad de soltarlo del todo.

La parte más difícil, sin embargo, fue reunir el valor suficiente para volver a esa casa.

Durante semanas busqué excusas para evitarlo. Pero sabía que, si realmente quería cerrar ese capítulo, debía enfrentarme a él en el único lugar donde aún sentía su presencia. Finalmente, reuní a Julien, a Lou y a Max para acompañarme. Owen y su equipo aguardaban fuera, listos para intervenir si algo salía mal.

Desde el exterior, la casa lucía inalterada. La puerta había sido reemplazada, las ventanas limpias, la fachada impecable. Cualquiera que pasara por allí pensaría que era solo otra casa en la ciudad, silenciosa, inofensiva. Pero apenas crucé el umbral, el peso de los recuerdos me golpeó con una fuerza insoportable. Un sabor amargo se instaló en mi garganta al ver los rastros del pasado aún impregnados en cada rincón.

El suelo conservaba cicatrices de aquella batalla: fragmentos de vidrio que crujieron bajo mis zapatos, sombras de sangre que ni el tiempo ni el esfuerzo pudieron borrar por completo. Y el aire seguía denso, cargado de algo invisible, opresivo.

Mis piernas temblaron, mi corazón se aceleró. Por un instante, me sentí de nuevo atrapada en esa pesadilla. Pero estaba allí por una razón, y esta vez, no iba a huir.

Las lágrimas nublaron mi visión, y al girarme, noté que Lou tampoco había podido contener las suyas. Sus ojos estaban vidriosos, sus hombros ligeramente temblorosos. Julien, en silencio, pasó distraídamente una mano por su herida ya cicatrizada. Su expresión era sombría, cargada de una pena profunda que le cubría el rostro.

Nadie pronunció alguna palabra. No queríamos prolongar aquel momento.

Fueron muchas tardes de terapia, de ejercicios de liberación, de intentos desesperados por separar al Anthony que una vez conocí, al hombre que amé, de la sombra vengativa que quedó atrapada entre el resentimiento y la desolación. La terapeuta me explicó que los espíritus atravesaban distintas etapas de duelo, y que Anthony, al no cumplir sus deseos en vida, se había aferrado a este plano con rabia, incapaz de aceptar su destino. Ahora, yo estaba allí para ayudarlo a cerrar ese ciclo.

Respiré hondo. Mi voz salió temblorosa, apenas un susurro quebrado.

—Anthony, sé que estás aquí... y sé que me escuchas.

No era solo una suposición. Lo sentía. La energía densa que cargaba la habitación, la sensación de una presencia invisible acechando en el umbral... todo me decía que él seguía allí.

—Hago esto más por ti que por mí —continué, con el corazón palpitando contra mis costillas—. He venido a decirte que te perdono.

El nudo en mi garganta se apretó hasta cortarme el aire. Hice una pausa para recomponerme, para despejar mi mente de los recuerdos que amenazaban con arrastrarme de nuevo al abismo. Pero también me detuve porque Max, nuestro fiel compañero, había comenzado a ladrar de manera frenética. Julien y Lou intentaron calmarlo, pero el perro seguía inquieto, como si percibiera algo que nosotros no podíamos ver.

Cuando el silencio volvió a instalarse, reuní el valor para continuar.

—Sé que vas a encontrar el camino... y sé que vivirás de nuevo, en otro tiempo, en otro espacio —mi voz se quebró—. Estoy segura de que lograrás alcanzar lo que esta vida te arrebató.

Las lágrimas resbalaron por mi rostro sin control, pero Julien apretó mi mano con fuerza, transmitiéndome el apoyo que tanto necesitaba.

—Volverás a ser un hombre bueno, justo, amoroso... alguien excepcional. Y quizás, en otra vida, nos encontremos de nuevo. Tal vez tengamos una oportunidad diferente, en la que podamos construir algo bonito, puro. No solo conmigo, sino con todas las personas que te amaron de verdad... como tu hermana, tus padres, Connor... incluso Julien.

Max ladró de nuevo, y esta vez su energía me arrancó una risa entre sollozos. Fue un sonido extraño, roto, pero liberador. Sentí que, de algún modo, Anthony lo había escuchado. Y por primera vez en mucho tiempo, el aire en la habitación pareció aligerarse.

—También Max, como podrás notarlo.

Mi voz se quebró al decirlo.

—Anthony… te amo y siempre te amaré. Pero mi relación con Julien no es algo repentino ni nacido de una traición. Ni siquiera sabíamos quiénes éramos el uno para el otro mientras estabas vivo. Nuestros caminos nunca se cruzaron de esa manera… hasta después. Y cuando pasó, fue sin intención de reemplazarte ni olvidarte. Simplemente ocurrió.

Hice una pausa, tragando el nudo en mi garganta.

—Lo amo con el alma, y tú lo sabes. No es algo que pueda negarse, ni que el tiempo o la distancia vayan a cambiar. Pero tampoco borrará lo que significaste para mí. Ni lo que fuiste.

Tomé aire. Mi pecho dolía, como si una presión invisible intentara retener lo que estaba a punto de hacer.

—Es precisamente por eso que debo decir adiós.

Lou se acercó en silencio y rodeó mi cintura con su brazo, brindándome un apoyo que me sostuvo justo cuando sentí que iba a derrumbarme.

—Y la única manera de hacerlo —continué— es soltándote. Dejando de pensar en ti, de aferrarme a recuerdos que ya no pertenecen a este mundo, de llorarte, de tratar de entender lo que pasó. Guardaré tus memorias en lo más profundo de mi corazón, en un lugar donde ya no te alimenten, ni te mantengan atado a este plano. Y confiaré en que eso será suficiente para que encuentres el camino.

Elevé la mirada, buscando la de Julien y la de Lou, esperando ver si ellos querían decir algo. Pero ambos guardaron silencio. No era por falta de palabras, ni por rencor o indiferencia. Era porque, en el fondo, sabían que Anthony ya lo entendía. En lo más profundo de su espíritu, aún quedaba el hombre que alguna vez fue… y cuando por fin se reencontrara consigo mismo, todo haría clic.

Max ladró una última vez, un sonido claro, casi solemne. Y entonces, el frío que había envuelto la habitación se disipó. Una brisa cálida nos acarició, efímera pero reconfortante.

No teníamos más evidencia de que mis palabras habían funcionado. No veíamos sombras desvaneciéndose, ni luces parpadeando, ni señales espectaculares. Solo el ladrido de Max… y la certeza en nuestros corazones de que, finalmente, Anthony había encontrado la paz.

Al cruzar la puerta, el aire fresco de la tarde nos envolvió con una calidez que dejaba atrás la gélida presencia que alguna vez habitó en la casa. Owen y dos de sus trabajadores nos esperaban junto a su camioneta. Sus expresiones eran serias, pero comprensivas.

Sin decir una palabra, les entregué las llaves y los observé tomar posesión del lugar, listos para iniciar las reparaciones y remodelaciones necesarias antes de concretar la venta.

No quise mirar atrás. Sentía que, si lo hacía, algo en mí se quebraría, que el peso de todo lo vivido dentro de esas paredes me arrastraría de nuevo al pasado del que tanto me había costado salir.

Inspiré profundamente y tomé la mano de Julien, que sostenía con la otra la correa de Max. El perro, ahora más tranquilo, caminaba a nuestro lado como si también supiera que algo había cambiado. Lou se acercó y me rodeó con su brazo. Juntos, comenzamos a avanzar hacia el auto.

En cada paso que daba se sentía el cierre de un ciclo, uno que había estado marcado por el amor y el dolor en igual medida. Pero no se percibía como una despedida definitiva. No era un adiós lleno de vacío o de olvido, sino la certeza de que Anthony permanecería en mí, en un rincón profundo de mi corazón donde el tiempo no lo borraría, aunque ya no pensara en él con la misma frecuencia o intensidad de antes.

Y esa certeza, finalmente, me dio paz.

CAPÍTULO 30

Nuevos Sueños

JULIEN

Por fin, tras aquel día difícil que marcó el cierre de un capítulo turbulento en nuestras vidas, una sensación de calma nos envolvió. Pudimos, al fin, centrarnos en los proyectos y sueños que habían quedado aplazados. Para mí, la prioridad era clara: lanzar la exposición de Melanie y darle el impulso que necesitaba para que su arte encontrara su lugar en el mundo.

Me entregué por completo a la tarea. Durante semanas, cada detalle fue planeado con meticulosidad, cada decisión tomada con la certeza de que ese sería un momento crucial para ella. Y entonces, el día de la inauguración llegó.

La galería resplandecía bajo la cálida luz de los reflectores. Las paredes, vestidas con las obras de Melanie, parecían vibrar con la historia que contaban. Sus pinturas eran más que simples lienzos; eran fragmentos de su alma plasmados en color y textura, un testimonio visual de los últimos dos años.

Mientras recorría la sala, veía a los asistentes detenerse ante las obras con expresiones de asombro, emoción y respeto. No era solo el talento lo que los cautivaba, sino la intensidad de lo que cada trazo transmitía.

Melanie, en cambio, estaba nerviosa. Lo veía en la forma en que apretaba sus manos, en su respiración acelerada cada vez que alguien se acercaba a felicitarla. Pero yo estaba tranquilo. Sabía que esa noche marcaría un antes y un después para ella. Y lo supe con certeza cuando una de sus pinturas se vendió y ni siquiera se había

dado el discurso de bienvenida. Luego otra. Y otra más. Cada compra era una validación silenciosa de su talento, una confirmación de que su historia había encontrado oídos y corazones dispuestos a escucharla.

Cuando llegó el momento de la presentación, me coloqué en el centro del salón y golpeé suavemente una copa con una cucharilla para captar la atención de los invitados. Las conversaciones se fueron apagando hasta que el silencio expectante llenó la sala.

—Buenas noches a todos —dije con voz firme, aunque cargada de emoción—. Esta noche es mucho más que una simple exposición de arte. Es el reflejo de un camino recorrido con valentía, de un alma que ha sabido transformar el dolor en belleza, de una mujer que no solo es talentosa, brillante y creativa, sino también fuerte, honesta y admirable.

Hice una pausa y busqué con la mirada a Melanie. Allí estaba, con los ojos brillantes y las mejillas arreboladas por la emoción.

—Es un honor para mí presentarles a la mujer detrás de estas obras… y también la mujer de mi vida.

Un murmullo de sonrisas y suspiros recorrió la sala. Yo solo podía ver a Melanie, cuya expresión había pasado de la sorpresa al amor puro en un instante.

—La exposición de esta noche es, sin duda, una de las que más orgullo me ha hecho sentir en toda mi carrera. He sido testigo del crecimiento de artistas increíbles, pero este camino ha sido diferente… especial. No solo porque me ha permitido admirar un talento que trasciende incluso mis propios límites, sino porque también me ha dado el privilegio de acompañar a alguien que, con cada pincelada, ha dejado su alma en el lienzo.

Agradezco profundamente la presencia de todos esta noche y, sin extenderme más, cedo la palabra a la maravillosa artista que hoy nos reúne aquí. Para mí, ella es mucho más que un talento desbordante… es mi inspiración, mi luz. Es un honor para mí presentarles a mi chica: Melanie Vanderbilt.

Los aplausos llenaron la galería, haciendo vibrar las paredes con la energía del momento. Melanie caminó al centro con una sonrisa que parecía iluminar la sala entera. Sus mejillas estaban teñidas de un suave rubor, y sus ojos, brillantes y llenos de emoción, recorrían el rostro de cada persona allí presente. Tomó aire, buscando estabilidad en medio de la emoción, y finalmente habló.

—Antes que nada, quiero agradecer a todos por estar aquí esta noche. Cada uno de ustedes ha sido parte de este viaje, de esta historia que ahora se plasma en todas las obras expuestas hoy — hizo una pausa, y su mirada se posó en un grupo de rostros familiares—. Especialmente, quiero agradecer a esas personas sin las que hoy no estaría aquí. A mis padres, por enseñarme que los sueños valen la pena, aunque el camino para alcanzarlos no siempre sea fácil. A mi hermano menor, por su amor incondicional y por admirarme incluso cuando yo dudaba de mí misma. A mis amigos de siempre, Connor y Lou, quienes han estado en cada paso, recordándome quién soy, aun en los momentos en los que lo olvidé.

Se escucharon algunas risas entre el público, un murmullo afectuoso que la envolvió en un cálido abrazo invisible.

—También quiero agradecer a aquellos que llegaron a mi vida en el momento exacto, cuando más los necesitaba. Owen, Chris, Tess, Olivia y su familia, gracias por darme un hogar entre ustedes, por hacerme sentir parte de algo más grande. Y, por supuesto, a mi hermana… —giró los ojos con una sonrisa traviesa— sin ti, literalmente, no tendría dónde vivir.

El público estalló en carcajadas, y el sonido la tranquilizó aún más. Había encontrado su ritmo, su voz.

—Finalmente, quiero agradecer a un hombre que no solo creyó en mí en el momento más oscuro de mi vida, sino que, con paciencia y amor, me ayudó a vencer a uno de los enemigos más implacable que he tenido: el síndrome del impostor. Me enseñó que mi arte era valioso, que mi historia merecía ser contada, que mis manos podían crear algo que valía la pena compartir con el mundo.

Su voz tembló ligeramente, pero no se detuvo. Sus ojos me encontraron entre la multitud, y por un instante, todo lo demás se desvaneció.

—Él tocó mi corazón, y ahora me es imposible imaginar mi vida lejos de su lado. Gracias, Julien, por no dejarme caer.

Un nudo se formó en mi garganta. No había palabras suficientes para responder a todo lo que ella me hacía sentir, así que simplemente la miré, dejando que viera en mis ojos lo que el público no podía escuchar.

—Nunca, mi amor —susurré.

—Los últimos años de mi vida fueron como un hermoso castillo de arena que, en un instante, fue arrasado por una marea implacable. Pasé de sentir que lo tenía todo a ver mi mundo desmoronarse ante mis ojos, convirtiéndose en un abismo del que creí que nunca podría escapar.

La voz de Melanie tembló, y mi primer instinto fue acercarme, susurrarle que no tenía que hablar de ello si le resultaba demasiado doloroso. Pero me detuvo con una leve mirada y continuó con determinación.

—Quienes me conocen saben que perdí a mi prometido… y con él, casi me pierdo a mí misma. No entendía los designios de Dios ni del universo. Solo sentía vacío, un dolor tan grande que parecía haberse convertido en mi única certeza. Toqué fondo, y durante meses pensé que no habría un después, que la vida se había detenido en ese instante de tragedia y que jamás encontraría la manera de seguir adelante.

El silencio que se extendió en la galería se sintió pesado, lleno de respeto y expectación. La multitud estaba conmovida, atrapada en cada palabra que pronunciaba.

—Pero el tiempo, implacable y sabio, me enseñó algo que jamás hubiera imaginado en medio de aquel sufrimiento: a veces, necesitamos atravesar el dolor más profundo para comprender la

verdadera esencia de la felicidad. Es en la oscuridad donde aprendemos a valorar la luz… y cuando finalmente aparece, debemos tener la valentía de abrazarla sin miedo.

Las miradas en la sala reflejaban una mezcla de admiración y emoción. Algunos asentían conmovidos, otros se enjugaban discretamente las lágrimas. Melanie respiró hondo antes de continuar.

—Esta tragedia, que alguna vez pensé que sería mi final, terminó llevándome a un nuevo comienzo. Me hizo reencontrarme con una persona que mi alma reconoció al instante, incluso antes de que mi mente comprendiera lo que estaba ocurriendo. Y poco a poco, ese camino me llevó hasta seres extraordinarios que transformaron mi vida en algo mucho mejor, más pleno y con un propósito real.

Se giró brevemente hacia mí, y en sus ojos encontré el reflejo de todo lo que habíamos vivido juntos.

—Aprendí que cada alma tiene un ciclo distinto en esta existencia. Que algunos caminos se interrumpen de manera abrupta, no por castigo ni injusticia, sino porque su propósito ya se ha cumplido. Y aunque el dolor de una pérdida nunca desaparece por completo, es posible encontrar paz en la certeza de que todo ocurre como debe ser.

Las últimas palabras salieron con una fuerza serena, que transmitía paz. El público estalló en aplausos, una ovación sincera y emocionada que llenó la galería con una energía vibrante. Miré a Melanie, y mi corazón se hinchó de orgullo. Ahí estaba ella, de pie ante el mundo, no como una mujer rota, sino como alguien que había encontrado su camino de regreso a la vida… y que estaba lista para seguir creando, amando, para seguir brillando.

—Gracias a todos, espero que disfruten mi arte, que es también mi vida.

Los aplausos recobraron otra vez la fuerza, llenando la galería con una energía cálida y vibrante. Muchas personas se acercaron a Melanie, conmovidas, deseando expresar lo mucho que sus pinturas

les habían tocado el alma. Yo me quedé un paso atrás, observándola. La veía brillar. Su sonrisa era radiante, sus mejillas aún rosadas por la emoción del momento. Sus ojos brillaban con una mezcla de gratitud y alivio. Después de tanto esfuerzo, de tantas noches de lucha interna y dudas, finalmente lo había logrado.

La exposición fue un éxito rotundo. Casi todos los cuadros se vendieron antes de que la noche finalizara, y cada vez que una nueva obra encontraba dueño, Melanie me miraba con asombro y felicidad, como si aún no terminara de creerlo. Sentí una oleada de orgullo que me envolvió por completo. No solo por su talento, sino por la mujer fuerte y resiliente que tenía frente a mí.

Cuando la galería comenzó a vaciarse y la emoción del evento dio paso a un cansancio dulce, supimos sin siquiera decirlo que la noche aún no había terminado para nosotros. Nos dirigimos a mi loft, como si fuera el desenlace natural de todo. Perla llevaba días allí, y aunque nunca habíamos acordado explícitamente que ese sería nuestro refugio compartido, se había convertido en nuestro espacio.

Apenas cerramos la puerta, la atmósfera cambió. El silencio nos envolvió, cargado de la electricidad de todo lo que no habíamos dicho en la galería, lo que nuestros cuerpos ansiaban expresar sin palabras. Me acerqué a Melanie y tomé su rostro entre mis manos, deslizando mis dedos por su piel tibia, sintiendo la respiración entrecortada que escapaba de sus labios entreabiertos.

—Estoy tan orgulloso de ti —susurré antes de besarla.

Su respuesta fue inmediata, intensa. Sus brazos se aferraron a mi cuello, y su cuerpo se moldeó contra el mío con una necesidad palpable. La besé con la pasión contenida de toda la noche, con el deseo de devorar cada fragmento de su ser. Nos despojamos de la ropa sin prisas, saboreando cada roce.

La llevé hasta la cama, donde la luz tenue de la ciudad se filtraba por las cortinas, dibujando sombras suaves sobre su silueta. Me perdí en ella, en la calidez de su piel, en la forma en que su cuerpo respondía al mío con cada caricia. Nos movimos juntos,

explorándonos con hambre y ternura, entre suspiros ahogados y miradas cargadas de amor.

Cuando finalmente nos entregamos al placer absoluto, el mundo pareció desvanecerse, dejándonos suspendidos en un instante perfecto.

Después, con nuestros cuerpos aún entrelazados y el calor de la pasión envolviéndonos, Melanie suspiró contra mi pecho, su respiración acompasada con la mía.

El sueño comenzaba a vencerme cuando una pregunta que había rondado mi mente toda la noche tomó forma en mis labios antes de que pudiera detenerme.

—Melanie… ¿Por qué no agradeciste a Anthony hoy?

Ella se removió ligeramente, y por un segundo temí haber roto la magia del momento. Pero cuando respondió, su voz fue segura, sin titubeos.

—Aunque quise hacerlo, por sus padres y por Lou, la verdad es que él no estaba allí, mi amor. Él no escuchaba, y ya le dije lo que tenía que decirle. Eso es más importante. Él ya lo sabe.

Asentí, comprendiendo la verdad en sus palabras. Besé sus labios con dulzura, saboreando la paz que su respuesta me dejó. Luego la atraje aún más contra mí, rodeándola con mis brazos y hundiendo mi rostro en su cabello.

Y así, con nuestros cuerpos unidos y nuestras almas en armonía, nos dejamos llevar por el sueño.

Desperté algunas horas después envuelto en una sensación de plenitud que pocas veces había experimentado. La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la tenue luz de la madrugada que se filtraba a través de las cortinas, tiñendo todo con un resplandor suave y dorado. Giré sobre la almohada y me encontré con una escena que me dejó sin aliento.

Melanie dormía profundamente a mi lado, con una expresión de calma absoluta en su rostro. Sus labios dibujaban una sonrisa serena, como si en sus sueños habitara la felicidad que tanto había buscado. Su cabello estaba desordenado sobre la almohada, y el ritmo acompasado de su respiración me llenó de una paz indescriptible.

Entre nosotros, Max y Perla se habían adueñado de la cama, acurrucados con la confianza de quienes saben que pertenecen a ese lugar. La imagen me conmovió de una forma inesperada. Era el retrato perfecto de la tranquilidad, de la certeza de estar exactamente donde debíamos estar.

Mi corazón latió con fuerza en mi pecho, y me quedé así, observándolos, grabando ese instante en mi memoria, hasta que Melanie se removió suavemente y entreabrió los ojos. Cuando su mirada se encontró con la mía, su sonrisa se amplió aún más, y sentí que el tiempo se detenía.

—Nunca me quejaré de ver esa hermosa sonrisa en tus labios —dije —, pero muero por saber a qué se debe.

Melanie suspiró y se estiró levemente antes de responder.

—Tuve un bonito sueño.

—¿Estaba yo en él? —pregunté, divertido.

—Por supuesto —susurró—. Pero fue más que eso. Este sueño, lejos de hacerme querer seguir durmiendo, me impulsa a levantarme, a enfrentar el día con ilusión, con valentía, con ganas de vivir todo lo que la vida nos tiene preparado.

Su respuesta me llegó hasta lo más profundo del alma. Me incliné hacia ella y le di un beso suave, apenas un roce, pero cargado de todo lo que sentía en ese momento. Y entonces, sin pensarlo, dejé que las palabras que mi corazón ya sabía escaparan de mis labios.

—Múdate conmigo, Melanie.

Ella me miró con un brillo especial en los ojos. No parecía sorprendida.

—Sabía que me lo pedirías —dijo con dulzura, acortando la distancia entre nosotros para abrazarme.

Supe entonces que había sido parte de su sueño, que en su interior ya lo había decidido antes de que yo siquiera lo propusiera.

No existían más miedos, ni dudas, ni sombras que nublaran nuestro camino. Todo lo que alguna vez nos ató al pasado se desvaneció, y lo único que quedaba era la certeza de un presente construido con amor, paciencia y con la voluntad de empezar de nuevo.

Finalmente, la vida nos sonreía. Y esta vez, estábamos listos para sonreírle de vuelta.

EPÍLOGO

Un Final

ANTHONY

Después de las últimas palabras de Melanie, una punzada de tristeza se enredó en mi pecho, pero, al mismo tiempo, una inesperada sensación de alivio se deslizó entre las sombras de mi existencia. No era solo el peso de la despedida lo que me oprimía, sino la cruda verdad que había estado evitando: el amor no puede sostenerse sobre la desgracia de uno de los dos. Aferrarme con uñas y dientes a su mundo, solo había avivado los demonios que me consumieron, sumiéndome en una soledad insondable.

Desde aquel día en que todo se desmoronó, no pude volver a tocar nada. Al principio, creí que estaba atrapado en la casa, un prisionero de mis propios errores. Pero con el tiempo, entendí que las barreras no eran físicas, sino mías. Podía irme, aunque… ¿A dónde? No tenía un destino, ni siquiera un propósito. Me quedé porque, de alguna manera, sentía que lo merecía.

Desde el momento en que Melanie pronunció su adiós, la luz comenzó a filtrarse en mi mundo marchito, desdibujando las sombras, invitándome a seguirla. Pero yo no lo hice. Me negué. Como un castigo autoimpuesto, decidí permanecer allí, enfrentando los recuerdos, los errores, las heridas que había causado. La culpa era mi única compañía, una huella persistente de lo que fui y en qué me convertí. Y aunque Melanie me había perdonado, yo no lograba encontrar la manera de hacer lo mismo.

El tiempo se volvió difuso. No había días ni noches, solo un presente eterno donde el arrepentimiento me envolvía. Hasta que, un día,

algo cambió. Un viento helado recorrió la casa vacía, haciendo crujir las paredes como si la misma estructura contuviera la respiración. Entonces lo sentí: una fuerza invisible, implacable, que me empujó sin resistencia.

En un parpadeo, ya no estaba en la casa. Me encontraba en el loft de Julien. El espacio lucía cálido, iluminado con la luz tenue de la ciudad. Frente a mí, Melanie y él conversaban de una forma íntima y serena.

No sentí rabia, ni celos desbordantes. Quizás un atisbo de nostalgia, un recordatorio de lo que alguna vez fue, pero la imagen de Melanie sonriendo eclipsó cualquier vestigio de dolor. Me quedé allí, quieto, observándola. Y por fin, después de mucho tiempo, entendí que su felicidad era más fuerte que cualquier anhelo egoísta que me atara a ella.

Desde mi rincón invisible, los observé. No porque quisiera, sino porque algo más fuerte que yo me mantenía atado a este momento. A ellos.

—Aún no me has explicado qué fue lo que te motivó a hablarme ese día —dijo Melanie con ese tono juguetón que aún recordaba tan bien. Sus ojos brillaban con curiosidad, con esa luz que había aprendido a reconocer cuando estaba emocionada por una historia.

—Te juro que por un segundo pensé que vendrías con alguna línea estúpida de conquista sobre las flores, la casa de Monet o qué sé yo… —continuó ella, sonriendo—, pero me sorprendiste mucho con esa descripción sobre la pintura.

Julien la miró con esa intensidad suya, la misma que solía desarmar a cualquiera que lo enfrentara.

—No lo sé —respondió en un susurro pensativo—. Te veías tan hermosa… pero tan perdida al mismo tiempo. Te colocaste justo a mi lado, creo que ni siquiera me habías visto, y admirabas el cuadro como si buscaras respuestas en él. Sentí un déjà vu, y no lo

comprendía. Jamás había hablado de esa forma con una desconocida, y las palabras simplemente salieron.

Algo dentro de mí se removió. Como si esa sensación de destino, de piezas encajando sin que nadie las empujara, me estuviera perforando de a poco.

—¿Alguna vez habías descrito a alguien que no conocías lo que una pintura te hacía sentir? —preguntó Melanie, enredando sus dedos en los de él, de forma natural.

Yo conocía ese gesto. Lo había sentido en mi propia piel. Y, sin embargo, ahora lo veía desde otro ángulo, con una distancia insalvable que incomodaba.

—No sin que me lo pidieran —contestó Julien—. Y creo que no pensé volver a hacerlo, por la forma en la que huiste sin decir nada.

—Me sentí desnuda, Julien —confesó Melanie en un murmullo, bajando un poco la mirada—. Describiste exactamente lo que me hacía sentir, y creo que por una milésima de segundo también tuve un déjà vu, porque me sentí dentro de ese cuadro… como si ya hubiera estado ahí. Un sueño, borroso, pero lleno de color. Colmada de tristeza y de alegría por partes iguales. Con recuerdos de emociones que no había vivido en esta vida, e ilusiones que ni siquiera sabía que llenaban mi corazón.

El silencio entre ellos fue pesado, pero no incómodo. Julien la miraba como si entendiera cada una de sus palabras, como si su historia también le perteneciera.

—Y corriste, sin siquiera dejarme escuchar tu voz —susurró él—. Pensé que nunca más volvería a verte. Y, aun así, te anclaste en mi corazón desde ese día.

La abrazó. Y ella se dejó abrazar. La escena daba a pensar que habían pasado siglos esperando encontrarse en ese punto exacto del tiempo.

Yo observaba. Y sentía cómo la verdad se deslizaba en mi interior, desgarrando algo dentro de mí.

—¿Y no volviste a pensar más en mí, mientras yo soñaba a diario contigo? —murmuró Julien, dándole un corto beso.

—Involuntariamente lo hice un par de veces… e incluso te metiste en mis sueños. Pero no solo estaba con Anthony, Julien. Yo realmente lo amaba. Fui feliz con él.

—Lo sé —respondió Julien con un dejo de melancolía—. Yo también lo quería. Creo que aún lo quiero. A ese que fue mi amigo, el que me sacó de ese hueco oscuro en el que me encontraba después de todo lo de Francia.

Si hubiese tenido rodillas, habría caído rendido de tristeza. Sus palabras fueron una cachetada de realidad. En los últimos días, había comprendido que ellos no eran los malos, que siempre habían sido personas nobles, pero jamás imaginé que aún guardaran un rincón para mí en sus corazones.

¿Cómo era posible que ellos hubieran encontrado la manera de perdonarme, de seguirme queriendo… cuando ni yo mismo podía hacerlo?

Los culpé de algo equivocado. La verdad era más simple y más cruel: si hubiese aparecido en ese museo minutos después, Melanie y yo no nos habríamos reencontrado. Y quizás, entonces, habría sido Julien a quien ella habría buscado.

Era cierto. Ellos no sabían quiénes eran en mi vida. Lo que sucedió no fue una traición, sino un hilo tejido por el destino. No había forma de que yo pudiera luchar contra ello.

Dolió. Un dolor sordo, punzante, que se mezcló con el consuelo silencioso de saber que, a pesar de todo, aún quedaba algo de mí en ellos.

Y fue ese dolor, ese resquicio de aceptación, lo que me llevó a considerar que, tal vez, algún día, yo también podría perdonarme.

Cuando abrí los ojos, ya no estaba en el loft de Julien. Me encontraba de nuevo en la casa, la que una vez fue mi hogar, ahora vacía, esperando su último adiós. Las remodelaciones habían terminado, y pronto llegarían los nuevos dueños.

Era el momento.

Con todo mi ser, deseé dejarles un último mensaje, algo que les hiciera saber que, al final, había vuelto a ser yo. Y como si el universo conspirara a mi favor, sentí fuerzas. Fuerzas para tomar una brocha olvidada encima de un bote de pintura oscura, casi acabada, de un negro profundo con el que habían sellado los marcos de las puertas.

Caminé hasta la pared donde debía estar el cuadro de Julien. El que nunca llegó. Esa pared que, de alguna forma, siempre había estado destinada a quedar vacía.

Allí, con un trazo firme y decidido, escribí:

"Siempre lo fuiste, Mel. Lo fueron. Lo siento."

Y entonces, finalmente, sonreí por dentro.

La luz me cegó. Porque creo que ni siquiera tuve que caminar hacia ella… Ella sola vino a buscarme.

No sentí la angustia de aferrarme, ni el miedo de desaparecer. Solo una paz inmensa, profunda, como un río sereno que finalmente encuentra su cauce.

La luz no me obligó. No me arrastró. Simplemente estuvo ahí, esperándome, sabiendo que este era el momento en el que, por fin, estaba listo.

Sin resistencia, sin miedo, sin la desesperación de quien se aferra a un sueño roto, me entregué por completo. Me dejé ir.

SEGUNDO EPÍLOGO

París

MELANIE

El día en que nos entregaron la casa fue también el día en que sentí que todo, al fin, se alineaba. Una brisa ligera se filtraba por las ventanas abiertas, removiendo levemente las cortinas como si el aire mismo quisiera llevarse los últimos vestigios del pasado. El sol bañaba las paredes desnudas con su luz dorada, y en ese resplandor sentí una certeza que no había tenido antes: ya no tenía que preocuparme más por Anthony.

Había estado tan inmersa en mi propia felicidad que no me di cuenta de que, en el fondo, siempre quedaba un pequeño vacío. Un susurro de incertidumbre que no me dejaba estar en paz. Pero todo cambió cuando lo vi.

El mensaje en la pared.

Sus letras, trazadas con pinceladas firmes, parecían latir con la esencia de quien alguna vez las escribió. Me acerqué con el corazón encogido y, al leerlo, una lágrima silenciosa rodó por mi mejilla. No era de tristeza. Era de alivio. De comprensión.

El aire tenía algo distinto, un peso disipado. Lo sentí en mis huesos, en mi pecho, en la piel erizada de mis brazos. Anthony se había ido. Había encontrado la luz, y con ello, la paz que tanto anhelaba.

Sonreí.

—"Yo también lo siento" —susurré, apenas audiblemente, pero con cada fibra de mi ser.

Cuando levanté la mirada, Julien también sonreía. Asintió con esa expresión de certeza, como si, sin necesidad de palabras, ambos supiéramos que todo estaba bien. Que el perdón nos envolvía a los tres, cruzando tiempos y destinos. Que quizás, en otra vida, en otro rincón del universo, volveríamos a encontrarnos.

Salimos de la casa con el alma ligera, cerrando la puerta no solo detrás de nosotros, sino también detrás de un capítulo que encontró su final perfecto.

Días después, Julien organizó su propia exposición. Era algo que no había hecho en mucho tiempo, y yo me pregunté cómo era posible que nunca hubiera presenciado una antes. Sabía que sus obras eran extraordinarias. Lo vi pintar en silencio infinidad de veces, perdiéndose en los colores, atrapando emociones en cada trazo. Sabía que sería un éxito.

Entre sus cuadros, había algunos dedicados a nosotros. Retazos de nuestra historia, plasmados en lienzo. Pero también había uno que, a simple vista, nadie más podría comprender. Un hombre y su perro. Max, en un paisaje que no pertenecía a este tiempo, ni a este mundo. Lo supe al instante.

Anthony.

Su presencia, de algún modo, aún vivía en los detalles de aquella pintura.

La obra principal permanecía cubierta bajo un manto oscuro, y el misterio de su ocultamiento me tenía en vilo. Intenté no insistirle a Julien, aunque la curiosidad me carcomía. Algo dentro de mí susurraba que tenía que ver conmigo, pero no importaba cuántas veces lo pensara… nunca habría podido imaginar lo que vería cuando, finalmente, la tela cayó y los aplausos llenaron la sala.

Era el mismo cuadro.

El primero que Julien había pintado sobre mí en el MET, aquel día en que me encontró perdida en la inmensidad de la obra de Monet. Pero esta vez, los colores vibraban con una nueva energía, como si

cada pincelada contuviera luz propia. Mi vestimenta había cambiado, los tonos de la pintura eran más cálidos, y, aun así, el sentimiento seguía intacto.

Me acerqué, deteniéndome en cada detalle, cuando la algarabía a mi alrededor comenzó a crecer. Y entonces lo vi.

En mi mano, justo ahí, donde antes solo había estado mi piel desnuda, Julien había dibujado un anillo. Un hermoso anillo, dorado y envejecido, con una piedra verde que resplandecía como si guardara siglos de historias en su interior.

El mundo se detuvo.

Giré, y lo encontré a mi lado, de rodillas, con la cajita de terciopelo de color negro, abierta, revelando el mismo anillo que él había plasmado en la pintura.

Era de ensueño. Parecía sacado de un cuento de hadas, de esos que prometen amor eterno y destinos entrelazados más allá del tiempo.

El aire se espesó, mi corazón martillaba en el pecho, y antes de darme cuenta, las lágrimas resbalaban por mis mejillas.

No pude articular palabras.

Me lancé sobre él, asintiendo con desesperación, aferrándome a su abrazo como si el universo entero dependiera de ese momento.

Los aplausos estallaron a nuestro alrededor, un torbellino de risas, voces y emociones nos envolvió. Manos amigas nos tocaron los hombros, los rostros de nuestros seres queridos brillaban con alegría genuina, y en ese instante supe, sin un ápice de duda, que nunca había estado más segura de nada en mi vida.

El cuadro se vendió poco después.

Un joven cantante británico, de paso por Nueva York, entró en la galería y quedó atrapado por la historia que se tejía en la pintura. Había algo en su mirada, una melancolía discreta, un anhelo apenas perceptible, que me hizo entender que él sí comprendía su significado.

Dijo que lo quería para su novia.

Dos personas antes que él, habían preguntado por la obra, pero ni Julien ni yo sentimos que eran las indicadas. En cambio, este chico solitario, con un brillo de nostalgia en los ojos, encajaba con la historia de ese cuadro de una forma que no podía explicarse con lógica, solo con el corazón.

Así que lo dejamos ir.

No nos hizo falta quedarnos con él.

Nosotros nos teníamos el uno al otro. Y en nuestra galería, en el rincón más especial, permanecían tres cuadros. Tres obras que Julien había pintado con el alma, aquellas que se convirtieron en sus piezas más aclamadas, por las que le ofrecieron fortunas inimaginables. Y que, sin embargo, nunca quiso vender.

Porque había cosas que el dinero no podía comprar.

Porque algunas historias merecen ser contadas, pero otras, simplemente, necesitan ser preservadas.

Y eso, para nosotros, era más que suficiente.

JULIEN

Un mes después de nuestro compromiso, con los preparativos de la boda consumiéndonos por completo, decidimos detenernos. Frenar el torbellino de decisiones, listas interminables y expectativas para tomar aire. París nos llamaba.

No era solo un viaje. Era un cierre.

Quería, necesitaba, hacer las paces con mi pasado, como Melanie lo había hecho con el suyo. París no podía seguir siendo un eco de sombras, tenía que convertirse en el lienzo de nuevos recuerdos, más luminosos, más nuestros.

Lo primero que hicimos fue visitar al detective—ahora fiscal—, aquel hombre que fue la clave para que todo encontrara su cauce. Había algo profundamente simbólico en ese encuentro. En cuanto nos vio, su expresión se suavizó y su firmeza se quebró apenas lo suficiente como para dejar ver que él también cargaba con memorias pesadas.

Nos contó cómo, en los días más oscuros, Anthony se negó rotundamente a dejarme solo en la lucha. Cómo, a pesar del peligro, nunca dudó. "Lo prometí", repetía una y otra vez. "Y yo no rompo mis promesas".

Esas palabras nos golpearon y nos reconfortaron al mismo tiempo. Porque en ellas estaba la esencia de quien había sido, de quien siempre sería en nuestros corazones. La certeza de que, más allá de los errores y los finales abruptos, Anthony había sido, en su núcleo, alguien leal.

Después de darle las gracias—de una forma que nunca nos pareció suficiente—, finalizamos las últimas gestiones legales que, al fin, ponían ese capítulo de nuestras vidas en el pasado.

Y luego fuimos a la única visita pendiente.

El cementerio estaba en calma, con la brisa de finales de primavera susurrando entre los árboles. Nos detuvimos frente a la lápida de mi padre, y luego en la de Katerine. Pero ahí, grabado en la piedra, ya no estaba el nombre equivocado.

"Cassandra."

Sonreí.

No sentí la necesidad de pedir perdón. Tampoco de decir que los perdonaba. El tiempo había hecho su trabajo, y en esos nombres tallados ya no quedaba peso alguno sobre mi pecho. Solo un símbolo, un cierre. Y, de algún modo, una promesa silenciosa de seguir adelante.

Con el corazón más liviano, nos permitimos lo que nunca habíamos hecho en París: vivirla.

Nos perdimos en las calles adoquinadas, exploramos rincones menos turísticos, nos dejamos llevar por la luz dorada de los atardeceres en los jardines de Luxemburgo. Nos reímos sin prisa en los cafés, con las copas de vino y las notas de algún acordeón lejano envolviéndonos en la melodía de una ciudad que, por fin, nos pertenecía.

El día antes de regresar, visitamos el bosque de Vincennes. Su paz era diferente, casi enigmática, como si el tiempo se suspendiera entre sus senderos frondosos. Caminamos sin hablar demasiado, disfrutando de esa calma que ya no se sentía prestada.

De vuelta al hotel, mientras el coche avanzaba por un camino solitario, vimos una pequeña capilla enclavada en la ladera de una colina. Algo en ella nos llamó la atención. Tal vez su sencillez, su silueta melancólica contra el cielo teñido de azul y lavanda.

Detuvimos el auto y nos acercamos.

Melanie sacó su cuaderno de bocetos. Sus ojos brillaban con esa fascinación suya, esa necesidad de capturar momentos con sus manos.

—Quiero dibujarla —dijo, con una sonrisa que me recordó por qué, en cualquier parte del mundo, en cualquier tiempo, siempre la habría encontrado.

Dentro de la pequeña capilla, el murmullo de las últimas oraciones se desvanecía mientras el sacerdote pronunciaba la bendición final. Solo quedaban unos pocos feligreses, ancianos en su mayoría, que se despedían con sonrisas amables antes de perderse en la luz dorada del atardecer que entraba por los vitrales.

Nos miramos.

No hubo palabras. No hicieron falta. Lo supimos en ese instante, como si algo más grande que nosotros nos empujara hacia ese momento.

Sin dudarlo, corrimos al interior como dos niños traviesos que acababan de descubrir un tesoro escondido. Jadeantes y con las

mejillas encendidas por la emoción, nos plantamos frente al sacerdote y, sin rodeos, le pedimos que nos casara.

Así, sin más.

Sin trajes elegantes, sin testigos más que Dios y el universo entero como única audiencia. Sin fotos que capturaran el momento, porque sabíamos que quedaría grabado en nuestra memoria de una forma mucho más real que cualquier imagen.

Nos tomamos de las manos, y en el silencio sagrado de aquella capilla perdida en el tiempo, nos dimos un "para siempre".

Y fue perfecto.

Porque era nuestro. En aquel instante sagrado, en la simplicidad de un altar de piedra y la tenue luz de los cirios parpadeando a nuestro alrededor, sentí algo más profundo que la misma felicidad: una certeza absoluta.

No era una promesa nueva, sino el latido persistente de algo que siempre había estado ahí, esperando a ser pronunciado otra vez. Un juramento que trascendía el tiempo, que quizá ya habíamos hecho antes, en algún otro rincón del universo, bajo un cielo distinto, con otros rostros y otros nombres, pero con la misma esencia.

Era como si cada paso que habíamos dado, cada pérdida, cada reencuentro, nos hubiera traído de vuelta a este preciso instante. Como si estuviéramos cerrando un círculo que llevaba demasiado tiempo incompleto.

No lo elegimos. O tal vez sí. Tal vez lo hicimos mucho antes de siquiera recordarlo.

Pero lo único que importaba era que, al final, habíamos llegado.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias, Dios, por guiarme y fortalecer mi fe, por hablarme a través de los maestros que has puesto en mi camino y alinear el universo a mi favor.

A mi amor, por ser mi cómplice y sostenerme en cada nueva aventura.

A mis hijas, por su paciencia y amor incondicional cuando me pierdo en mis letras.

A mis amigos y a mi familia, aquí y en el más allá (i ndomhan eile).

A Letras Eternas Ediciones, a mis lectoras cero y a mis correctoras, por ayudarme a dar forma a este sueño.

Y a ti, lector, por sumergirte en mis historias y hacerlas vivir. Sin ti, nada de esto sería posible.

Mi infinito agradecimiento a todos.

SOBRE LA AUTORA



Originaria de la cálida y vibrante ciudad de Maracaibo, Venezuela, cursó estudios en Ingeniería en Informática y más tarde coronó su formación académica con una Maestría en Ciencias Gerenciales. Es madre orgullosa de dos joyas idénticas y maravillosas: sus hijas gemelas.

Hoy, su vida transcurre en Colombia, donde comparte su día a día con las tres personas que iluminan su mundo: Nicole, Giselle, y Jose, su compañero de vida, su inspiración constante, su refugio y su paz. Juntos construyen un hogar lleno de amor y sueños compartidos.

En el universo de los bookstagrammers, es conocida como Estilo Bells, un nombre que evoca su pasión por los libros y la escritura,

dos amores que la definen profundamente. Como lectora voraz, disfruta perdiéndose entre páginas de romance, drama y thriller, aunque su espíritu curioso la lleva a explorar cualquier género literario. Ama brindar su apoyo a autores autopublicados, reseñar con cariño sus obras, y redescubrir los clásicos que han marcado generaciones.

Cuando toma la pluma, lo hace bajo el pseudónimo de Bells Devis, un tributo cargado de amor a su madre, el pilar que le inculcó valores inquebrantables y la guía que orienta sus pasos.

Cree firmemente en la magia de vivir plenamente. Su lema, "solo se vive una vez, cada vez," la impulsa a amar intensamente, reír con el alma, y valorar cada instante como único e irrepetible. Su historia es un testimonio de pasión, entrega y la búsqueda constante de la felicidad.

NOTA DE LA AUTORA

Nuevamente quiero darte las gracias por llegar hasta aquí. Si te ha gustado y deseas dejarme una reseña, estaré encantada de leer tus opiniones y sugerencias. Y si deseas, me harías muy feliz enviándome una foto tuya con mi libro, puede ser en físico o digital.

En Instagram puedes conseguireme como @bellsdevis y en Facebook me encontrarás en el siguiente enlace https://www.facebook.com/bellsdevisescritora.

También puedes visitar mi página web www.estilobells.com o mi página de autora en amazon Bells-Devis, en la cual podrás visualizar todas mis obras.

Espero que te animes a leer más de mis historias. Con todo el cariño del mundo,

Bells.